

Edición y corrección: Anet Rodríguez-Ojea  
Dirección artística y diseño: Alfredo Montoto Sánchez  
Marcación tipográfica: Belinda Delgado Díaz  
Emplane: Isabel Hernández Fernández

© Rodolfo Alpízar Castillo, 2012  
© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 2012

ISBN 978-959-10-1823-6

Instituto Cubano del Libro  
Editorial Letras Cubanas  
Obispo 302, esquina a Aguiar  
La Habana, Cuba

E-mail: [elc@icl.cult.cu](mailto:elc@icl.cult.cu)

## Reconocimiento

*Deseo expresar mi más sincero agradecimiento a los combatientes del Directorio Revolucionario:*

*Juan José Alfonso Zúñiga  
Natalia Bolívar Aróstegui  
Ángel Eros Sánchez  
Teresa Fernández-Arena Gómez  
Julio García Oliveras  
Guillermo Jiménez Soler  
Marta Jiménez Rodríguez  
Juan Gualberto Valdés Huergo*

*A los familiares de combatientes:  
Carlos Gómez-Wangüemert Máiquez  
Magda Sofía Rodríguez Sáez  
María Sánchez Rodríguez*

*Y al señor Rafael Martínez Sixto  
Un reconocimiento especial al Comandante Faure Chomón Mediavilla*

*Por haberme prestado una valiosísima colaboración y, lo más importante, por abrirme las puertas de sus casas, de sus recuerdos, de sus corazones.  
Y por estimularme a seguir adelante.  
¡Gracias!*

*A los combatientes del Directorio Revolucionario, dondequiera  
que se encuentren*

*A Magda y Carlos*

*A mi amigo Alberto Granado Duque, que me llevó hasta Natalia*

*A la memoria de mi hermano Oscar Gómez Wangüemert Rodríguez,  
que me pidió este libro hace mucho tiempo*

*Para Ale, Rodo y Nachito*



*Al arribar a 1957, dos puntos fundamentales llenan nuestros anhelos máximos: la superación de la crisis económica que sufría el país y el encauzamiento democrático de la República.*

*(...)*

*Buscamos sin impaciencias ni desmayos la verdadera fraternidad, allí en donde la libertad y el orden se concierten, al amparo de la ley, para que sirvan de fundamento a la paz y al bienestar de todos.*

*(...)*

*Abrigamos la esperanza de que 1957 ha de traer, para el pueblo cubano, el mensaje de felicidad concretado en hechos saludables y de prosperidad para el país, por el esfuerzo conjunto de todos sus hijos.*

*¡Salud, salud!*

Fulgencio Batista y Zaldívar  
Presidente de la República

Mensaje de año nuevo

*Diario de la Marina, martes primero de enero de 1957*

*¡Mátenlos a todos, mátenlos a todos!*

Martha Fernández de Batista  
Primera Dama de la República, 13 de marzo de 1957



## Morir en el parque Zayas

*Lo que más asombra en esta tozudez contumaz de los señores insurreccionales, es la improvisación, lo disparatado e imposible de todos sus planes: No es heroicidad, aunque de tal pretendan revestir sus acciones suicidas. Es tranquilamente, inconsciencia, subestimación del valor de la vida misma (...) Porque solo enfermos de la mente, pueden sentir el placer morboso de matar o dejarse matar, sin que asome la menor posibilidad de victoria, en el dilema planteado.*

Ataja, marzo 15 de 1957, «Cachito de papel»

«Llegar hasta la estatua...»

La carrera en zigzag, la fuente próxima. Los arbustos que la circundan. Pasarlos y correr, esquivando las balas, hasta donde está la estatua. «Llegar hasta la estatua es casi estar a salvo de los tiros desde Palacio», los que le disparan tendrían poca visibilidad, sería más difícil que le acertaran, es solo encomendarse a sus piernas. Pero antes debe volverse para hacer fuego. Esos tipos allá arriba...

«¡Atiende, coño! Mira..., por allí, salieron dos más...» Desde la azotea, los servidores de una de las ametralladoras se percatan de que por el área que baten dos atacantes han echado a correr en un intento por escapar. Dirigen el cañón del arma hacia ellos...

La sensación de que algo golpeaba contra su vientre le hizo recordar el dolor que lo había obligado a despertarse la noche anterior en medio de aquella extraña pesadilla en que dos mujeres tiraban de él, cada cual hacia su lado, con tanto



ímpetu que parecían querer desmembrarlo. «Están locas..., déjenme tranquilo, me van a descuartizar... ¿De dónde sacarán tanta fuerza?», se había dicho aún dormido, impresionado por la vehemencia con que se lo disputaban. «¡Déjense de eso!...», les ordenó, pero no le hacían caso. El dolor se hizo tan agudo que se despertó, sobresaltado, «Qué pesadilla tan estúpida.»

Claro que un sueño, menos una pesadilla, no tiene por qué tener lógica; tampoco es común que en ellos uno sienta dolor. Sin embargo, él había sentido el dolor por la ruptura de músculos y piel, y eso lo había dejado con una vaga desazón, no por el dolor mismo aunque no fuera normal, sino porque no lo sintió a la altura de los hombros, como hubiera sido de esperar, pues por ahí lo halaban, sino lejos de allí, un poco más arriba del ombligo, y como marcando una línea de tres puntos entre tórax y abdomen... Tres puntos dolorosos que se hundían en su cuerpo.

«Arriba, Peligro, es ahora o nunca», oyó de muy lejos la voz de Juan Pedro, aunque lo tenía al lado.

Al poco tiempo había olvidado la pesadilla y el despertar sobresaltado que le provocó; con las emociones y las expectativas que se acumularon a lo largo de la mañana era imposible recordar algo tan sin sentido y tan alejado de la acción en que horas más tarde estaría inmenso. Ni cuando se encontró con ella poco después de despertarse lo recordó, aunque ella había sido una de las mujeres que se le aparecieron en la pesadilla. Sin embargo, ahora, pasado el clímax de la acción para la cual se había preparado quizás desde toda la vida, en este instante de reposo en que no dormía y estaba más lúcido que nunca, el dolor y las imágenes del sueño regresaban, al unísono, de repente.

En el momento más impensado. Sobre todo, más inoportuno, porque era el de correr para salvar la vida. Tal vez no; acaso era este el momento exacto en que a las imágenes les correspondía volver.

«Vamos, Peligro», insistió Juan Pedro. Sin mucha fuerza por la sangre que le escapaba del brazo izquierdo, pero imperioso, lo conminaba a levantarse y echar a correr junto a él. Debían aprovechar que los tiradores, creyendo que los habían matado, apuntaban hacia otro lado, y escapar cuanto antes de aquel lugar; si se daban cuenta de que no estaban muertos les iban a disparar de nuevo, y esta vez sí que no habría segunda oportunidad.

Pepe no se movió. «¿Qué pasa, compadre?, tenemos que seguir... No me digas que estás cansado... » El amigo hacía esfuerzos inútiles por levantarlo, con palabras primero, con las manos después. Lo sacudía, lo halaba por un brazo. «Dale, coño, levántate.» Se hacía tarde para aprovechar la ocasión; unos segundos más y los tiradores advertirían que estaban vivos. Pero no se levantaba. Le pareció que jadeaba y recordó que era asmático, «¿Te falta el aire? Coño, un ataque de asma a esta hora..., qué jodienda, no puedo creerlo.» Lo observó mejor. Verdad que jadeaba, pero no sentía el silbido del aire en el pecho; no era un ataque, o no era tan fuerte que le impidiera continuar, tenía que levantarse. Insistió con las palabras: Estaban obligados a salvarse hoy para recomenzar mañana por el principio, «Esto no se queda así, compadre, ¿verdad? Que nos saliera mal no quiere decir que nos vencieron, vamos a seguir jodiendo... Ya van a ver, el Directorio no se rinde.»

Juan Pedro tenía razón, él lo sabía. Escapar ahora para salvarse y continuar luchando mañana era la única opción posible para combatientes como ellos dos, hechos a todas las circunstancias, pero para él ya no había opción, el amigo debía comprenderlo y acabar de irse, ¿por qué no lo dejaba solo y se iba?, que se salvara él y luchara por los dos. «A mí ya me jodieron, compadre, sálvate tú.»

Punzante y rápido, llegado de un tirón y concentrado en un punto, como si un colmillo se le clavara a gran velocidad en la carne, sin desgarrar en el primer momento, solo penetrando

piel y músculos, había reaparecido el dolor de la pesadilla. Doliendo en el mismo punto de la pesadilla. Lo siguieron al instante dos colmillos más, y entonces sí, ya con los tres prendidos a sus carnes, llegó la sensación de que algo se desgarraba en él, aunque no por fuera, como los músculos que las mujeres del sueño parecían querer arrancarle, sino en su interior.

Porque ahora, hoy, esta tarde del miércoles trece de marzo de 1957, junto a la fuente del parque Zayas, y no en un sueño absurdo sino despierto como nunca antes en su vida, eran las vísceras lo que aquellos colmillos le rompían por dentro.

En la pesadilla lo sentido no había sido tan punzante; más bien había sido un comienzo de sensación dolorosa que lo obligó a despertarse sobresaltado; un dolor que no lo era en propiedad, sino apenas su evocación: Ahora lo comprendía, eran evocación a la inversa, premonición de estos de ahora. ¿Sí? ¿También lo eran las dos mujeres de cara conocida que se disputaban un hombre que por igual consideraban suyo?

No. Nada de eso, solo un sueño disparatado, para qué volver sobre él. Menos ahora.

¿O sería otra cosa y no un sueño?

Ante este dolor presente y real, tan similar al soñado, pero ante el cual no le quedaba el recurso de despertar, dudó. Quizás lo de anoche fue en verdad otra cosa y no un sueño... ¿Un aviso acaso?

El dolor, un aviso.

Las mujeres, un aviso. Muerte y vida son mujeres y se lo disputan.

El dolor se fue haciendo tan intenso que olvidó la pesadilla y hasta dejó de sentirlo; el encéfalo envió a su organismo una inyección de endorfina que lo condujo a un estado de general lasitud que poco a poco fue adueñándose de él. A decir verdad, no le dolía nada, no le interesaba nada. Solo le apetecía reposar la cabeza y descansar, olvidado de cuanto había sucedido en esa tarde. «Parece que estoy perdiendo mucha sangre, pero no me duele nada..., me siento débil..., no tengo

ningún deseo de moverme... No, mejor no me muevo..., para qué, acostado aquí se está bien..., estoy tan cansado..., voy a dormir un poco..., el piso no está tan duro...»

Ganado por la somnolencia durante un instante mínimo, fue como si su mente, aprovechando el imperceptible reposo, se llenara de total discernimiento. Esa repentina lucidez le permitió entender el significado de todo con absoluta precisión, tanto lo de anoche, soñado, como lo de ahora, vivido: Lo de anoche no había sido una pesadilla absurda, como había pensado equivocadamente, sino una premonición. O, mejor, un mensaje que ella, su Bruja, le había enviado desde donde estaba en ese momento, seguramente en su casa, soñando con él. Sí, ella había estado soñando con él en ese mismo momento y sus mentes se comunicaron, ella intentó advertirle acerca de algo y le llegó en forma de un sueño que no supo interpretar y hasta olvidó por algunas horas. Entonces no fue sueño, sino un aviso. Una advertencia. Un augurio que no llegó a descifrar. Él no había estado durmiendo cuando creyó tener una pesadilla, sino estaba despierto de una manera diferente a la de todos los días, enlazado con ella a distancia. Como una metáfora soñada, esas mujeres habían llegado a prevenirlo, cada cual a su manera, contra lo que le sobrevendría al día siguiente, y eran dos formas de presentarse el mismo aviso. ¿No sería otro el significado? ¿Por qué parecía, ahora que recordaba, que la Bruja trataba de protegerlo echando su cuerpo encima de él?

No había sabido interpretarlo, cierto, aunque quizás tampoco era importante: De saber que al final de esta acción tanto tiempo esperada le ocurriría esto que ahora le ocurre, él no habría cambiado su decisión; como los que lo habían acompañado esta tarde, actuaba a sabiendas del peligro al cual se enfrentaba. No iba a detenerse por un sueño más o menos profético, aunque se lo enviara ella.

«Coño, parece que me estoy muriendo.»

La frase corrió rápida por su mente y desapareció. No dejó huellas, sino un espacio en blanco de inmedible duración, ¿cuánto duran los espacios al momento de morir?

«¿Qué será de las niñas ahora?», fue su primer pensamiento organizado cuando percibió al fin el sentido de la pesadilla y de la realidad, y el significado del dolor soñado que, ahora despierto, se repetía en su vientre. Eran todavía muy pequeñas, seis años una, seis meses la otra, seguramente lo olvidarían. ¿Qué haría la madre con ellas, trataría de que lo recordaran o, por el contrario, borraría de sus mentes toda imagen suya que conservaran? ¿Guardaría las huellas del gran amor que un día existió entre los dos, o se aferraría primero al despecho y más tarde al odio por el abandono para no sufrir su muerte? ¿Se vengaría, cuando ya no estuviera, de lo que no alcanzó a vengarse en vida? Aquel amor de primera juventud, ya reblandecido por la competencia que le hacía su entrega a una causa que era la principal razón de su vida, no tuvo fuerzas para resistir al embate supremo, al momento mágico en que sus ojos de hombre débil ante el amor se encontraron, en el patio de Bellas Artes, con los ojos de la Bruja.

¿Cómo saber la reacción de una mujer despechada cuando el hombre que la ha amado y engañado entrega su vida en aras de la libertad?

Los proyectiles disparados desde la azotea habían trazado una raya punteada en el suelo a ambos lados de su cuerpo, levantando fragmentos de piedra y cemento. Tres no llegaron a golpear contra el pavimento.

Tres proyectiles-colmillo encontraron carne de hombre en su camino y mordieron.

Sintió las tres mordidas rabiosas del impacto contra su vientre de unas balas calibre treinta salidas del cañón de un arma que no alcanzó a ver al volverse para disparar, y cuya boca estaba apuntada en su dirección en el momento en que

casi escapaba de aquel infierno de polvo, balas, sangre y muerte en que se había convertido el proyecto con el cual durante tantos meses él y sus amigos, muchos ahora muertos o próximos a ser asesinados, habían soñado.

Aquellas mordidas lo hicieron evocar el extraño sueño en que dos mujeres se lo disputaban, pensar en sus hijas y volver a ver a su Bruja. Lo hicieron pasar revista a su vida.

¿Cuánto tiempo concede la muerte para repasar treinta y un años no cumplidos de vida? ¿O no es toda la vida lo que se repasa en el instante supremo, sino lo más intensamente vivido de ella?

Incontables imágenes desfilaron ante él en fracciones mínimas de segundo.

Unos hombres corren por las laderas de la prisión del Príncipe; él no los ve, porque está abajo, disparando contra la posta principal para apoyarlos. Es la fuga hacia la libertad de Osvaldito y Abelardo hace pocos meses; debió ser también la libertad de su amigo Daniel, «Con la falta que nos hizo hoy su experiencia.»

Si Daniel hubiera estado al frente del grupo de apoyo...

Hay un incendio en un edificio comercial en el Vedado; varios hombres del Directorio, entre ellos él, juegan con las llamas quemando perseguidoras un día de enero, y con las llamas vuelve la imagen de Osvaldito, contando con alegría infantil las peripecias de esa tarde, ya de regreso en el refugio. Osvaldito era todavía un niño en tantas cosas, con aquella sonrisa ingenua, con aquel gusto con que reía cualquier broma que le hicieran, sin disgustarse nunca. «Guajiro, cará, ¿qué habrá sido de ti?», alcanza a preguntarse. Cuando ya todo estaba perdido y los que quedaban vivos en el segundo piso decidieron intentar escapar, él se opuso a la orden de retirada, «Aquí vinimos a matar o a morir, y yo no voy a correr como

un conejo... Que me maten matando.» Allí lo vio por última vez, recostado a una columna, mirando hacia todas partes y sin disparar, como midiendo el terreno, o preparándose para alguna acción desesperada.

¿Se habrá escondido en algún lugar para tratar de sorprender a Batista descuidado? Es una locura, pero él es capaz de intentarlo... Cuando salíamos con las armas listas, fue a la cocina, tomó el cuchillo con que había estado trabajando un poco antes, y se lo puso en la cintura. «Es un arma también, ¿no? Y nadie sabe..., si se me acaban las balas, le echo mano también.» Ya casi no tenía balas, ¿lo habrá intentado? Quizás, Pepe no lo sabe, nadie nunca podrá saberlo, pues ni los que lo asesinarían sabían a quién mataban, pero se lo imagina agazapado en algún rincón, casi sin respirar para que no lo descubran, ve a Batista cuando pasa cerca de él, con su cara de miedo, rodeado de soldados. Y Osvaldito salta, cuchillo en mano, dispuesto a ajusticiarlo. Es inútil, un disparo lo detiene en seco y cae hacia atrás; solo tiene tiempo de ver el terror en los ojos del dictador, el instantáneo cambio de colores en el rostro. Quizás eso le resultó suficiente. Lo demás es oscuridad y golpes, muchos golpes, hasta el fin. Su cadáver quedará casi irreconocible.

Aunque ya han pasado diez años, otras imágenes le hacen recordar el reportaje en cuatro partes que publicó en la revista *Carteles*, aquellos primeros pasos, solo con veinte años, en la profesión de su padre. «De casta le viene al galgo...», había murmurado, admirado, el director del periódico luego de leer una parte del texto y revisar las fotografías de aquella experiencia en las arenas inhóspitas de cayo Confites; con ellas le llega el recuerdo del hambre y la sed sufridas a la par del entrenamiento militar, mientras se preparaban para un gran empeño libertario que, en definitiva, fracasó, «¿Cuántos fracasos hacen falta para una sola victoria? Y esto de hoy, ¿qué es?, ¿apenas una derrota? ¿Una más?»

Derrota, pero no definitiva, eso nunca.

Vuelve a ver en una mínima fracción de tiempo las fotos que él mismo tomó y que terminan por borrar de su mente la imagen de Osvaldito, de quien nadie jamás sabrá cómo ni dónde murió, cadáver número diecisiete en el necrocomio, golpeado y con un balazo en la frente, que ya no celebrará el día de San José en su querida Güira de Melena con los muchos José participantes de esta acción, aunque ellos tampoco podrán hacerlo, porque en su mayoría estarán bajo tierra para entonces, como él.

Ahora son los rostros de sus dos grandes amigos, Humberto y Enrique, con quienes compartió mosquitos y cigarros en el cayo, y la frustración en que terminó aquel sueño de liberar de Trujillo a Santo Domingo. Han permanecido estos años cerca de él, si no lo están ahora es porque acompañan a José Antonio en la toma de la emisora, los quería a su lado en esa otra acción. También, sin que el propio José Antonio lo supiera, para que la muerte no se los lleve a ellos dos hoy, como a él y a tantos, y para que ellos mantengan la memoria viva de estos tiempos, al menos mientras no les llegue su hora.

De repente sus amigos sí están junto a él, pero no aquí en el parque Zayas donde está muriendo, sino en la Universidad, en marzo de 1952; están en la colina, en el Alma Máter, en las facultades, se mueven constantemente, van de un grupo a otro en medio de las protestas contra el golpe de Estado de Batista; el presidente Prío, depuesto, prefiere no hacer nada, porque no quiere que corra la sangre cubana por causa suya o porque es mortalmente abúlico, quién puede saberlo. «Nunca permitiré que en mi nombre se derrame sangre cubana», había afirmado repetidamente durante su mandato y lo cumplió, tal vez ahora aplica lo que es una convicción y prefiera quedar como cobarde. Los estudiantes piden armas para defenderlo y se sienten frustrados, llaman traidor y pendejo al Presidente. «En Palacio no hay nada que hacer», advirtió Pepe a sus dos amigos, «Vengo de allá, fui temprano con el viejo, porque lo llamaron a la revista y lo llevé..., allí todo



el mundo está desmoralizado... Hubo un muerto, un tal teniente Negret, que intentó detener a Prío cuando llegaba al Palacio y la escolta le disparó. Eso fue todo, Prío no piensa defenderse... Todo se jodió.»

Continúan las imágenes pasando a gran velocidad por su mente, es poco el tiempo, no se pueden precisar contornos. Una se detiene. Está con Enrique y Humberto una vez más, en la calle Ronda, junto a la Universidad; han llegado en un Jeep y están llevándose por partes una estación de radio para utilizarla contra el cuartelazo de Batista, los altavoces en la colina no bastan, hay que ir más allá. «Necesitamos una radio pirata para movilizar a la gente», para convocar al pueblo y denunciar el regreso al tiempo de las dictaduras, de los muertos aparecidos a la orilla de las carreteras, la eliminación de la Constitución, la pérdida de la República...

Humberto y Enrique quedan en la azotea, viendo cómo poner en funcionamiento el equipo, mas poco a poco sus figuras se desvanecen y todo el espacio de su memoria queda ocupado por ella, su Bruja, ya era tiempo, que terminó de trabajar y está conversando con él en el café América, ese refugio de intelectuales al fondo de Bellas Artes que un día por ahora lejano desaparecerá y con él un trozo de historia; es la primera conversación que sostienen, horas antes hubo un intercambio de palabras pero eso no fue propiamente conversación, fue demasiado breve, en todo caso habrá sido un movimiento telúrico, que dura pocos segundos y todo lo trastorna para siempre, porque así sucedió con él y con ella, fue verse mutuamente aquella mañana y que el mundo entero de ambos se estremeciera. Ni siquiera ahora, después que tanto vivieron juntos, es capaz de distinguir si entonces se esforzaba por seducirla o si intentaba ganar una colaboradora para el Directorio, acaso porque en el fondo pretendía las dos cosas. «Necesitamos gente como tú, inteligentes, dispuestas y bien relacionadas, para que nos ayuden», le diría, aunque no ese primer día, desde luego, hay reglas que cumplir, rodeos

que dar, certezas que procurar antes de abrir las puertas del clandestinaje, un descuido puede costar vidas, sino mucho después, cuando ya no le quedaban dudas de que había acertado en la elección, que podía contar con ella, no como colaboradora, sino como toda una combatiente.

«Pero participar como cualquier hombre, ¿está bien?», exigiría ella llegado el momento y recordaba él ahora, si aceptaba entrar no era para andar con remilgos de señorita, tenían que tratarla como a cualquier otra, como a cualquier hombre. «¿Aunque haya que usar las armas..., que matar?», «Aunque haya que hacer lo que sea.»

Su bruja.

Se pierden también las imágenes de aquellos tiempos iniciales con ella, sustituidas por otras en que aparecen entre brujos y babalaos de Regla y Guanabacoa, bailando en fiestas de santos, para que aprenda la Cuba que no conocía, mientras fuman tabaco y beben aguardiente con personas con quienes ella nunca imaginó que podría sentirse tan a gusto. Al final la imagen que queda es la de ella este mismo día por la mañana, otra vez en Bellas Artes, cuando fue a pedirle que no se marchara al terminar de trabajar, hoy iba a ser el gran día y la necesitaba cerca. ¿Para que le diera suerte?

Ella le dice adiós y le pide que se cuide; se quedan mirándose hasta cuando ya no se ven, y después él repite el recorrido de las últimas horas de este día trece de marzo, desde las tres de la tarde, cuando se despidió de Enrique y partió con Faure, Osvaldito y Abelardo del apartamento en el Vedado donde estaban acuartelados, hasta este momento en que siente sueño, en que está muy cansado y sin embargo la vida entera desfila ante él llena de prisa.

Vuelve a ver a Carlos y no lo ve segado por las balas, aunque estaba muy cerca de él cuando lo alcanzó una ametralladora; lo vio caer, pero no será de su muerte la imagen que conserve, para qué recordar al amigo muerto, mejor llevarse con él aquella otra visión, la de un coloso moderno sosteniendo

la verja de entrada al edificio con una mano y disparando su M3 con la otra, el resto del comando saliendo a toda prisa de los dos automóviles y el camión, hay que entrar al Palacio bajo una lluvia de balas que llegan desde el parqueo, desde donde la guardia personal de Batista siegan las primeras vidas de compañeros y desorganiza el ataque. Pero eso él no lo vio del todo, no le correspondía atender hacia esa zona, aquí cada cual tenía un objetivo, y su misión era la búsqueda por el segundo piso de una presa escurridiza y muy bien escondida que mañana la prensa afirmará que se enfrentó pistola en mano a los atacantes, valiente soldado que ellos no lograron ver en ningún momento, porque no estaba por todo aquello, estaba muy bien escondido.

Otra vez las imágenes se le confunden, saltan y se superponen como las vivió esa tarde, en sucesión alocada, y apenas distingue su camisa manchada de sangre propia y de amigos a quienes intentó socorrer. Ve a Menelao sentado, herido y jadeando su asma, recostado contra una columna, sangrando; Briñas está muerto en sus brazos; hay más compañeros heridos o muertos, pero no logra determinar cuáles viven todavía, «¿Cuántos lograrán escapar de esta?» Después se le aparece Machadito, herido en un muslo, pero actuando como si no lo estuviera, cubriendo la retirada con una descarga larga, los demás saliendo apresuradamente en busca de la escalera, por todas partes cuerpos destrozados, algunos de enemigos, la mayoría de amigos. Al fin, bajo la arcada del Palacio, ve la fuente del parque, allá enfrente, «Debo atravesar por ese lugar si quiero escapar con vida, otros lo han logrado.» Si otros lo hicieron, él también lo logrará.

Y por fin no es una imagen lo que desfila, sino un razonamiento, acaso el último que había hecho, lo demás fue apenas acción: «Es solo pasar la fuente, después me protejo con la estatua, llego a Bellas Artes, en todo caso corro hasta Prado, busco la Universidad, seguro que ya la tomaron...»

Como si en una vieja película el rollo comenzara una y otra vez, volviendo siempre a los mismos cuadros, al llegar al punto en que un texto, «Debo llegar a la estatua», sustituye a las imágenes, todo vuelve al principio y Pepe rehace el recorrido, aunque cada comienzo lo remite un poco más atrás, hasta alcanzar su niñez en la Víbora, sus competencias de atletismo en el Instituto Edison, sus estudios de periodismo, el gusto por la mecánica, y regresar a Cayo Confites, el entrenamiento militar y las interminables discusiones de política, donde Enrique y Humberto lo ayudaron a poner orden en sus ideas; después el matrimonio, el nacimiento de la primera hija, y de inmediato las movilizaciones hacia la Universidad en busca de algo que hacer entre todos para oponerse al golpe de Estado de Batista, los intentos fallidos de terminar con él, el café América donde se reunió con ella tantas veces, unas para conspirar, otras solo por estar juntos, y sigue la secuencia hasta alcanzar el mismo punto: Llegar bajo las arcadas, mirar hacia la fuente del parque y sentir la frase que le indica lo que debe hacer, llegar a la estatua, pero esa imagen no aparece, vuelve a empezar en un ciclo sin fin, o el fin es este, una frase «es solo pasar la fuente.»

¿Por qué repetía lo mismo, como si viviera atrapado en un círculo de acciones iguales, o como si su vida solo llegara a este punto, el que marca el inicio de su carrera por el parque donde solo dio los primeros pasos, que ni siquiera han quedado registrados en su cerebro?

Llegado a la fuente, lanzado al suelo en el momento en que la calibre treinta barría el terreno, sintiendo las balas que zumbaban y le rozan los calcañales sin llegar a tocarlos, cuando aún le quedan por delante varios metros antes de alcanzar la estatua donde podrá estar mejor protegido contra los disparos desde la azotea. ¿Llegó a hacerlo? Y, si lo hizo, ¿qué sucedió con la opción de levantarse de inmediato, aprovechando el movimiento de la ametralladora, y lanzarse a todo correr hacia donde fuera, de escapar a como diera lugar, única posibilidad a que debía

aferrarse en este instante para sobrevivir? No encontraba esa opción en su interior, no había dentro de él impulso alguno que lo incitara a mantener la huida. A retener la vida, lo único en él que verdaderamente escapaba.

«Si pudiera dormir un poco.»

Lo admitió. La posibilidad en que nunca había querido creer se había convertido en certeza: El guerrero al que no sin razón habían apodado Peligro había llegado al final de su epopeya. Había alcanzado el momento de las preguntas trascendentales que nunca se planteó, ¿qué he hecho con mi vida?, ¿valió la pena? No las hizo. Apenas le pasó por segunda vez, como rápido cintillo, aquella pregunta, la primera de todas, «¿Qué será de las niñas ahora?», y enseguida una aseveración, sin que estuviera relacionada, ¿o sí lo estaba? «Ya no podremos ir al estreno de Paco Alfonso esta noche.» ¿Será que en eso consisten las preguntas trascendentes? ¿Alguien tiene la definición de qué es lo trascendental cuando a uno lo han alcanzado en pleno vientre tres proyectiles de una ráfaga de ametralladora?

Sintió que las figuras y los hechos que pasaban por su mente comenzaban a desordenarse como si estuviera quedándose dormido. Fragmentos sueltos de frases que algún día expresó, junto a recortes de imágenes que se desdibujaban, empezaron a sucederse. «¿Cómo irán a ponerle?», fue en realidad lo último con sentido que alcanzó a ocupar su cerebro, recordando la enorme barriga de la mujer de su hermano, casi su hermana por la simpatía mutua, próxima a tener un nuevo hijo, también varón según las mujeres de la familia, pronóstico infalible. «No falta nada, quizás sea esta semana misma», había respondido ella a su pregunta, «Entre el trece y el veinte», «Todavía nace en San José y le pones Pepe, como yo», «Ni muerta, ese es nombre de gallego bodeguero.»

«Mira que decir que tengo nombre de gallego bodeguero...»

Qué ganas de dormir.

No debía dormir. ¿No lo sabía, que no debía dormir todavía? Si lo hiciera, dos mujeres lo esperarían toda una noche en vano.

«Vayan al apartamento de 44 y 39 y esperen allí, que seguro Pepe va para allá», les dijo Enrique a Teresa, su esposa, y a Edilia, la esposa de Humberto. «Nosotros vamos a ver si el papá sabe algo de él.»

Fueron al edificio de la CMQ, el mismo donde horas antes habían estado José Antonio y sus compañeros, por si encontraban allí a Luis, el padre de Pepe, pues tenía un espacio de comentarios internacionales, pero no lo encontraron, y siguieron para la revista *Carteles*, donde también trabajaba. «Mire, Luis, Pepe estuvo en lo de Palacio», le informaron, «¿Usted sabe algo de él?» «Si mi hijo estuvo allí, está muerto, allí no quedó nadie vivo.» La voz ordinariamente serena y grave del periodista más escuchado del país se quebró al final. Respiró hondo, esperó unos segundos y continuó, esta vez denotando preocupación por los amigos en peligro. «Pero ustedes

váyanse rápido, los policías están como locos, Batista les dio carta blanca, y Masferrer y su gente también andan sueltos por ahí; él los conoce a ustedes dos y a Pepe desde Cayo Confites, en cualquier momento vienen aquí y los agarran... Váyanse, por Dios, escóndanse.»

Obedecieron y se fueron minutos antes de que las noticias que buscaban llegaran a la redacción de la revista.

«Enrique y yo lo alquilamos en previsión de cualquier contingencia... Nos pareció seguro, siempre era un escondite más... Aunque ahora, al cabo del tiempo, no me parece que hubiera servido por mucho rato», comentaría años después Teresa. Solo ella, Pepe, Humberto y Edilia conocían el lugar, y él seguramente acudiría a refugiarse allí. Por si había recibido alguna herida, llevaron lo necesario para realizarle las primeras curas.

Pasaron las horas. Nadie llamaba a la puerta. De repente, un ruido de pasos, «Es él», exclamó Edilia y corrió a ver por la mirilla de la puerta. Era un vecino cualquiera que había pasado. Permaneció por unos minutos mirando por el pequeño agujero, por si veía aparecer a Pepe. «¿Nada?», preguntó Teresa, «Nada» fue la respuesta. Poco tiempo después, una tos asmática, «Es Pepe, es Pepe, viene con un ataque de asma», fue Teresa esta vez quien corrió a mirar. Cómo no iba a darle asma, con la pólvora, el polvo... Se sobresaltó, «¡Las medicinas para el asma, Edilia! ¿Trajiste las medicinas para el asma?», «Claro que sí...» No pudo precisar de dónde había llegado la tos; miró, miró, como tratando de traer con los ojos a quien tosía. «Es Pepe, viene por la escalera.» Pero al cabo de unos minutos nadie había aparecido, ni la tos se había vuelto a oír. Al separarse de la puerta, tropezó con Edilia, que detrás de ella intentaba también oír lo que no se oía por parte alguna. Se abrazaron y comenzaron a llorar. «Él va a venir, tú vas a ver, él va a venir», trataron de consolarse mutuamente. Sin apartarse mucho de la puerta, se sentaron nuevamente a esperar.

Esa noche, alguien en el edificio sufría de un ataque de asma que a duras penas lograba controlar por escaso tiempo. Es probable que no haya podido pegar los ojos en toda la noche, con la tos, la dificultad para respirar, la ansiedad que provoca esa sensación de que uno va a morir por falta de aire en cualquier momento. Sin él saberlo, dos mujeres velaban sus accesos, acudiendo a la mirilla de la puerta cada vez que aquel sonido de respiración anhelosa y difícil llegaba hasta ellas.

Aunque también cuando algún vecino trasnochador llegaba a casa.

O uno madrugador salía.

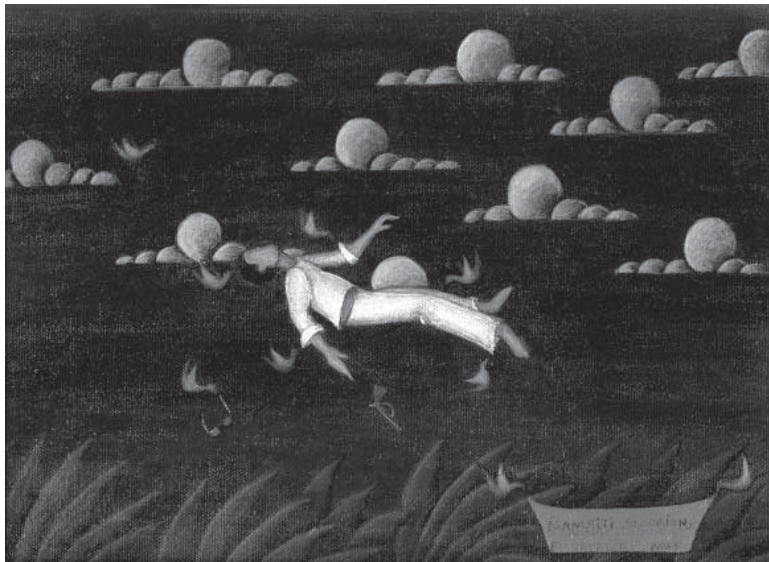
De la silla a la mirilla de la puerta. De la mirilla de la puerta a la silla. «Él va a venir, tú vas a ver, él va a venir.»

En la mañana llegaron Enrique y Humberto para darles la noticia que ellas se negarían a aceptar. Estaban equivocados, lo que afirmaban no podía ser verdad después de aquella noche en vela. Él no podía hacerles eso, él vendría en algún momento, estaban seguras, ellos iban a ver.

Encogió poco a poco las piernas; fue asumiendo imperceptiblemente la posición intrauterina, se anió, se convirtió en feto, ya estaba otra vez en el vientre de su madre, a punto de salir al mundo a recorrer casi treinta y un años de vida. Regresaba al dos de julio de 1926 y Pepilla Máiquez llegaba a toda prisa al hospital materno.

Después vino lo demás.





# La huella de los héroes

*La Patria lo merece todo y la dignidad del hombre es lo más importante en la vida; y la Patria y la dignidad del hombre están hoy humilladas; de aquí la obligación en que me considero de contribuir a que tal estado de cosas cese en nuestra Cuba*

Menelao Mora Morales  
Carta a su hijo Chepo, 1955

## Sorpresa al comenzar la mañana

*Si el asunto fracasa no te desanimas, todo saldrá bien. Y si muero, era mi deber. Perdóname cuanto te hago sufrir. Pero es necesario que unos cuantos lloren y sufran hoy, para que mañana otros rían y tengan libertad.*

Juan Pedro Carbó Serviá

Carta a su madre, al momento de salir para el ataque a Palacio

La noche había sido larga, o corta, según se mire. Corta para dormir, pues la mayoría no llegó a completar las cinco horas de sueño. Y larga porque parecía que no terminaba nunca para los insomnes, aunque acaso, si le hubieran preguntado, ninguno de los acuartelados esa noche junto a Pepe dejaría de afirmar que todos durmieron como bebés, que no había razón para perder el sueño, eran hombres hechos a todas las situaciones, qué tenía esta noche de especial que no tuviera cualquier otra. Claro que tampoco a nadie se le ocurrió preguntar al de al lado, «¿Dormiste bien?»; no hacía falta, la realidad estaba reflejada en los ojos de cada uno esa mañana. En cuanto a Pepe, insomnio, sueño intranquilo, pesadilla, insomnio, sueño intranquilo, así había transcurrido su noche, y era evidente que la del resto habría sido similar.

«Vamos a hacer un recorrido por los alrededores de la Casa de los Tres Kilos, a ver cómo está el ambiente», le dijo Faure, muy temprano en la mañana. Claro que nada tenían

que hacer en la famosa tienda a tales horas, aquel no era más que el nombre en clave para referirse al objetivo de la acción que ejecutarían a la tarde. «Vamos.»

Pepe conducía. Nada digno de anotar en el trayecto, fue su percepción, al menos durante los primeros minutos de viaje por el Vedado, pues nada distinguía ese día de cualquier otro: La ciudad que se mostraba a sus ojos y oídos a esa hora era la misma de siempre, con multitud de personas, llegadas de todos los rincones del país, andando por las calles desde temprano; la mayoría se apresuraba para llegar a tiempo a sus empleos, o ya se encontraba trabajando, ofreciendo mil y una chucherías a los transeúntes o, en las intersecciones, a los choferes. Por todas partes, gran abundancia de automóviles emulaban entre sí con el sonido de sus bocinas y los gritos y amenazas nunca cumplidas que los respectivos conductores acostumbran dirigirse mutuamente, con seguridad convencidos de que es la manera más eficiente de conducir. En algunas esquinas, los policías golpeaban sus bastones contra el asfalto, manera folclórica de encauzar el tránsito para que la circulación resulte más fluida en las zonas de mayor aglomeración de vehículos. En suma, el ruido y el ajetreo característicos de la más moderna y populosa ciudad del Caribe.

Estaban soñolientos y con el estómago vacío, decidieron que sería conveniente tomar algo caliente antes de proseguir. Se detuvieron a tomar un café, todavía en el Vedado; dirigieron algunas frases galantes a unas muchachas que pasaban cerca, Pepe encendió uno de sus inseparables tabacos, le dio un par de chupadas, y sin más dilación regresaron al automóvil y continuaron viaje. En una esquina, vio a un vendedor de maní, se detuvo, lo llamó y compró tres paquetitos, entregó uno a Faure y guardó los otros dos. Prosiguieron. Si alguien hubiera reparado en ellos, lo cual seguramente no ocurrió, habría pensado que se trataba de dos jóvenes empleados de algún ministerio, acaso beneficiarios de una de las criollísimas canonjías conocidas por botella y, por tanto, sin demasiada prisa por llegar al trabajo que, en definitiva, no desempeñaban.

Al llegar al edificio de Bellas Artes, Pepe detuvo el carro y le comunicó a Faure que iría a conversar con los guardias, pues todos eran conocidos suyos, en busca de información sobre alguna novedad que pudiera estar en el ambiente, «Saludo, doy un poco de conversación, y en unos minutos me entero de si hay algo nuevo», «Me parece buena idea», respondió Faure. «Tómame tu tiempo», agregó, y se acomodó para dormir un poco mientras tanto; una taza de buen café no iba a ser óbice para que alguien como él, acostumbrado a dormir a saltos durante una vida clandestina ya extensa, aprovechara para una mínima siesta de algunos minutos.

«Sin novedad en el frente», lo despertó media hora más tarde la voz de Pepe. Ciertamente había hablado con los guardias, como anunció unos minutos antes, y la información era exacta, nada había que indicara problemas, todo estaba como de costumbre, pero su verdadero propósito al ir al museo había sido averiguar si su Bruja se encontraba ya a esa hora. Estaba. La saludó, le dio un beso a hurtadillas y le pidió que por nada del mundo saliera del edificio antes de las tres y media de la tarde. Para él, aquella visita también venía a ser una especie de despedida: Sabía que esa tarde podía suceder cualquier cosa y deseaba verla antes de enfrentarse a lo que estuviera por venir, quería besar a su amuleto de la buena suerte para ir mejor protegido al combate. No planeaba hablarle del tema cuando la viera, desde luego, solo le pediría que no se fuera a casa al término de su jornada, que ideara algún pretexto y permaneciera unas horas más.

Ella protestó y se negó varias veces, ¿qué pensaba él, que lo que hacía no era trabajo?, tenía derecho a descansar, «Una no es de hierro, ¿no?, y en mi casa me esperan..., ya sabes cómo es mi papá...» No obstante, aceptó de inmediato cuando, a falta de mejor argumento, él pronunció las palabras mágicas que hacía tanto ella ansiaba oír: «Va a ser hoy», «¿Seguro?», «Seguro», «¿De todas, todas?, ¿no será como otras veces?, ¿como el diez?», «Te digo que no...; de verdad que es hoy.» Ella lo miró, súbitamente muy seria. «¿Qué hubo, muchachita...?, ¿te asustaste con la noticia?»

La noticia no la asustaba, desde luego que no, si era lo que tanto habían esperado, el momento en cuyos preparativos habían arriesgado la vida mil veces, ¿por qué habría de asustarse?, «Claro que no, ¿quién te crees que soy?» Pero algo la intranquilizaba en ese instante, algo menos perceptible que el miedo, pero tan paralizante como él: Al oírlo había recordado que en la noche anterior la había asaltado un sueño del que había despertado preocupada. No le comentó nada, pues ni siquiera recordó el sueño en su totalidad, apenas el sentimiento que le había dejado al levantarse. Y la sensación, ahora, de que las palabras de Pepe guardaban relación con lo que había soñado. Se limitó a sonreírle y recomendarle prudencia en lo que hiciera, «Cuídate mucho, Peligro.» Pocas veces lo llamaba así, y él no dejó de advertirlo, pero prefirió no mencionarlo.

«¿Yo?, ¿por qué?», «No te hagas el desentendido..., sabes bien...», «No, no sé...», «Solo cuídate..., ¿quieres?», «No puedo creer que tengas miedo...», «Bueno..., no sé qué tengo..., miedo no es, no», «Vamos, mi brujita, que no se diga...», «Quiero volver a verte..., hoy mismo...», «Claro que sí, que me vas a ver... Hoy, mañana, pasado..., todos los días... ¿por qué no?» En su rostro se dibujó esa sonrisa que ella tantas veces le había visto en momentos de gran tensión, transmitiendo tranquilidad, «Es más... aquí te traigo esto..., para que veas...», le mostró un periódico, «Hoy por la noche vamos a salir juntos, te invito..., hay un estreno en El Sótano... Vamos a verlo», «Déjate de esas cosas..., solo cuídate, ¿esta bien?», «Cosa ninguna, hablo en serio... Mira en las páginas de espectáculos.» Le puso el periódico en las manos; ella miró, con desgano. Era cierto, en una de las páginas interiores se anunciaba que a las nueve y treinta de esa noche, trece de marzo de 1957, Paco Alfonso estrenaba *La mujer que tenía el corazón pequeño* en el teatro El Sótano...

«¿Viste? Esta noche, después que pase todo, usted, jovencita, se va conmigo al teatro..., vas a ver que sí.» Le dio un beso en la mejilla, hizo un gesto de adiós con la mano

izquierda en alto, ya vuelto de espaldas, y dio unos pasos sin mirar para ella. De repente se detuvo, volvió atrás; en la mano derecha llevaba un pequeño cono de papel blanco, con el agradable aroma del maní tostado; se lo puso con gesto cómico casi en las mismas narices, mientras cantaba, sonriendo, «Si te quieres por el pico divertir, cómprame un cucurucho de maní», le entregó el paquetito y, sin darle tiempo a decir «Gracias», dio media vuelta otra vez y se marchó, canturreando «El manisero se va, se vaaaa...» Llevaba el brazo derecho doblado como si cargara la tradicional lata del vendedor de maní, mientras agitaba el izquierdo de un lado a otro en señal de despedida; bamboleaba el cuerpo ligeramente, acompañando el ritmo de la canción, como remedando los movimientos de Rita Montaner. Quien lo viera diría que era el más despreocupado de los hombres.

Mientras lo veía alejarse, las escenas del sueño regresaron a ella, esta vez nítidas, «¿Qué habrá querido decir ese sueño?»

«Lo del maní me hizo reír en un primer momento, pero enseguida sospeché. La invitación era una historia mal contada; él sabía que no me gustan los días de estreno», le comentaría años después a Oscar, «Ese es el día en que más se ven las costuras de la puesta, es cuando los actores salen fuera de tiempo o tropiezan unos con otros, cuando caen cosas o se rompen en medio de la representación»; él, es verdad, lo disfrutaba, le encontraba un sabor especial a esa especie de gran ensayo general en que todos los que están sobre el escenario se ponen de acuerdo con su espacio y con su público, «Era raro que fuéramos juntos a un estreno.» También era una invitación insólita, como quiera que se mirara; con tanto como habría que hacer una vez tomado el Palacio y comenzada la insurrección a que llamaría José Antonio, a quién se le iba a ocurrir perder el tiempo, suponiendo que le abundara, asistiendo al teatro, nada menos que para una función de estreno. Claro que no estaba invitándola en serio y ella lo sabía, solo trataba de desviarle los pensamientos hacia algo distinto de lo que habría de ocurrir en unas horas.



Al momento de abrir la portezuela del carro, Pepe lanzó una mirada alrededor y vio, por la calle Colón, algo en que no había reparado antes, «Coño, Faure, ¿te fijaste en eso allí?» No, no se había percatado de nada, ¿él no había visto que estaba durmiendo? Miró hacia donde señalaba el amigo y lo que vio le hizo soltar una palabrota: En las calles aledañas al Palacio era visible un obstáculo con el que no se había contado, varias barreras de madera impedían el paso hacia la puerta de Colón, lo que eliminaba por completo el factor sorpresa imprescindible para la acción. ¿Cómo llegar hasta la reja de la entrada sin ser advertidos por los centinelas? Imposible. Había, además, algunos carros del Servicio de Inteligencia Militar apostados por las calles colindantes, pero eso era algo habitual; ellos, en realidad, no significaban un obstáculo, no estaban en posición que impidiera el paso. Las barreras, en cambio, sí lo impedían, si alguien intentara cruzarlas, de inmediato se cerraría la reja del Palacio y sería imposible penetrar en el edificio. El plan estaba fracasado antes de ponerse en ejecución.

«¡Mierda! No puedo creerlo», «Pues créelo, compadre, porque es verdad», «¿Será casualidad o será que se filtró algo?», «Ojalá que sea casualidad, porque si es lo segundo, se nos jodió todo», «¿Habría que aplazarlo?, ¿otra vez?», «Otro aplazamiento es peligroso, habría que abortar el plan definitivamente», «¡Y a estas alturas, compadre!, después de tanto esfuerzo...»

Recordaban que suspender el plan había sido una peligrosa posibilidad que estuvo a punto de materializarse unos días antes, cuando Pepe trajo la información sobre los resultados de su entrevista con el principal responsable de la operación de apoyo, a quien conocía desde los tiempos de cayo Confites, y en quien no confiaba. Faure había notado en ese jefe cierto escepticismo en cuanto a los resultados de la acción, y estaba convencido de que su coordinación con sus lugartenientes

era bastante floja, «No le veo dominio sobre sus hombres», había comentado con el amigo al darle el encargo; además, y esto no era ninguna impresión, era algo muy objetivo, se sentía preocupado porque todavía no se había presentado el plan que el comando de apoyo ejecutaría el día señalado; la idea general se sabía, desde luego, pues era la misma que habían indicado José Antonio y Carlos, pero faltaban los pormenores, la forma en que se garantizaría el cumplimiento de los distintos pasos de la acción, de modo que encargó a Pepe la misión de reunirse con el jefe del grupo y observar en el terreno cómo marchaban los preparativos, «Date una vuelta por allá a ver por qué están demorando las cosas; conversa con esa gente, que no parezca que estás controlando lo que hacen, pero toma nota de todo. A mí me da mala espina, me temo que a última hora se nos vayan a rajarse o no hagan las cosas como debe ser.»

Horas después, Pepe regresaba y le informaba sobre el ambiente que había observado entre los encargados de dar las órdenes precisas y en el momento adecuado para que la operación de apoyo funcionara: «Compadre, aquello allí no me hizo ninguna gracia», «¿Qué fue lo que viste?, a ver, dame todos los detalles», «Mira, vi alguna gente buena, que no nos fallaría por nada del mundo, harán lo que haya que hacer, pero algunos jefes no me parece que valgan la pena, quizás hayan sido muy revolucionarios antes, pero ahora son alarde nada más, no pienso que se metan en la candela si la cosa va en serio. Yo no me confiaría en ellos, nos la pueden dejar en las manos», «¿Y el jefe?», «Otro que bien baila... Es como pensabas, muestra poco control sobre la gente, y yo tampoco lo veo demasiado convencido de lo que tiene que hacer, lo mismo que decías... Puede rajarse a última hora. No me extrañaría.»

«Que el propio Peligro se encargue del grupo de apoyo, él reúne las cualidades para hacerlo: capacidad, valor, decisión, interés en el triunfo de nuestro plan, lleva años con nosotros... Vaya, que con él sí que no va a haber casualidades», propuso

Faure más tarde a sus compañeros. Carlos estaba de acuerdo con él en cuanto a las condiciones de Pepe para asumir la jefatura del comando de apoyo, y admitió que quizás siempre se debió haber pensado en esa posibilidad, pero también hizo notar que era tarde para una decisión de ese tipo, «A estas alturas el cambio de jefe no dejará de traer consecuencias negativas, es un riesgo grande, desmoralizador», habría disgustos y celos, y quién quitaba que, al sentirse ofendidos porque no hubo confianza en ellos, algunos podrían considerarse liberados de la palabra empeñada, incluida la de guardar silencio, podrían hablar indebidamente, lo que sería una grave amenaza para lo que se había logrado hasta entonces. Que las acciones se ejecutaran sin su participación significaría, además, poner en entredicho la imagen de hombres dispuestos a todo que algunos de esos jefes habían cultivado, y de ahí a que intencionalmente hicieran lo posible para que fracasara el plan no había más que un paso, con las consecuencias que era de suponer. «Que el plan fracasara antes de que lo hayamos puesto en ejecución... Impensable. Nunca más levantamos cabeza. No quiero ni imaginarlo...»

En fin, que la sustitución de los jefes le parecía inviable, había que pensar en alguna otra opción.

«Y, ya desde el punto de vista personal, para mí también cuenta que nosotros somos como hermanos», insistió Carlos, refiriéndose al jefe del grupo de apoyo. Mantenían una amistad de larga data, todos lo sabían; se habían conocido en los tiempos de la guerra de España, más adelante habían estado juntos en lo de Cayo Confites, ambos con grados de capitán. Admitía que era bastante flojo como jefe, le faltaba iniciativa y decisión, y además se había rodeado de varios elementos que no servían para nada, gente procedente de algunas de las bandas de gánsteres que habían proliferado en el país, pero confiaba en él como persona. «Yo confío en él, y sé que a la hora de la verdad no va a fallar, no es ningún cobarde y sabe que yo estaré allí dentro, batiéndome contra la policía de Batista, no va a dejarme abandonado. Es mi amigo, aunque

sea por esa razón, no va a fallar.» Por poco efectivo que fuera moviendo a los combatientes, sería suficiente que movilizara nada más que una parte de los efectivos para que el éxito estuviera asegurado. «Con el armamento que tienen, solo con la cuarta parte que participe, ya ganamos.»

La afirmación no estaba tan descaminada, lo admitían, el comando de apoyo estaba formado por unas cien personas que al momento de iniciarse el ataque estarían situadas, en pequeños grupos para no llamar la atención, en lugares cercanos al Palacio; una parte estaría un poco más lejos, pero comunicados por teléfono, pues por ser tantos no había posibilidad de acuartellos a todos. Cada grupo esperaría la señal convenida para acudir a tomar las armas, integrar el comando y emprender la acción de apoyo exterior a los que se encontrarían combatiendo en el interior del edificio. Siendo así, si participaban al menos veinticinco de ellos, las posibilidades de triunfo eran grandes, porque el armamento que tendrían a su disposición era el más poderoso con que se contaba para toda la acción: Además de fusiles de repetición y automáticos, disponían de unas diez ametralladoras calibre 30, y hasta de una calibre 50 montada sobre el eje de un camión, un poder de fuego muchas veces superior al que poseería el primer grupo comando, obligadamente más ligero, y ello sería más que suficiente para llevar adelante con éxito esa parte del plan. Bastaba una porción de ese poder de fuego para cumplir su misión, que era controlar los edificios altos más cercanos al Palacio, como Bellas Artes, la fábrica de tabacos, el hotel Sevilla y algún otro sitio, lugares donde con seguridad no encontrarían casi resistencia, o al menos no tanta como los que atacarían al Palacio. Después de tomados los edificios, deberían emplazar las ametralladoras en las respectivas azoteas, para desde allí castigar con sus disparos a la guarnición palaciega, que tendría que ceder y rendirse, atacada desde dentro y desde fuera. Desde esas posiciones también impedirían una posible fuga de Batista en helicóptero desde la azotea, contingencia nada improbable y que les podría escamotear la victoria.

Ya que sustituir al jefe del grupo de apoyo a esas alturas parecía una medida impracticable y ciertamente para el éxito de la acción sería suficiente que se movilizara una parte del comando, quedaban solo dos posibilidades: suspender la operación o dejarlo todo como estaba y seguir adelante con el plan acordado. «Entre las opciones de sustituir al jefe, suspender la operación ahora que estamos a mitad de camino, o confiar y seguir con los preparativos, yo escogería la tercera, aunque sea un riesgo», propuso Carlos. Faure discrepó. Otros opinaron y no hubo acuerdo. De todos modos, no podían decidir nada, era José Antonio el único que podía tomar una determinación sobre el asunto; él era el jefe máximo acatado por todos, respetado incluso por los que no eran del Directorio, y le correspondía decir la última palabra en ese o en cualquier otro asunto. En eso todos estaban de acuerdo. Fueron a informarlo.

José Antonio no quiso decidir sin antes oír las consideraciones del resto de la dirigencia del Directorio. Callado, escuchando atentamente los razonamientos, esperó a que cada cual expusiera sus criterios. No era la primera vez que se veía obligado a decidir en medio de una situación comprometida, en que las posiciones de sus compañeros estaban encontradas. Poco tiempo antes, en diciembre, cuando el desembarco del yate Granma, Julio había propuesto tomar la Universidad y hacerse fuertes en ella, en tanto Pepe insistía en la creación de grupos pequeños, que se distribuyeran por distintas partes de la ciudad y en acciones breves atacaran los objetivos que se pusieran al alcance. Hubo una discusión muy seria, de una manera u otra, todos querían realizar acciones de apoyo al desembarco, el compromiso realizado en México lo exigía, el Directorio debería realizar una acción bien sonada en La Habana, como habían prometido en México. Nadie había tomado en cuenta, en la discusión, la realidad de que el Directorio, aunque estaba muy bien organizado, tenía mucha experiencia de lucha callejera y contaba con la simpatía popular, no disponía en ese momento del armamento y los demás recursos

imprescindibles para una acción que realmente se constituyera en apoyo a los combatientes que habían desembarcado por Oriente, y no en una inmolación improductiva. «Pues o no estoy de acuerdo con ninguna de las dos ideas, dejarse matar sin más ni más no tiene ninguna gracia, no es eso lo que el pueblo espera de nosotros, ni fue ese el compromiso.» No, ellos cumplirían la palabra empeñada, pero tendrían que hacerlo de una manera efectiva, que llevara al fin de la dictadura, no podían arriesgarse a un mero gesto simbólico que significaría la muerte infructuosa de compañeros y pusiera en riesgo la existencia del movimiento, «Y eso sin contar la de infelices que, sin comerla ni beberla, serían asesinados por la policía en la represión que al momento se va a desatar. No, yo asumo la responsabilidad; tenemos que esperar y crear las condiciones. Entonces sí, duro y a la cabeza.»

Eso había sido unos meses antes, y todos acataron la decisión, que después se mostró acertada; del mismo modo, esta vez escuchó las diversas opiniones, meditó unos minutos y habló:

«Miren, lo que informa Pepe es grave, y en principio estoy de acuerdo con lo que opinan él y Faure, pero también me parece que si a estas alturas sustituimos a los jefes corremos un riesgo muy grande que no podemos asumir, como bien dijo Carlos. Suspender el proyecto y dejarlo para otra ocasión tampoco podemos, todo está demasiado adelantado, muchos compañeros están acuartelados, la armas trasladadas, en fin, hemos andado más de la mitad del camino... No nos queda otra alternativa que continuar adelante, están en juego muchas cosas, incluso el propio prestigio del Directorio, la gente cree en nosotros... Y no falta mucho para que la policía nos caiga encima, ellos no están asando maíz, algo tienen que haberse olido, aunque no sepan qué. O lo hacemos ahora o habrá muchos compañeros encerrados, torturados, asesinados, aparecidos a la orilla de las carreteras, y sin que hayamos hecho nada. En el peor de los casos, suponiendo que a

fin de cuentas los jefes no cumplan su parte, sabemos dónde localizar las armas y a los compañeros... Ellos me seguirían si los convoco. Cuando termine mi parte, puedo ir para allá, ponerme al frente de ellos, movilizarlos, la operación iría de todas formas... No, no podemos parar ahora, tenemos que hacerlo... De todas, todas... Pero nos va a salir bien, ya lo verán... Y si fracasamos..., de todos modos habremos cumplido nuestro compromiso con el pueblo, nadie podrá decir que el Directorio falló, que promete y no cumple, como hace otra gente.»

Con el apoyo de la mayoría de los presentes, José Antonio decidió que se debía continuar con el plan como había sido acordado desde el principio.

Eso había sido en aquella ocasión, no hacía muchos días, cuando suspender la acción era, aunque riesgosa, una posibilidad que se podía considerar; pero suspenderla cuando faltaban pocas horas para que comenzara equivalía a un suicidio: Era como si se hubiera echado a andar el detonador de una bomba de tiempo, no había modo de hacerlo retroceder sin exponerse al riesgo de que el artefacto estalle en las manos. Los combatientes estaban acuartelados en su totalidad, incluidos los llegados de Pinar del Río y Guanajay, la mayor parte de los que integraban el grupo de apoyo deberían de estar en esos momentos dirigiéndose a ocupar sus posiciones en distintos lugares, disimuladamente, como si estuviera de paso; los planes habían sido más que discutidos y aprobados, y cada participante conocía la misión que le correspondía ejecutar. Detener a estas alturas sembraría la desmoralización entre muchos combatientes, sin contar la posibilidad de alguna indiscreción que pusiera a la policía sobre la pista de lo que estuvo a punto de ocurrir. Sería muy difícil y costoso reorganizarse después de un fracaso así.

No, algo había que hacer, y ellos ahí parados no podían decidir nada. «Vamos a buscar a Carlos, a ver qué piensa él», dijo Faure.

Al poco rato regresaron con Carlos, dieron un par de vueltas lo más cerca que pudieron de Palacio y comprobaron que la situación continuaba igual. «Pensamos que tal vez hubo alguna filtración; quizás no es que sepan que algo va a ocurrir específicamente hoy, pero sí que tengan alguna sospecha acerca de que algún grupo está haciendo algo en ese sentido y tomaron precauciones», le comentó Faure a Carlos. «Pues, mira, compadre, si la cosa es así, esto pinta mal», «Quizás haya que esperar a mañana», «¿Y no podría ser que las barreras siempre estuvieron ahí?», «Yo no lo creo mucho», «Si fuera así, ya lo sabríamos, Armando lo habría informado hace mucho», «Sea como sea», concluyó Carlos, «Esto no puede estar peor, mejor nos vamos al cuartel general a ver qué se nos ocurre, no podemos seguir dando vueltas por aquí, vamos a llamar la atención... Y vamos a ver qué sabe Armando.»

Armando, el miembro de la Comisión Militar del Directorio que dirigía la operación de vigilancia sobre los movimientos de Batista y había informado que se encontraba en Palacio ese día, ratificó que las barreras no estaban siempre. Pero no tardaron mucho en enterarse de que la alarma había sido en vano. «No es nada de lo que ustedes piensan», informó uno de los combatientes que estaban en el cuartel general cuando oyó el comentario de Faure; él había trabajado en una ruta de ómnibus que pasaba por ese lugar, y sabía que era normal que esas barreras estuvieran allí algunas veces, las ponían cuando Batista dormía en Palacio, para evitar que el ruido de los vehículos al pasar lo molestara, «En cuanto se levante las quitan, van a ver», «¿Seguro?», «Más que seguro..., esperen un ratito y ya van a ver.»

Un poco más tarde, sobre las once de la mañana, Armando avisó que ya habían sido retiradas las barreras. Por tanto, el inquilino de la mansión se había levantado. «El acceso a la guarida del bicho está libre», comentó Pepe, «El resto de la historia es ahora con nosotros.» Con Batista se encontraban ya algunos ministros y otros personajes importantes del



gobierno, había informado también Armando. «Mejor que mejor, agarrar a la mayor cantidad de ellos en su cueva va a facilitar la insurrección», comentó Carlos al saberlo. Indicó a Armando que, de todos modos, no levantara el operativo de vigilancia mientras no comenzara el ataque.

Gracias al receptor de frecuencia modulada instalado en el cuartel general por la previsión y las habilidades de Pepe, que había sabido aprovechar algunas de las piezas que guardó en marzo de 1952, y a una clave que se había conseguido con la ayuda de un colaborador del Directorio, se mantenía además la vigilancia sobre los movimientos de las radiopatrullas. Varios miembros del comando se turnaban frente al radioreceptor para no perder ni por un segundo esa vía de información, que podía resultar esencial. Ahora no había más que esperar que llegara la hora acordada para apresarlos en su propia guarida y comenzar la sublevación en la capital del país.

La historia echaría a andar al fin, su página más hermosa ya se iba a escribir. Las horas de la dictadura estaban contadas.

## Echando a andar

*Hagamos votos por que la causa de la paz y del orden prevalezca, y juntemos nuestros corazones para hacerlos sentir solo por Cuba, por su prestigio y por su progreso; y porque la única política para alcanzar la cúspide de la gobernación, sea aquella que se derive de la voluntad popular, de la Constitución y de las leyes.*

Fulgencio Batista

Ataja, abril 3 de 1957 «Banqueros y entidades de crédito con el Presidente»

Veinticinco años después, Enrique recordaría ese momento. Habían sido más de diez años de amistad, reforzada en el inhóspito terreno de cayo Confites, entre el salitre y la arena por un lado y el mar por el otro, juntos en una isla hasta entonces desierta, apartados del mundo y alternando la rudeza del entrenamiento de campaña con el hambre, la sed, los mosquitos, las diarreas y la vida casi en la intemperie total, para al final regresar a casa con el sabor de la peor de las derrotas, la de no haber podido siquiera probar fuerzas con el enemigo. En los últimos cinco años, la amistad continuaba, llevando ambos una doble vida, por una parte eran ciudadanos respetables y respetuosos del orden establecido, y por otra hombres de intensa actividad como luchadores clandestinos. Y el tiempo pasó hasta alcanzar este día y este instante en que José Antonio los convocó para que formaran parte de la acción más extraordinaria de que tendría noticia la ciudad de La Habana en sus varios siglos de historia.

No partirían juntos esta vez, las misiones en que debían participar serían paralelas y en lugares diferentes; no podrán decirse en el momento de mayor peligro, como en tantas ocasiones anteriores, «A mi lado está Pepe, todo va a salir bien; A mi lado está Enrique, todo va a salir bien.» Han de decirse hasta luego y desearse suerte como si fuera un día cualquiera, acaso hacer alguna broma relativa a lo que a cada uno corresponde, para restarle importancia.

Él había llegado al cuartel general un poco antes, cerca del mediodía, para reunirse con Faure, Menelao y Carlos e intercambiar información con ellos; luego seguiría a encontrarse con José Antonio, con quien partiría hacia la toma de la estación de radio con un grupo de unos veinte combatientes. Ya que había llegado al apartamento donde estaban acuartelados, aprovechaba para despedirse de sus compañeros. Ya había cumplido la misión que lo había llevado hasta allí, ya había saludado a sus amigos; la gente se aprestaba para la partida y era la hora de separarse, José Antonio estaría esperando por su informe de último momento. Se acababa el tiempo. Pero se había quedado detenido frente a Pepe, mirándolo, y no podía moverse, los pies no lo obedecían. Y Pepe parecía una estatua, sin vida nada más que en los ojos. Repentinamente, dos de los combatientes más fogueados entre los allí presentes se encontraban imposibilitados de cualquier movimiento, como si la trascendencia del momento que vivían los hubiera paralizado. Dos hombres parados el uno frente al otro, sin hablar, sin moverse, como clavados en el suelo. Enrique tenía la mente en blanco, nada se le ocurría, ninguna palabra acudía en su ayuda para romper con su magia la inercia en que se hallaban sumidos. Si al menos Pepe intercalara alguna de sus acostumbradas ocurrencias... Que haga un chiste salvador.

Al principio, en cayo Confites, esas salidas humorísticas de Pepe en momentos de extrema tensión lo sacaban de quicio, ¿a quién se le ocurre hacer una broma cuando parece que todo está perdido? Poco a poco aprendió a aceptar sus razones, «En

definitiva, si nos van a matar, ya habrá tiempo de ponerse serio, ¿no?» Mientras tanto, no había que morirse la víspera.

Esta vez no llegaba la esperada salida ocurrente, Pepe se mantenía silencioso, mirándolo con una semi sonrisa enigmática, como esperando por él, y él continuaba imposibilitado de retirarse. Faure, que estaba muy cerca de ellos, se percató de que algo les ocurría. «Los segundos cuentan, hay que comenzar a mover a la gente», dijo como de pasada, sin dirigirse a nadie en particular, y le dio un rápido abrazo a Enrique, «Bueno, hermano, suerte; nos vemos dentro de un rato.» Enrique reaccionó, «Coño, es verdad; se me hace tarde, me tengo que ir. José Antonio me espera.» Le dio con el dorso de la mano un suave golpe en el pecho a Pepe, que le dedicó una amplia sonrisa, sin moverse ni proferir ninguna palabra, «Nos vemos, Peligro.» Volvió la espalda, y mientras se dirigía a la puerta escuchó detrás la voz del amigo, «Nos vemos, hermano; cuídate.»

No miró atrás para un último adiós con la mano. Juan Pedro, que cuidaba la puerta, la abrió para que saliera y le dio una palmada en el hombro cuando salió. Otro amigo que se despedía.

De repente sintió la urgencia de volverse atrás para mirar de nuevo la camisa que llevaba puesta Pepe. No era algo que se pudiera racionalizar; simplemente, sintió que era imprescindible estar seguro de su color. «¿Es blanca?» Con un vago sentimiento de desolación, comprendió que no había memorizado ese dato. Por eso mismo sentía la angustia de no saber el color de la camisa. Era como si en su interior algo ordenara que lo recordara. No podía irse a cumplir su misión sin acordarse de la camisa de Pepe. Tenía que representarse en la mente la imagen del amigo que acababa de despedir, el amigo que, dentro de muy poco tiempo, estaría con un arma en la mano enfrentándose a la muerte, y para ello la camisa era imprescindible. Debía registrar para siempre esa escena de la despedida, de lo contrario algo grave podría ocurrir. La ausencia de color en la camisa le impedía visualizar el recuerdo que, acaso, pudiera resultar trascendente.

«¿Es morada?», se preguntó, angustiado.

Tenía que asegurarse.

Se detuvo instintivamente para volver atrás y cerciorarse. «Tengo que averiguarlo.» Sacudió la cabeza, hizo un esfuerzo y continuó la marcha, «Qué tontería la mía. Es morada, claro que sí, yo bien que la vi; además, ¿qué importancia tiene eso?» No, no miraría, no debía hacerlo, no debía incurrir en misticismos tontos. Y el tiempo apremiaba.

Mucho tiempo después se confesaría que no fue esa la razón para no inventar un pretexto y volver atrás, al apartamento. En realidad, algo parecido al miedo se lo había impedido, ¿y si mirara y la camisa fuera, por ejemplo, blanca, o azul pálido? La diferencia en los datos acaso encerrara una connotación terrible. No podía pensar en eso. Tenía que obligarse a recordar a Pepe con una camisa morada en el momento de la despedida. Veinticinco años después, al evocar aquella mañana del día trece de marzo, eso sería lo que escribiera, que era morada, aunque en realidad nunca estuvo seguro.

Oyó el leve sonido de la puerta cerrada detrás de sí. Allá dentro quedaba el amigo que en pocas horas estaría batiéndose con la guardia del dictador. Un susurro que creyó oír era seguramente la voz de él dando instrucciones a los menos experimentados. Era el mismo Pepe de siempre... Apresuró el paso para alejarse lo antes posible, para llegar hasta donde lo esperaban José Antonio y sus compañeros del otro comando, para meterse de lleno en la misión encomendada y de esa manera no regresar a estas fantasías, porque de repente le había pasado por la cabeza la idea de que no se trataba de que la camisa de Pepe fuera morada, sino de que la había visto así porque en su mente la había representado completamente manchada de sangre.

«Andando, que son las tres de la tarde», ordenó Carlos, al momento de abrir la portezuela para situarse al lado de Luis Felipe, que iría como chofer del primer carro, y de inmediato echó a andar la caravana. Poco después, avanzando por las

primeras cuadras, pensaría que tal vez hubiera sido correcto soltar una pequeña arenga de último momento, expresar algunos conceptos destinados a elevar los ánimos, alguna frase que quedara grabada en letras de oro en la memoria de los combatientes, y que después recordarían los cronistas e historiadores sin tener que inventarlas como en ocasiones hacen, pero de inmediato se contestó que eso está bien en las películas de guerra, El general arengando a la tropa antes del combate, si bien él no era general, sino capitán, con sus grados muy bien ganados, eso sí, en la defensa de la República Española primero, y como miembro del ejército francés en la Segunda Guerra Mundial después, y en definitiva eso de las arengas a la tropa es una simpleza, por bellas o inspiradoras que sean las palabras, a nada conducen si los destinatarios de ellas no están previamente convencidos de lo que tienen que hacer. Y, si están convencidos, entonces resultan innecesarias, como en este caso, «Aquí no hay ni uno que no quiera estar en el primer puesto, en todo caso a lo que hay que exhortarlos es a que tengan cuidado, a que peleen con valentía, pero sin temeridad inútil.» Ya había sido suficiente con los versos que Machadito había leído una hora antes, y la advertencia que él mismo había hecho: «Vamos a un sacrificio que no tiene recompensa y en el que únicamente se puede encontrar la muerte... Los politiqueros están en acecho, para su provecho personal si se triunfa... Aunque lo logren, es necesario hacerlo, no vamos a parar por eso.»

«La hora en que mataron a Lola», acotó Pepe mentalmente al oír a Carlos, y sonrió mientras ocupaba su asiento. La sonrisa en su rostro contrastaba con la expresión concentrada de Faure y Osvaldito, dos de sus acompañantes en el segundo automóvil, que marcharía a una distancia prudencial del camión con el grueso de la gente, situado en el medio. Se sentía exultante; si le hubieran preguntado, acaso habría respondido que estaba feliz: Había llegado el momento culminante de mucho tiempo de preparativos, al fin iban a participar en una operación en grande, ante cuyas perspectivas las muchas

acciones en que se habían visto involucrado hasta el momento parecerían meros juegos de niños. Los demás se percataron de su sonrisa, pero no se extrañaron: No era el único esa tarde que se mostraba contento. Se prepararon para oír a continuación el chiste que estaría por soltar. Sería de esperar, por ejemplo, que se refiriera al hambre que todos sentían, pues se advirtió a todos que trataran de no comer, como medida de precaución por si alguien resultaba herido y había que operarlo de urgencia. Pero permanecía en silencio.

«¿Qué hubo, Peligro, no tienes ningún chistecito por ahí para amenizar?», preguntó Abelardo, el cuarto ocupante del automóvil, tan risueño como Pepe, volviéndose ligeramente hacia él. «No me digas que se te acabaron anoche», «Mejor que hables tú, que tienes un repertorio bien grande, y si en el Príncipe te bautizaron como El Locutor no sería por estar siempre callado», «Que hable todo lo que quiera, pero que atienda cómo maneja y no mire tanto para atrás, que un mínimo accidente ahora sería la peor desgracia que pudiera ocurrirnos», advirtió Faure, al ver que Abelardo se volvía hacia atrás para hablar con Pepe. «Está bien, está bien, compadre, pero no olvides que estás hablando con uno de los mejores choferes de este país», «Pues para que seas el mejor de todos procura que llegemos sin lío adonde tenemos que llegar», «Como usted mande, jefe.»

Todos rieron.

En verdad, como había dicho Pepe, no podría afirmarse que Abelardo fuera un hombre especialmente callado; aunque tenía un alto sentido de la responsabilidad y era un combatiente más que probado, el buen humor era su estado natural. Precisamente su agilidad y gracia para inventar y contar anécdotas y chistes había estado en la base del plan de evasión que él mismo había preparado meses atrás, cuando estaba preso en la prisión del Príncipe, plan que Pepe había complementado con otro de su creación para darle apoyo exterior a la fuga.

Se había hecho simpático a los guardias y había ganado su confianza. De los tres que debían fugarse, había sido el primero en llegar a la cárcel, por tanto llevaba más tiempo y había podido forjarse la imagen de persona tranquila y colaboradora que necesitaba para llevar adelante el plan. Aunque se encontraba allí por delito político, su trato amistoso hacia los custodios había hecho que la actitud de ellos hacia él no fuera demasiado estricta. Los guardias no desconocían que entre los presos políticos había algunos que realmente no lo eran, sino infelices que había caído en alguna redada por casualidad, en cualquier caso con mejor suerte que otros que morían asesinados sin saber por qué, y él actuaba de manera que los hacía dudar si era, o no, culpable de algo contra el gobierno. Más confuso quedarían cuando leyeran en la prensa, dos semanas más tarde, que estaba preso por hurto, según la información oficial. Por su desenvoltura, era quien presentaba a los artistas y servía de animador en los actos que ocasionalmente se celebraban en prisión; por ello y, desde luego, también por su locuacidad, los guardias le habían puesto el mote de El Locutor.

Abelardo, además, había establecido poco a poco la costumbre de hacer una colada de café todos los días a las ocho de la noche, beber él y quienes lo acompañaran en la celda. Después les brindaba a los que estuvieran de guardia durante la noche. En esa costumbre radicaba la clave para el plan de fuga.

Mientras recordaba momentos de la preparación y la realización del proyecto de fuga, que había mostrado a los propios participantes la capacidad organizativa que habían alcanzado, Pepe reparó en la coincidencia de que los cuatro combatientes que viajaban en el segundo auto habían tomado parte en la acción, Osvaldito y Abelardo por ser los evadidos, y Faure y él por haber sido miembros del grupo que los apoyó desde fuera; para mayor coincidencia, entonces Faure y él habían estado, como ahora, en el mismo automóvil. «¿Se habían fijado en eso?», les preguntó. Todos se habían dado



cuenta, le contestaron, y añadieron que les agradaba. «Hasta se podría interpretar como un buen augurio», comentó Abelardo, esta vez cuidándose de no volverse hacia atrás. «Y si se fijan, de paso estamos cumpliendo lo que nos pidió Mary el día diez, cuando se despidió de nosotros», agregó Osvaldito, recordando a la amiga que los había acompañado mientras estuvieron escondidos y que era su enlace con el exterior.

«Traten de mantenerse juntos..., no se separen, cuídense unos a otros», les había pedido Mary con voz emocionada, al decirles adiós.

Después de todo, tampoco era una casualidad tan rara que los cuatro estuvieran juntos, pensaba Pepe, la acción en que estaban a punto de participar era la más ambiciosa y abarcadora que nadie pudiera imaginar, y exigía poner en movimiento a todas las fuerzas del Directorio y las que se le habían unido en los últimos tiempos, era lógico que muchos coincidieran. «Para completar aquí nos faltaba ahora Julio, que iba con nosotros dos en el carro aquella noche», comentó Faure dirigiéndose a Osvaldito y Abelardo, «Bueno, no está aquí, pero está con nosotros de todas maneras», sentenció Abelardo, «Si está acompañando a José Antonio, va aquí con nosotros», «Desde el treinta de diciembre hemos estado siempre juntos, porque aquello de entonces se hizo para esto de hoy», completó Osvaldito.

Tenía razón, pensaba Pepe, el objetivo de la liberación de los prisioneros del Príncipe había sido precisamente contar con la participación de Daniel, Osvaldito y Abelardo, en la realización del gran proyecto de golpear a la dictadura en su punto principal y descabezarla; Daniel, que había sido prácticamente el brazo derecho de Menelao antes de caer preso, era el indicado, por su experiencia militar y capacidad para conducir hombres al combate, para encabezar junto con Carlos la acción que se preparaba; como afirmará Faure mucho tiempo después, el Directorio lo necesitaba como asesor del plan de ataque al Palacio. Y Abelardo y Osvaldito eran

dos combatientes resueltos y con mucha iniciativa, ideales para integrar el comando principal que debería darle caza al dictador en el interior de Palacio. La evasión, además, había mostrado cuál era la táctica que se debería aplicar para ejecutar con éxito el proyecto: Un grupo que actuara desde dentro y otro que apoyara desde fuera. En el caso de la fuga de la prisión, los de dentro, los tres presos, se encargarían de dar los pasos que posibilitarían la salida; fuera estarían tres automóviles con varios compañeros que los apoyarían disparando contra los guardias exteriores y después los recogerían para llevarlos a lugar seguro, precisamente la casa de Mary, siguiendo la parte del plan elaborada por Pepe. Algo similar, aunque en otra escala, ocurriría ahora, con la diferencia de que no se contaba con nadie dentro, por lo cual antes había que penetrar. Esa era la encomienda del comando que ellos cuatro tenían que cumplir, junto con los combatientes que se dirigían a Palacio en el otro automóvil y en el camión: Ellos, alrededor de cincuenta, serían los de adentro, y se encargarían de golpear y preparar condiciones para que los de fuera, más numerosos y con armamento más pesado, completaran la operación. Aquella primera acción, con la cual el Directorio había despedido el año 1956, había sido prácticamente el ensayo general para esta en que los cuatro volvían a verse juntos.

Si todo resultaba como esperaban, quizás esta fuera además la última acción militar en que tuvieran que participar; cuando menos, ya no actuarían de esta forma, como grupo clandestino escondido y perseguido, sino como vanguardia armada, reconocida y organizada, que dirigiría la gran sublevación popular que se produciría una vez que el pueblo se enterara de la desaparición del dictador. El régimen se derrumbaría, y ya lo mejor de la juventud no tendría que andar jugándose la vida cada día, como habían tenido que hacer ellos, sino apenas vivir su tiempo de jóvenes, soñar, amar, trabajar. Era la idea que guiaba a los cuatro.

La fuga de la prisión del Príncipe no había sido la primera acción en grande que la organización ejecutaba, recordaba Pepe, pues dos meses antes, en octubre, se había producido el ajusticiamiento de Blanco Rico, el jefe del tan temido Servicio de Inteligencia Militar, operación exitosa que había sembrado el pánico entre los miembros de las fuerzas represivas. Pero la evasión de los prisioneros había sido, como quiera que se mirara, la más importante y compleja realizada hasta entonces, por los trabajos de preparación y aseguramiento logístico que hubo que desplegar antes y después. Una operación como esa exigía coordinar las acciones de los que debían evadirse con las de quienes los apoyarían desde fuera, sin contar que había que preparar un lugar seguro donde proporcionarles refugio, además de la introducción de algunas armas en la prisión, para que los tres presos ejecutaran su parte. Se había logrado introducir dos pistolas, un revólver y seis granadas, y ello había sido una muestra de las posibilidades organizativas del Directorio. «Todo sin que la gente de Batista se oliera ni un tantico así de lo que pasaba», comentó Osvaldito.

Descontando algunas imprecisiones, todo se ejecutó según se había planeado, y como consecuencia de ello ahora estaban en camino hacia la acción más trascendental de sus vidas y la más sonada en la historia de la República.

«Todo se ejecutó según lo planeado, es cierto», pensaba Pepe, pero la afirmación no le resultaba del todo exacta, porque, aunque hubiera sido exitoso, el resultado les había dejado un sabor amargo. Ciertamente Abelardo y Osvaldito estaban ahí, a su lado, habían logrado fugarse como estaba concebido y la policía no había podido dar con ellos en los meses transcurridos, pero habían ocurrido hechos que no podían preverse y lo obligaban a mezclar en el recuerdo satisfacción y amargura.

Ante todo, había muerto una persona que no tenía nada que ver en el asunto, una mujer que nadie jamás supo qué hacía a esas horas de la noche en un lugar tan solitario y oscuro como las escaleras del Príncipe, para colmo el penúltimo día

del año. Algo imprevisible por completo. Se supone que quedó atrapada en medio de la balacera, pero tampoco se podría saber nunca de dónde provenía la bala que la mató. «Pudo haber sido cualquiera de nosotros», pensó Pepe, «Lo mismo que pudo haber sido cualquiera de los guardias.»

«¡Pobre mujer, qué horror!», había comentado en su momento la cuñada de Pepe al oír la noticia, vuelta hacia él, que estaba sentado a su lado, «¿Qué culpa tenía ella?, ¿por qué tenía que morir así?», Pepe, muy serio, comentó que le parecía doloroso que alguien muriera de una manera tan absurda, atrapado entre dos fuegos y sin tener nada que ver con lo que ocurría, sin saber ni por qué se muere, mientras se preguntaba interiormente qué opinaría ella si supiera que él había sido uno de los protagonistas de los sucesos de esa noche ¿habría sido uno de sus disparos el que la mató?, ¿cómo estar seguro de que uno es inocente, en casos como ese? Pero, además, ¿había alternativa, cómo adivinar que había allí alguien que no debía estar? Es terrible pensar que tenga que morir gente inocente. Con tanto que José Antonio alerta sobre eso. «De todas maneras», agregó, «¿No te resulta extraño que estuviera en ese lugar, ese día del año, y a esa hora? No parece normal...», «No sé, tal vez tenía una cita con algún guardia..., qué sé yo», «Sí, quizás haya sido eso...Una cita de amor que se convirtió en encuentro con la muerte.»

Fue una coincidencia lamentable, pero esa noche fue amarga por algo más, también imposible de prever. Daniel, amigo de Pepe desde los tiempos de cayo Confites y llamado a dirigir las fuerzas del Directorio en el combate que se avecinaba, también fue víctima de un trágico azar mientras intentaba escapar. «El plan era bueno, todo iba bien, pero la fatalidad nos jugó una mala pasada esa vez», pensó Pepe al recordarlo, «Esperemos que hoy la mala suerte se olvide de nosotros y nos deje tranquilos.»

Con cuarenta y un años a cuestas, algo pasado de peso, Daniel tropezó en la escalinata en la ladera de la colina donde está la cárcel; no pudo saltar el obstáculo con suficiente agilidad, cayó y dio con fuerza contra el suelo; por

la violencia del golpe se fracturó ambos tobillos y se lastimó la columna vertebral. Quedó tendido, imposibilitado de continuar. Osvaldito, que se había dejado caer por la ladera del castillo, después de haber lanzado una granada a la garita de los guardias y de escapar casi por milagro de los disparos de sus propios compañeros, que lo hacían fuera del lugar y disparaban para apoyar su fuga, al llegar abajo encontró a Daniel en el piso e intentó levantarlo. Imposible, no podía siquiera apoyar los pies. «Vete, guajiro, que yo ya me jodí», «No hables mierda y apóyate en mí, que yo te saco de aquí.» Siguió intentándolo, pero los esfuerzos resultaban inútiles: Daniel no podía colaborar, y en esas condiciones resultaba demasiado pesado hasta para un hombre como Osvaldito, acostumbrado al trabajo rudo en el Mercado Único. «Sigue tú solo, que yo no puedo ni moverme», «Yo te saco como sea, mi hermano, vas a ver», «Sabes bien que eso es mentira, dale, vete..., me tocó joderme», «Pues si no puedo sacarte me quedo aquí contigo», «No seas bruto, guajiro, que te van a matar por gusto», «Me da lo mismo... Dale, agárrate de mi cuello...», «De eso nada..., es inútil... Dale tú, corre mientras tengas tiempo, piérdete», «Por ahí viene una máquina, voy a pararla.»

Cierto, un automóvil se acercaba; soltó a Daniel, corrió hacia la calle e hizo señas; el conductor inicialmente redujo la marcha al ver un hombre detenido casi en medio de la calle, pero enseguida hizo un leve giro y aceleró. Osvaldito, que se había lanzado a abrir la portezuela sin esperar a que el chofer hubiera detenido la marcha, debió soltarla de inmediato, pues habría sido arrastrado. «¿Estás viendo?, es imposible», «No me importa, no voy a dejarte solo», «Tiene que ser así, compadre, al que le tocó joderse se jode, pero que no se jodan los demás; no nos podemos dar el lujo de perder gente, no somos tantos», «Que no te dejes...», «Y no resuelves nada; haces falta vivo y fuera de aquí... Si nos matan a los dos, ¿de qué valió lo que hicimos?», «Me quedo de todos modos...», «¡Que te acabes de ir, carajo!»

Esta vez la voz de Daniel ya no era la del compañero que trata de convencer a otro de sus razones, era la orden perentoria del oficial al subordinado.

Osvaldito titubeaba; por una parte el amigo tenía razón, pero por otra le dolía dejarlo solo y a expensas de que lo agarrara la policía, seguramente lo torturarían hasta la muerte. Daniel pareció adivinar su pensamiento, «Oye, no te preocupes, que no me van a agarrar vivo. Tengo la pistola, se la voy a poner difícil. Ahora piérdete, compadre, adiós.» Osvaldito sintió un estremecimiento, se levantó de un tirón, «Está bien... ¡Mierda, coño!», y comenzó a alejarse lentamente, dando pasos como de borracho, ¿por qué tenía que suceder una cosa así? «Una cosa», la voz del amigo a sus espaldas lo hizo detenerse otra vez; con seguridad cambió de idea y lo llamaba para que lo acompañara a morir; pues bien, a su lado lo tendría cuando vinieran los asesinos.

«Dile a Carlos que aunque los mosqueteros ahora solo sean dos, yo sé que ellos van a batirse por los tres... Y que sepa que este mosquetero dio la pelea hasta el último momento.»

Osvaldito no entendió del todo el mensaje, pero prometió hacerlo llegar. Ahora se alejó lo más rápido que pudo, mientras una lágrima le corría por el rostro. Había perdido mucho tiempo, ya no había modo de que pudiera contactar a los del apoyo; además, no los conocía y no podía arriesgarse dirigiéndose a cualquier carro que pasara. Iba a verse en dificultades para completar la fuga. Pero él tenía sus propios planes para llegar al refugio que le habían preparado. Llegaría bien de cualquier modo.

A sus espaldas sintió un leve chasquido: El amigo preparaba la pistola para el combate.

El informe policial aparecido en la prensa daría cuenta de que tres presos evadidos del penal del Príncipe habían sostenido un encuentro con varios carros patrulleros que acudieron al lugar de los hechos, alertados por la radio policial. Mientras se dirigían hacia el presidio, los agentes fueron atacados por

los fugitivos y se produjo un intenso intercambio de disparos. Dos de los malhechores lograron escapar, no así un tercero, alcanzado por múltiples impactos de bala, de resultas de los cuales murió en la mesa de operaciones del hospital adonde lo llevaron de inmediato los propios agentes policíacos, en un intento por salvarle la vida.

«No es encargo social de los agentes de la autoridad andar dilucidando, para explicarlos a cualquier hijo de vecino, los misterios en que entran en juego fuerzas que evidentemente pertenecen al más allá», ironizó Oscar con sus amigos; seguramente por ello la nota oficial entregada a la prensa no se detuvo en aclaraciones acerca de cómo alguien que, en virtud de las fracturas sufridas al caerse, no podía moverse del sitio donde se accidentó, esto es, junto a la escalinata en la falda del castillo, pudo aparecer a muchos metros de distancia, en la avenida de Rancho Boyeros, y batirse allí a tiros con la policía. Sin contar el hecho insólito de que los fugitivos, en lugar de esconderse, decidieran enfrentarse a quienes los buscaban. Incógnitas del quehacer policial. Para la nota oficial tampoco era importante aclararlo, desde luego, sino que ellos habían recogido al herido y lo habían llevado a que le prestaran el auxilio médico.

El personal del hospital, que vio llegar al herido moribundo y maltratado, no solo con el cuerpo totalmente acribillado, sino también con señales de pateaduras y culatazos que no se producen con las balas, encontró cierta incongruencia entre el examen forense y la versión dada a la prensa, pero prefirió no entrar en averiguaciones sobre asuntos tan esotéricos; en definitiva nada resolvían con alcanzar tal conocimiento, «El conocimiento, cuando es en exceso puede no ser recomendable, sobre todo cuando se refiere a ciertas materias que atañen al buen gobierno de las repúblicas», habrán pensado. Ciertamente que en el *Diario de la Marina*, al referirse al suceso, se afirma que «Resultó muerto Martín Labrandero en un solar yermo que existe a la entrada del Castillo», pero hay que

considerar que la prensa sería también a veces se equivoca, y siempre ha resultado poco conveniente para la salud escarbar en los arcanos de un milagro, sobre todo cuando en él intervienen los uniformes. «Después de todo, tampoco había sido el primer milagro de ese tipo producido en el país después de la jornada gloriosa del diez de marzo», pensaba Oscar, «Y eso no lo ignoraba ningún médico de hospital de urgencia.» Ni mucho menos sería el último.

Eso, que no sería el último, también se sabía por adelantado, sin necesidad de ver para creer; era un saber infuso, pudiéramos afirmar.

Si alguna duda hubiera sobre la milagrera época que se vivía en ese momento, todo el mundo tendría ocasión de comprobarlo dentro de unos meses, cuando se conocería de una infinidad de milagros dignos de admiración similares al de la muerte de Daniel, e incluso más prodigiosos, dos días antes de los *idus* de marzo del año que en pocas horas comenzaría. Ese mismo día en que Pepe iba recordando los sucesos del castillo del Príncipe.



## En camino

*Nos preparamos para defender a la República. Nuestra vida no importa nada ya. Muchas veces hemos estado en la encrucijada de los peligros, pero lo que importa ahora es que el asesinato colectivo y a mansalva, como siempre lo hacen, fuera debidamente derrotado, para evitar que den al traste con la organización de la República, y logren su nefando propósito de sumir a la nación en el caos.*

General Fulgencio Batista  
(*El Crisol*, 14 de marzo, 1957)

Amado, el chofer, había revisado por última vez las condiciones del camión Ford color rojo, con la inscripción *Fast Delivery*, en que viajaría el grueso de los miembros del comando, y que en la caravana iría colocado entre los dos automóviles. Todo había estado perfecto hasta entonces, pero hasta entonces el vehículo no cargaba en su interior un montón de hombres, con sus respectivas armas y municiones. Con ese peso adicional, ahora se hacía visible una contrariedad no prevista: Uno de los neumáticos traseros, el de la rueda izquierda, había perdido aire. Lo normal en casos semejantes sería cambiarlo por otro, nadie sale a circular en esas condiciones, menos con un camión sobrepasado de peso, pero para hacerlo tendrían que bajarse los ocupantes, y eso significaba la posibilidad muy cierta de llamar la atención de algún transeúnte, o, peor, de algún policía; ya bastante complicado había resultado entrarlos a todos y a las armas, sin que nadie se diera cuenta, vigilando el momento propicio y deteniendo la operación cada vez que alguien pasaba, el chofer

finjiendo una interminable labor del limpieza del vehículo, y un compañero indicando el momento oportuno para bajar del apartamento hasta el camión y entrar rápidamente en él, primero para trasladar las armas envueltas en colchas o colchonetas, después para ocupar cada uno su puesto. Y, aunque no existiera el peligro de ser descubiertos, cambiar la rueda implicaba gasto de tiempo, significaba una demora tremenda que a esas alturas resultaba impensable: Carlos había dado la orden de iniciar la marcha, y además se había enviado aviso de la salida a José Antonio, para que partiera con su grupo a ejecutar la parte que le correspondía en la operación. Pronto los locutores de guardia en la emisora Radio Reloj, tomada por asalto, leerían las falsas noticias redactadas por Pepe y revisadas por Enrique sobre la destitución en Columbia de los altos oficiales fieles a Batista. Después de esas noticias, José Antonio leería su alocución para avisar de la muerte del dictador y llamar al pueblo a la insurrección; en esos momentos, el comando ya debería encontrarse dentro del Palacio, buscando a Batista o quizás ya con él detenido.

En fin, que el proceso había echado a andar y no tenía marcha atrás, no podían estar demorándose por algo tan trivial como un cambio de neumático.

«¿Qué tú crees?», preguntó preocupado Ricardo cuando se percató de la situación; debería viajar en la cabina y estaba responsabilizado, junto a otros, con la toma de la planta baja. Amado era chofer de ómnibus, de manera que tenía experiencia sobrada, le correspondía decidir qué hacer. «Parece que se le está yendo el aire», «Sí, pero no es ponche; seguramente el neumático está poroso y deja escapar el aire, esas cosas pasan... Con el peso que llevamos, y después con el calentamiento, vas a ver que llegamos ponchados.» Ricardo se asombraba por la tranquilidad con que hablaba Amado del problema. «¿Y entonces...?», «¿Entonces...? Pues nada, pssst», «¿Cómo que nada?, ¿tú sabes lo que estás diciendo?», «Mira, compadre, esto ya está andando y no lo para nadie..., yo no pienso ser el que le diga a Carlos que

espere un poquito... Mira, una idea..., si la gente se me arrima para el otro lado... Así, para el lado bueno..., vaya, que por mí nos estamos yendo», «¿Pero podremos llegar?», «Tú diles que hagan eso y déjame lo demás a mí, ¿está bien? Yo le dije a Menelao que los llevo hasta allá, y yo los llevo como sea, aunque sea rodando sobre las llantas», «Ojalá que no nos encontremos un policía de tránsito que nos obligue a parar por andar ponchados», «Bueno, eso sí... Ojalá...»

El camión echó a andar, guardando una distancia prudencial del carro de Carlos, que había salido delante, pero procurando no alejarse demasiado: Deberían llegar juntos a su destino. En cuanto Carlos se detuviera ante la entrada de Palacio por la calle Colón, Amado tenía que detener el camión detrás de él, hacer como si tuviera una avería, abrir la puerta y avisar a los que viajaban en su interior para que salieran a toda velocidad a ocupar sus posiciones, en tanto Carlos inutilizaba a la guardia.

Dentro del camión, inmersos en una casi total oscuridad, con un asfixiante calor y con la escasa ventilación que permitía la puerta levemente entreabierta, se amontonaba un grupo de hombres; sudaban todos, apretados unos contra otros, tratando de no echarse hacia el lado izquierdo del vehículo y sosteniendo con cuidado sus armas.

Algunos, antes de llegar a su destino, comenzarían a experimentar los primeros síntomas de un ataque de asma; entre ellos, Menelao, que había estado padeciendo de falta de aire desde hacía dos días, pero se había negado a quedarse en el apartamento y ahora sentía en los pulmones las consecuencias del hacinamiento; estaba tan entusiasmado ante la cercana materialización de la idea que varias veces había intentado poner en ejecución, que olvidaba su malestar y por momentos, jadeando, dirigía frases de aliento a los demás desde su sitio en el fondo. La mayoría iba en silencio, cada cual metido en sí mismo, acaso haciendo el repaso de las acciones que debían

ejecutar en el ataque, tal vez rememorando lo vivido hasta ese día, que podía ser el último para algunos, o para todos si fallaban en lo que intentarían dentro de unos minutos, posibilidad en la que nadie quería pensar. También había quienes intercambiaban chistes en voz baja, entre ellos Juan Pedro y Machadito, que iban junto a la puerta, sosteniéndola para que no se abriera o cerrara del todo y hubiera algo de ventilación en el interior del vehículo.

Durante el recorrido por el Vedado no resultó demasiado complicado conducir el camión, por la general amplitud y el buen estado de las calles; tampoco era la primera vez que Amado conducía un vehículo bajo de aire, él sabía que solo tenía que ir despacio, con mucha atención y sosteniendo firmemente el timón, para no perder el control. «A un chofer que se respete le basta con que un cacharro tenga ruedas y el motor más o menos funcione, lo demás lo pone él.» Pero al llegar a La Habana ya no fue tan sencillo. La fricción había calentado lo suficiente las gomas como para que se dilataran y dejaran escapar más todavía el aire, razón por la cual la parte de atrás había perdido altura: Prácticamente, Amado conducía un camión ponchado. Pero eso no le parecía un grave problema, o al menos así se manifestaba, «Mientras esto sea lo único que pase...»

«No, parece que el ponche no va a ser lo único», pensó al poco rato. Ni lo más importante. «La jodedera empieza ahora... »

Llevaba pocos minutos conduciendo por las calles de La Habana cuando, al mirar por el espejo retrovisor, lo que vio reflejado lo hizo sentir una descarga eléctrica a lo largo del espinazo. «Oye, Ricardo, tú mantente tranquilo, no hagas ningún gesto, pero mira lo que tenemos detrás», avisó a su acompañante. Ricardo miró por el otro espejo y no pudo evitar un sobresalto: Un carro patrullero acababa salir de la cuarta estación de policía, frente a la cual habían pasado en ese momento, y se había situado justo detrás de ellos. Más atrás, no muy lejos, se veía el carro donde venía Faure, ¿harían

algo?, en ese lugar, tan cerca de la estación de policía, sería el fin. «¿Irán a pararnos?», «Si nos dicen que tenemos que parar, creo que esto se jodió», «Si tratan de pararnos, el carro de Faure tiene que encargarse de ellos, nosotros seguimos. Lo demás después se verá...» El patrullero continuaba detrás del camión, Amado lo observaba por el retrovisor, atento a cualquier señal, pero los policías no les hacían indicación alguna de que se detuvieran. «Ya tienen que haberse fijado en la goma, pero parece que a estos el tránsito no les interesa demasiado..., deben de andar en otra cosa», «Sí, a lo mejor en algún negocio...», «Sea lo que sea, no nos han hecho ninguna seña hasta ahora», «Gracias a Dios», suspiró Ricardo. «Eso, gracias a Dios», repitió Amado, y comenzó a silbar.

Al cabo de dos o tres cuadras, el carro patrullero dobló en una esquina cualquiera y desapareció. Amado les hizo un gesto de saludo con una mano y sonrió, como hubiera hecho un chofer cualquiera que intentara congraciarse con la autoridad. Uno de los policías respondió con un gesto que tanto podía significar «No seas adulón» como «Vete al carajo y no jodas.»

«Nos salvamos de una buena...», exclamó Amado, a la vez que soltaba un suspiro de alivio. «Nos salvamos nosotros, pero también ellos se salvaron de una buena», acotó Ricardo, «No iban a hacer el cuento.»

Unos minutos después, sonriendo, comentaba que había sido un buen susto. «No estuvo mal», le restó importancia Amado. «¿Que no estuvo mal? ¿Y te pareció poco?», «Bueno, a decir verdad... ¿Sabes una cosa? Lo que más pasa un guagüero en esta Habana son sustos. Llega un momento en que uno se acostumbra», «Pues yo prefiero que no haya más sustos, para mí con uno es suficiente.»

Todavía a la fortuna le quedaba en su arsenal, si no sustos, cuando menos algunos sobresaltos para ofrecerles, y poco después Amado tuvo que hacer demostración de todas sus habilidades y su destreza como chofer cuando, al doblar en una esquina en la calle Campanario, la caja del camión, que

había descendido demasiado por la falta de aire en las gomas, chocó contra el borde de la acera. El impacto provocó que el vehículo saltara, y Amado perdió el control por unas fracciones de segundos. Tratando de dominarlo, dio varios cortes bruscos para no impactar contra alguno de los muchos carros estacionados a ambos lados de la calle. «Esto tienen que habérselo sentido la gente de allá atrás, ojalá que nadie se haya dado un mal golpe», comentó Ricardo. «Si se dieron un golpe no lo sé, pero sí te aseguro que más de uno me mentó la madre», «Pero si tú no tuviste la culpa...», «Yo lo sé, pero ellos no lo saben, y es lo que se hace siempre en estos casos», «¿Mentarle la madre al chofer?», «Eso mismo, todo el mundo le mienta la madre al chofer alguna vez, ¿tú no? Porque hasta yo mismo lo he hecho.» Rieron. De repente, Amado se puso muy serio, «¡Mierda!», «¿Qué pasó ahora?», «¡Coño!, ¿no te das cuenta?», «¿Qué cosa?», «Que no veo el carro de Carlos, coño..., que se me perdió», «¿Cómo que se te perdió, compadre?, ¿a ti?» «Sí, nada menos que a mí..., a un guagüero con un montón de años detrás de un timón por toda la Habana. ¡Qué vergüenza!, ¿qué van a decir en el paradero si alguien se entera? Yo, perdido...», «Por eso no te preocupes, que no se van a enterar», «Es un decir... Es verdad, cómo coño se van a enterar..., el caso es que se me perdió Carlos..., a mí, ¿te das cuenta?, es increíble», «¿Y ahora?», «Ahora, nada..., yo lo encuentro, yo lo encuentro o no soy yo...» Dobló en la siguiente esquina. Nada. Avanzó un par de cuadras más. Tampoco. Volvió a doblar. «Ya la gente del otro carro se tienen que haber dado cuenta de que me perdí, qué van a decir de mí, que mejor le hubieran dado el camión a otro, qué barbaridad. ¡Yo, un guagüero de La Habana!» Decidió buscar nuevamente la calle por donde se le extravió el primer carro. Una buena decisión, evidentemente, pensó Ricardo, pues Carlos, al percatarse de que no veía detrás de sí el camión, hizo que Luis Felipe detuviera la marcha unos minutos para esperarlo; no tenía sentido continuar solo, si no llegaban todos juntos nada podrían hacer.

Antes del reencuentro tendrían al menos una sorpresa más: Accidentalmente, pasaron frente a la sede del periódico *Tiempo en Cuba*, en la calle San José. Al advertirlo, Ricardo se sobresaltó y de manera instintiva llevó la mano a la pistola que portaba en la cintura, «¡Compadre, ese es el periódico de Masferrer!, cómo viniste a parar aquí, mira toda esa gente ahí, a saber si...», «Tranquilo..., no mires para ellos, son capaces de pararnos, y entonces sí que se arma la gorda...», «Y se jode la operación...», «De que se jode, se jode...», «Están mirando para nosotros, algunos están señalando...», «Tranquilo, compadre, no los mires...»

Nada sucedió, salvo tener que verles las caras a los matones que se encontraban parados a la entrada del periódico, quienes, en efecto, los miraban con ademán provocativo mientras pasaban, haciendo ostentación de las armas que portaban a la cintura y señalándolos, tal vez burlándose de ese cacharro que pasaba casi ponchado. En realidad no había nada que temer, era evidente que se trataba de un alarde de rutina, solo una pose por mantener la imagen de bravucones de que tenían fama, pero ni el camión ni sus conductores les interesaban.

«¡Uf!, la verdad es que algún día alguien va a tener que escribir sobre este viaje, ¿no te parece?», «Seguro que van a escribir, porque este viaje va a cambiar la historia de Cuba», «De que la cambia, no tengo la menor duda, vamos a acabar con Batista, pero, ¿te imaginas lo que dirán los libros en el futuro, cuando describan la forma como llegamos, así, ponchados y pasando sustos?, en un carro que no paraba de dar brincos», «En el futuro van a decir lo que quieran, pero de que llegamos, llegamos, y será justo en el momento preciso, como quiere Carlos.»

## Meditaciones y divagaciones

*Ha vuelto a correr la sangre en La Habana. El hecho de ayer ha sido tan estúpido como criminal (...), un grupo de empecinados, de suicidas, enloquecidos por el resentimiento y el odio, trataron de apoderarse de Palacio y matar al general Batista.*

Ramón Vasconcelos, «Crimen estúpido», *Alerta*, marzo 14 de 1957

«Qué será lo que le pasa al chofer del camión, no puedo creer que perdió el camino..., no puede ser», «Yo no sé si se perdió, pero sí sé que nos tiene dando vueltas», «No..., y miren ahora por dónde estamos pasando», «¡Ñoo!, lo que nos faltaba; ese es el periódico de Masferrer», «Qué manera de haber policías y chivatos juntos», «Una completa colección de hijos de puta, para todos los gustos», «¡Quién pudiera tirarles al menos una bombita!», «En eso de las bombas mejor no nos metemos, que hasta ahora no hemos sido muy buenos que digamos», «Bueno, por lo menos unos cuantos tiros», «Cualquier cosa... ¡Les tengo unas ganas!, son peores que el propio Batista», «Ese Masferrer es un traidor, se vendió a Batista después de dárselas de más revolucionario que nadie», «Esa fue la mierda que se nos vino encima después de Machado, él y muchos otros como él», «Masferrer y Batista son la herencia que nos dejó la revolución del treinta», «Y las guerras entre pandillas, ¿no?», «Qué clase de herencia para una revolución», «Pero la Revolución del treinta no dejó solo mierda,



también hubo cosas buenas», «No me digas, a ver, ¿qué más dejó?, porque lo que yo veo...», «Bueno, si te fijas en lo que fuimos a defender a la Universidad el propio diez de marzo... Eso es una herencia del Treinta también», «¿Qué cosa, la Constitución?», «La Constitución, la democracia, que no te maten por lo que piensas..., por eso estamos haciendo esta revolución», «Mi viejo no se cansa de repetir que la Constitución del cuarenta fue la más avanzada en América», «¿Tú crees?», «Yo, sí», «Bueno, en eso tienen razón..., ¡pero no hubo mucho más!», «Mucho más no, pero eso no fue poco», «Recuerden que la jornada de ocho horas es también de esa época...», «Sí, pero eso fue cosa de un solo hombre, de Guiteras, como otras leyes de esa época, si no hubiera sido por Guiteras...», «Pero Grau era el presidente y firmó las leyes; pudo no hacerlo», «El viejo tiene su mérito, aunque no tanto, pero Guiteras fue lo mejor que produjo esa época», «¿Guiteras?, sí, fue lo mejor», «Era lo único que servía», «El único no, mira, tenemos ahí a Menelao, otro hombre del treinta y tres, pero sí fue el que tenía las ideas más claras, por eso tantos no lo comprendieron», «Un revolucionario de verdad...», «Por eso mismo este hijueputa de Batista hizo que lo mataran», «Pero ahora vamos a cobrárselas todas.»

«Qué extraño destino el de la Revolución del treinta y tres», se decía Pepe mientras oía a sus compañeros intercambiar criterios. «Nos dejó leyes muy revolucionarias y la propia Constitución del cuarenta, tan avanzada para su tiempo, y también héroes de leyenda, aspirantes a mesías y pandillas de antiguos revolucionarios o pseudo revolucionarios convertidos en pistoleros. Un caldo difícil de tragar.»

«Masferrer es también un resultado de la Revolución del treinta», expresó Pepe incorporándose a la conversación. «Podría haber sido un líder revolucionario de primera línea si se lo hubiera propuesto en serio, y sin embargo es hoy por hoy uno de los tipos más despreciables del país.» Él lo había admirado en otro tiempo, pues valor personal nunca le faltó y en su juventud parecía ser una promesa para Cuba. Combatió

contra el fascismo en España, lo hirieron en la defensa de Madrid, era el jefe respetado en Cayo Confites, y tenía un control magnífico sobre los hombres que allí estaban, que veían en él un modelo. Pero saltaba de un lado a otro con una facilidad inconcebible. Comunista durante un tiempo, anticomunista más tarde; abogado con altas calificaciones, culto, aficionado al piano, y sin embargo andaba rodeado de un grupo de matones y delincuentes de la peor categoría, ignorantes, casi salvajes, y por último convirtió a su organización, que había sido revolucionaria, en una banda de asesinos al servicio de Batista. De revolucionario pasó a perseguidor y asesino de revolucionarios. «Todavía el diez de marzo creímos que volvía a ser el mismo de otro tiempo, me engañó por última vez.»

Ese día se presentó en la Universidad con los miembros de su grupo, todos bien armados, y los desplegó en posición de combate por toda la escalinata. Allí se encontraban reunidos muchos de los que querían enfrentarse al golpe de Estado, que los que vieron en aquel despliegue y pensaron que llegaban dispuestos a defender la Constitución y la legalidad, a encabezar el movimiento espontáneo de protesta que se había formado. Algunos que lo habían conocido antes creyeron que quizás el zarpazo de Batista había despertado lo que había en él de idealista y había vuelto a ser el revolucionario que alguna vez fue. Aquel momento hubiera sido el de su máximo esplendor si lo hubiera aprovechado; pudo haber cambiado la historia de Cuba en el instante en que llegó, con sus armas y sus hombres, ante aquella multitud de jóvenes dispuestos a todo y en espera de un líder que diera la voz de mando, la que Prío no fue capaz de dar por su abulia consuetudinaria o por su repulsa a la idea de que se derramara sangre por su culpa. Hubiera bastado que dijera «Vamos», y todos lo habrían seguido, pero de repente recogió a su gente y se retiró sin decir nada. Asombrados, preguntándose qué habría ocurrido, los vieron partir. Solo pasaron unos días y ya estaba Masferrer en cuerpo y alma al servicio de Batista, convertidos él y sus seguidores en una banda de temidos asesinos que dejaría una

estela de sangre por donde pasaran. Así estaba ahora, cambió la posibilidad de ser el líder de una gran revolución por una limosna de Batista. Se acabó la leyenda, se acabó el hombre que un día en Cayo Confites exclamó, cuando todo iba mal y había gente perdiendo la fe, que «Cuando un pueblo espera, el sacrificio de unos hombres carece de importancia.»

Falta poco para llegar, aunque me parece que hemos demorado demasiado; claro, es por las vueltas que tuvimos que dar detrás del camión cuando se confundió de calle. ¿Qué variantes nos encontraremos que no hayamos previsto? Una cosa es lo que se analiza en los planes y otra lo que uno se encuentra en la realidad, cuántas veces lo he visto; todo está muy bien pensado, pero a última hora siempre pueden aparecer contratiempos no imaginados, esto mismo de tener que dar vueltas detrás del camión fue algo accidental, nos hizo perder tiempo, suerte que no tuvo consecuencias. ¿Se presentarán golpes del azar que nos hagan perder compañeros, como ocurrió con Daniel en el Príncipe? Siempre pueden ocurrir casualidades, podría suceder que cuando estemos llegando nos encontremos con que pusieron otra vez las barreras porque Batista decidió echar una siesta después de almorzar, quién sabe. O que haya un montón de tanques alrededor de Palacio para protegerlo porque algún grupo que no tiene nada que ver con nosotros hizo cualquier tontería por allí cerca, sería una coincidencia casi increíble, pero no imposible, no sería la primera vez que una acción importante tiene que suspenderse por culpa de gente que actúa fuera de control. Hasta el momento las cosas van saliendo más o menos como las planeamos, pero ni el mejor plan del mundo escapa a las contingencias de la suerte, ojalá no tengamos que lamentar ninguna que nos eche a perder el nuestro a última hora. Estoy pensando disparates, ¿qué me pasa? Que no se diga que me volví pesimista a la hora de los mameyes. Si no podemos entrar en el Palacio aplicamos variantes, eso ya se vio con Carlos, José Antonio

y Menelao, pasamos de inmediato al ataque a la Radiomotorizada y el Buró de Investigaciones y de ahí seguimos con el plan, en lugar de hacerlo después de tomar el Palacio. Yo creo que no será tan difícil. Claro, nunca sería lo mismo sin tomar el Palacio, es posible que el pueblo se alce de todas maneras cuando oiga a José Antonio llamando a la insurrección, pero todo sería más difícil, más vale que no haya que usar esa variante, porque lo que realmente nos garantiza el éxito es eliminar ahora a Batista, al menos agarrarlo antes de que escape para Columbia y mostrarlo preso al pueblo, para que su gente se desmoralice y piense más en salvar el pellejo que en defender un régimen que solo les interesa por las ganancias que les proporciona, aquí nadie es batistiano si no es por la ganancia que Batista les pueda dar.

Me he puesto melodramático, mejor ocupo mi cerebro en otra cosa, que eso no conduce a nada, el exceso de preocupación perjudica el raciocinio y la concentración. Debo concentrarme en lo que voy a hacer en cuanto lleguemos... Mientras tanto, mejor me entretengo en tratar de adivinar lo que piensan mis compañeros de viaje, esa es una mejor idea que preocuparme con casualidades que, después de todo, tampoco tienen por qué ocurrir.

Adivinarle el pensamiento a Faure es sencillo, porque comenta en voz alta lo que va pensando. Va describiendo lo que imagina que piensa o hace la gente que pasa por las calles, o que van en los carros con que nos cruzamos, se va inventando historias para pasar el tiempo, es una buena idea, así el viaje se hace más corto. Esas personas, por cierto, jamás sabrán quiénes somos los que estamos en este carro, ni a dónde vamos, ni a qué, ¿y si alguno se lo imaginara?, ¿pediría que lo lleváramos? Quizás, Batista le ha hecho daño a tanta gente... «Ese debe de ser su nieto, hasta se le parece», comenta Faure señalando a una viejecita que lleva de la mano a un niño; y sobre aquel señor grueso que, con un maletín en la mano y que parece esperar su guagua, dice que «Tiene cara de empleado bancario, ¿qué hará un miércoles a estas horas por

la calle?, debería estar en su oficina, todavía no es la hora de salir..., bueno, quizás tuvo que salir antes de tiempo por algún problema, un hijo enfermo, por ejemplo.» ¿Y del vendedor ambulante que lleva sobre su cabeza una caja de madera y cristal llena de dulces y se acerca al grupo de jovencitas que conversan y ríen en un portal? «Ojalá le compren algo, lo más probable es que todavía no haya vendido nada»; debe de ser un pobre cubano que lucha como puede contra la miseria, él y la mujer pasan la noche preparando los dulces que quizás los hijos tengan que mirar sin poder probarlos, y después tiene que recorrer la ciudad de una punta a otra, para ofrecer su carga a gente que posiblemente padezca la misma miseria que él, porque quien tenga suficiente dinero no le compra a alguien que anda por las calles con la mercancía en la cabeza, esa gente compra en otros sitios.

«Me pregunto cuántos de esos que ahora vemos, que no conocemos ni nos conocen, estarán mañana junto a nosotros empuñando un fusil, y hasta ocupando nuestro lugar si caemos», comenta finalmente Faure. Su frase tiene el efecto de hacer que todos opinen algo. «Y yo me pregunto cuántos caerán sin saber siquiera por qué, sorprendidos entre dos fuegos, o porque recibieron el zarpazo de la fiera agonizante, en ambos casos, víctimas inocentes de un momento histórico del cual no sabían que formaban parte», «Muchos, muchos se van a unir a nosotros, de eso pueden estar seguros», «No sé qué te diga, yo quiero pensar que sí, que la gente va a venir a pedir un arma para combatir contra la dictadura...», «No sería la primera vez que La Habana lo haga, y la tradición cuenta», «Pero también es cierto que este pueblo nuestro ya ha sufrido muchos desengaños, no sé...», «Yo estoy seguro de que la gente nos va a seguir...», «Yo también, claro, no es eso lo que quise decir», «Lo primero es tomar el Palacio, lo demás ya se verá...»

«Yo no sé cuántos tendrán que caer para alcanzar la victoria, ni cuántos se nos unirán en esta lucha, lo que sé es que esto que vamos a hacer es para gente como esa que vemos y no conocemos, incluso que nunca conoceremos ni nos cono-

cerán, aunque alguno habrá que muera por nuestra culpa. Y tenemos que hacerlo bien, aunque nos maten a todos, para no morir de vergüenza», nos recuerda Osvaldito.

El guajiro dando en el blanco como siempre, me digo.

Oyendo a Osvaldito recuerdo algo que comentó varias veces en el refugio, que su única aspiración cuando terminemos con Batista es regresar a su trabajo en la Plaza y construirle a su madre un techo que no sea de guano. Es curioso, aunque no extraño, este hombre sencillo, el de menos instrucción entre nosotros, de familia tan pobre que nunca en su vida recibió un regalo el Día de Reyes, que va a jugarse la vida dentro de unos minutos a nuestro lado, que ya la ha arriesgado antes más de una vez, no tiene más aspiración que esa, acabar con Batista y tener un mejor techo para la casita de su vieja. Este guajiro es así, objetivos claros, frases *precisas* cuando habla, y un combatiente disciplinado y con iniciativa, un hombre sin estudios que sin embargo va a la esencia de lo que se dice y no se complica dándole vueltas a lo que, en definitiva, es sencillo. La riqueza o el poder no le interesan, solo vivir tranquilamente, con la madre a su lado, para eso está en la revolución. Y está dispuesto a morir para que todo el mundo pueda tener una vida tranquila y mejor, no solo él. Si no triunfamos, seguramente, habrá quienes nos acusen de ser un bando de pequeño burgueses que nos involucramos en una acción heroica pero descabellada. A lo mejor es verdad en alguno de nosotros, pero, ¿Osvaldito es un pequeño burgués?

¿A qué aspirarán los demás una vez alcanzado el triunfo? ¿Algunos de entre nosotros estarán luchando por riquezas o por el poder, y no por la libertad del pueblo? ¿O lucharán por la libertad, pero también por alcanzar espacios de poder? Mucho me temo que sí, que entre nosotros haya también gente de ese tipo, somos un grupo disciplinado y organizado, pero con muchas ideas diferentes, y solo cuando ganemos se sabrá lo que cada cual trajo en su mente, al freír será el reír; no sé si el dicho pega bien en este caso, pero es lo que me viene a la cabeza, cuando llegue la hora de freír veremos quienes van a arrimar la brasa a su sardina, los politiqueros

de siempre con seguridad lo harán aunque no hayan arriesgado ni una uña, esos no fallan, como nos advirtió Carlos. Pero no se trata de eso, lo que ellos hagan no extraña, siempre hacen lo mismo, y si actuamos con inteligencia podremos tenerlos a raya, se trata de lo que hagamos nosotros, de qué queremos para nuestras vidas y la de nuestro pueblo después de Batista, de cómo pensamos que sea Cuba cuando seamos al fin libres.

Mi tocayo Briñas, por ejemplo, aspira a dedicarse por completo a su pintura, espera exponer algún día en Bellas Artes, quizás ir a Roma a conocer las grandes realizaciones del arte italiano, porque a él la política no le interesa. Y Carlos lo dijo hoy y no fue la primera vez, «Si salgo vivo solo aspiro a regresar a mi trabajo.»

«¿De dependiente, Carlos?», le pregunté. «Eso mismo, ¿qué tiene de malo?», «De malo, nada, pero, con tu experiencia militar, bien que te podrías quedar en el ejército, habrá que reorganizarlo, hacerlo nuevo...», «No, ya tuve bastante tiempo el uniforme, y no me interesa volver a ponérmelo..., para eso me hubiera quedado en Francia con mis grados de capitán y mis medallas», «¿Entonces volverás detrás del mostrador cuando esto acabe...?», «Así mismo, Pepe, así mismo...»

Carlos quiere derrocar a Batista, es el objetivo de su vida, pero hasta ahí, no aspira a nada más que a trabajar en su tan pacífica ocupación, ¿quién podría imaginarlo? De dependiente a cabeza de este comando, y de ahí otra vez a su puesto, quién lo diría. Ni quién lo creería, si yo lo dijera. ¿Y los demás? ¿Faure, por ejemplo?; a él quizás no le disguste quedarse después en el ejército, tiene habilidad para las operaciones militares, tiene aptitudes de mando, pero, ¿quién sabe?, tal vez no le interese. ¿Y mi querido Enrique? No creo que le atraiga estar en el gobierno, lo suyo es el trabajo intelectual, pero no el de dirigir un país, no me lo imagino discutiendo leyes en el parlamento o trabajando en busca de votos. Tal vez en alguna sección de propaganda, divulgando las ideas revolucionarias. Sí, en eso sí lo imagino. ¿Y José Antonio?,

de hecho, es un líder nato y en franco ascenso, no solo para los estudiantes de todos los niveles de enseñanza, sino también para todo el pueblo, y durante la huelga azucarera quedó demostrado que su proyección no se limita al cambio de gobierno, tiene una idea social avanzada, un proyecto para el país, ¿le interesará continuar por ese camino, llegar a ser quizás, el presidente...?, madera tiene. ¿O preferirá dedicarse a su profesión de arquitecto?

Un arquitecto que levanta con sus conceptos y su acción un país nuevo, no me parece nada mala la idea, hasta me gustaría ver cómo lo hace...

Menelao es un hombre de la política, y ha tratado de luchar por lo que piensa dentro de los límites de la política tradicional, con elecciones, voto, militancia en un partido, debates en el parlamento, pero no ha logrado nada, al contrario, ha sido perseguido. Él va aquí con nosotros como uno más porque lo exigió, sin ostentar jefatura, como combatiente de filas, a pesar de su edad y del apoyo que ha significado para nosotros su presencia, no solo con armas sino también con hombres; si no le hubieran cerrado todos los caminos para la lucha política, no estaría aquí, sino en la tribuna, ese es otro crimen de Batista, cerrar los caminos hacer que se derrame la sangre de tanta gente buena y de inocentes. Porque, en definitiva, nosotros tampoco estaríamos aquí si pudiéramos luchar de otra manera, si vamos a matar y a que nos maten es porque no tenemos opción, no porque queramos, aunque el día de mañana nos acusen de aventureros, en el mejor de los casos. En fin, ¿a qué aspirará Menelao? Supongo que a continuar su carrera política. Ya ha sido representante a la Cámara y podría volver a serlo, o algo más, quién sabe. Tiene experiencia. ¿Daría un presidente? ¿Y por qué no?

¿Yo mismo? ¿Quiero ser periodista como mi padre? ¿O pintor? ¿Tal vez crítico de arte? ¿O en el fondo estoy interesado en obtener el poder, esa sublime embriaguez, como dirá cierto escritor en el futuro?, ¿si me arriesgo cada día es porque en el fondo quiero obtenerlo? No lo creería de mí, me



gusta demasiado mi libertad de acción para amarrarme así, el poder tiene muchos alicientes, pero es también una prisión. Aunque el que lo ejerza sea quien encarcele a los demás, en el fondo él es el primer prisionero de su poder, porque después que se envicia no puede ni quiere dejarlo, viejo o enfermo que esté, siempre le parecerá poco el tiempo que lo ha disfrutado y no lo cede mientras tenga la menor posibilidad de retenerlo. ¿Será, entonces, que me atrae sobre todo el vértigo del peligro?, ¿soy un irresponsable, un aventurero? Bien vistas las cosas, la vida es un gran riesgo y nada es más peligroso que amanecer vivo cada mañana. Admito que me llama el peligro.

En verdad, lo que quiero para mí el día de mañana no lo sé, de momento lo que quiero es inmediato, acabar con el ladrón de Batista y su gobierno de asesinos, eso es para hoy mismo, después se verá. Hay que sacar a Batista del camino para que seamos al fin un país, en eso coincidimos todos los que vamos aquí, los que pensamos de una forma y los que pensamos de otra, los más viejos y los más jóvenes, los que son del Directorio y los auténticos y de otras organizaciones que se nos han sumado. Eso sí, si fuera posible, ninguno de nosotros estaría con un arma en la mano en este momento, iríamos a las urnas a votar por un gobierno que sirviera al pueblo, porque la sangre que se derrama siempre es un precio excesivo, cada vida que se ofrenda es una pérdida que no tiene sustituto.

Los demás me parece que no están muy seguros de lo buscan para sí mismos, las conversaciones mientras se está acuartelado son muchas, pero en ellas solo una cosa queda bien clara, y es que pretendemos por igual que Cuba sea un mejor país, aunque eso habría que matizarlo, lo mejor para unos no tiene que ser lo mejor para otros, deberá ser un mejor país para todos y no para unos cuantos, porque si no es así nos habremos quedado a mitad de camino, es la idea de José Antonio y de la mayoría de nosotros. Pero quizás no todos

— |

—

pensemos igual y después de la victoria pueden aparecer intereses que ni siquiera imaginábamos antes que teníamos.

Y esa victoria puede ser ya, hoy mismo, esta tarde, o en los próximos días, si las cosas salen como hemos pensado. Entonces tendremos que comenzar un nuevo camino, con nuevas definiciones, quizás con enfrentamientos entre los mismos que hoy nos oponemos a Batista. ¿Se repetirá con nosotros lo que pasó en el treinta? ¿Empezarán los rejugos políticos, como nos avisó Carlos que podría suceder? ¿Habrán luchas por el reparto del poder, que algunos podrían ver como un botín o una propiedad personal, el feudo de unos cuantos y no un espacio para atender a las necesidades del pueblo? ¿Habrán pugnas entre grupos por falta de un liderazgo, como pasó después de Machado? Cierto que tenemos a José Antonio, carismático, conocido y acatado, pero no es el único líder; existen otros, con objetivos diferentes de los nuestros, y pueden pretender ser los únicos protagonistas... También cuando cayó Machado había mucha gente con fines diferentes, y ya se vio lo que ocurrió después, los amigos de un día se volvieron los rivales, cuando no los enemigos mortales, al otro día, y terminamos con Batista como verdadero ganador en toda aquella confusión, ¿surgirá un nuevo Batista entre nosotros después que salgamos de este?

Otra vez me enredo en divagaciones inútiles, nada de lo que piense ahora tiene mayor importancia; dentro de unas horas, cuando ya no esté Batista, será el tiempo de las verdaderas preguntas y las verdaderas respuestas, la hora de saber si estábamos preparados para lo que hemos puesto a andar. Entonces todos echaremos las cuentas de nuestras vidas y será el momento de nuevas definiciones.

Eso sí, tenemos que vencer, porque solo los que triunfan tienen la razón.

## Imponderables

*...ayer probó su inalterable serenidad y grandes dotes de Hombre de Estado y gobernante, al ordenar a la Fuerza Pública, tuvieran serenidad y control absoluto, para evitar derramamientos de sangre inútil con motivo del nuevo intento de subvertir el orden y la paz ciudadanas, organizado por elementos terroristas. El Primer Magistrado de Cuba, apesadumbrado por ver cómo elementos antipatrióticos persisten en convertir en un mar de sangre nuestra Nación, producirá unas declaraciones públicas al respecto dando a conocer los planes, que en su obsesión criminal, persisten en llevar a la práctica, los comunistas y enemigos de Cuba, ligados con terroristas e insurreccionalistas.*

Ataja, marzo 14 de 1957 «Probó su entereza»

«De que llegamos, llegamos, y justo en el momento preciso, vas a ver», había asegurado Amado. «Solo que las casualidades no están escritas, como dice el dicho, y aparecen cuando menos uno se lo espera», comentaba Oscar consigo mismo mientras revisaba sus apuntes sobre el traslado de los combatientes hasta el Palacio el día del ataque, «Y ni Amado ni nadie podría haber adivinado lo que se encontrarían al llegar.»

Claro que para los filósofos las casualidades no existen, pero él no se tenía por filósofo, por lo que podía poner a un lado lo que ellos pensarán y guiarse por lo que avisa la voz del pueblo, que, dígase lo que se diga, es la de misma de Dios, como afirmaban los antiguos latinos, *vox populi, vox Dei*, y él, el pueblo, es quien asegura eso, que las casualidades no están escritas y hasta lo mejor planeado puede irse aguas abajo por una de ellas. O muchas, que también a veces se juntan para entorpecer.

«Hoy no es un buen día para el trabajo, estoy perdiendo el tiempo pensando tonterías», interrumpe Oscar el hilo de su

discurso interior, tratando de espantar las ideas, por llamarlas de alguna manera, que volvían una y otra vez a su mente. ¿Acaso el ataque al Palacio Presidencial era un plan mal meditado, irrealizable, suicida, una acción voluntarista desconocedora de la real magnitud del empeño, como a veces se ha afirmado? Ciertamente, la tropa a que se enfrentarían estaba mejor entrenada y equipada, y se encontraba en terreno conocido, y esos son siempre elementos de mucho peso, a veces determinantes, para alcanzar la victoria en un combate. «Pero era realizable...», había afirmado Alfredo, a pesar de su habitual escepticismo, cuando Oscar comentó sus dudas a sus dos grandes amigos. «La sorpresa, el propio hecho de que para cualquiera resultaba impensable que a alguien se le ocurriera atacar ese lugar si no era con el apoyo del Ejército, hacía posible el éxito. Sí, yo creo que era posible, lo demuestra el hecho de que, a pesar de todos los tropiezos, llegaron hasta el despacho de Batista y estuvieron a punto de capturarlo; si no les hubiera faltado el apoyo exterior, al menos la primera fase habría sido un éxito... Los demás pasos, no sé, no estoy muy seguro, pero, sí..., también era posible, si el pueblo respondía», afirmó Alfredo. «Yo creo que, de todos modos, no se debió depender tanto de la operación de apoyo...», opinó Gonzalo, «Me parece que hubiera convenido un mayor poder de fuego en el primer comando, no habérselo dejado todo al segundo. Lo demostró la propia vida.»

«Y quizás tomar más en cuenta los imponderables», pensaba Oscar, recordando la conversación con los amigos y volviendo a su idea de las casualidades, «¿Pero cómo se logra eso?»

«De ningún modo», se respondió. «Ni Faure, ni Carlos, ni José Antonio, ni el mismísimo Napoleón si hubiera participado, sería capaz de imaginar cuánto iba a interferir lo fortuito, el azar, lo imponderable, o como se quiera decir, en la ejecución de los planes.» Ya lo dice la palabra, imponderable, algo que nunca se puede medir, pesar, controlar, abarcar. Ningún jefe militar está exento de ser su víctima. Lo más que se puede hacer es tratar de limitar su campo de acción, reducir las posibilidades de intervención del azar.

«El azar, ese fue el verdadero vencedor en el combate del trece de marzo. No fue Batista; él solo fue el beneficiario», concluyó Oscar. En la obra que escribiera tendría que expresarlo, pues estaba convencido de esa afirmación.

Se había tenido un cuidado extremo en atender a cada uno de los elementos objetivos y subjetivos que podrían intervenir en la acción. Con independencia de que uno de los factores involucrados hubiera fallado en el último momento, resultaba difícil entender que un plan preparado con tanta minuciosidad resultara un fracaso. Para Oscar, la operación fue víctima, ya desde el propio instante de echar a andar, incluso desde mucho antes, de un conjunto de acontecimientos fortuitos que, a fin de cuentas, tuvieron casi tanto peso en el fracaso como una traición. O habría que considerar dos traiciones conjugadas, la de los humanos que no honraron la palabra empeñada, y la de la mala suerte, esa circunstancia que tampoco existe según afirman algunos, pero en este caso se hizo presente y fue contraria a los deseos de aquellos hombres que marchaban convencidos de que lograrían, con un atrevido golpe de mano, hacer que la historia del país diera un vuelco total.

Lo de «plan minuciosamente preparado» no era una frase que se le hubiera ocurrido porque sí, por simple empatía con la epopeya de aquel día y sus protagonistas, ni que hubiera oído de labios de alguno de los sobrevivientes que había logrado conocer. Ciertamente lo consideraba un buen plan, atrevido pero bien pensado, con posibilidad de éxito. Su debilidad, (le parecía, y en eso coincidían sus dos amigos), era no haber tomado en cuenta la posibilidad de fracasar, «la ausencia de un plan B», había comentado Alfredo, «El plan B sí existía», les recordaba Gonzalo, «pero no referido a la posibilidad de fracasar, sino a la de no poder atacar el Palacio, en ese caso se atacaría la radiomotorizada y el cuartel

maestre de la policía, pero es verdad, parece que no se pensó en la posibilidad de un fracaso, la confianza en el éxito era total.»

Se había mantenido una constante vigilancia sobre los movimientos de Batista y sobre sus actividades en Palacio, desde mucho tiempo antes; se había estudiado el recorrido que se debía realizar para llegar hasta el lugar, las mejores vías de acceso, la manera de entrar en la fortaleza y las acciones que se debían desarrollar una vez dentro, hasta apresar a Batista y continuar las siguientes fases del plan. En el momento conveniente, se movilizaron los combatientes y se alojaron en los apartamentos alquilados para ello, y además se les aseguró un mínimo de condiciones logísticas mientras estuvieron acuartelados en espera de entrar en acción. También se tomaron todas las medidas para que la discreción fuera total, de manera que ningún vecino de esos apartamentos pudo imaginar nunca quiénes los ocupaban. Todo ello se había logrado a la perfección, al punto que nada había sido advertido por los aparatos represivos. Al día siguiente del ataque, Batista declararí a la prensa que el servicio de seguridad del Palacio tenía información acerca de que se tramaba algo contra el lugar, pero no se habían tomado medidas especiales para no alarmar a la población, ya que él confiaba en la buena preparación y el valor personal de quienes formaban el dispositivo defensivo del edificio, pero la verdad era que, a pesar de prisiones y torturas, no habían tenido ni la menor sospecha de lo que se preparaba hasta que ocurrió el ataque. Ni siquiera el camión con armas que tres días antes la policía había ocupado lo habían tenido como indicio de nada, pues ni siquiera pudieron vincularlo a algún grupo o alguna acción en particular.

«La captura del camión con las armas también fue obra de la casualidad», pensaba Oscar. Un hecho puramente fortuito que seguramente no influyó directamente en el resultado del ataque, al menos no de inmediato, pues las armas capturadas

por la policía no participarían de la acción en un primer momento, pero de cualquier modo fue un golpe de mala suerte más que recibió el Directorio, y no solo significó la pérdida del cargamento que llevaba el camión, sino también la del resto del material que durante mucho tiempo y a fuerza de paciencia Juan José había acopiado.

Gracias a sus relaciones con conspiradores de distintas procedencias y tendencias ideológicas, Juan José había ido almacenando en su casa de madera, en el reparto Los Ángeles, cerca de la Virgen del Camino, donde vivía solo, un arsenal de considerable volumen, en el cual se contaban armas y municiones de diverso calibre, incluso pesadas, además de uniformes del ejército y la policía, «Me dediqué durante casi cinco años a recoger, trasladar y almacenar distintos tipos de armas de cuanto conspirador se fuera a ir al exilio o tuviera temores de que la policía le hiciera un registro», le contaría a Oscar en alguna oportunidad.

En los primeros días de marzo, en una conversación con Carlos, acordaron que él facilitara una parte de esos pertrechos de guerra para situarlos en las afueras de Palacio una vez tomado; con ese armamento los rebeldes estarían en capacidad de repeler cualquier posible reacción enemiga procedente de Columbia o de la fortaleza de La Cabaña.

En la mañana del once de marzo llegaba a la casa de Juan José un camión con el rótulo Fin de Siglo, nombre de una florería cercana al cementerio de Colón. En ese vehículo se trasladarían las armas. Juan José le prestó una pistola calibre cuarenta y cinco al chofer, de quien días después sabría que se llamaba Dagoberto, «No me interesa lo que van a hacer con eso que llevas en el camión, pero la pistola me la devuelves, que tengo pocas y todavía me hacen falta unas cuantas más.» Decidió acompañarlo durante unas pocas cuadras que los separaban del cercano matadero de reses, donde deberían estar esperándolo unos compañeros suyos vestidos de policía

para custodiarlo, «¿Vestidos de policías, o policías?», «No, disfrazados..., bueno, uno sí es policía, cabo, creo que se llama Flores.» Juan José pensó que el chofer no tenía por qué darle información tan específica, pero se alegró, pues conocía a ese cabo. «Así que también es antibatistiano», pensó. Lo tomaría en cuenta en sus próximos pasos conspirativos entre los uniformados.

Habían transitado unos minutos por las calles del reparto cuando, al incorporarse a la Vía Blanca, un carro patrullero les hizo señas para que detuvieran la marcha. Dagoberto, se asustó con la idea de que fueran a hacerle un registro por cualquier motivo y lo sorprendieran con su cargamento. «¡Qué va!, a mi esos tipos no me agarran», exclamó, y pisó el acelerador hasta el fondo, sin tomar en consideración que su vehículo era viejo y lento, y además estaba cargado, por lo cual no sería demasiado difícil a los policías alcanzarlo. De todos modos estaban muy cerca del matadero, y los encargados de custodiarlo seguramente se darían cuenta y harían algo para ayudarlo. «Arrímate lo más que puedas a la acera y frena un poco, que yo me voy a tirar con el carro andando; acelera otra vez cuando me tire y trata de meterte contrario al tránsito en la rotonda de Vía Blanca, a ver si confundes a la perseguidora, yo voy a tratar de avisar a los compañeros que me dijiste que están frente al matadero, porque conozco a Flores, vamos a ver qué ayuda te pueden dar, como están vestidos de policía, puede ser más fácil», dijo Juan José, y cuando Dagoberto disminuyó la velocidad se lanzó del camión y comenzó a correr en sentido contrario a la dirección que traían. Al parecer, los perseguidores no se percataron de la operación, o consideraron más importante seguir al camión, pues no hicieron el menor gesto hacia él y continuaron haciendo sonar la sirena y corriendo detrás de Dagoberto.

Juan José buscó en vano a quienes supuestamente iban a escoltar a Dagoberto en el traslado de las armas, no estaban por todo aquello, y decidió tratar de establecer contacto con los dirigentes del Directorio para explicarles lo que había



ocurrido. Como no se podía saber en qué había terminado el asunto de la persecución, ya no regresó a su casa, y quedó acuartelado desde ese mismo día once en el apartamento del Vedado donde se encontraban Carlos y Menelao.

Mientras tanto, Dagoberto, al hacer una de las varias maniobras con que intentaba burlar a sus perseguidores, chocó contra un poste del tendido eléctrico. Dos de los policías, pistola en mano, se dirigieron al camión para detenerlo; Dagoberto pudo herirlos y echó a correr, pero el tercer policía, con su ametralladora, logró darle a él en un tobillo. Cojeando y sangrando, anduvo por varias calles, hasta que montó en un ómnibus que pasaba, encañonó a su conductor y lo obligó a continuar viaje sin detenerse en ninguna parada hasta llegar a un punto en que consideró conveniente bajarse. Logró por fin esconderse en el barrio de Luyanó, donde sus compañeros fueron a buscarlo más tarde para trasladarlo al apartamento donde ya se encontraba Juan José. En definitiva, ambos habían conseguido burlar a los policías, pero en el incidente se habían perdido el camión y la carga que transportaba, y uno de los que deberían participar en la operación contra el Palacio quedaba inutilizado como combatiente: Se había producido la primera baja cuando aún no había comenzado la batalla.

Para completar el cuadro negativo, días después, la policía, atando cabos y reuniendo informaciones, dio también con la casa de Juan José, ocupó todo lo que había guardado en ella y más tarde la demolieron. Mientras registraban por los rincones y debajo del piso buscando armas y municiones, encontraron una foto familiar, la del bautizo de su hijo. Juan José, que se había divorciado y había eliminado de su vida cualquier lazo sentimental que significara una limitación en sus trajines conspirativos, había conservado, sin embargo, aquella foto en que, desde luego, aparecía su imagen. «Fue una debilidad mía conservarla, y ya vez lo que me pasó por eso», comentaría muchos años después con Oscar. Por esa foto darían con él una semana más tarde, ya después del ataque.

«Fue un imponderable, una casualidad desgraciada, un golpe más de la mala suerte, una eventualidad que nadie podía prever», se decía Oscar, «Y sin embargo, ahí está el resultado, un cargamento de armas ocupada por la policía y un combatiente herido, sin causa lógica ninguna. ¿Algún especialista habrá hecho un estudio del lugar del azar en el desarrollo de los acontecimientos históricos?» Después de hablar con Juan José, había concluido que no había existido ninguna razón para esa pérdida de armas por el Directorio, ni descuido, ni indiscreción, ni delación, nada achacable a los seres humanos, solo el puro azar. El camión pudo haber pasado frente al carro patrullero sin que los policías se hubieran fijado en él, pues en realidad no tenía nada que llamara la atención, ni aspecto sospechoso, ni ninguna señal que lo individualizara ante los ojos de los uniformados. No iba ponchado, no echaba humo por el tubo de escape, no iba demasiado rápido ni tampoco tan lento que entorpeciera el tránsito, y el chofer no había violado ninguna señal de prohibición. Tampoco tenía multas pendientes de pago ni su chapa estaba circulada. En fin, los policías no le hicieron señas de detenerse al chofer porque hubiera infringido alguna regulación de tránsito o porque vieran en su forma de conducir nada de especial. Lo hicieron, simple y llanamente, porque sí, porque lo vieron pasar y se les antojó detenerlo. Quizás lo hubieran hecho con otro si hubiera pasado antes, y ellos hubieran podido continuar con tranquilidad. Pudo ser «este no» tanto como fue «este sí».

«¿Qué te parece ese?», preguntó el chofer del patrullero, señalando al camioncito con el letrero Fin de Siglo que acababa de incorporarse a la Vía Blanca; se dirigía al policía que viajaba a su lado, que en ese momento se encontraba mirando hacia otra parte y no había visto nada. «¿Cuál?, ¿el cacharrito?», «Sí, ese», «Bueno, si a ti te parece, a mí me da igual», «A mí también me parece bien», respondió el que

viajaba detrás, mientras acariciaba el cañón de la ametralladora que portaba, «Por alguien hay que empezar, hoy no hemos hecho la cruz todavía.»

«Pudo no ser pero fue», comentaría Oscar con sus amigos, «En eso radicó lo más absurdo del hecho, y por eso mismo más terrible: Los policías no tenían razón alguna para detenerlos, nada los obligaba a hacerlo; sin embargo, lo hicieron», «¿Por qué?, ¿por la famosa intuición policíaca de que hablan las novelas?», le preguntaron. Tampoco por eso, sino por una motivación ajena a cualquier consideración relacionada con la seguridad vial o la represión de actividades delictivas o contrarias al régimen, como sería de suponer.

Si Dagoberto hubiera sido un chofer cualquiera y no el que conducía un camión cargado de armas, hubiera hecho caso a la orden de detenerse, y con ello habría dado lugar a una escena que, quizás él no desconocía, ocurría todos los días en las carreteras:

Uno de los policías se dirige al chofer, sonriente y con desacostumbrada cortesía, «Buenos días, señor conductor», «Buenos días, ¿qué se le ofrece, agente?», «¿Usted tiene licencia para conducir este tipo de vehículos?», «Desde luego, señor agente», «Pues entonces haga usted el favor de mostrármela», «Aquí está, véala usted.»

El policía mira el documento una y otra vez, procurando hallar algún dato mal registrado, deterioro, fecha de validez vencida. No encuentra nada que señalar, el documento está con todas las de la ley. Con rostro grave, pasa a inspeccionar minuciosamente la cabina del vehículo: El botiquín está en su lugar, pero está prácticamente vacío, «¡Pero qué es esto!», ya apareció una infracción. Hay un extintor de incendios, es evidente que este chofer es bastante cuidadoso, pero el agente se acerca, mira y ¡está vencido! Una nueva infracción ha aparecido, el chofer ya comienza a temblar y se pregunta en cuánto le saldrán las multas, a pesar de que tanto él como el policía saben bien que son pocos los medios de transporte que cumplen con todas las exigencias de seguridad, y que

por lo general esas faltas no se toman en cuenta. «¿Cómo es posible que usted esté trabajando en el camión de una empresa y no esté uniformado?», pregunta el policía con tono preocupado, y el chofer comprende que ahí apareció un nuevo motivo de multa. De tal manera «cogido en falta», el hombre trata de justificarse ante el agente de la autoridad, pide clemencia, como haría cualquiera en situación semejante, «Pero es que usted tiene un montón de infracciones..., si fuera una sola...». El chofer insiste, pero «Lo siento, señor, yo quisiera ayudarlo, pero, imagínese, no estoy solo, mis colegas...» Por suerte para él, este es un «policía bueno» y, en respuesta a las súplicas, promete intentar convencer a sus compañeros, que son más estrictos que él en el cumplimiento del deber, de que anulen la notificación, «Pero, imagínese, ya están llenando el papelito.»

Este chofer es realmente lento en sus reacciones, todavía no ha formulado la pregunta clave que se debe hacer en estos casos: «¿Y no hay manera de llegar a un arreglo?» A pesar de tamaña falta de perspicacia en el interesado, el «policía bueno» se dirige a interponer sus buenos oficios ante los otros dos; conversa un poco con ellos y al poco rato regresa, sonriente porque está haciendo un acto de humanidad, «Mire, por esta vez, pase, puede usted continuar...» El chofer sigue lento de reacciones; o es tonto de capirote o es novato en el timón y todavía no está al tanto de las tradiciones. Hace ademán de retirarse, por lo que el policía no tiene más remedio que decirle, «Bueno, para quedar todos amigos, vámonos a algún lugar por ahí a tomarnos la mañana.»

Cualquiera tendría que estar de acuerdo en que a cambio de tanta condescendencia, nada resulta más justo que pagar una ronda de tragos, o acaso un café con leche, a los tres esforzados agentes del orden, bien merecido se lo tienen, piénsese nada más en que cada día deben pasar horas y horas en su vehículo protegiendo la tranquilidad ciudadana en las carreteras. «¿Dónde hay por aquí un...?», pregunta el chofer cándidamente, abriendo mucho los brazos, como si quisiera

abarcando a media humanidad con ellos y moviendo los ojos hacia todas partes: Por lo que él conoce, esta es una zona periférica, en sus cercanías no existe lugar alguno adonde dirigirse a «tomar la mañana». «No, por aquí cerca no hay ningún lugar... Pero no importa, déjanos algo para tomar la mañana en tu nombre más tarde.» El chofer, que al fin se ha percatado de lo que está pasando, quizás por el tuteo repentino, le entrega sin pensarlo dos o tres pesos, vuelve a su puesto junto al timón, respira hondo, «Bueno, de la que me salvé esta vez..., y no me salió tan caro», echa a andar el vehículo y la vida vuelve a la normalidad.

En la escena no ocurría nada lamentable, pues nadie resultaba lastimado en su integridad física, ni que resultara en grave daño a la economía del chofer, pues la cuantía entregada no era exagerada; el hecho era, bien mirado, hasta simpático, al menos así podría considerarlo quien estuviera enterado del profesionalismo con que funcionaban los órganos policíacos del país, ya que era un procedimiento habitual, un elemento folclórico más en la cotidianidad de la república. Se trataba, simplemente, de una forma de extorsión, no de las más duras, aplicada por la policía, y era conocida por forrajeo; gracias a ella los tripulantes de los carros patrulleros en servicio de recorrido por la periferia de la ciudad recibían pequeñas sumas en cada ocasión, pero el procedimiento, repetido varias veces al día, aportaba una jugosa cantidad al cabo de un mes.

Pero esa conversación, repetida a diario en cualquier lugar, no se produjo en el caso del camión con el cartel de la florería Fin de Siglo sorprendido por los agentes del orden cerca de la Virgen del Camino cuando transitaba cargando en su interior un importante alijo de armas. Como ni Juan José ni Dagoberto eran adivinos, no pudieron imaginar el verdadero objetivo de los policías, prefirieron no arriesgarse, y emprendieron la fuga. Tuvieron que esperar el paso de varios años para enterarse de la realidad de lo que les había sucedido ese día.

«De ser adivinos, le hubiéramos pagado no solo la mañana, sino la tarde y la noche.» Por una módica suma, Dagoberito no hubiera sido herido y hubiera participado en el ataque al Palacio, y nunca se habría producido la ocupación de armas que promovió a la categoría de héroes a unos simples extorsionadores. Y que llevaría a Juan José, días después del ataque, a caer preso y ser torturado.

«Tampoco ningún cabo había quedado suelto en los preparativos», pensaba Oscar al analizar cada una de las pequeñas acciones previas. «Hasta seguían el movimiento de los carros patrulleros por la ciudad con el receptor del cuartel general.» Armando, miembro de la Comisión Militar con Faure y Carlos, mantenía con sus colaboradores la observación sobre los movimientos en Palacio. Además, con ayuda de alguien que jamás imaginó en qué cooperaba, se había obtenido un croquis aproximado de la disposición interna del edificio. No era exacto, en realidad, pero resultaría suficiente para servir de guía aproximada para moverse una vez dentro. La sorpresa y la rapidez con que se actuara suplirían cualquier imprecisión.

Sorpresa y rapidez eran la clave del éxito: Los ocupantes del primer automóvil debían llegar de repente e impedir que se cerrara el portón; de inmediato todos irrumpirían dentro del edificio, sorprenderían al dictador en sus oficinas y lo detendrían, seguramente con varios de sus colaboradores más cercanos, ocuparían posiciones y se mantendrían en ellas... Este comando estaba distribuido en pequeños grupos en los cuales cada participante tenía una tarea asignada que debía cumplir, con independencia de lo que hicieran los demás, de manera que al llegar al Palacio cada cual sabía lo que tenía que hacer. Lo demás correría, en gran parte, por cuenta del grupo de apoyo, más numeroso y mejor armado, que pasaría a constituirse en la fuerza de ataque principal; la guarnición del Palacio tendría entonces que batirse contra dos fuegos, el externo y el interno, y no le quedaría más remedio que rendirse...

«Bueno, con el grupo de apoyo ya se sabe lo que pasó, se cumplieron los temores de Faure y Pepe y se equivocó Carlos..., quienes debían dirigirlo le fallaron a la causa y también al amigo... Si Daniel hubiera podido escapar con vida del Príncipe, seguramente habría comandado ese grupo y por nada del mundo hubiera dejado de cumplir lo acordado, él sí que nunca hubiera dejado a Carlos abandonado a su suerte, ni hubiera dado la espalda a los demás... Pero Daniel fue asesinado, eso fue un golpe violento», comentaba Oscar consigo mismo mientras se dirigía una vez más a encontrarse con la Bruja. Pero le resultaba evidente que ese no había sido todo el problema, y tampoco el único. Fueron muchos hechos fortuitos, una acumulación asombrosa de imponderables. «Una manifestación de la teoría del caos», se decía, «o como se llame», se rectificó, él nunca había estado muy seguro del término, ni falta que hacía, pero sí del concepto, que a fin de cuentas no es más que esa concurrencia que a veces se produce en tiempo y espacio entre hechos no conectados entre sí por ninguna relación de causa y efecto, algunos incluso irrelevantes, pero que al conjugarse dan como resultado algo no esperado, que en apariencia no tenía por qué suceder, y que por lo general tiene un efecto negativo, cuando no francamente desastroso. En este caso, lo que la policía ni hubiera soñado lograr en mucho tiempo, gracias al nivel de organización alcanzado por el Directorio, lo obtuvo en unas horas sin demasiado esfuerzo, gracias a un montón de casualidades.

«La propia pérdida de Daniel quizás haya sido el primer eslabón de esa cadena que llevó al desastre», le vino a la mente. Pero hubo muchos otros, recordaba, y se le antojaba pensar en uno tan ajeno en apariencia, y tan alejado del lugar del combate y de cualquier relación con los combatientes que resulta increíble que haya tenido algo que ver, aunque fue determinante en muchos sentidos y provocó bajas desde el primer momento del combate: una picadura de abeja.

Una abeja. Ese diminuto y laborioso himenóptero que a nadie molesta si no lo molestan antes, que rinde incontables beneficios al género humano, quizás fue el primer elemento de una cadena de coincidencias imprevisibles de último momento que llevó al desastre lo que podría haber sido el comienzo de la gran insurrección que llevara al país por nuevos derroteros. Era poco científica la hipótesis, cualquier historiador se reiría en su cara si se le ocurriera exponerlo, pero a Oscar le parecía tan válida como cualquier otra y así pensaba registrarla en su obra. Y con él coincidían sus dos amigos. «Ya somos tres los que pensamos igual», había bromado Alfredo.

Por alguna razón que seguramente nadie recuerda o nadie conoció, uno de estos insectos clavó su aguijón en la piel del chofer titular del ómnibus 1735 de la ruta 14. El animalito murió, desde luego, es lo que siempre sucede, pero a su vez el hombre, acaso como consecuencia de una reacción alérgica al veneno de abejas, sufrió tal hinchazón que se vio imposibilitado de acudir a su trabajo.

Las probabilidades de que un habitante de la ciudad sea picado por una abeja, y de que además esa persona sea tan sensible que sufra una reacción alérgica que le impida trabajar, son infinitamente pequeñas. Pero sucedió. El hecho clasifica entre los llamados imponderables, porque nadie hubiera imaginado que pudiera ocurrir. Como resultado del incidente, uno de los choferes que hacía suplencias sintió que la fortuna tocaba a sus puertas cuando lo llamaron a cubrir la ausencia del afectado. Laborar ese día significaba cobrar un turno completo de trabajo, qué alegría, cuántos problemas podría resolver con eso. De no haber sido por la abeja, ese día hubiera tenido que quedarse esperando otra oportunidad que era casi seguro que no se presentara... Y sin dinero. «La desgracia de unos muchas veces es la fortuna de otros», pensó cuando lo llamaron a cubrir el turno. Y la fortuna de él quizás cambiaría también, pues era probable que pronto lo pusieran en un turno fijo, esta llamada quizás había sido la primera señal de que su suerte iba a mejorar.



Aunque se afirme que «todos los guagüeros son iguales», eso no pasa de una frase hecha; como tantas, socorrida pero de dudosa veracidad. A saber, todos no conducen con igual pericia, o no tienen las mismas costumbres al hacerlo. O no cruzan la misma intersección todos los días exactamente a la misma hora, aunque cubran el mismo turno, y esa no es diferencia de poca monta, como acaso todavía haya oportunidad de comprobar. Tal vez el chofer titular, el picado por la abeja, u otro cualquiera que lo hubiera sustituido y no el que lo hizo, habría llegado unos minutos antes, o unos minutos después, a la intersección entre Colón y Monserrate el día trece de marzo de 1957, y no alrededor de la una y veinte minutos de la tarde. Si se hubiera retrasado, seguramente no habría podido tomar por la calle Colón, que estaría convertida en teatro de una recia balacera, y hubiera continuado a toda prisa por Monserrate, en busca de otra calle que le permitiera incorporarse a su recorrido habitual, o a cualquier otro, tratando de escapar a lo que estuviera ocurriendo allí, ya habría tiempo de enterarse después, lo importante era no encontrarse en un lugar donde hay gente disparando no se sabe desde dónde ni contra quién. Si hubiera pasado antes, no habría sido testigo de nada, y solo al finalizar su viaje se hubiera enterado de lo cerca que estuvo de ser protagonista involuntario de un hecho excepcional.

O de verse mortalmente involucrado en él, desde luego.

Ninguna de esas dos posibilidades fue lo que ocurrió con el chofer suplente; él llegó al cruce entre las calles Colón y Monserrate en el momento exacto en que un conductor de la ruta tres de Guanabacoa llegaba a ese mismo punto de la ciudad, pero no conduciendo un ómnibus de su línea, que nada tenía que hacer por allí, sino un camión Ford rojo cargado de hombres armados y dispuestos a usarlas en cuanto desembarcaran. El objetivo del chofer del camión era soltar su carga humana, precisamente, frente a la entrada del Palacio Presidencial situada en Colón.

Colón era la calle hacia donde se disponía a doblar la ruta catorce.

Esa coincidencia en tiempo y espacio de los dos vehículos podía no haber ocurrido, como es de suponer.

Pero ocurrió.

Con el camión ponchado, dando tumbos e inclinado hacia un lado, y después de experimentar varios sustos y peripecias en el trayecto, Amado llegaba con su cargamento, como prometió, justo detrás del auto en que viajaba Carlos, el jefe de la operación. El auto de Carlos ya había doblado. Amado se disponía a hacerlo inmediatamente, para estacionar bien próximo a la defensa trasera del automóvil y justo en la acera...

«¡Pero qué coño hace ese guagüero!», exclamó cuando vio un ómnibus de la ruta catorce que también doblaba hacia la izquierda y se interponía en su camino. «¡Tenía que ser guagüero, carajo!» Guagüero contra guagüero, la batalla por adueñarse del espacio vial es situación bastante común en La Habana, y está en la base de muchos accidentes que en ella ocurren: Los dos intentaron incorporarse a la calle Colón al mismo tiempo, ambos tratando de ser el primero, pero el chofer de la ruta catorce, tal vez por ser más ducho en el recorrido, o por estar en mejor posición, tomó la delantera y ya estaba pegado detrás del carro guía cuando el camión dobló; Amado todavía trató de cerrarle el paso al ómnibus para situarse pegado a la acera, para que los combatientes salieran y comenzaran a actuar de inmediato, según lo planeado. Pero junto a la acera ya estaba el ómnibus.

Amado tuvo que detenerse en medio de la calle.

Un simple detalle: Salir del camión junto a la acera o en medio de la calle, sería poco importante en cualquier otra situación o en cualquier otro lugar y momento, pero aquí cobraba de repente un significado extraordinario.

Desde luego, el plan de ataque no consideraba la posibilidad de esta eventualidad. Era inimaginable. Pero ahí estaba...



# La Bruja

*Un pequeño grupo de rebeldes trató de entrar al Palacio, pero se retiró después que los guardias de la casa presidencial repelieron el ataque. La mayoría de los jóvenes rebeldes tomaron posiciones en los edificios adyacentes para hacer fuego contra la mansión Ejecutiva. Tres horas después de haber comenzado el tiroteo los estudiantes todavía ocupaban el edificio del Círculo de Bellas Artes, que queda frente al Palacio, al otro lado de la Plaza de Zayas, que tiene una manzana.*

*Ataja, marzo 14 de 1957*

## La Bruja

*Titulares, marzo 13 de 1957*

*Medidas para perseguir el transporte de armas  
Plazo para categorizarse a maestros  
Sancionados por colocar petardos  
Establece Hacienda un record de recaudación  
Intocable la cuenca del almendares  
En estudio el aumento al precio del petróleo  
Cooperan obreros y patronos  
Sostendrán hacendados la producción azucarera  
Regulan el derecho a la libertad de contratación  
Suspenden una novela televisada*

El Crisol

Cuando pasaste a verme al museo y me pediste que continuara trabajando hasta la tarde, mi reacción de inicio fue de rechazo, me pareció un abuso de tu parte, llevaba tres días quedándome, ya ni sabía con qué pretexto, y en definitiva no había sucedido nada, la dichosa acción decisiva que estaba a punto de ejecutarse, cuyo objetivo todos imaginábamos aunque nada en concreto supiéramos, no acababa de convertirse en realidad, «Es necesario que te quedes por si acaso, cuando hagamos la operación será bueno tener a alguien de nosotros dentro del museo, puede sernos de mucha utilidad», eso me habías pedido antes, y me quedé el día diez esperando aunque no me diste detalles, me bastaba con tu palabra, y no ocurrió nada, ni el once, ni el doce, tres días de espera ya era una exageración, necesitaba descansar, tomar un respiro, qué te pensabas, todo el mundo no puede ser como tú, «Es un abuso.» Me negué varias veces, hasta que me di cuenta, por tanta insistencia, de que esta vez la espera no sería en vano, que el sueño tan acariciado se iba a realizar esa tarde.

97

No, en realidad no fue por insistencia tuya alguna que acepté, hubiera sido un acto conciente de mi parte y así no ocurrió. Fue algo dentro de mí, como una inspiración, un palpito, que me indicó que debía hacerte caso, porque de repente, mientras hablabas, dejé de escucharte y me trasladé al sueño que había tenido la noche anterior y que al despertar casi había olvidado. Un sueño tan confuso que no había logrado recordar sus detalles al despertarme, solo la sensación de desasosiego, que no me abandonó hasta que te vi delante de mí esa mañana. Mientras hablabas, todos los pormenores del sueño regresaban a mí. Era la víspera de algo muy grande que habría de ocurrir, aunque en el sueño yo no podía distinguir la fecha, al oírte esa mañana lo adiviné, pero no de manera consciente, como tantas cosas entre tú y yo. Llegué de repente al apartamento donde estabas acuartelado, sin que nadie me sintiera; pasé entre los que dormían sobre las colchonetas desperdigadas por todas partes, que eran los menos, y los que, con los ojos cerrados, velaban, que eran los más, y me acosté a tu lado.

«Despiértate, Pepito, que tu gatita está aquí», le susurra al oído, mientras la mano izquierda le acaricia el pubis. Era uno de los pocos que estaban realmente dormidos; hasta poco antes había estado conversando y haciendo chistes en voz baja en un grupo formado por Faure, Osvaldito, Juan Pedro, Machadito y Briñas. De repente dejó de hablar y dijo, «Bueno, mi gente, voy a echar un pestañazo, no quiero que mañana Batista me vea ojeroso»; unos minutos después dormía plácidamente. Nadie adivinaba cómo lo conseguía, pero que durmiera a pierna suelta la víspera de una acción tampoco era sorprendente para quienes lo conocían de más cerca.

«Ten juicio, muchacha, que la gente se va a despertar», la amonesta sonriente. Inútil, ella continúa, ahora le está besando la parte inferior del mentón mientras ronronea, lo roza una y otra vez y le acaricia el pecho con la cabeza; se ha

movido y está echada encima de su costado, la mano izquierda continúa, traviesa, jugueteando en el pubis. «De verdad que pareces una gata..., qué te dio, muchacha, ¿no tienes juicio?», «¡Miau!», «Compórtate, ¿acaso no sabes lo que va a pasar mañana?, la gente está descansando.»

Claro que sabe lo que ha de suceder, es su sueño y ella, dormida, sabe hoy lo que él mañana conocerá despierto, por eso ha venido a acompañarlo en su última noche, para que sus cuerpos se encuentren también por última vez, aunque al despertar ambos lo hayan olvidado.

Las protestas son cada vez más débiles, qué hombre se resiste a las zalamerías de esta gata bruja, a las caricias de esta mujer que no sabe de límites en la entrega, que tantas otras veces lo ha despertado en la madrugada porque de repente ha sentido deseos de él, «Tengo que aprovecharte hoy que duermes conmigo, después quién sabe...».

Es inútil tratar de convencerla, terminará saliéndose con la suya, como de costumbre, a esta mujer no se le puede negar nada cuando se dispone a obtenerlo.

«Mira que se van a des...»

En eso llegó *Aquella* y comenzó a halarte hacia su parte, quería llevarte con ella. Te halaba y mostraba unos papeles, unos certificados de propiedad. Quería encerrarte en su jaula, alejarte de los compañeros, alejarte de mí. Yo solo quería estar contigo una vez más. Adivinaba que algo iba a ocurrir cuando nos despertáramos, algo que yo no podía evitar y amenazaba separarnos para siempre. Juntos debíamos estar un último instante antes de separarnos para siempre, tú conmigo en tu sueño y yo contigo en el mío, porque, donde estuvieras, con ella o con los compañeros, estarías soñando conmigo. Sería en sueños el postrer encuentro de nuestros cuerpos, y ella venía justo a impedirlo. Me pegué mucho a ti para que con mi calor recibieras también mi fuerza, para que no te llevara; traté de retenerte, eras nuestro, eras mío, pero ella alegaba otras razones. Cada una halaba para su lado. Tanto, que te



dolíamos. De repente el sueño se esfumó y me desperté con la sensación de que algo en ti y en mí se rompía; dormida hubiera llegado a conocerlo todo, pero despierta no podía.

No quedaron en mi mente rastros de lo soñado, apenas una gran desazón y la confusión de sensaciones que no lograba ordenar, hasta que terminé por olvidar la noche con el ajeteo de la mañana, y solo permaneció conmigo el desasosiego, hasta el momento en que, cuando estabas casi a punto de darte por vencido ante mi negativa a quedarme también esa tarde, la escena del sueño regresó entera a mí y, aunque tampoco entendí su verdadero significado, fue suficiente para aceptar tu propuesta. Yo debía estar cerca de ti en el combate que habría de venir, y enfrentarme a tu muerte cuando asomara la cara. ¿Y si entre los dos pudiéramos vencerla?

Más cerca debí estar, a tu lado, el arma en la mano, disparando y matando, como los demás, para disputar con ella mis derechos de amante y arrancarte de sus manos, como en sueños quise hacer con Esa. Pero los sueños son engañosos, en la realidad no era ella, la rival de carne y hueso, quien me disputaba a mi hombre, sino otra, inasible, de cuyas manos me sería imposible arrancarte, salvo que yo estuviera en el camino de las balas que te mordieron las carnes. Yo lo hubiera hecho.

Pero eso ya no pudo ser, los compañeros no me lo permitieron.

Tal como aquella tarde te vi caer, aunque yo no estaba allí, esta vez te vi levantarte de tus heridas y echar a andar junto a mí. Era un sueño y yo lo sabía, pero entré en él cuando sonó el teléfono y comprendí el mensaje oculto tras el mensaje expresado. Antes de oír su voz supe para qué llamaba, porque antes de conocerlo lo vi cuando el fin se hizo comienzo, cuando después de caer te levantaste y marchaste conmigo; nos seguía con la mirada mientras nos alejábamos, como si quisiera andar a la par de nosotros, como si aspirara a hacer-

se uno con nosotros rompiendo las fronteras del tiempo. Respondí que sí a la petición sin escuchar las palabras porque ya las conocía: Tendría las puertas abiertas cuando llegara, porque tú me lo reclamabas desde tu lugar junto a la fuente del parque Zayas.

En unos minutos sabré si el sueño no me traicionaba.

Oscar oprimió el botón del intercomunicador, saludó y se identificó; siguió las instrucciones para subir por el ascensor hasta el apartamento. Arriba lo esperaba, imponente, ese fue el efecto que le hizo, una señora de edad indeterminada, al menos para él, que no hubiera podido afirmar ninguna al tenerla delante por primera vez; lo mismo podría tener sesenta, lo cual él sabía que no era cierto, que ochenta, lo cual le parecía una cifra exagerada. Alta, muy erguida, fuerte, pelo algo corto, entrecano, collares al cuello, pulseras, aunque no de adorno, mirada entre afable y burlona, expresión cansada a pesar de ser temprano. «No durmió bien», pensó; más tarde ella le comentaría que había estado pintando hasta bien avanzada la noche, «Estoy pintando unos cuadros con motivos religiosos afrocubanos para una exposición en África.»

«En su tiempo tiene que haber sido una mujer muy hermosa», comentó consigo mismo, y se sorprendió pensando que, si la hubiera conocido, como la conoció Pepe, de veintitrés años, seguramente también hubiera bebido los vientos por ella, como hicieron tantos hombres, según le habían contado. Sonrió interiormente ante lo absurdo de la idea: cuando Pepe y ella se conocieron a él le faltaban más de veinte años para nacer.

La señora lo invitó a pasar y sentarse, le brindó café y se sentó frente a él. Durante unos segundos ninguno de los dos habló, él con su café en la mano, incómodo al ver que ella no se había servido, y ella observándolo, como tratando de asegurarse de la clase de persona a quien había autorizado a visitar su casa. ¿Pasaría el mudo escrutinio? Le habían hablado tanto de ella...

«Bueno, usted sabe, como le dije por teléfono, vine para...»  
«Sí, claro, claro», lo interrumpió y se levantó. Ella sabía que él venía a título personal, que no estaba interesado en una entrevista con todas las formalidades del caso, no estaba haciendo una investigación histórica seria ni mucho menos, todo eso a que estaba acostumbrada; solo quería conocerla. Ella, que ya le había oído los mismos argumentos por el teléfono, se volvió un instante hacia él y sonrió, diciendo en silencio, «Ya lo dijiste, no tienes que repetirlo tanto», pero él no se percató del tono burlón de la sonrisa. Por suerte, ella se alejó y él pudo resistir a la tentación de confesar lo que no le había dicho antes ni ahora, que en esencia lo que quería era conocer a la mujer que, según imaginaba, fue la última imagen humana que Pepe evocó en su mente antes de morir.

Regresó enseguida, con unos papeles evidentemente escritos en una máquina de escribir de las más antiguas, que le entregó. «Lee eso primero si te parece, después conversamos. Puedes tomar notas, o copiarlo todo, pero no te los puedo prestar para que te los lleves, me los dejó un amigo que quise mucho, y que ya no está..., como casi todos mis amigos.» Se fijó en el tono forzosamente neutral de la última frase. «Esta mujer esconde mucho dolor en su interior.»

Aquellas pocas hojas de papel, una síntesis biográfica, debían de tener al menos cuatro décadas de escritas, y la máquina ya debía de ser vieja cuando la usaron, vista la forma en que estaban impresos los caracteres, las fallas de algunas letras. Pensar eso lo hizo sobrecogerse, «¿Será una de las que se usaban para escribir proclamas contra Batista?» Quizás lo fuera, pero no había modo de comprobarlo, y olvidó preguntarlo después. Tampoco era importante, desde luego. Otro día se daría cuenta de que ella atesoraba varias máquinas de escribir muy antiguas, pero también se le olvidaría preguntar la procedencia. Hizo una lectura rápida, solo para hacerse una idea del contenido: Lo importante, el motivo de su visita, era conversar con ella, no demorarse en lecturas, «Para eso están las bibliotecas, que no atesoran lo que esta mujer guarda dentro.»

Casi todos los datos contenidos en esas hojas ya los había encontrado en libros, de modo que no tuvo mucho que escribir. Sintió curiosidad por conocer el nombre del autor del texto, pero prefirió callar, al recordar el tono con que ella había dicho, «...Un amigo que quise mucho, y que ya no está...» Esta mujer había querido a muchos hombres, de una manera u otra, como le afirmarían en algún momento, y era evidente que la mayoría había muerto, de modo que era mejor no volver sobre el tema. Ya bastante violencia le hacía al obligarla a revivir una época que quizás preferiría olvidar. «Estoy tratando de ordenar mis memorias, ¿sabes?, pero no de una manera cronológica, sino según los hombres que fueron marcando mi vida..., no, no solo los amantes, los amigos también, los compañeros. Y empezando por mi padre. Pero cuando vuelvo sobre aquel tiempo es como si no pudiera avanzar..., es tanto lo que tendría que decir... Y cuando pienso en Pepe, no sé, es como si la mente se me bloqueara.»

Se preguntó si no sería una indelicadeza suya, por lo menos, pedirle que hablara de aquella relación. Esa mujer que se encontraba frente a él no solo debió llorar hacía medio siglo la pérdida de un hombre que había amado como jamás amaría a ningún otro, según propia confesión, sino también la muerte de muchos otros amigos entrañables, unos caídos junto con él; otros, asesinados más tarde, por lo general torturados y rematados, sin contar aquellos que, habiendo sobrevivido a los años de cárcel, clandestinaje y persecución, el propio paso de la vida había ido haciendo salir de escena. «Es el precio que debe pagar cualquiera que alcanza una edad avanzada», comentó consigo mismo, «Dejar un montón de muertos detrás.»

«¿Qué edad tú tienes, muchacho?», preguntó ella de repente, sin esperar a que Oscar terminara con las hojas. «¿Cómo?», «Nada, eso, que cuántos años tienes.» Que estaba por cumplir los treinta y uno, respondió, todavía sin entender la pregunta, y se sintió incómodo por ser tan joven. Claro que para él, como para cualquier hombre, los treinta años significaron el orgulloso arribo a la orilla de la madurez juvenil, la plenitud

del adulto alcanzada sin haber salido de la juventud, pero en ese momento hubiera preferido contar cincuenta o sesenta, para haber acumulado en su haber cuando menos un poco de vivencias dolorosas a qué echar mano e igualarse en la conversación con esta mujer tan ducha en dolor y que, quizás por eso mismo, por el dolor acumulado, le parecía un monumento vivo a la historia del país.

¿Con qué derecho se encontraba allí, sentado frente a ella, intentando apropiarse de lo que guardaba como su más personal y valioso tesoro? Para él los hechos en que ella había participado, y en los cuales había dejado su amor, sus lágrimas y sus mejores años, en los que se había jugado la vida más de una vez, no eran más que unas pocas líneas encontradas en algún libro de historia, un acontecimiento mencionado al paso mientras se trata de asuntos más relevantes. O eran la obligatoriedad de acudir a algunos actos públicos siempre iguales, una vez al año durante los cinco de carrera universitaria, a los que asistía más atento a que no le contabilizaran una falta injustificada a las actividades políticas obligatorias, o a encontrarse con amigos de otras facultades, que a la real evocación de unos héroes de memoria deslustrada por el tiempo y el descuido. A él y a sus condiscípulos los héroes de la epopeya habían llegado apenas como nombres que se debían venerar por decreto una vez al año, para olvidarlos enseguida, sin mayor significado. Lo peor para él en esos actos, lo comentaba con los más allegados, era percatarse de que más de uno de los supuestos continuadores improvisados echaba mano a aquellos nombres para apuntalar cualquier discurso mal hilvanado, sin contar que algún que otro pretendido líder juvenil lo hacía para dar visos de trascendencia a la tontería más evidente que se le hubiera ocurrido, buscando manera de afianzar mejor su futura carrera política.

En cambio, para ella, aquellos nombres eran seres de carne y hueso que conoció con grandezas y miserias, con ideales y ambiciones, unos mejores y otros simplemente buenos, algunos acaso no tan buenos, pero todos individualidades

irrepetibles que dejaron su sangre esparcida por las calles de la ciudad que todos pisamos, personas reales con las cuales compartió durante mucho tiempo riesgos y zozobras, esperanzas y desengaños, dolores y alegrías. Gente real que significaron sueños, amistad, amor.

Y lágrimas al perderlos.

De modo que vas a cumplir treinta y un años..., los mismos que hubiera cumplido él unos meses después, en julio, si hubiera sobrevivido a aquel combate. También tienes entradas y hasta eres de estatura un poco menor que la mía, como era él; esto último no lo sabías y te asombraste cuando lo dije «¿Más bajito que usted?», preguntaste asombrado, claro, te lo imaginabas un gigante, o algo así. «¿Y por qué no?», te respondí con una pregunta. «Eso es por la tendencia a imaginar superhombres, todos los grandes hombres tienen que ser altos. Sobre todo, más altos que las mujeres que los aman. Pero no, este no es el caso. Además, él no era un superhombre, solo que era excepcional.» No era mucha la diferencia de estatura, a decir verdad, pero yo era un poquito mayor que él, también soy una mujer alta para la media, por lo general sobresalgo un poco, por eso no me ponía tacones altos cuando andábamos juntos, aunque a él eso no le interesaba, tenía cosas más importantes en qué pensar y era demasiado grande por dentro para fijarse en eso...

Si te pusieras unos espejuelos oscuros al estilo de los que se usaban por entonces, y vistieras saco y corbata, como siempre hacía él, te le parecerías bastante, alguien no demasiado observador hasta podría confundirlos, al menos en un primer momento. Quizás esto que me digo no sea tan cierto y no haya ningún parecido entre tú y él, o muy poco, seguramente nadie podría confundirlos si no soy yo, que te he visto y he querido verlo a él en ti, no sé por qué, acaso por la forma en que has hablado, me pareció que las palabras te salían del corazón, ojalá no me equivoque.

En otros tiempos esa confusión me sucedía a cada instante, sobre todo al principio, cuando, a pesar de que lo sabía muerto y no había ninguna posibilidad de duda, el padre lo reconoció, me negaba a aceptar que fuera cierto, «No lo mataron, el viejo se equivocó, tiene más vidas que un gato, escapó y está escondido, un día de estos me lo encuentro en cualquier esquina, sonriendo detrás de su tabaco, y me da la sorpresa», y lo veía llegar a cada instante, encarnado en personas que en nada se le parecían, «Ahí está, yo sabía que regresaba, yo lo sabía, que él no me podía hacer eso...»

Pero no era él, desde luego, nunca lo era.

No me encuentres en él, no te confundas hoy como has hecho antes; es inútil, bien sabes que no soy yo ese hombre joven en quien ahora me estás mirando. Es imposible que me encuentres en él, ni en ningún otro, porque no estoy fuera, sino en ti misma, tú eres el único lugar donde puedes verme, dentro de ti aliento, y vivo.

Ese joven me busca en tus palabras tratando de conocerme, tomándome por héroe en tiempos de modernas epopeyas, y acaso queriendo emularme. Quizás haya sido como él piensa, seguramente lo fuimos, pues la epopeya en que nos envolvimos fue cierta y la escribimos entre todos, pero, si entonces éramos héroes, no se debió a que lo quisiéramos, sino simplemente a que sucedió, nosotros solo actuamos según indicaban nuestros corazones, lo que no es poco decir para una generación, y eso marcó nuestra diferencia.

Se ha sentido a hablar de mí contigo, por si encuentra al héroe en tus palabras, pero en realidad es mucho más lo que busca, aunque aún no lo sabe. Tú, esa mujer unos cuarenta años mayor que tiene ante sí, tal vez un día de estos será para sus ojos, por la magia de las palabras, la jovencita de veintitrés años en cuyos labios deposité un levísimo beso de amor a modo de «hasta luego», la última mañana que conoció mi vida, aquel beso en que quedé contigo para siempre. Solo si él alcanza a verte con mis ojos de entonces.

En mí se volvió perenne tu juventud. No envejeciste, la imagen tuya que llevé conmigo para siempre es la de una muchacha emocionada y un poco asustada que me pedía que me cuidara cuando nos despedimos en Bellas Artes aquel miércoles trece en la mañana, aunque para los demás seas una vieja. Te ha sucedido algo que nos fue impedido, a mí y quienes me acompañaron en este perpetuo día de marzo, y es que has podido ver las arrugas aparecer poco a poco frente al espejo; yo, en cambio, estoy obligado a permanecer por siempre detenido, para ti y para quien me imagine, en los treinta y uno que no llegué a cumplir porque tres disparos de una ráfaga se alojaron en mi vientre, y porque después un militar tembloroso se escondió de su miedo en un cuarto balazo que completó la obra de muerte comenzada en mi interior. Sin alcanzar los treinta y uno completos, esa es la edad que tendré mientras viva quien me recuerde.

Él anda buscando esa memoria de mí que ha permanecido en ti al paso del tiempo, y es justo que haga así quien se propone conocerme, porque nadie más existe, entre las mujeres que amé, que me recuerde como tú. No sé si aún vivirás lo suficiente para sembrar en otros mi recuerdo, para que yo continúe viviendo cuando ya no estés. Acaso lo siembres en este joven que me busca y sueña erigirme un monumento más duradero que el bronce, como diría el poeta, ojalá las fuerzas y el arte lo acompañen, porque el empeño es grave, no hay cimientos para nuestro monumento en la patria que ayudamos a levantar, y habrá que partir de cero.

Que me olviden o me recuerden no es en sí mismo lo que importa, el olvido o el recuerdo nada interesarían si se tratara solo de mí, en definitiva qué soy, sino uno más entre muchos que entregaron la vida, uno entre tantos que pudieran ser olvidados, o ya lo están, y con nosotros olvidado el pedazo de historia que andamos construyendo con estas armas que llevamos en las manos. Es lo que nunca se debiera olvidar, que hoy, trece de marzo de 1957, a las tres y cuarto de la tarde, un grupo de combatientes de varias organizaciones



que luchamos contra Batista, encabezados por el Directorio Revolucionario, hemos salido a regar con nuestra sangre el árbol de la libertad que algún día ha de brotar y florecer en Cuba, porque de tal materia es el fertilizante que ese árbol necesita para dar frutos, la sangre de sus hijos, y nosotros la entregaremos a raudales para alimentarlo.

Es necesario que no mueras, Bruja, mantente sin morir mucho tiempo todavía. Por nosotros, para que tengamos al menos el socorro de tu memoria para guardar la nuestra, porque temo que si no triunfamos hoy el olvido nos perseguirá por siempre. Lo que intentamos es demasiado grande para que se admita, si no vencemos, que nos asiste la razón; si no lo logramos, si a pesar de nuestra determinación el tirano escapa a la justicia, su propaganda hará de nosotros esa horda de locos asesinos que nos divertimos jugando con la muerte a que se referirá la prensa, y acaso algún que otro supuesto amigo. Y cuando él ya no esté, y no estará porque nuestra muerte no significará su victoria, el olvido nos perseguirá igualmente si quienes nos sobrevivan lo permiten por desidia, acomodamiento o cansancio. Si así nos fallan los amigos, y pudiera suceder, quedaremos apenas en sus memorias calladas, y cuando ya no exista ninguno de los que nos conocieron, porque el tiempo de sus vidas se acabe naturalmente, desapareceremos por completo, anulados en alguna tarjeta que casi nadie habrá de leer, o en alguna peregrinación ritual hacia un cementerio donde generaciones que nada sabrán de nosotros, porque saber no es repetir alguna frase en día patrio, oirán discursos gastados a fuerza de repetidos, mientras piensan en otra cosa, hasta que finalmente también la peregrinación ceda su paso al olvido y volvamos a morir, esta vez para siempre.

Después de todo, quizás en realidad no te le parezcas en nada, soy yo quien está intentando verlo renacido en ti: Como a todo el que ama profundamente, de tanto verlo dentro de mí,

hay instantes en que lo veo también por fuera; de tenerlo tanto en esencia, llego a verlo en presencia. Pero hoy sucede de manera diferente, porque no eres alguien que pasa y me lo recuerda por algún gesto o lejano parecido «Como me recuerda a Pepe... Se parece a Pepe en...», sombra que recuerda una sombra, sino alguien que ha venido hasta donde estoy para buscar dentro de mí a la persona que fue y nadie conoce, salvo yo, porque lo que de él queda en este mundo lo atesoro yo. Algo dentro de mí me asegura que tu llegada no es fortuita.

He accedido a entregarte parte de este tesoro porque he sentido el impulso de hacerlo, una fuerza interior que me movió en esa dirección, pero sé que lo de más valor, el verdadero Pepe que luchó y durmió a mi lado, ese lo guardo solo para mí porque no puedo compartirlo, y tampoco quiero, lo admito. Las verdaderas joyas que atesoro nunca las conocerás, porque esas quedaron sembradas en mi cuerpo y en mi alma y no puedo desprenderlas de mí para cederlas. Solo te doy lo que puedo entregarte, aquello que las palabras sean capaces de expresar. No obstante, lo que recibes de mí no son baratijas, sino reliquias, y las reliquias son invaluable, ¿alguien conoce el valor de los recuerdos? Soy legataria de la esencia de un hombre, y esa no se entrega ni es expresable con las palabras de todos los días, sino con vida; tendrías que hacerte uno con sus entrañas y su espíritu, que se guardan en mí, para alcanzar a conocerlas. No imagino si serás capaz de llegar hasta ese punto, deberás ganarlo. Y aunque nunca podrá ser todo lo que recibas, ni siquiera suficiente, será siempre mucha riqueza para ti, pues has venido con las manos vacías y acaudalado has de regresar.

Accedo a responder tus preguntas, y me esfuerzo por ser exacta hasta donde lo permite el paso del tiempo. También hasta donde pueda hacerlo sin lastimarme más de lo que estoy a pesar de los años transcurridos. Sí, porque los años difuminan contornos, obligan a la imprecisión en el detalle de la hora, la fecha o la cifra, pero no curan la llaga, al menos no lo han hecho en mí.

Me obligas a hablar.

Según brotan las palabras, la magia que las envuelve me va trasportando en el tiempo y el espacio, no puedo impedir que la pasión me atrape al dibujar los recuerdos con sonidos, y siento que por momentos me traslado, de lugar y de época, y también de edad. No es en realidad el parecido físico, sino algo de ti que no logro descubrir, quizás sea la fe, quizás la intranquilidad, lo que me lleva a él por instantes, y entonces, aunque siento que es un disparate, no llego a discernir si eres el joven desconocido que ha llamado a mi puerta en busca de ayuda para penetrar en un mundo que le es ajeno por edad y por vivencias, porque ha nacido varias décadas tarde, o si eres el hombre casado, siete años mayor que yo, con quien un día me encontré en el Palacio de Bellas Artes y por quien he llegado a sentir tal pasión que sé que, a la primera propuesta que me haga, voy a entregármele por completo aunque para ello tenga que burlar nanas, chaperonas y excesos de control familiares. No me detiene en esta decisión, en este ayer de hoy en que cuento poco más de veinte años, o en este mañana que es ahora, pasados cincuenta y tantos, la clase social de donde procedo, la crítica muda que adivino en los ojos de algunos de nuestros compañeros, que no alcanzan a adivinar la intensidad de lo que nos está ocurriendo, ni lo que cualquier otra persona de ayer, de hoy o de mañana pueda pensar o decir de mí y de este amor que me ha marcado para siempre y al que no he renunciado ni siquiera después de habernos visitado la muerte. Cuando pasen decenios del minuto de amor que estoy viviendo con él, cada cierto tiempo alguien me preguntará, sin ocultar por completo el tonillo morboso en la voz, por este sentimiento ajeno a convencionalismos, casi desvergonzado, en que nos hemos envuelto, y la pregunta estará esperando, quizás, que lo niegue tres veces, como Pedro al Cristo. No entienden, ni los de antes ni los de ahora, que este hombre que ahora vuelvo a ver como el primer día, por fuera nada parecido al héroe extraordinario que es y aún estoy por conocer, porque lo que

en él hay de más magnético e irresistible está esperando que dentro de unos minutos abra la boca y comience a hablar para mostrarse ante mí, este hombre aparentemente corriente pero subyugador de voluntades al hablar, se convertirá en el amor de mi vida, por prolongada que esta sea y aunque aún no lo sepa. No temo afirmarlo, aunque la frase pueda sonar cursi a quienes nunca hayan sentido lo que he sentido yo junto a él. Lo digo sin vergüenza, que amé como nadie pudo amarlo a este hombre que supuestamente no me pertenece porque está casado y tiene dos hijas, qué vergüenza se puede sentir cuando se ha vivido mas de siete décadas, cinco de ellas en permanente conversación con quien si no ha muerto del todo es porque se mantiene vivo en mí, tanto que está aquí, ahora, en este momento en que me obligas a evocarlo para ti.

Ya quiero saber si alguno de los que nos criticaron antes o lo hacen hoy es capaz de tanta fidelidad.

«Así que vas a cumplir los treinta y uno...», comentó ella en voz baja, como hablando consigo misma. «Y mira que se parece bastante a él», le acotó una voz en su interior, «En el tamaño, la incipiente calvicie y hasta los espejuelos, solo le falta el tabaco...» Lo observó con tanta atención que lo hizo sentirse un poco incómodo. «No es cierto que se parezca», se contradijo al instante la misma voz, «Tú quieres que se parezca.»

«Los cumplo dentro de poco», especificó Oscar, sintiendo que le nacía un atisbo de timidez, ¿a qué venía la insistencia en el dato?, ¿tendría alguna importancia para lo que le interesaba?, ¿tendría ella algo en contra de su edad? Pero en la expresión de la mujer no lograba descubrir ninguna señal en particular. ¿Curiosidad? No, curiosidad no era, a pesar de que lo mirara con tanto detenimiento. Al contrario, mientras más fijamente lo observaba más le daba la impresión de que se alejaba, como en una especie de extrañamiento espiritual: Dejaba los ojos sobre él, pero la mente viajaba a otra parte,

fraccionada la atención, una parte puesta en él y la otra en..., ¿dónde? «Aquí mismo», afirmó algo en su interior. Ciertamente, su atención se dividía entre él y algún otro punto en ese mismo lugar, como si hubiera alguien más presente en la conversación, con quien hablaba cuando guardaba silencio. Eso era, la impresión que le causaba era que hablaba a la vez con él y con alguien más. ¡Pero estaban solos! ¿Seguro?

«Estoy alucinando», se dijo cuando, como respuesta a su propia duda, sintió que, en efecto, había alguien más en el lugar.

«¿Qué dijiste?», interrumpió ella sus cavilaciones.

Él estaba convencido de no haber hablado, ¿le habría leído el pensamiento? «No..., nada.»

«Pepe también los cumple... Pepe los hubiera cumplido el dos de julio del cincuenta y siete, pero no pudo», completó ella la idea inicial.

«¡Yo también cumplo treinta y un años ese día!», exclamó, a la vez asombrado y alborozado.

Ella le clavó la mirada, desconfiada: ¿Eso era una broma? Este jovencito había sabido usar los argumentos capaces de convencerla, y había accedido a recibirlo. Hacía mucho tiempo que no hablaba de Pepe con nadie, y para qué hacerlo, si cada vez se le hacía más evidente que ni él ni la gesta en que entregó la vida interesaba realmente a nadie, eran páginas borrosas de un libro al que ningún lector acudía. Accedió, sin embargo, a la solicitud de este desconocido, siguiendo una voz interior, acaso porque sentía la necesidad de creer posible que alguien más compartiera sus recuerdos. Se dijo que había tenido razón al hacerlo cuando, al tenerlo enfrente, sintió por un instante que se le confundían las imágenes y, llevada por la añoranza que no la abandonaba a pesar del medio siglo transcurrido, creyó ver delante de ella a quien sentía por dentro. Pero esa afirmación la llevó a sospechar que había sido una tonta, que quizás el visitante estaba tratando de tomarle el pelo. ¡Tanta coincidencia!

«Me parece demasiada casualidad», expresó en un tono que trató de ser neutral, pero transparentaba la desconfianza que empezaba a ganarla. Él lo advirtió y le explicó que no había sabido de la coincidencia hasta ese mismo día, cuando vio la fecha de nacimiento en una de las hojas que ella le había entregado, «La fecha de nacimiento era un dato que aún no tenía..., precisamente le iba a preguntar, yo creía que era un poco más viejo, por la única foto suya que he visto, parece mayor.» Mientras hablaba extrajo su identificación personal y se la entregó, «Mire, es verdad que cumplo los treinta y uno ese día, no es mentira mía.»

Sonrió, aliviada. «Es que ese es un tema muy sensible para mí..., todavía.» No tenía por qué ocultarle que era una mujer con mucha experiencia, le aclaró, «He vivido lo mío», hombres no era lo que había faltado en su vida, pero, a pesar de todo, tratándose de Pepe, era como si nada de lo vivido después de él contara, seguía siendo un hombre que le dejaba huellas cada día. «Cada día», insistió. «No puedes imaginártelo, estaba fuera de cualquier comparación... Comparar significa encasillar, y él no cabe en ninguna casilla, cuando piensas que ya lo tienes, ¡paf!, se te escapa... Más de una vez lo vi discutir de tú a tú en el café América, donde se reunían muchos intelectuales, con lo más ilustre de la inteligencia cubana, sobre literatura, artes plásticas, filosofía, ¡una enciclopedia!... Pero también podías encontrarlo disfrutando una rumba de cajón en una cuartería habanera, o bebiendo aguardiente y fumando tabaco con los abakuá de Regla o Guanabacoa... Eso no me lo contó nadie, yo misma lo vi. Parafraseando a Cervantes, era ducho tanto en el discurso de las armas como en el de las letras, conocía el olor de la pólvora y el de la tinta de imprenta, era hombre de pensamiento y de acción.»

«Habla como una mujer enamorada», pensó mientras la oía, «¿No estará idealizándolo demasiado?» Ella se sonrió. «Lo de mujer enamorada está bien, pero te equivocas.» Oscar se sobresaltó y volvió a preguntarse, ¿acaso le leía el

pensamiento? «Ni lo idealizo ni exagero, por más que te parezca; es más, puede ser que me quede corta en el elogio... Era mucho más. Es una lástima que Enrique ya no está, ni Humberto... Ellos te iban a decir muchas cosas que yo solo puedo imaginar, porque lo conocían de muchos años.»

«Yo sé que tú no crees en nada de eso...», añadió después de hacer una pausa, y Oscar se preguntaba de dónde podría ella saber en qué él creía o no creía, si no lo conocía y no habían tratado ese tema; ella lo miró con detenimiento, como comprobando el efecto de sus palabras, y sonrió antes de repetir la frase y continuar la idea. «Yo sé que tú no crees en nada de eso..., pero él tenía un don, un aché, algo como un magnetismo personal que te envolvía y te hacía admirarlo... Fue lo que pasó conmigo.»

Para que se llevara una idea de la persona que era, «Muy por arribita, eso sí, el tiempo no alcanza, vas a tener que volver otras veces», accedió a contarle poco a poco, según se fuera acordando, algunas anécdotas de las que había sido testigo personal, «Y no te digo nada del hombre de avanzadas ideas sociales y políticas, de sus conceptos sobre la lucha revolucionaria, pues todo lo que te diga sería un pálido reflejo de lo que realmente era.» Solo no le diría nada, le advirtió entre risas, del amante que era, «No imagino todavía qué piensas hacer, y estoy por creer que tú tampoco, pero si hicieras una novela eso le agregaría un poco de sabor, pero conmigo no cuentes, que no te voy a decir nada», «Pero..., en eso también era bueno, ¿no?», se atrevió Oscar. «Claro que bueno..., muy bueno... ¿En qué estabas pensando...? ¡Y en toda la línea!», respondió ella con una sonrisa burlona, «Pero no me quieras hacer trampa, ya te dije que no te voy a contar. De todas maneras, no te hace falta, el escritor es libre de hacer lo que le dé la gana, es un mentiroso con permiso. Lo que no sepas, invéntalo... La realidad, de todas maneras, siempre va a ser más rica y sorprendente. Y no me refiero a ese aspecto, es en todo, en todo..., no te imaginas»

Guardó un largo silencio después de sus últimas palabras, y Oscar sintió que el silencio era un lujo que no se podía permitir: El tiempo no era suficiente para tanto que quería conocer, y no sabía cuándo ella volvería a tener un espacio libre para él. «En realidad los que atacaron el Palacio en marzo de 1957 fueron hombres muy jóvenes en su mayoría», comentó por decir algo, siguiendo el hilo de sus pensamientos, como forma de retomar la conversación. «Y eso que no cuentas a las mujeres que los acompañábamos; muchas teníamos todavía menos edad que ellos», «Sí, claro, pero yo me refería la acción militar propiamente dicha, al combate en Palacio», «¿Acción militar dijiste?», «Sí, el ataque a...» No lo dejó continuar, «Quiere decir que para ti no fueron acciones de guerra esconder y trasladar armas, imprimir y distribuir manifiestos y proclamas, acompañar a los hombres a poner una bomba, alquilar, con fachada de matrimonio, las casas que servían de refugio, atenderlas, llevarles comida a los acuartelados, buscar a los médicos que curaran a los heridos, o hacer de enfermeras, todo eso que hubo que hacer antes de realizar el ataque.» Él olvidaba un pequeño detalle, «Y no solo tú, hasta nuestros mismos compañeros parece que lo olvidan», y era lo que le habría ocurrido a la mujer que atraparan en alguno de esos trajines. «Seguramente no iban a dejarla irse tranquilamente a su casa, por tratarse de una muchacha decente: Señorita, cómo anda usted en estos malos pasos, qué dirán su padres, vaya, vaya para su casa y no se junte más con estas personas, que no le convienen... Sí, seguramente eso es lo que le pasaría, ¿verdad?... No había peligro para nosotras», y le recuerda la cantidad de mujeres que fueron torturadas, violadas y asesinadas por los agentes de Batista, «Hasta por cosas menos graves que las que nosotras hacíamos». No le extrañaba que él pasara por alto a las mujeres, «Las mujeres son una zona de silencio en nuestra historia, tanto de la más antigua como de la más reciente.» Le hizo una breve relación de heroínas de las guerras de independencia de las



cuales nunca se habla. Oscar quiso contemporizar: «Bueno, mi afirmación era machista sin querer, por desconocimiento, digo mejor que eran un puñado de hombres y mujeres muy jóvenes y muy valientes», «Eso está mejor: Éramos una constelación de jóvenes patrióticos y valientes», redondeó ella, sin imaginar que meses antes alguien, hablando con él, había usado una frase similar pero con términos que jamás osaría repetir delante de una dama.

«Nunca antes y nunca después del trece de marzo se vio, coincidiendo en un mismo punto, tan grande constelación de cojones», era la frase irreplicable ante ella que había pronunciado el canario Juan Manuel; desde luego, ante sus amigos la repitió y ellos la glosaron.

La tercera comunicación que recibía de su mujer desde su desaparición cuatro años antes lo llevó a conocerlo. Ella no desapareció porque hubiera muerto, desde luego, aunque eso fue lo primero que él pensó entonces, ni tampoco lo había dejado por otro, lo cual era incapaz de imaginar. Salió en la mañana y al día siguiente en la tarde aún no regresaba, era todo. Los parientes de ambos no tenían la menor idea de dónde podría encontrarse, estaban tan en ayunas como él, «¿No hubo nada anormal entre ustedes, ni siquiera discutieron?», «Nada, nos despedimos como siempre, con cariño.»

Se había esfumado, como abducida por alienígenas, «Carajo, pero esto no es Expedientes X, alguna explicación lógica tiene que haber», comentó Alfredo, «¿No viste si dejó alguna nota, buscaste bien?», preguntó Gonzalo. «Claro que busqué...», «Pero quizás te dijo algo, piensa, algo que te dé alguna pista», «Que nada, coño, nada, no dijo nada, no dejó ninguna nota..., hasta llamé al trabajo, por si había ocurrido alguna emergencia en provincias... Podría haber tenido que salir de repente...», «Pero en ese caso te hubiera llamado, no iba a irse así...», «Sí, claro, lo sé, pero...» Decidieron recorrer

varios hospitales de urgencia, sin ningún resultado: Solo sirvió para enterarse de que ese día no había sucedido ningún accidente mortal en la ciudad.

«¿Secuestros aquí?, ¿en Cuba? No jodas. ¿Para exigir qué y a quién?», respondió a Gonzalo, que había llegado a fantasear con esa posibilidad, en vista de la ausencia de resultados. «Eso está claro, pero de todas maneras me parece que hay que ir a la policía», «¿Ustedes creen?», «¡Hombre!, ¿y qué otra cosa pensabas hacer...?»

Lo hicieron, pero las pesquisas policiales no alcanzaron ningún resultado; durante un corto tiempo el investigador que llevaba el caso, quizás influido por alguna película o alguna novela detectivesca recién leída, llegó a considerar la posibilidad de que Oscar ocultara algo al reportar la desaparición de su mujer, su asesinato, por ejemplo, «No sería la primera vez que ocurriera, en los archivos se registran cosas así», pensó el agente. Desechó la hipótesis de inmediato, pues en sus años de policía no había conocido ningún caso de esos, y también porque pensó que podía existir otra causa, mucho más frecuente en los anales del país que los secuestros y los asesinatos de esposas, «¿No ha pensado usted en la posibilidad de que su desaparición se deba a una salida ilegal?», «Claro que no», protestó. De ninguna manera, por qué ella haría una cosa así, y sin siquiera avisarlo, «Esas cosas no se avisan así como así...», «No sé, pero aunque fuera en el último momento, para no asustarlo a uno.» No, él estaba seguro, algo grave debió de haberle ocurrido, «Quién sabe si sufrió algún accidente... quizás se dio un golpe, perdió la conciencia y está perdida por ahí.» No hizo caso a la argumentación del policía en cuanto a que el territorio nacional no es tan grande, si hubiera algún cadáver no identificado y con las características físicas de ella ya lo sabría. «Pero, ¿y la otra posibilidad?, ¿si anda por ahí..., con amnesia, sin saber quién es?» El policía lo miró con cara de pocos amigos, pero respondió con suavidad, «Está bien, tranquilícese y vaya para su casa, ya vamos a ocuparnos de eso.»

Al cabo de algunas semanas llegó la solución del misterio, bajo la forma de una postal procedente de los Estados Unidos, en cuyo reverso estaba escrito: «Sin comentarios. Sabía que no ibas a acompañarme. Perdóname, pero tenía que ser.»

«¡A fin de cuentas, el policía tenía razón!», exclamó Alfredo, «Desaparición de personas, en Cuba, ¿qué otra cosa podía ser?»

«¡Uno menos!...», exclamó a su vez Gonzalo, y comenzó a hacer el recuento de las ausencias por emigración en la última reunión de graduados. «Ya casi no queda nadie de nuestra promoción en este país, al paso que vamos...» Oscar lo interrumpió: «Perdona, compadre, pero ese no es mi problema ahora, lo que hayan hecho los demás no me interesa, mi problema es que se haya ido ella...» La relación era de mucho tiempo, habían hecho la carrera juntos y se habían casado a poco de graduarse, pero debió acostumbrarse a la idea de no volver a verla, pues no pensaba seguirle los pasos. Terminó agradeciendo el mal rato de la desaparición, «¡Quién sabe lo que yo habría hecho si me hubiera avisado...!»

Casi un año después de aquel primer mensaje, mediante una carta muy extensa, ella le había hablado de motivos, planes, esperanzas de un futuro imaginado como más promisorio lejos de la propia tierra, y con una frase ratificaba por qué se había ido sin avisar: «Sabía que no podía contar contigo en eso.» No se comunicó más con él, aunque de cuando en cuando algún amigo común que viajaba le traía noticias. De repente, luego de más de un año sin ninguna información, llegó un nuevo mensaje, esta vez desde Canarias. «¿Viste?, hice al revés que casi todo el mundo», era la frase con que comenzaba. Seguía un resumen abreviado de lo que había sido su vida por más de dos años en Estados Unidos, y de su salto hacia tierras españolas, y de inmediato pasaba al objetivo de la carta («Sigue siendo la misma de siempre», se dijo, «Directo al grano, sin perder el tiempo en floreos»): «Mira, conozco aquí a un tipo tremendo, muy buena gente, te va a gustar muchísimo cuando lo veas: piensa ir a Cuba y le

aseguré que tú podías ayudarlo. También le dije que eres medio literato, porque te gusta escribir, aunque eres ingeniero y no has querido dedicarte seriamente a hacerlo. Sé que vas a hacer buena liga con él, porque es apasionado como tú, y que vas a aprender mucho.»

José Manuel, el «tipo tremendo», era historiador y estaba escribiendo un libro sobre la lucha en La Habana contra el segundo gobierno de Batista, «Y no te imaginas todo lo que sabe, te va a contar cosas de las que allá nunca oímos hablar, o de las que no sabemos casi nada. Mira si puedes conseguir alguna dirección electrónica para que te conectes directamente con él.»

«Parece mentira que un extranjero sepa más de nuestra historia reciente que nosotros mismos», comentaría Oscar con sus amigos después de unos intercambios electrónicos con José Manuel. «Tiene lógica», replicó Gonzalo, «Él tiene los conocimientos de quien busca e investiga, es historiador, un especialista...; nosotros solo recitamos el catecismo escolar», «Nosotros aprendemos, en el mejor de los casos, lo que nos dicen los manuales, que siempre es una película apta para todas las edades», agregó Alfredo. «Sea como sea, me jode que él me rectifique conceptos que yo creía incuestionables...»

José Manuel estaba interesado en el ataque al Palacio Presidencial en marzo de 1957, «De haber tenido éxito, habría modificado sustancialmente el curso posterior de la historia del país. Allá por los sesenta, Emilio Roig ya había afirmado que era el hecho más brillante en siglos de existencia de la Habana, y no entiendo la escasa repercusión en la bibliografía nacional, he visto dos o tres obras originales, ¡en cinco décadas! Lo demás es copia de lo anterior», había escrito en su último mensaje. Por eso no esperaba obtener datos novedosos durante su estancia en Cuba, «Creo que lo he consultado todo desde aquí»; su verdadero objetivo era realizar lo que llamaba una peregrinación religiosa por algunos lugares

«Que supongo sean de culto para los habaneros, como lo son ya para mí.» Entre ellos citaba el sótano de 19 y B desde donde José Antonio sufrió su última asma y de donde salió a la toma de Radio Reloj, los apartamentos del edificio de 21 entre 22 y 24 donde estuvieron acuartelados los miembros del comando, la emisora de radio desde donde habló José Antonio y, desde luego, el antiguo Palacio Presidencial.

«Quiero ver sus muros, tocarlos, sentir en ellos las vibraciones del combate. Leer las tarjas que seguramente en ellos se encuentran. Me gustaría contar contigo en este recorrido que será para mí una aventura intelectual y una oportunidad para el crecimiento espiritual; ojalá que para ti también lo sea.»

Hacía muchos años que Oscar no visitaba Palacio, unos quince, y no recordaba casi nada de lo que había visto en él. En cuanto a los lugares que mencionaba José Manuel, no guardaba memoria de que alguna vez alguien los hubiera mencionado durante su paso por la Universidad, ni recordaba que a la entrada del edificio del antiguo Radiocentro hubiera alguna tarja conmemorativa. De los demás lugares no tenía ni idea de su existencia. «La aventura intelectual parece que va a serlo para los dos», comentó consigo mismo, «Porque para mí parece que va a ser, ante todo un descubrimiento de cosas que debía haber conocido antes.» ¿Sería también un crecimiento espiritual? No estaba seguro, pues se daba cuenta de que no sentía ninguna emoción en especial ante la idea de las visitas. Su único interés en el asunto era satisfacer el favor que le pedía aquella mujer que había sido tan importante en su vida y, no podía ocultarlo de sí mismo, todavía lo era.

Comenzarían por la visita al Palacio, convertido en museo desde hacía unos cuarenta años. «Esa fue una gran idea», comentó José Manuel, alborozado, cuando se lo mencionó. «Preservar el Palacio para las generaciones futuras habla muy bien de ustedes, significa que no son un pueblo desmemoriado.» Mostraba tanto entusiasmo por el recorrido que harían juntos que, imperceptiblemente, Oscar se fue impreg-

nando de ese sentimiento y comenzó a frecuentar bibliotecas en busca de información. Seguramente algunos de esos textos los había tenido en sus manos en alguna ocasión anterior, pero ahora los veía con nuevos ojos. Acaso por ese motivo, una olvidada anécdota regresó a su mente y la contó al nuevo amigo el mismo día en que se conocieron personalmente.

Estaba en el tercer año de la carrera, se aproximaba el trece de marzo y se encontraba estudiando en su casa con un grupo de sus compañeros de aula, entre ellos sus inseparables Alfredo y Gonzalo. De repente se entabló una discusión sobre la participación en los actos dedicados a la fecha. Pocos estaban interesados en asistir. Alfredo afirmaba que no valía la pena; en definitiva, ya habían ido dos años seguidos, en el primero, con el entusiasmo propio de los novatos, y en el segundo por obligación, pues se habían establecido compromisos de asistencia por grupos, y el de ellos no podía ser incumplidor. Pero en esa ocasión no tenía intención de asistir a ninguno de los actos, pues no le veía la gracia a ver y oír lo mismo por tercera vez.

«Debía ser obligatorio nada más que para los de primer año, porque para ellos todo es novedad y en su mayoría van motivados; los demás, que fueran si les diera la gana», observó Oscar, «Si yo tuviera poder de decisión en la FEU, lo disponía así, al menos todo sería sincero.» «En definitiva, para lo único que sirven esas actividades es para que nuestros supuestos dirigentes estudiantiles se sientan importantes, para que se vean aplaudidos...», remató Alfredo. «Parece mentira que hablen así», intervino Gonzalo, disgustado. «Tenemos que asistir, pero no por ningún compromiso de grupo ni para que ningún dirigente sea feliz creyendo que lo aplaudimos... Es para recordarlos a ellos, a los que cayeron, porque murieron también por nosotros», «No nos vengas con eso ahora, compadre, que tú sabes que es historia antigua», afirmaron a la vez Alfredo y Oscar.

Oscar-padre, que no participaba de la conversación, decidió intervenir. «No tan antigua como ustedes creen, muchachos... Y aunque a ustedes no les falte razón, estoy de acuerdo con Gonzalo, tienen que ir, porque de alguna manera hay que mantener vivo ese recuerdo..., aunque sea así... Peor es que la fecha pase como si nada», «Pero todo es repetitivo, ficticio..., lo mismo todos los años», lo rebatió Oscar-hijo. «Es verdad, pero es algo, de alguna manera los recuerdan, se habla de ellos..., y ellos son la historia de la Universidad, la de ustedes, la mía...», «Puede ser como usted dice...», se atrevió Alfredo, «Pero fíjese en una cosa: En la Universidad esa historia no se estudia; nos dan la misma historia de Cuba que se da a los niños de primaria, más o menos... No nos ponen a esa gente cerca de nosotros... Si se quisiera mantenerlos vivos se buscarían otras fórmulas...»

«¿Y por qué es tuya también, si hace años que te graduaste?», interrumpió Oscar, pues había sorprendido cierta emoción en la voz del padre al decir «la mía» y se sintió intrigado. «Y cuando aquello pasó eras un niño, ¿no?», «Que me haya graduado no tiene nada que ver, igual soy un universitario, ¿no? La historia de la Universidad sigue siendo mía. Pero hay algo más, muy personal. Pocas veces lo he contado...»

Oscar-padre contó una historia que el hijo no estaba seguro de haberle oído antes, aunque de algunos de los elementos de la anécdota sí tenía noticia.

«Yo era un niño limpiabotas, como muchos otros de mi edad por entonces, pero tuve una experiencia aquella tarde... Una experiencia muy especial... Si yo fuera capaz de escribir, ya hubiera hecho un cuento o un artículo periodístico, hasta tengo el título: El hombre que se limpió un solo zapato. Ojalá alguien algún día lo escriba por mí. A lo mejor uno de ustedes.»

«¡Bueno, aquí estamos!», exclamó José Manuel, satisfecho y emocionado, cuando se encontraron frente a la entrada principal del Palacio. Era su segundo día en Cuba y no quería

perder ni un minuto. Aunque la idea inicial era hacer el recorrido que habían hecho los asaltantes, no había resistido la tentación de empezar por el final, «Primero vamos al Palacio, no puedo dejarlo para más tarde, después volvemos de nuevo, comenzando desde el refugio de José Antonio en el Vedado.»

Un cartel anunciaba que el museo estaba en reparaciones, pero se mantenían las visitas. «Bueno, no será igual, pero espero que siempre podamos ver bastante.»

No fue una visita, sino una pasada a marchas forzadas por diversos locales, sin encontrar lo que procuraban, comentaría más tarde Oscar a sus amigos. Las famosas vibraciones del combate que imaginó sentiría al tocar los muros no se hallaban por ninguna parte, porque en aquellos muros nada quedaba que evocara el paso de quienes allí habían caído. «No es el recuerdo de ellos lo que queda, sino ellos mismos», escribió alguna vez Vallejo, hablando de los muros de una casa; según el poeta, los hombres que ella vivieron impregnaron de su presencia las piedras de que está hecha y permanecían en ellas cuando ya se habían ido, pero en el antiguo Palacio Presidencial la afirmación no se cumplía: Los muros que tenían ante sus ojos estaban hechos de olvido. Desconocidos recreadores de la historia habían logrado vaciarles la memoria. El museo acumulaba muchas imágenes («¡Hasta caricaturas que nada tienen de históricas!», se había asombrado José Manuel, «¡Qué ocurrencia absurda!»), pero ninguna se relacionaba con lo que habían ido a buscar.

En el maremagno de información, que abarcaba desde la llegada de los españoles hasta la guerrilla en Bolivia, nada se refería a las acciones de marzo de 1957, salvo un par de placas. «¿Será que marzo de 1957 nunca existió?», preguntó José Manuel a Oscar cuando salían del museo. Ya en la calle, habían andado varios metros sin conversar, cada cual sumido en sus pensamientos. Oscar se sentía ridículo. «Si llego a saber esto, no lo acompaño», comentó con sus amigos.



José Manuel comenzó a hablar de repente, con vehemencia:  
«¿Viste esa barbaridad, paisano?, ¿viste? En ese lugar no ocurrió nada, nada; ni asalto, ni muerte de gente, nada. Y yo que creía... Nada, es un lugar histórico porque en él vivieron algunos presidentes y nada más. Si el visitante no lo sabe desde antes, para él el asalto al Palacio nunca existió, o no tuvo la menor importancia.» Oscar tuvo que admitir que tenía razón, la evidencia era abundante: Objetos, fotos, textos, pequeñas maquetas, prácticamente todo lo que se encuentra en el museo se refiere a hechos ocurridos en cualquier lugar del país durante siglos, pero nada lo entera a uno de que allí alguna vez ocurrió algún hecho histórico, ni grande ni pequeño, «Solo por lo que allí ocurrió ese edificio debía haber sido convertido en centro de peregrinación y homenaje para cualquier habitante de la ciudad.»

Por sí mismo, Oscar nunca habría llegado a las conclusiones de José Manuel, pero ahora que lo escuchaba se sentía de acuerdo con él en todo. Una gran inconformidad contra algo que no sabía bien qué era lo iba embargando, y poco a poco se iba sintiendo como cuando era un adolescente y pensaba que podría transformar el mundo con sus actos.

«Lo que más me saca de quicio es tener que darles la razón a unos colegas con los que tengo fuertes discusiones cada vez que hablamos sobre Cuba y su historia», se quejó José Manuel. Oscar confesó no estar al tanto de las discusiones sobre la historia de Cuba, ni dentro ni fuera. «A nosotros no nos llega nada de eso», «Pues, mira, se discute mucho, no tienes idea de las cosas que se dicen por ahí... Algunas con muy mala leche, otras que te dejarían pensando», «Bueno, en definitiva, todo el mundo no tiene por qué pensar igual, mucho menos en algo tan convulso como es una revolución... Es lógico que haya discrepancias, ¿no?» José Manuel no pudo evitar una sonrisa condescendiente. «¿De verdad que no estás al tanto? ¿Aquí no se publican las polémicas? Pues mira que hay por montones, con mucha información, datos, opiniones

interesantes, basura... Sobre el Directorio y su relación con algunas organizaciones hay polémicas muy fuertes... Y en cuanto al asalto, por ejemplo, hay quienes afirman que es un hecho histórico incómodo. Aunque los que hablan así son los menos radicales; otros dicen cosas peores...», «¿Hecho histórico incómodo?... ¿cosas peores?, ¿por qué?», «Razones son lo que sobra... Por si no lo sabes, entérate de que aquella acción fue cuestionada y hasta rechazada por las demás fuerzas opositoras, entonces y después.»

Una vez más Oscar se confesaba ignorante de la historia de su país, ¿cuestionado el asalto al Palacio, un hecho tan heroico? Nunca había oído hablar de eso en la Universidad.

«Imagina... La táctica que usaban, aquella consigna de golpear arriba...; para muchos eso no era propio de revolucionarios, era *putchismo*; hasta de fascistas llegaron a calificarlos», «Pero José Antonio insistía en que lo decisivo sería la acción del pueblo, no se trataba de ningún *putch*...», «Eso lo sé..., pero lo que vale no es lo que pienses tú, ni yo, sino lo que les criticaron otros grupos revolucionarios después del ataque... Por ejemplo, en lugar de movilizar a las masas, como pretendían hacer unos, o de sumarse a los focos guerrilleros, como querían otros que hicieran, ellos siguieron su camino y atacaron directamente a la cabeza..., quisieron empezar por arriba, descabezar al régimen, porque estaban convencidos de que con que con eso le ahorrarían sufrimientos al pueblo; por eso mismo los acusaron de aventureros, de que pretendían suplantar la acción de las masas por un golpe de mano, audaz pero irresponsable... Casi con las mismas palabras que la gente del gobierno, a veces peores...», «Pero ellos tenían derecho a tener su propia táctica, ¿no? Podía ser tan buena como malquiera...», «Seguro, pero no pudieron demostrarlo, para eso hubieran tenido que ganar.»

«Pero tampoco ese era todo el problema», explicaba José Manuel a un Oscar cada vez más sorprendido por lo que oía, por completo desconocedor de interioridades de la historia

que para el otro, siendo extranjero, eran conocimiento corriente, «Piensa en la composición social de los participantes, muchos eran estudiantes y gente de las clases medias», «Pero también había obreros, hasta donde yo sé...», «Igual eran clases urbanas, en un país con tantos campesinos muertos de hambre... Y si le sumas la procedencia política de buena parte de ellos la cosa se pone peor, había desde antiguos guiteristas hasta auténticos, unos que eran seguidores de Prío, otros de Aureliano, ese mismo Aureliano al que Chibás acusó de unos delitos que no había cometido. También ortodoxos alejados de la línea oficial de su partido... Y más gente. En fin, qué te puedo decir, un movimiento incómodo, demasiado heterogéneo en su composición... Y no olvides que José Antonio y Fructuoso, los dos líderes principales, eran católicos practicantes para completar... ¿Has pensado qué hubiera pasado si el Directorio hubiera ganado? Fuera de Cuba se tejen mil conjeturas...»

«¿Y qué piensas tú?», interrumpió Alfredo el relato de Oscar sobre sus conversaciones con José Manuel. Lo notaba muy apasionado con el tema, el canario le había transmitido su entusiasmo, «Te veo, por lo menos, con muchas ganas de meterte a investigar chismes históricos», «No sé, ¿chismes?, prefiero no pensar... No supe qué responder a sus comentarios... Sí, quiero saber más, me dejó con ganas..., quiero conocer la historia de nuestro país... Que el Palacio no está dedicado al asalto es verdad, imposible negarlo...», «Pero ustedes, allí, no preguntaron nada...? ¿Las guías qué les explicaron?», Gonzalo quiso conocer más sobre la visita al Palacio. «Qué nos iban a decir, ellas no están para explicar por qué las cosas están o no están, su función es mostrar lo que se exhibe, no cuestionarlo. La explicación fue que ese es el museo de toda la historia revolucionaria de la nación, no del ataque al Palacio, el ataque es un solo episodio en un gran

proceso de siglos. Pero no me parecieron convencidas..., además, una me secreteó que muchos turistas les comentan lo mismo que nosotros.»

«Está bueno eso... Un museo temático relacionado con los hechos históricos que no ocurrieron en él, sino en cualquier parte, mientras que los hechos que sí ocurrieron no tienen museo, ni allí ni en ninguna parte. Ni falta que hace, ¿verdad?, ¿por qué iban a tenerlo, a quién le interesa?», ironizó Alfredo. «Total, ¿a quien puede importarle que un grupo de locos se lanzara allí a que los mataran?» Oscar intentó detener al amigo: «¿Quieres no darme más cuerda, compadre? Ya tengo bastante con lo que vi y con haber tenido que oír lo que me contó José Manuel sobre las cosas que fuera de Cuba se dicen», «¿Y qué se dice fuera de Cuba, si se puede saber?», «Imagínatelo y no me jodas, ¿quieres?»

«¡Coño!», exclamó Gonzalo, hasta entonces en silencio. «Si a quienquiera que sea, por la razón que haya sido», «Que seguro fue una mierda», lo interrumpió Alfredo, pero Gonzalo continuó, «No le dio la gana de dedicar el edificio al asalto al Palacio, al menos debieron dedicarle una parte, ¿no?, los lugares donde fueron los combates, por ejemplo, donde murió gente nuestra...», «Lo peor de todo es lo que me dijo José Manuel antes de irse: cuando nuestros hijos nos pregunten mañana, ¿qué les vamos a responder, si nosotros mismos no recordamos a nuestros muertos?...», «Por ese lado no hay problema», volvió a intervenir Alfredo. «No vamos a decirles nada, porque no van a preguntarnos», «¿Y por qué no van a preguntar?», «Para que preguntaran tendría que haber la continuidad de un recuerdo, y eso es lo que está muerto, el recuerdo... Pero tampoco hay que mortificarse por eso; en definitiva, ellos lo sabían. Morir o vencer no era una consigna, era el dilema. Y no solo iban a morir, también iban a desaparecer si no vencían... Desaparecer es uno de los precios de la derrota. A ellos los derrotaron...»

Gonzalo se molestó con la afirmación, «Ellos no fueron derrotados... ellos...», «¿No?», Alfredo soltó una carcajada de burla, en tanto Oscar los observaba en silencio, sin saber qué decir. «Claro que no..., ellos señalaron el camino de la libertad, como proclamó José Antonio..., ellos..., contribuyeron a la victoria...», «Mira, compadre, no jodas con frasecitas y vamos a hablar en serio... Eso se ve bonito en una pancarta, gritado en una marcha con el puño en alto, pero..., ¿contribuir a la victoria? ¿Cómo se come eso? No, no es lo mismo que obtenerla... Vencer, compadre, ganar en lo que sea, hasta en las postalitas..., eso es lo que vale al final de la cuenta, y no ayudar a que venza otro..., lo demás que uno diga es blabla-bla, palabritas de consuelo. Si no ganaron, entonces perdieron... Así de sencillo; y te aseguro que si hubiera sido al revés, otro gallo cantarí», «¿Otro gallo cantarí?», «Porque ganando hubieran demostrado que tenían la razón, ¿no ves que el que vence siempre tiene la razón, no el que perdió?... O el que contribuyó a la victoria, como quieres tú...»

Si los combatientes del Directorio hubieran derrocado a Batista como se proponían, continuó Alfredo, el Palacio fuera ahora su museo, su gran museo, y no habría rincón del país donde no se conociera al dedillo quiénes fueron sus combatientes y qué hicieron, cómo murieron los que murieron. «Montones de novelas y cuentos se habrían escrito, cientos de poetas les habrían cantado, a sus mártires les hubieran dedicado películas, obras de teatro y canciones. Pero no lograron lo que querían y... Dime ¿conoces alguna obra literaria que hable del trece de marzo, alguna película? ¿Y monumentos?», «Sí, en Infanta y San Lázaro», «¿Esa cosa? Sí, verdad, dicen que eso es el parque de los mártires universitarios, pero, fíjate, así y todo, no del Directorio o del trece de marzo. Para ellos no hay monumento ahora ni lo habrá después. Lo peor es que no se puede hacer nada..., y nadie va a hacer nada.»

«Yo he pensado hacer algo», intervino Oscar, «Ahora que conocí lo que pasó con el museo, y todo lo que me explicó José Manuel sobre la importancia de aquel hecho, no pienso

quedarme callado, estoy muy motivado con el tema.» «¿Se puede saber qué es eso que piensas hacer?», preguntó Alfredo, entre sorprendido y escéptico. «Voy a enviar una carta a todos los periódicos para que la publiquen, y a algunas personalidades del país para que intercedan. Voy a tratar de hacer una llamada de atención, a promover un movimiento por el rescate de la memoria.»

Gonzalo lo miró asombrado, Alfredo hizo una mueca de burla: «¿No jodas?, ¿de verdad?» Miró fijamente al amigo a los ojos, se llevó el dedo índice a la sien derecha. «¿De dónde sacaste que te van a hacer caso? La prensa tiene asuntos más importantes de qué ocuparse... Y las personalidades... No, tú no dices eso en serio... O te volviste loco.» Volvió a llevarse el índice a la sien, hizo el gesto de «está loco» y continuó: «Tú sabes bien que no te van a publicar nada, que te van a ignorar por completo, te multiplicarán por cero... Y eso en el mejor de los casos.» A su pesar, Gonzalo lo secundó: «Si yo fuera tú, no perdía el tiempo escribiendo algo que, en definitiva, no va a resolver nada. El museo está así desde antes de que nacióramos nosotros, parece que se te olvidó. ¿Te crees que eres el primero en darse cuenta del disparate? Por ahí ha pasado todo tipo de gente, de los grandes y de los chiquitos... Y si los que saben y pueden no han hecho nada para cambiar eso, es porque es así como tiene que estar...»

«Pero es que ya lo hice.»

Los dos amigos hicieron similares gestos de asombro y casi al unísono exclamaron un «¡Ñoo!» equivalente a un discurso sobre el poco saludable estado mental de Oscar.

Oscar extrajo de un portafolios un puñado de hojas escritas y las puso ante los ojos de sus amigos, «Ñoo y todo lo que ustedes quieran, pero no me importa, ya envié la carta.» Y dirigiéndose a Gonzalo: «Precisamente usando tu correo, compadre...»

«¡Mi correo!» Después de la exclamación de desaprobación, Gonzalo no dijo más. Se encogió de hombros. «A saber si me jodiste...», tomó las hojas de manos de Oscar y

comenzó a leer; al finalizar comentó con mucha convicción, mientras las pasaba a Alfredo: «Bueno, este amigo de nosotros siempre defendió causas perdidas cuando estábamos en la Facultad, no veo por qué no iba a hacerlo ahora, a él le gusta creerse Quijote.»

*Ahora que se está restaurando el Palacio, bien se podría, siguiendo el ejemplo del museo del Moncada, destinar (si no todo el edificio, como debiera ser), al menos el segundo piso a rescatar la memoria de los hechos del trece de marzo. La sangre derramada en ese piso, el valor desplegado, los caídos en el combate o posteriormente asesinados, bien merecen ese mínimo tributo. Y las nuevas generaciones lo necesitan.*

*No debiera ser lo único que se hiciera, pero se perdió la oportunidad de levantar el monumento que esos héroes reclaman y que no debe ser el cementerio donde se les recuerda una vez al año. La memoria histórica del país no se conserva con peregrinaciones anuales al lugar de los muertos, sino haciendo revivir a los héroes en sus acciones y convirtiéndolos en parte de la vida cotidiana de los ciudadanos.*

*En el parque Zayas cayeron o fueron heridos combatientes del trece de marzo. Otros escaparon por él, casi milagrosamente. Ese lugar se debió conservar y en él erigirse un complejo monumental para la memoria histórica de generaciones sucesivas de cubanos, para que los tuvieran presentes cada día. Si embargo, desapareció la evidencia material, el parque se eliminó y con él la huella del paso de los héroes, la marca de la sangre heroica en su suelo.*

*El lugar donde se derramó sangre de héroes no debió jamás ser borrado del mapa, sino conservarse, cuidarse y amarse, pero este lo fue, inexplicablemente y sin remedio.*

*Ya no es posible rectificar el error, salvo que quienes pueden hacerlo decidieran poner cada cosa en su sitio. Pero esto último, aunque no imposible, es soñar demasiado.*

*Mientras tanto, desplazada la memoria al cementerio, el recuerdo de los héroes del trece de marzo de 1957 está en riesgo de morir cuando los últimos que los conocieron en vida abandonen este mundo.*

*¿Es eso lo que queremos dejar a nuestros nietos? ¿Así podremos señalarles el camino que deseamos que transiten?*

*Espero que, cuando menos, como resultado de la restauración, el Palacio sea convertido en lo que siempre debió ser, el gran monumento que perpetúe para las generaciones presentes y futuras la memoria de quienes desinteresadamente entregaron allí lo más valioso que tenían, sus propias vidas, en aras de la libertad del pueblo cubano.*

*Ahora sería improductivo, si no un verdadero crimen de lesa historia patria, invertir energías en la búsqueda de responsables o culpables, de pretextos o de causas. Mucho peor sería procurar o aducir justificaciones para mantener el terrible error. Lo que cuenta, lo que urge, es rectificarlo ya. Para discutir siempre habrá tiempo, pero después.*

*Primero trabajemos para evitar que el daño sea más grave... o se reproduzca.*

«Eres la voz del que clama en el desierto», comentaría Gonzalo, «O el idiota que todavía cree que se puede cambiar el mundo», se burlaría Alfredo, dos semanas después, cuando Oscar les comentó que se había cumplido lo vaticinado por ellos, que lo habían «multiplicado por cero», como había afirmado Alfredo que ocurriría. «¿Y de qué otra forma iba a ser?, hermanito; aquí las aguas siempre mantienen su nivel, no eres tú quien las va a alterar», «Lo que sea, pero yo cumplo con mi conciencia...» Ante la muda expresión de escepticismo de los amigos, añadió: «Además, me molesta, pero no estoy defraudado; en el fondo, siempre supe que iba a suceder así. Pero alguien tenía que decir lo que yo dije; no me habrán hecho caso, pero al menos saben que algunas gentes nos damos cuenta...», «Si pensar eso te hace feliz...», concluyó Alfredo, encogiendo los hombros.



No lo hacía feliz, desde luego, pero lo hacía sentirse diferente. Las conversaciones con José Manuel, la visita al Museo y las discusiones con Alfredo y Gonzalo sobre aquel tema que hasta entonces no había tenido importancia para los tres amigos, lo habían llevado a hacerse preguntas que nunca antes se había planteado, quizás habían actuado como el detonador de algo que siempre estuvo dentro de él sin saberlo. El texto enviado a la prensa tal vez lo había acompañado desde sus tiempos de estudiante, desde aquella conversación en que oyó del hombre que se limpió un solo zapato y él sintió que quizás sería capaz de escribir el cuento que su padre quería que algún día se escribiera.

Algo se había despertado en él, no sabía qué, solo que lo intranquilizaba y que ya no podía seguir viviendo en la ignorancia que lo había envuelto hasta entonces, y tenía que conocer más sobre los hechos del trece de marzo de 1957 y sobre quienes los llevaron a cabo. Pero había transcurrido demasiado tiempo, más de medio siglo, la memoria estaba perdida, o casi; ¿cuántos sobrevivientes se mantendrían vivos y lúcidos?, ¿cuántos permanecerían en Cuba? Un poco más tarde, cuando dedicara sus ratos libres a la búsqueda en las bibliotecas, aprendería que, además, la bibliografía sobre el tema era escasa. «Si pudiera conocer a algunas de los participantes, tal vez con lo que me cuenten pudiera escribir algo, no sé, recreara cuentos como el de mi padre, pequeñas anécdotas.» Sería algo modesto, desde luego, acorde con sus posibilidades de principiante. «Una cosa pequeña, concentrada, pero capaz de conmover, de provocar en la gente ganas de conocer más sobre ellos.»

«Un libro de relatos no estaría mal», opinó Gonzalo, «Si consigues llegar hasta los que aún están vivos, y ellos acceden a recibirte, a contarte sus historias, en fin, si te abren sus puertas, seguro que vas a tener mucho de qué hablar.» Alfredo había simulado no prestar atención, aparentando desinterés por el tema, pero no perdía una palabra, y aprovechó para

intervenir: «Por lo menos, si lo que escribes está más o menos bien hecho, siempre será más efectivo que enviar mensajitos a gente que no se va a dar por enterada.»

«¿Quién sabe?» retomó Gonzalo el hilo de su idea, «Si con tu obra despiertas en otras personas el interés sobre el tema del asalto al Palacio, tal vez estés contribuyendo a mantener viva la memoria... O a despertarla, porque por lo menos está dormida», «De eso puedes estar seguro, una novela interesante puede ayudar a mantener la memoria de un hecho más que cualquier placa que pueda existir en una esquina, y mucho más que un museo que nunca va a existir. No sería el gran monumento que se merecen, pero al menos el primer ladrillo», estuvo esta vez de acuerdo Alfredo. «Pero una novela es mucho para mí», «No importa, cuentos entonces, lo que salga... Relatos, como dijo Gonzalo.»

«Un libro de relatos sobre el 13 de marzo, o sobre el Directorio y su gente, ¿por qué no?», se dijo Oscar. Podría atreverse... El problema era cómo llegar a los protagonistas de esos relatos.

Alfredo apareció una tarde con cara de fiesta y mostrando un pedazo de papel en la mano, «A que no me adivinas lo que es esto.» En realidad, no había que ser adivino para darse cuenta, «Bueno, a primera vista parece un papel con un número de teléfono», «Hablaste bien, a primera vista», «Y a segunda también.»

No, a segunda vista, el papel era mucho más que eso, aseguraba Alfredo, «Esto que te traigo aquí es una llave para abrir mil puertas, o, si lo prefieres, después verás por qué, es el Elegguá que te abrirá los caminos.» Oscar sabía que Alfredo no era creyente, y le hizo gracia la frase. «Pues buena falta que me hace, así que suelta lo que tengas que decir y no me des más vueltas.»

Un amigo de su padre le había facilitado el número telefónico. Los dos habían estado conversando sobre el próximo aniversario de las Tropas Coheteriles, de las cuales ambos

habían sido fundadores allá por 1963. El aniversario era el 13 de marzo, y la coincidencia de fechas los llevó, imperceptiblemente, a hablar del asalto a Palacio, por lo que Alfredo, que estaba presente, en cierto momento habló del tema que interesaba a Oscar.

«Pero te interesa a ti también, ¿no?», había preguntado Ramón, el amigo del padre de Alfredo. «Claro que sí, me interesa por el tema, y me interesa por Oscar, que es mi amigo desde la Universidad.» Ramón le pidió que le hablara más de Oscar y de lo que pretendía hacer, «Porque a lo mejor le puedo dar la luz.»

«Se me olvidaba decirte que Ramón es babalao.» Oscar se asombró de la afirmación, sobre todo porque no veía qué tenía que ver la religión con lo que le interesaba, «¿Y el teléfono es para que lo llame?, ¿acaso me va a dar una consulta?» No se trataba de eso. «No es su teléfono, no te va a dar una consulta, ni le hace falta hablar contigo, le bastó con lo que le conté, dice que es suficiente con que seas amigo del hijo de su amigo... Ese teléfono es para que llames a la puerta que te abrirá muchas puertas, él lo asegura.»

Era el teléfono de la Bruja.

Oscar no entendía que relación tenía ella con lo que le interesaba, «Toda la relación del mundo, compadre... Ella es de la gente del Directorio.» Oscar hubiera preferido el teléfono de uno de los que combatieron en Palacio. «Seguro que voy a perder el tiempo, pero peor es nada, y yo no tengo por dónde empezar», pensó. En fin, quizás ella le serviría para contactar con algún combatiente. «¿Al menos tuvo algo que ver con el ataque?», «Mucho. Según Ramón, estuvo en los preparativos, pero hay algo más, sostuvo una relación íntima con uno de los que cayeron ese día, un personaje de leyenda según Ramón», «¿Ella era su novia, su esposa?», «Mejor que eso, era su amante.»

Habían quedado en un mutismo casi religioso luego de la frase con que ella había calificado aquel grupo de jóvenes del cual había formado parte: La calificación «Jóvenes y patrióticos», hecha por ella misma, había tenido la cualidad de abstraerla del lugar y el momento en que se encontraban y, por una especie de reacción de simpatía, lo había arrastrado a él hacia el tiempo en que aquel grupo de jóvenes, la mayoría de los cuales moriría en combate o asesinados, eran personas como él y sus amigos, con proyectos, ilusiones, amores, temores... Oscar la miraba, en espera de algún comentario, de cualquier frase que le permitiera seguir adelante. Los pensamientos de la mujer habían volado lejos en el tiempo y la habían extraviado en algún rincón de sus recuerdos, pero debían continuar hablando, para él aquella charla alojaba demasiados espacios sin palabras, sin contar los silencios deliberados o no intencionales acumulados en más de medio siglo y que nunca se podrían llenar.

«Yo no tengo muertos que hayan marcado mi vida para siempre», trató de reatar el hilo de la conversación, sin percatarse de que quizás lo intentaba por la peor parte, y creyó necesario justificar su afirmación. «Debe de ser que no me alcanzan los años para eso, que no he vivido lo suficiente. Mis padres viven todavía, y a mis abuelos no los recuerdo, casi ni los conocí, así que no puedo imaginar cómo será recordar a alguien que se quiso mucho, tanto tiempo después», «Yo tampoco puedo imaginarlo.»

Le pareció haber oído mal, «¿Cómo dijo? ¿Que no puede qué? Usted...», «Eso... Yo no puedo imaginarlo tampoco.» La afirmación le pareció carente de sentido; ¿cómo iba a no recordarlo, si hace unos minutos afirmó que había sido el gran amor de su vida? «¿Cómo que no lo recuerda?, ¿quiere decir que lo olvidó?; no entiendo..., si usted misma dijo que...», «No entiendes, pero es porque las cosas más sencillas son casi siempre las más difíciles de entender, siempre buscamos las soluciones complicadas... ¿cómo voy a recordar a quien nunca se ha alejado de mí? Se recuerda lo que no está con

uno, ¿no?, y el recuerdo, por más que uno diga que es vívido o exacto, en realidad es borroso, impreciso. La persona que recordamos muchas veces no se parece en nada a la que conocimos, porque está lejos, no la vemos como verdaderamente es. Pero eso no es lo que pasa con Pepe y conmigo; él está, aquí, nunca dejó de estar, compartiendo mis días y mis noches, mis angustias y satisfacciones, y su imagen es nítida dentro de mí, no es ni puede ser borrosa como un recuerdo, porque estamos juntos, ¿comprendes?»

Fue ahora Oscar quien permaneció en silencio. Por alguna razón, mientras la oía le parecía como si hubiera viajado en su interior durante un tiempo que no era el suyo, y al regresar se encontró sin elementos para armar un discurso, ¿qué podía decir después de lo escuchado y sentido, que no fuera una perfecta tontería? De aquella mujer emanaba una extraña energía, una especie de hipnosis, que lo prendía a sus palabras y lo hacía perder las suyas. Había venido cargado de muchas preguntas cuyas respuestas podrían serle útiles, incluso imprescindibles, y, sin embargo, se quedaba casi mudo mientras la oía, buscando en lo profundo de cada frase que expresara las claves que no podría encontrar por sí mismo.

La miró a los ojos, instintivamente, como buscando un asidero por donde recomenzar la conversación y conducirla al rumbo que consideraba conveniente. Encontró dentro de ellos un centelleo que no había advertido hasta entonces; sintió curiosidad, escudriñó, ¿qué podría ser? Ella no pareció inmutarse por la mirada de aquel joven colgada de sus ojos y la sostuvo. Por un instante Oscar sintió que él no la miraba, sino que era ella quien tenía clavada la vista en él, quien lo había obligado a poner sus ojos en los de ella para poder verlo completamente por dentro. «El ojo que ves no es ojo porque lo miras, es ojo porque te ve», recordó los versos de Machado.

Había algo allá dentro, en el fondo de lo que veía o creía ver, que llamó todavía más su atención y prendió más sus ojos a los de ella. Le pareció que el destello que lo había

atraído no lo era en realidad. «Me estoy volviendo loco», se dijo, cuando fue consciente de la idea que, por un instante, había ocupado un espacio en su mente: No era que en el interior de aquellos ojos algo brillara, era que dentro de ellos algo se estaba moviendo.

Apartó la mirada, sin poder soportar la impresión que la sola idea de ese movimiento le provocaba. Sacudió la cabeza, como si quisiera espantar algún mal pensamiento, y posó la vista sobre la mesa que los separaba, tratando de reponerse antes de volver a mirarla, pues no podría dejar de hacerlo, tenía que seguir mirando en el fondo de aquellos ojos.

Entre tanto ella había colocado las manos sobre la mesa.

Ya no soy la misma aunque continúe siendo yo, cómo serlo con tantos años vividos, con tanta amargura, con tanta lágrima y tanta frustración. Sé lo que dirías, «Con tanta vida», porque sin lágrimas, dolor y frustraciones no hay vida; seguramente tendrás razón, como tantas veces, lo que pasa es que a algunos la vida nos cuesta demasiado llanto, y yo lo he derramado sin fin durante medio siglo, unas por una causa, otras por otra, siempre en exceso. Solo tú puedes ser el mismo que eras, porque te has conservado inalterado dentro de mí: Has vivido conmigo, pero no tu vida, que segaron aquella tarde, sino la mía que te he entregado, que ni muero para que no mueras tú, si he tardado tantos años en morir es por mi temor a que después de mí se vaya a terminar definitivamente la segunda vida que te he dado.

A las manos, que ahora reposan sobre la mesa, no las reconocerías si no logro controlar esta indisciplina que cada vez se hace más habitual en ellas, pues ya no soy su dueña absoluta como antes, no las domino de la misma manera; no es que se nieguen a obedecerme y anden a su albedrío, aún eso no sucede y espero que no suceda nunca, al menos no por entero, pero temo que llegue el día en que así sea, en que se rebelen contra mí y no se guíen por mi voluntad.

En ocasiones se dirigen a sí mismas y realizan pequeños movimientos que no les ordeno, es un temblor apenas perceptible, ni yo me daba cuenta al principio; ahora es un poco más evidente, pero solo yo lo percibo. Todavía logro mantenerlas a raya, las regreso al orden y vuelven a ser obedientes; temo, sin embargo, no poder ocultarlo del todo y disimulo jugando con un mechón de mis cabellos, como solías hacer.

En verdad, no es solo por eso, acaso ni siquiera es por eso, quizás juego con un mechón de mis cabellos pero no para ocultar nada, sino para recordar tus caricias, luego de más de cincuenta años de no tenerlas las añoro como entonces. Es como un medicamento que da resultado, porque controlo el movimiento de las manos en poco tiempo y puedo seguir mostrándolas libremente, hasta que vuelvan a tranquilizarse y les aplique el remedio otra vez; pero, como todo medicamento, presenta efectos secundarios, y es que, al llevar las manos a la cabeza, te traigo a mí nuevamente, no en esencia, como estás siempre, sino en materia palpable y te veo ante mí en carne y huesos, no imaginario, sino real, cierro los ojos mientras enredo el mechón de pelo y siento que estás a mi lado, amante y risueño, que no soy yo, sino eres tú quien juega con mis cabellos, y oigo tu voz susurrándome las palabras de antes, como si el tiempo no hubiera pasado, como si tú no hubieras pasado, como si viviera contigo en un eterno ayer, repitiendo en mis palabras las tuyas, o al contrario, sin saber a veces quién habla dentro de mí, si eres tú o soy yo. Porque he vivido ya muchos años y tú solo has podido vivir lo vivido en mí, andamos juntos y hablamos durante tanto tiempo que no sé qué me digo en ti, qué me dices en mí, qué realmente habías dicho cuando éramos tú y yo por separado, y qué pongo en tu boca de la cosecha de dolores, rupturas y desengaños que gracias a tu muerte nunca conociste y debí cargar yo sola.

Pinto en ocasiones, me pediste que no dejara de hacerlo, aunque admito que no soy constante; se diría que cada cierto tiempo el arte me abandona, o yo a él, que es más exacto,

porque, en realidad, el arte nunca me ha dejado abandonada, como no me deja tu presencia, ambos van conmigo, son yo misma. Las manos, es cierto, ya no son la mismas para la exactitud del trazo en la pintura, aunque eso lo salvan la técnica y el oficio, quién mejor que tú para saberlo, y seguramente te gustaría lo que ahora pinto, aunque seas crítico riguroso. ¿Ves?, en eso no han perdido tanto. Ya no podría disparar con aquella precisión que te dejaba asombrado en nuestras prácticas de tiro, pero el tiempo de disparar pasó hace mucho, gracias a Dios, a quién le interesa ni qué importa hoy que mis tiros sean certeros, tengo en cambio certera la lengua, afirman algunos, a veces salen chispas cuando hablo, pero ese es otro tema que nada tiene que ver con las manos, y es cualidad que conocías y alababas, que me fuera difícil callar lo que sentía. Si no disparar, que no necesito ni quiero, en cambio todavía podría abrazarte, eso sí lo necesito y ansío a pesar del tiempo, abrazarte como la gran amante que soy, hasta sacarte el aliento, porque conservo toda la fuerza que sentiste sobre tu cuerpo cuando nos poseíamos, fuerza agigantada por la pasión que hiciste nacer en mí. No sentirías la diferencia en mi amor, es lo mismo hoy que ayer, pues aún puedo tenerte en mí con ese modo mío, desesperado, como si estuvieras a punto de partir, de entregarme.

Es cierto, las manos dejaron de ser tersas y sin mancha: Mil pequeñas arrugas las surcan y otros tantos lunares las pueblan. Pero no me quejo por ello: es el paso implacable del tiempo, muchos de los que he amado no alcanzaron a conocer arrugas ni manchas en la piel, fueron flores arrancadas del jardín antes de haberse abierto del todo. Como tú.

Lo peor son los dedos. Largos y finos eran, y tu mirada de artista se detenía en ellos, cada día te recordaban una obra de arte diferente y así me los alababas, hombre sabio en el arte de engatusar mujeres, sabías que elogiar las manos siempre da buenos resultados. Largos continúan siendo, desde luego, mas no igual de bellos, a saber qué dirías ahora al



verlos, los nudillos han engrosado con los años, como les ha pasado a todos los de entonces que permanecemos vivos y que ya no somos los mismos, como diría el poeta, ¡en tantos sentidos! Han perdido flexibilidad los dedos, qué difícil resulta escribir con ellos, suerte que hoy existen estas computadoras que no conociste, en ellas apenas rozas las teclas y ya escriben, eso no podíamos ni imaginarlo cuando, en aquella Underwood que incluso entonces era una reliquia, arriesgábamos la vida escribiendo proclamas y denuncias contra la dictadura; ahora no podría intentarlo siquiera, esa aguja finísima que a veces penetra desde los pulpejos hasta la palma de la mano no me permitiría ir más allá de la primera línea, si es que una línea pudiera escribir, aunque siento que, si de nuevo estuvieras detrás de mí dictándome mientras das pequeños paseos para encontrar la expresión más exacta y fumas tus interminables tabacos, acaso soportara el dolor de las agujas y escribiera hasta que se me partieran uno a uno los dedos y ni así me quejaría, nunca sería mayor dolor que este de haber vivido hasta hoy sin que esté en mi vida tu presencia.

Tu presencia de carne y hueso, porque la otra siempre ha estado.

Escribir no pudiera en aquellas máquinas de antes, es verdad, pero sí puedo rozarte ligeramente la piel con ellos, como hacía antes; estos dedos poco sensibles y torpes de hoy, algo rígidos, hinchados en las mañanas, dolorosos con los cambios de tiempo, en fin, ancianos, ganarían la remota lozanía si por un momento les fuera concedido volver a recorrer tu cuerpo, a nuestro estilo, tan suavemente que casi no llegan a tocarte, casi alados para incitarte hasta el paroxismo con una caricia que es más imaginada que real, y avanzarían poro a poro por cada rincón de tu cuerpo.

Estas manos mías de hoy siguen siendo en ti las manos de siempre. Y ahora las apoyo sobre la mesa...

«¡Sus manos!», exclamó Oscar lleno de asombro.

Era su tercera visita. Poco a poco, habían establecido una especie de ritual: Llegaba, saludaba y le entregaba un ramo de flores, que ella agradecía como si fuera el regalo más exquisito, después pasaban a la sala, ella le servía café y conversaban sobre cualquier tema. Al rato encendía un cigarro, e iba fumando, diríase que con delectación, mientras extraía recuerdos de su mente, como si el humo la ayudara a evocar el pasado, como si le permitiera entrar en un trance que la ponía en comunicación con quienes ya no estaban.

«Se ve que con ella la propaganda contra el cigarro no funciona...», había comentado consigo mismo Oscar la primera vez que la vio fumar. Más adelante, cuando conozca a Juan José, su asombro será mayor, al ver a aquel hombre, con más de ochenta años, fuerte, más ágil de lo esperado para la edad, tremendamente lúcido, siempre con un tabaco en la mano.

Pero en las dos primeras visitas no había tenido la sensación de que algo se movía en el fondo de sus ojos, ni había sentido la irresistible tentación de mirarlos fijamente, tratando de desentrañar qué era aquello que le había parecido ver. Ni se había fijado en lo que sucedía con sus manos, extendidas sobre la mesa...

«¿Qué pasa con mis manos?»

«Ellas..., están..., cambiando...»

No puede apartar la mirada, tampoco puede dar crédito a lo que ve. Delante de sus ojos los nudillos van perdiendo el grosor que les impuso el paso de los años y la artritis, y los dedos se alargan y afinan; acompañando a los huesos, la piel se estira poco a poco, las arrugas se esconden, las venas se afinan y las manchas oscuras, esas que acaso sean un recuerdo de nuestra madre Eva africana que nos llega con la edad, memoria mitocondrial que no podemos ocultar, desaparecen de la piel, que se muestra finalmente en toda su lozanía juvenil. Ya no son las manos de una anciana lo que Oscar tiene delante, ahora son finas, elegantes, bien cuidadas, como se supone corresponden a una muchacha de la alta sociedad habanera en la época prerrevolucionaria.

«¿Cambiando...?, yo las veo como siempre», «No, están..., ¿cómo diría?... no son las mismas... Ahora son... Son las de una muchacha», «Son las mías...»

Serán las suyas tal vez, pero son las de una joven de poco más de veinte años, las de una muchacha que casi no ha vivido, que todavía espera por los grandes dolores que muy pronto le llegarán.

Ella lo miró de forma inexpresiva. ¿O había, allá en el fondo de sus ojos, la chispa de una sonrisa oculta? ¿Una sonrisa, o algo más, acaso aquello que le pareció ver antes en el fondo de ellos?

«Son las mismas de siempre, las que he tenido toda la vida», «No, no están iguales, cambiaron, ahora son otras, ¿no las ve?...», «Mira bien..., ha de ser una ilusión tuya.» Claro que miraba bien, desde varios minutos antes no hacía otra cosa que tener la vista clavada en aquellas manos que se habían transformado delante de sus ojos; no era ninguna ilusión, él no estaba alucinando. Sintió un impulso irresistible de tocarlas, como si ellas lo estuvieran invitando a hacerlo, como si le estuvieran diciendo que era imprescindible que las tocara para poder entregarle un mensaje que de otra manera no podrían hacerle llegar. Tenía que tener entre las suyas aquellas manos que por alguna razón habían traspuesto las fronteras del tiempo delante de él.

Trató de resistirse a la sugestión, sería un atrevimiento inconcebible, cómo iba a tomarle las manos sin permiso a alguien que casi no conoce; además, ella era una señora cuatro décadas mayor que él, y él, aunque un hombre joven, era de buenos modales, incluso un poco anticuado según algunas amigas, tomarle las manos significaría un acto irrespetuoso que él era incapaz de cometer. Pero la voluntad y la buena educación flaquearon ante la insistencia del convite. Pidió permiso antes de pensarlo, y no había sido autorizado todavía cuando ya tenía entre las suyas las manos de ella.

Se asustó ante su propio atrevimiento, pero no las soltó. Sin pensarlo, la miró a la cara: Le pareció que ella sonreía. «Ya era hora..., estábamos esperándote», creyó oír, aunque

no percibió que ella moviera los labios. Reparó en el uso del plural y le vino a la mente aquella sensación del primer día, cuando sintió la presencia de alguien más en la sala.

Se sentía electrizado y a la vez ausente; un leve temblor le recorrió el cuerpo. Ella, sin hacer ningún gesto por soltarse las manos ni mostrar extrañeza por su conducta, lo miró fijamente a los ojos, como si quisiera penetrar sus pensamientos. O como si intentara transmitirle los suyos. «Déjate llevar», escuchó dentro de sí.

Se dejó llevar por lo que fuera.

No supo si llegó por las manos o si fue por los ojos, pero algo penetró en él y no le permitió seguir viendo, sentada frente a él, a aquella elegante señora de algo más de setenta años que le había abierto las puertas de su casa para que conociera de sus labios la historia del gran amor de su vida. Había desaparecido ella, había desaparecido él, habían desaparecido los muebles, la casa, el tiempo.

Luego de más de medio siglo de tener viva dentro de mí la esencia de quien fuiste, siento que reapareces en envoltura física, sangre, carne, huesos, encarnado en nuevo cuerpo, en la figura y las preguntas de este joven que te evoca con devoción y me obliga a reconstruirte para él en palabras. No le hablo de lo más mío de ti, no pongo boca, besos, sexo, amor, en la figura del amante que le esbozo, solo dibujo las líneas generales del hombre que proporcionó alas a mi innata rebeldía y me mostró un cielo hacia el cual volar, pero advierto que en él va naciendo una energía especial según va apropiándose de tus fragmentos que le entrego, que las palabras que me oye no las procesa con el entendimiento, sino con todo su ser, como si al oírme intentara convertirse en ti, acaso para conocerte desde dentro o para impregnarse de lo que viviste y sentiste mientras disparabas un arma en tu última batalla, y experimentar contigo el sabor de la derrota. O para

asistir, desde dentro de ti, al momento supremo de tu salida de escena en el parque Zayas, como si aspirara a adueñarse de tu muerte, tanto como yo soy dueña de tu vida.

Al hablarle de ti se va transformando ante mis ojos y poco a poco dejo de verlo. No sé si es él que se transforma, o yo te pongo en él según te voy dando cuerpo de palabras, pero estás aquí, vuelvo a tenerte delante como ser material y palpable, encarnado y hecho uno en él y, por tenerte nuevamente frente a mí pendiente de lo que hablo, se alteran las estructuras del tiempo, haces que regrese con toda su frescura la última vez que estuvimos juntos y desnudos. Aunque tengo ese momento nuevamente delante de mí, como participante en pasado y espectadora en presente, de esa parte no pienso hablarle, ese recuerdo es solo para nosotros, que nos amábamos sin saber que era nuestra última vez, al menos yo no lo sabía, que escriba él, si lo desea, lo que imagine sobre la manifestación material de nuestro amor, pues de mí no lo sabrá, nuestra intimidad nació de una necesidad de orden superior que escapa a la comprensión humana y de la que no había manera de evadirse, necesidad que nos acercó primero, nos unió después y nos hizo uno al final. Cómo explicárselo.

Le cuento alguna de las muchas historias que vivimos juntos, la describo con viveza, y sin embargo no es eso lo que vivo mientras hablo; de mis labios salen palabras que él escucha como si las bebiera, pero lo que siento es tu cuerpo sobre el mío, tu boca explorando mis rincones, toda yo explorando los tuyos, y, por estar otra vez entrelazados y poseyéndose nuestros cuerpos y nuestras ansias, los años no han pasado, o están de vuelta los que vivimos, regresan nuestros días de ayer y me devuelvo a aquellos tiempos y a mis locuras de juventud; dejo de ser esta mujer cansada que ha vivido tantas muertes, amarguras y frustraciones, para ser nuevamente la boca fresca que enseñó todos los dientes, aunque pretendía todo lo contrario, al encontrarte frente a mí en el patio

interior de Bellas Artes, mirándome como si me desnudaras, y sentí en mi interior algo distinto a cuanto hasta entonces había conocido. Adivinaste lo me sucedía y te sentiste desarmando porque, aunque la muchachita que yo era se te quedó mirando embobada y al instante asumió una postura excesivamente seria, advertiste que atravesaba el aire un heraldo del destino anunciando que una parte de tu vida alteraría para siempre el rumbo a partir del momento en que conociste mi sonrisa. Como se alteró la mía.

Para él son mis palabras que te devuelven en forma de sonidos a tus días de clandestinaje y doble vida, mas para ti es el milagro, las manos que te acariciaban vuelven a ser firmes, obedientes a mi voluntad, los dedos regresan a su flexibilidad de antes para limpiar de sangre tu pecho roto y marcar con ella en tu frente signos rituales llegados de África en barcos negreros y que con tu ayuda aprendí, signos que te harán vencedor de esa muerte con quien fuiste a encontrarte una tarde de marzo. Las manos recorren tu cuerpo, nuevamente sin heridas ni sangre, y una vez más compartimos peligros y desnudeces, y al entrarnos el uno en el otro olvidamos que existe algo más en el mundo que nosotros dos y este amor que se alimenta de ardor y ternura inagotables. Te recorro con labios y dientes, con manos y uñas, te incorporo a mi piel y mis sentidos, nunca más volverás a estar ausente, porque dondequiera que yo esté has de andar conmigo.

Se ha de marcar con las uñas el pecho amado, indica la antigua sabiduría india, para que en la ausencia el amante recuerde en esas huellas a quien las imprimió, y al contemplar los dibujos dejados como señales de su amor lo asalte el mucho deseo de unirse a ella y se apresure a regresar adonde esté y nuevamente amarla hasta el desfallecimiento. Pero me está prohibido seguir el consejo de los antiguos, el roce de mis uñas está obligado a ser ligero, leve caricia apenas, para que no deje en tu piel las muestras de un amor que arde en todas las llamas y a toda hora, porque es compartido y no queda nunca satisfecho, pues existe alguien que llegó a ti antes que

yo y comparte tu desnudez, tu piel ha de mostrarse ajena de mí para ella. Yo te marcaría si pudiera, mas su amor nunca te dejaría huellas en la piel porque es de otro tipo, sosegado y propietario, y nunca aceptaría la existencia de este que yo te ofrezco y ella jamás alcanzará a entregarte. No sé si es más, no sé si es mejor, solo sé que es el mío y al entregártelo me entrego entera, me fundo en ti, te llevo más allá de la muerte.

Me viste aquella mañana, nos vimos, fueron escasos minutos, pero fue el principio de todas las mañanas de mi vida, porque nada anterior se le compara y nada posterior lo supera: Imposibles de separar fuimos a partir del momento en que nos juntamos, hechos una sola gran ansia en dos cuerpos cada vez que nos teníamos. Y uno solo para siempre, el tuyo fundido en el mío mientras yo viva, desde el día de tu caída, allí, en el parque de Zayas, casi ante mis ojos.

Era extraño tu asedio a mi fortaleza, que tenía todas las puertas abiertas y solo esperaba el momento en que la tomaras, porque lo decidí en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron. Nos encontramos ese mismo día al final del trabajo en el café América y me invitaste a tomar algo; yo percibía que intentabas seducirme mientras conversábamos, y lo disfrutaba, qué mujer no lo haría. Pero también disfrutaba tu don de la palabra, aquella habilidad para encontrar la frase exacta y el tono adecuado para cada concepto y enlazar uno con otros, aunque no lograba entender tu forma de aproximarte a mí. No comprendía por qué, en lugar de andar por los trillos conocidos de cualquier conquista, a los pocos minutos de conversación me molestabas con tu insistencia en alabar las virtudes y los supuestos beneficios para el país de alguien que aprendí a odiar desde niña, «No irás a negarme la tremenda cantidad de obras públicas que se ejecutan, la Habana se está modernizando a un ritmo acelerado..., grandes avenidas, túneles..., ¿cuándo se vio eso en Cuba? Y gracias a eso también disminuye el desempleo...», «Sí, está

bien, pero, ¿quién está detrás de los principales contratistas?, ¿quién es el que más se beneficia con todas esas obras, el que se embolsa las grandes tajadas que esas obras producen?», «No veo qué daño te puede haber hecho que hablas así de él, no es peor que otros», pero él sí me había hecho daño, si no directamente, sí a mi familia, a mi padre. «En mi casa nadie puede mencionar a ese señor, su nombre está prohibido en mi familia», porque mi padre era un militar de carrera que juró defender con su sangre y su vida la constitución del país, y fue humillado, maltratado y dejado cesante por un simple sargento que ni mando de tropas ha tenido jamás en toda su existencia, pero tú hacías bromas con mis protestas y parecías no darte cuenta de nada, seguías defendiéndolo «Eso fue hace más de veinte años, el mundo ha cambiado mucho desde entonces, él mismo ha cambiado...».

Insistías hasta que, cuando me levantaba para irme y dejarte con la palabra en los labios, decías o hacías algo que me amarraba a la silla, y recomenzabas todo de nuevo, jugando al gato y al ratón conmigo, seduciéndome y a la vez haciendo que te rechazara, hasta que un día ya no pude más y me eché a llorar de la rabia que me provocaba odiar lo que decías y al mismo tiempo desear que siguieras frente a mí, sin importar lo que estuvieras hablándome, entonces me tomaste una mano, me miraste directamente a los ojos y comenzaste un discurso diferente que me hizo abrir la boca por la sorpresa, chiquilla asombrada ante alguna nueva maravilla del mundo, ese hombre que tenía ante mí, sin darme cuenta, se había transformado en otro cuya estatura se me antojaba inabarcable. Y a la vez estaba asustada, jamás hubiera imaginado escuchar de alguien aquellas palabras llenas de dolor y de sangre, con muchas más razones, y más profundas, que las que había en mi familia para odiar a aquel hombre. «No se trata solo de él; él es la cabeza visible, se trata de todos los que se valen de él y lo mantienen ahí, del sistema que permitió que un tipo como él se encaramara en el poder y pisoteara el poquito de democracia que el pueblo había alcanzado.»



Yo devoraba tus labios con los ojos mientras hablabas, mientras me enseñaban lo que hasta entonces desconocía o sabía a medias, que no se trataba solo de aquellos crímenes de antaño, ni de unos oficiales vejados y otros asesinados hacía veintitantos años, se trataba de todo un pueblo que sufría antes y sufría ahora por un presidente ladrón y asesino que, para más robar, había robado la libertad a todo un pueblo, y yo sentía que sin previo aviso me habías empujado hacia un mundo desconocido que me asustaba y a la vez me atraía. Mi rebeldía juvenil, hasta entonces desprovista de objetivos, encontraba de repente en tus palabras un camino por donde encauzarse: Había una epopeya andando, me la describiste, y estabas a punto de invitarme a que me sumara a ella.

Yo no sabía qué pensar, con tanta cosa nueva que me llegaba de tus labios, cuando de repente detuviste aquel discurso y me pediste, a mí, retoño de una familia ultra conservadora y de muy buena posición económica, a quien sus padres controlaban las horas de llegada y de salida y todavía tenía una nana para que la cuidara, que te acompañara como si fuera tu esposa a alquilar un apartamento para esconder en él a unos compañeros perseguidos por la policía, era urgente, pues si los agarraban iban a torturarlos y asesinarlos, no serían los primeros, «Tenemos que encontrar rápido dónde esconderlos.» También hacía falta, «Pero solo si te es posible, si no te buscas complicaciones con eso», esto es, si tenía manera de hacerlo con sigilo, obtener y entregar a tu compañero Emilio, que conocería al día siguiente y tiempo después supe que en realidad se llamaba Faure, la cantidad de dinero necesario para pagar el alquiler, «Habrá que pagar al menos dos meses por adelantado para que no haya desconfianza.»

Los ojos vuelven a ser los que besabas cuando sentía miedo, mi cuerpo, el que a veces te entregaba temblando todavía del susto de haber escapado por un pelo de las mismas puertas de la muerte.

— |

— |

Mi cabello deja de ser gris, blanco, o coloreado según indique la moda, para esconder los años, y retoma su color y su brillo naturales, para que echado sobre mí lo esparzas sobre la cama o lo peines con tus dedos, antes de recorrer beso a beso cada poro de esta piel ahora otra vez tersa y tibia con que te cubres desnudo para guardarte por anticipado del frío que la muerte dejará tras de sí cuando pase por tu lado y no me tengas cerca.

Había desaparecido todo lo que lo rodeaba, inclusive el tiempo. Oscar no veía nada; a su alrededor, una oscuridad ocre lo envolvía todo. De repente, como un destello que inmediatamente desapareció, tuvo frente a él el rostro, como tomado de una fotografía en blanco y negro, de una mujer muy joven, con el cabello corto y oscuro y las cejas bien delineadas; los labios, finos, parecían esbozar una sonrisa de burla, pero la mirada de los grandes ojos fijos en la cámara reflejaba una profunda tristeza. A la altura del pecho, una banda negra con una inscripción en letras blancas:

DEPTO DE INVESTIGACIÓN PN  
HABANA CUBA  
24837

Sacudió con violencia la cabeza y la imagen se desvaneció. Desapareció también la oscuridad, y el espacio se llenó de luz.

Cómo no iba a iluminarse, si era la primera vez que se encontraba con Ella.

Una hermosa y sonriente muchacha de poco más de veinte años, esbelta, elegante, de gestos sobrios, estaba hablando fluidamente en inglés con un grupo de turistas norteamericanos en el patio del Museo de Bellas Artes, explicándoles el recorrido que iban a realizar, en el momento en que él entraba en el edificio. Era una de las guías, evidentemente. «¿De dónde salió esta belleza?, ¿por dónde andaba yo que no me

había fijado antes en ella?, ¿será nueva?», se preguntó, pues no la había visto con anterioridad; por la manera desenvuelta como se comportaba no le parecía que fuera nueva. Más tarde sabría que llevaba algún tiempo trabajando como guía, de modo que, simplemente, no habían coincidido. Razones de horario, quizás. Tal vez ella andaba recorriendo los salones cuando él llegaba a la oficina, o vaya a saber qué circunstancias se habían conjugado en otras ocasiones que les impidieron coincidir hasta ahora.

O, por el contrario, era este el momento en que las circunstancias se acordaron, porque era el adecuado, para permitirles una coincidencia que tenía que producirse para que sus historias se encontraran y se hicieran una en dos, quién puede saberlo.

¿Será eso lo que algunos llaman una conjunción astral?

Si a él le pareció especialmente atractiva y se dirigió directamente a ella para intentar al menos un principio de conversación que abriera la puerta para encuentros posteriores, ella, en cambio, no vio nada de especial en él, al menos no lo vio conscientemente. Lo observó con detenimiento, una vez que se sobrepuso a la sonrisa que, sin saber por qué, se le había dibujado en la boca cuando él la miró con total desca- ro. Lo evaluó: hombre joven, de edad indefinible y estatura mediana, un poco más bajo que ella; incipientes calvicie y abdomen, espejuelos de miope, un tabaco en la boca. No se podría afirmar que fuera algún galán de cine. Sin embargo, al ver que se acercaba y se dirigía directamente a ella, extendía la mano derecha y saludaba, «Hola, soy Pepe, ¿eres nueva aquí?», sintió un raro estremecimiento y, sin saber por qué, le vino a la mente, y casi se le escapa de los labios, una frase de Ovidio que había leído recientemente: «Yo me someteré al amor, aunque me destroce el pecho con sus saetas y sacuda sobre mí sus antorchas encendidas.»

«Yo no, ¿y tú?», respondió con un pequeño matiz de arrogancia en la entonación a la pregunta de Pepe, como para

situarlo en su lugar: La había estremecido a pesar de su aspecto intrascendente, pero tampoco era cosa de que imaginara que podía estar interrumpiéndola así como así en medio de su trabajo, con quién se creía él que estaba hablando. En realidad, a estas alturas él no creía nada, él sabía: Al verla primero, y oírla hablar después, había descubierto en un instante todo lo que tenía que conocer sobre ella: No era, como andando el tiempo se enteraría, la muchacha de buena familia, con estudios de pintura en la academia de San Alejandro y en Nueva York, cuyos padres le exigían que aprendiera a ganarse la vida y a tener independencia económica, aunque al mismo tiempo le controlaban los horarios de salida de casa y llegada al trabajo, ni la muchacha que dentro de unos días tendría que evaluar como posible colaboradora del Directorio. Era algo más importante, era la mujer cuya historia se enlazaría para siempre con la suya, la mujer cuyo nombre, y ningún otro, tendría en los labios en el minuto exacto en que la cuenta de sus días se interrumpiera para siempre.

«Es una lotería en que se participa toda la vida», pensó un poco más tarde, ya sentado en su oficina y rememorando las escasas frases intercambiadas en el encuentro. «Se puede vivir un siglo y nunca encontrar el número con que uno se lleva el gran premio; acaso algunos lo encuentran a la primera ocasión que juegan, pero son los menos. Lo normal es tener que jugar muchas veces antes de dar con él, y ni así es seguro que se logra.»

Él había jugado no pocas veces, pero, a pesar de su matrimonio, se daba cuenta de que aún no ganaba el premio gordo de esa lotería, por eso seguía jugando, no se daba por vencido. Ya no jugaría más. Acababa de ganarlo ese día, estaba allí, delante de sus ojos.

Ella era *Ella*. No iba a dejar pasar la ocasión.

No había sido esa una conversación de mucho tiempo, más bien un primer acercamiento lleno de tanteos. Pero, al despedir los escasos minutos que duró, y aunque no se habían

citado, ya sabían que se encontrarían más tarde en el café América, detrás del museo, para hablar un poco más. Para abrir puertas.

O buscar el premio gordo de la lotería.

La imagen apacible de dos jóvenes conversando en una cafetería, en una primera maniobra mutua de acercamiento, fue borrada de la mente de Oscar por una repentina invasión de otras que se sucedían rápidamente y sin orden. Figuras difusas que se arrastraban bajo el sol sobre la arena de una playa, como si se entrenaran en el ejercicio de las armas, con hambre y con sed, esperando la hora en que embarcarían para ir a combatir en una isla hermana. Barcos anormalmente grises, quizás por los pensamientos lúgubres de quienes iban en ellos. Amontonados en cubierta, hombres que rumiaban el sabor de una derrota sin combates. Otras imágenes, ahora en la escalinata universitaria, muestran estudiantes que protestan y reclaman la vuelta a la Constitución. Llamas. Un pequeño grupo de jóvenes rociando fuego sobre unos automóviles. Dos autos y un camión que recorren La Habana, en su interior cerca de cincuenta hombres armados. Una reja. Una escalera. Sonido de disparos y explosiones, polvo y gritos. Gente que corre de un lado a otro por escaleras y pasillos, con un arma en la mano, en busca de una fiera que esquiva a sus perseguidores y desaparece en el último instante. Un parque, una fuente, la estatua de un anciano presidente, la necesidad de correr hasta ella, el dolor de tres comillos que se clavan en la carne y desgarran órganos, el aluvión de sangre que lo llena todo alrededor, las ideas que se embrollan en la mente, la vida que se escapa...

Sintió un desvanecimiento.

«Suficiente por hoy», le pareció a Oscar oír la voz de Ella frente a él, aunque no había abierto la boca, «Todo no puede ser en un mismo día.»

Desaparecieron las imágenes y regresaron el tiempo y la realidad del lugar donde se encontraba, de quién era él, de la época en que vivía. Soltó las manos que sostenía entre las suyas, asustado por su atrevimiento y sintiendo un ligero mareo, ¿qué había sucedido con él?

Ella solo lo miraba.

«¡Es verdad eso que dicen de que es bruja!», se dijo, sin saber qué pensar de lo que había sentido durante los segundos en que había perdido la noción de la realidad.

## Visita nocturna

*Titulares, marzo 13 de 1957*

*Los hacendados no quieren excesos en la siembra de caña  
No entrarán rojos en las empresas de Servicios Públicos (...)  
El BRAC se encargará de las investigaciones que estime precisas  
8.479,577 fueron los ingresos fiscales del pasado 11 de marzo  
Comprará en Cuba mucho cobalto y níquel E. Unidos  
No tomarán agua de la cuenca sur para La Habana del Este  
Puede perjudicar a Cuba el auge creciente del precio del azúcar  
Llega un matrimonio húngaro que pudo huir de la barbarie rusa*

*Diario de la Marina*

¿Cómo pudo llegar así, de improviso, entrar sin que ningún compañero se percatara de su presencia, y pasearse por todo el apartamento hasta encontrarlo y acostarse a su lado? Esta noche pudiera ser la última para algunos de ellos, incluido él, aunque él trata de no pensar en esa contingencia, la más probable si se miran las cosas con extrañamiento, al menos mucho más segura que esa victoria por la cual todos apuestan la vida, y que si se alcanza, gracias a la determinación y el coraje que los impulsa, abrirá un camino de esperanzas para un pueblo que ya no sabe en qué creer; esta es una decisión madurada desde hace mucho tiempo, y ni él ni ninguno de los que a su alrededor ahora duermen, o hacen que duermen, puede permitirse el lujo de dudar del triunfo.

Precisamente esta noche, víspera del combate llamado a ser el decisivo, ella ha llegado junto a él.

Realmente, es una gata que pasa por cualquier hueco. Y por el lóbulo de la oreja le está pasando la punta de la lengua, gata ardiente y dispuesta al combate de amor, aunque el amor

a veces duela. «Miau», le dice mientras lame, «Despiértate, Pepito, que tu brujita está aquí», «Ten juicio, muchacha, que la gente se va a despertar.» Inútilmente se defiende de las mañas felinas; ella continúa. Ahora le está besando la parte inferior del mentón mientras ronronea, lo roza una y otra vez con todo el cuerpo y le acaricia el pecho con la cabeza. «Pareces una gata en celo, ¿qué te dio?, ¿estás loca?», «Miau», «Compórtate, ¿acaso no sabes lo que va a pasar mañana?»

Claro que lo sabe, por eso ha venido a acompañarlo en su última noche, él es quien no comprende: Ya no habrá más encuentros de sus cuerpos. Si se lo permitieran, se quedaría junto a él y lo acompañaría para enfrentar juntos lo que está por de venir: Ella sabe ahora lo que él solamente mañana conocerá.

«Mira que se van a desper...»

No termina la frase. Siente un brusco halón por el costado derecho antes de terminarla. A su lado ha aparecido otra mujer cuyo rostro no distingue y cuya voz no le parece conocida. No aparenta venir en son de mimos y caricias, sino de reclamación de derechos de propiedad, «Vengo a llevarme lo que es mío», por eso lo ha halado hacia ella sin siquiera avisar, por qué habría de hacerlo si es la dueña, repite, y puede disponer de él cuando le entre en ganas, ya van a ver los dos.

«Suéltalo, tú, que ahora es mío», «Tu ahora ya pasó, de aquí en adelante él no tiene más ahora que yo.»

Definitivamente, el sistema de seguridad montado por los compañeros no es confiable, ya son dos las personas que han entrado y han llegado junto a él sin que nadie dé por ello, ni siquiera han advertido el ruido que hacen al discutir, ¿cómo puede ser eso? Y tenía que ser precisamente esta noche. Si en lugar de las dos mujeres, la amada y la desconocida, hubieran sido los policías, aquí mismo, inermes y desperdigados por el suelo, sin poder ni tocar las armas porque están todas juntas en un rincón para evitar accidentes, los hubieran cosido a balazos sin posibilidad alguna de resistencia. Eso está mal, ¿cómo pueden dormir así desprevenidos? ¿Y los que deberían estar de guardia?



«Debo hablar de esto con Faure...»

No le dan tiempo de completar la idea, un nuevo halón de la recién llegada vuelve a sacudirlo, esta vez con mayor fuerza, aunque el peso de la primera mujer sobre su lado izquierdo lo retiene en el lugar. Oye nuevamente la voz imperiosa de la desconocida, «¡Que lo sueltes, te digo!»

«¿Cómo es posible que los compañeros no se despierten con tanto alboroto que arman?», todavía alcanzó a pensar. No piensa más, porque en ese momento deja de ser un hombre echado sobre una colchoneta que creía dormir para convertirse en un muñeco de trapo al que se disputan dos niñas malcriadas, cada una halando hacia su lado, sin detenerse a pensar qué pueda querer él, un muñeco en un teatro de títeres, y a la vez el espectador de una puesta en escena:

[Segunda mujer, halando por tercera vez, ahora con tal fuerza que lo saca de la colchoneta. «Qué frío está el piso, coño», se le ocurrió pensar al muñeco de trapo]: Suéltalo, intrusa, que no te pertenece. Ya te lo dejé demasiado tiempo.

[Primera mujer, trayéndolo hacia la colchoneta nuevamente y apoyando la cabeza en su pecho]: Eso es lo que tú te crees, mamarracho, él es mío, ahora y para siempre.

[Segunda mujer, halando]: Mamarracho serás tú, bruja de tres al cuarto... Es mío, yo tengo derechos que no conoces y tú no tienes nada; ¡me lo llevo!

[Primera mujer, halando. Pone una mano crispada sobre el pecho del hombre, como si fuera a arrancar el órgano con los dedos]: Yo no necesito derechos, yo soy dueña de lo que está aquí.

[Segunda mujer, halando con fuerza]: Eso no te vale de nada, me lo llevo igual... [De repente su rostro se hace visible y el muñeco la reconoce; también la voz se le vuelve conocida; ya no parece ser la misma mujer, pero

con el cambio lo que dice se hace cada vez más débil, al final casi suplicante]: Tú estás loca, deja que me lo lleve, a su casa, a su familia, este no es su mundo.

[Primera mujer, halando suavemente pero sin detenerse. Mira a la otra con fiereza]: Él se queda aquí, con nosotros, con toda esta gente que ves aquí, somos su mundo que tú no conoces, su verdadera familia que va a morir mañana con él. ¿Lo quieres hacer tú?

[Segunda mujer, sin dejar de halar]: Yo nada sé de muertes; yo solo sé que es mi marido y yo soy su mujer, ustedes me lo quitaron.

[Primera mujer, sin ceder]: Yo solo sé que es mi hombre y mi compañero, y yo su mujer y su compañera. Y es nuestro, nosotros no te quitamos nada.

[Segunda mujer, halando otra vez con fuerza; el rostro vuelve a difuminarse, irreconocible. La voz también le cambia, pareciera salir de un túnel]: ¡Que lo sueltes, coño!

[Primera mujer, halando con más fuerza todavía]: ¡Que no suelto nada, carajo! Aquí se queda...

Continúan tirando cada cual hacia su lado, semejan más dos mulas trucidando a un condenado que dos mujeres disputándose un hombre. Él, suplicado del amor, siente cómo su cuerpo comienza a romperse, un dolor de desgarradura se le aloja en la parte superior del ombligo, como si tres colmillos se hubieran clavado en su carne, primero uno solo, de inmediato dos más. «¿Irán a dividirme por la mitad para quedarse cada cual con una parte?»

El dolor llega a ser tan fuerte que lo despierta; deja de ser el muñeco de trapo y vuelve a convertirse en el hombre que dormía. Con un movimiento brusco lanza lejos de sí a las mujeres, despierta y se sienta en la colchoneta. «¡Mierda!», exclama mientras mira hacia todas partes, sin salir del todo del sueño: No ve nada. No están las mujeres y él se encuentra

definitivamente despierto, «Qué sueño tan pendejo me viene a asaltar en una noche como esta.» Observa a su alrededor, la mayoría de sus compañeros duerme, pero algunos otros, al igual que ahora él, están despiertos y sentados en las respectivas colchonetas. Acaso también han tenido pesadillas que les espantaron el sueño.

«¿Qué pasó, *Peligro*, se te apareció el *Indio* en el sueño y te despertó?», le pregunta alguien cuya voz no identifica de inmediato. «¿*Indio*?, ya quisiera yo, hermano... ¡En todo caso, fueron *indias*! Y por lo menos querían descuartizarme...» El otro ríe con ganas, tratando de imaginar la escena soñada por el amigo. ¿*Indias* que descuartizaban? «¿No querrían hacerte otra cosa...? Los indios no descuartizaban, eran los españoles los que lo hacían, eran gente civilizada», rectifica alguien desde lejos, «Los españoles descuartizaban cuando no empalaban, ten cuidado...», acota alguien más, entre risas, «Coño, clases de historia a esta hora, era lo que nos faltaba», interviene otro más, «¿Por qué no dejan la conversadera y se duermen?» «Sss», «Sss» silban algunos reclamando silencio, «Dejen dormir», «Cállense..., los vecinos van a oír.» Durante unos segundos se oye un pequeño susurro de voces, unos reclamando silencio y otros contestándoles: Evidentemente, nadie en realidad estaba durmiendo, todos habían estado buscando la oportunidad para ponerse a conversar en espera de que pasaran las horas. Pero todos callan de repente cuando alguien, subiendo un poco más la voz que los demás, sentencia: «No sé para qué tanto lío con dormir, si a lo mejor mañana a esta hora todos estamos durmiendo para siempre.»

En la penumbra, Pepe recorre con la mirada los bultos de sus compañeros, acostados unos pocos, la mayoría sentados o semi incorporados sobre las colchonetas; no reconoce al que habló. Un silencio espeso, asfixiante, se ha apoderado del lugar como consecuencia de aquellas palabras y nadie se atreve a romperlo. Lo rompe él: «Mañana a esta hora los que queden vivos serán libres.»

Se oyen algunos murmullos de aprobación.  
«Así se habla, coño..., eso, la libertad que buscamos es lo que tenemos que tener ahora en el pensamiento, la vida, y no la muerte», la voz de Faure sobresale por encima de las demás, llamando a la razón. «Así se habla, compadre, es verdad», repite Osvaldito, levantándose y dirigiéndose al baño, «Pero ya déjense de hablar tanto y acuéstense a dormir para que recuperen fuerzas, que tanta filosofía me ha despertado con ganas de orinar.»



# En Palacio

*Dos horas de tiroteo. Morteros, granadas de mano y ráfagas. Suman de  
35 a 40 los muertos, 50 heridos.  
El Presidente y su familia se encontraban en la Mansión Ejecutiva.  
Cómo fue realizado el ataque.*

*Llegó un carro de repente... El chofer fingió un desperfecto y después  
de un reconocimiento gritó: ¡Ahora!... Descendieron unos 40 asaltan-  
tes... Dieron muerte a la guardia... Tomaron hacia el segundo piso...  
Siete muertos en la escalera... Otros siete frente a la Secretaría de la  
Presidencia... Lanzaron granadas en el interior de Palacio... Solo una  
estalló... Tiroteado un ómnibus... Un grupo pudo escapar... Algunos  
murieron combatiendo en la calle o en el próximo Palacio de Bellas  
Artes... Asalto a la emisora Radio Reloj... Muerte del Presidente de la  
FEU, José Antonio Echeverría y del doctor Menelao Mora Morales,  
uno de los dirigentes... Numerosos registros y detenciones... Allanados  
la universidad y el hospital Calixto García... Ocupan armas...*

*Información, marzo 14, 1957*

*Muertos a balazos Echevarria y Menelao Mora en un encuentro  
con la Fuerza Pública.  
Veinte muertos en el asalto a Palacio. - Numerosos heridos. - Violentos  
tiroteos en los alrededores del Palacio Presidencial. - Numerosas  
detenciones. - Abortado por las autoridades siniestro  
plan insurreccionalista.*

*Ataja, marzo 14 de 1957*

## Frente a Batista

*Alrededor de las tres de la tarde de hoy, un grupo de treinta personas atacó el Palacio Presidencial, siendo rechazados vigorosamente por la guarnición del mismo. Al propio tiempo, desde algunos edificios colindantes se hicieron disparos y estos atacantes fueron reducidos por miembros del Ejército, Marina y Policía. Coordinadamente con estos hechos un grupo se introdujo en el local desde el cual se transmite la hora de Radio Reloj, transmitiendo noticias falsas con el propósito de crear una situación de alarma. El movimiento es básicamente de origen comunista con la complicidad de elementos priistas y fidelistas.*

*Entre las bajas producidas en los choques a que se ha hecho referencia, figuran Menelao Mora y José Antonio Echeverría.*

*El gobierno ha restablecido el orden en la ciudad de La Habana.*

*En el resto de la República la tranquilidad es absoluta.*

*Carteles, 17 de mayo de 1957*

*Boletín oficial —emitido por el Jefe del Ejército*

Poco antes de llegar a la calle Monserrate y comenzar el último tramo del viaje, Abelardo llamó la atención de sus acompañantes hacia una mujer, ya vieja, mal peinada, vestida con harapos y sentada en la acera en una esquina vendiendo sabe Dios qué, o acaso estaba pidiendo limosna, porque no se veía que tuviera en las manos ningún paquete con la mercancía. «Gente pidiendo limosna es lo que no falta en este país», comentó Pepe. En torno a la mujer se movía constantemente un niño, quizás su hijo, tal vez su nieto, en feliz inocencia y ajeno a su propia miseria, jugando consigo mismo, «Sí, pero vean qué cosa más curiosa», insistió Abelardo; los demás miraron y vieron que, por más que se moviera, el niño no se apartaba de la mujer más de un metro y medio, aproximadamente, era como si describiera un círculo alrededor de ella. «Sí, resulta muy curioso», intervino Osvaldito, «Curioso, pero muy sencillo de explicar, a decir verdad... Es casi seguro que lo tiene amarrado con una soga a una pierna de ella, vamos a fijarnos cuando estemos más cerca.» Abelardo redujo la velocidad lo



más que pudo para que todos pudieran observar, y al pasar cerca comprobaron que era como había dicho Osvaldito, una soga mantenía amarrado un tobillo del niño a una pierna de la vieja. Que no vendía nada, por cierto, era una limosnera. Los otros miraron hacia Osvaldito, «¿Lo adivinaste o lo inventaste y resultó por casualidad?», preguntó Faure, sonriendo. «Recuerden que yo trabajo en el Mercado Único...»

La afirmación era suficiente, todos conocían que el Mercado Único era un muestrario de todo el ingenio humano y de toda la miseria también, con seguridad Osvaldito había tenido oportunidad de ver algo parecido en más de una ocasión. Con esa soga la mujer protegía a su niño a la vez que le permitía una relativa libertad de movimientos, mientras luchaba por la vida de ambos apelando a la caridad de quienes fueran menos pobres que ella. «Cuando acabemos con Batista tenemos que ver cómo acabamos también con esto», comentó Pepe, «Cuba no puede seguir siendo un país de por-dioseros».

Lograr eso quizás resultaría una tarea mucho más difícil que eliminar a Batista, pensaron todos. Y quizás estaban a punto de comprobarlo.

Unos minutos después, la pequeña caravana formada por dos autos y un camión de reparto de mercancías avanzaba por la calle Monserrate, unas pocas cuadras más que rodaran y alcanzarían la calle Colón. Casi al llegar, en la intersección con San Juan de Dios, ven al jefe del comando de apoyo que hace la contraseña acordada. Camino despejado, la gente en sus puestos. Carlos sonríe, pero no solo porque la señal avisa que todo marcha según se planeó. También indica que él tenía razón, que el amigo ha de cumplir la palabra empeñada; ya antes había hecho la llamada telefónica que Carlos esperaba para dar la orden de partida: El comando de apoyo se encontraba en sus puestos, se equivocaron Peligro y Faure. «Ya sabía yo que él no iba a fallarme.» Ahora pueden con-

tinuar hasta el objetivo, el triunfo está asegurado. En Colón estaba la única entrada posible al Palacio; era la única puerta que permanecía abierta, pues por ahí pasaba todo el que tuviera que acudir al Palacio por algún motivo, lo mismo ministros que periodistas o cualquier otro visitante; las otras siempre estaban cerradas por razones de seguridad, una, la de Monserrate, solo se abría para que pasara el Presidente, que entraba con su automóvil, y de inmediato se cerraba; la entrada norte, por su parte, solo se abría en ocasiones de gran solemnidad.

Carlos hizo un rápido repaso mental al plan de acción mientras el auto se aproximaba al punto donde debía doblar y detenerse. «Si todo el mundo actúa según lo que se le ha indicado, no hay nada que impida alcanzar el resultado que esperamos», comentó consigo mismo y sonrió; estaba tan seguro del éxito de la operación como lo estaba de sí mismo, de que sabría cumplir con la parte que le correspondía ejecutar para que la acción echara a andar. No era la primera vez que se veía en una situación similar, durante la Segunda Guerra Mundial tuvo que participar varias veces en riesgosísimas acciones comando con las tropas francesas. «Puedo hacerlo, no es nada del otro mundo; la única dificultad sería que me mataran en el intento de impedir que cierren la puerta, pero si logro llegar hasta ella, ni siquiera eso afectaría el plan, porque mi cuerpo muerto no dejaría que el portón se cierre, los compañeros podrían pasar adentro de todas formas, y esa es mi parte principal, permitir que pasen, Faure y Pepe se pueden encargar del resto.»

«Ya vamos llegando a Pénjamo...», comenzó a canturrear Osvaldito cuando estaban a pocos metros de avistar el edificio del Palacio. «Vaya, como para que nadie se queje», bromeó Abelardo, «Con nosotros viene hasta el mismísimo Pedro Infante.» Todos, incluso Osvaldito, rieron por la ocurrencia.

«Bueno, aquí estamos», dijo alguien en el asiento de atrás, «Sí..., aquí estamos», repitió Carlos. Luis Felipe aminoró la velocidad, llegó a la intersección de Colón y Monserrate y dobló a la izquierda, tratando de que el automóvil quedara lo más pegado posible a la acera. Debía detenerse junto al portón, tratando de no llamar la atención. De inmediato debían salir los cuatro ocupantes, casi al unísono, aunque el primero tenía que ser Carlos, los demás debían seguirlo.

Y sobre todo nadie debía disparar antes que él, su disparo era la señal para que todo comenzara.

Han llegado, están frente a las puertas de Palacio. Atrás han quedado las peripecias del viaje, las angustiosas y las simpáticas; sobre todo, han concluido los largos meses de preparación y espera, siempre en la expectativa de que ocurriera algo que impidiera la realización del plan en que tantas esperanzas habían puesto. Las manifestaciones para denunciar el golpe de estado, primero, y para oponérsele y movilizar a las masas, después. Los enfrentamientos con la policía, las golpizas y heridas recibidas. Y las frustraciones por los intentos fallidos, como el de agosto de 1955.

En aquella fecha, organizados por Menelao y contando con la participación de todas las organizaciones de la capital, se planeó tomar de manera simultánea el Palacio, el Buró de Investigaciones, el cuartel maestro de la policía y la Radiomotorizada, más o menos el mismo plan que se pensaba ejecutar ahora, aunque esta vez primero se tomaría Palacio, los demás lugares después. Entonces se contaba con armas suficientes, y había alrededor de mil combatientes esperando la orden de entrar en acción en distintos puntos de la ciudad; era mucha más gente y muchas más armas, el éxito parecía estar garantizado. Pero todo quedó en nada, el resultado fue que la policía capturó muchísimo armamento y detuvo a varios de los participantes, José Antonio y el propio Menelao lograron escapar casi de milagro. Ahora son menos hombres

y menos armas, pero los hombres son verdaderos combatientes, ya se encuentran en el lugar de la acción y en fracciones de segundo se escucharán los primeros disparos: Ha llegado la hora de ajustar las cuentas a Batista por sus robos, sus traiciones y asesinatos, los de ahora y los de antes; a partir de aquí comenzará la insurrección popular en la capital que después se extenderá por todo el país. Se cumplirá el compromiso que José Antonio hizo en México, golpear arriba hasta acabar con la tiranía y ahorrarle sangre y sufrimiento al pueblo. El pequeño grupo de combatientes, acosados y perseguidos día y noche, que están tratando de echar a andar la revolución en las montañas de Oriente, no sentirá más la presión del ejército detrás de ellos, porque una vez descabezado el régimen todo su sistema se caerá por su propio peso, sus cabecillas solo van a pensar en cómo salvar el pellejo y sus bienes, no en andar persiguiendo guerrilleros. En todo caso, el ejército tendrá que movilizarse hacia La Habana, los compañeros que andan por Oriente podrán reagruparse y fortalecerse. Y ellos mismos, los miembros del Directorio, como habrá de decir Faure años después, iban a dejar de ser revolucionarios perseguidos, torturados y asesinados para convertirse en la legión de combatientes que a partir de la toma de la capital liberaría al país de la opresión de la dictadura.

«Ya no seremos pequeños grupos con las armas en la mano contra la dictadura, será la acción de todo el pueblo, como dijo José Antonio», comenta Carlos consigo mismo, y se persigna al momento de detenerse el vehículo, listo para salir. «Pensé que no eras religioso», le comenta Goicoechea, uno de los dos Luis que lo acompañan en el carro, «A decir verdad, no lo soy, o no lo soy demasiado al pie de la letra, pero en estos casos nunca estaría de más una ayudita extra, ¿no te parece?»

Era evidente que a los otros también les pareció conveniente, porque todos lo imitaron.

Abrieron al mismo tiempo las puertas del automóvil, salieron a toda prisa, avanzaron contra el portón...

Los centinelas, siguiendo lo prescrito en las ordenanzas, en cuanto vieron el auto que se detenía frente a ellos pusieron

sus armas en disposición de disparar por si sorprendían alguna maniobra extraña en sus ocupantes, y el que tenía como misión cerrar el portón inició el gesto de cerrarlo si era necesario. No tuvieron tiempo para más, porque recibieron la descarga del M3 de Carlos, que en dos pasos había llegado junto a ellos, disparando el arma con una sola mano, mientras con la otra trataba de detener el movimiento del portón para que no se cerrara. «Algún día a un artista debería ocurrírsele, porque ninguno lo ha hecho todavía», pensaba Oscar años después mientras se representaba la acción en su mente, «Plasmar en un cuadro esa escena que vieron sus compañeros, irrepetible, de Carlos emulando con la fuerza y el valor de un héroe de epopeya, sosteniendo con una mano el portón de la entrada para permitir el paso de los atacantes, y con la otra disparando su ametralladora contra la guarnición.» Detrás de él, con segundos de diferencia, llegaron disparando los siete ocupantes de los automóviles, entre ellos Pepe y Faure, que lograron liquidar a dos soldados cuando estaban a punto de alcanzar a Carlos con sus balas. Pepe continuó avanzando hacia la escalera que conduce a la segunda planta, con Juan Pedro, Machadito y otros que habían logrado bajar del camión, pero Faure recibió una descarga que lo lanzó contra el suelo y lo inutilizó momentáneamente, inconsciente. Detrás de ellos avanzó Carlos: El primero y más importante de los objetivos, eliminar a la guardia de la puerta e impedir que el camino hacia el interior de Palacio se cerrara, había sido alcanzado. El siguiente paso sería dirigirse a toda prisa a la escalera que conduce al segundo piso, subir a buscar y encontrar a Batista donde se escondiera. Todos ansiaban ser el primero en encontrarse frente a él y tener el enorme gusto de decirle: «Date preso en nombre del Directorio Revolucionario, hijo de puta.»

Sería la recompensa por las persecuciones sufridas, por los compañeros torturados y asesinados. Y aspiraban a estar presentes tanto ellos, los que tenían como misión buscarlo y encontrarlo, como los otros, los que debían secundarlos en la acción, conteniendo el paso de la tropa enemiga hasta tanto

llegara el comando que les serviría de refuerzo. Todos por igual querían tener el placer de pararse frente a él, encañonarlo y ver cómo empalidecía su rostro y se le bañaba en sudor; seguramente temblaría como una hoja al viento y suplicaría por su vida. «¿Se orinaría?», se preguntaban todos. «Apuesto a que se caga», había asegurado Osvaldito. Cualquier cosa podría suceder con él, se decían, porque todos conocían sus historias, desde el machadato a la actualidad, y sabían que lo que le sobraba en picardía le faltaba en valor. Lo que nunca sucedería, estaban seguros, era que usara el tan cacareado tiro en el directo del diez de marzo; ese solo fue un alarde después que todo había pasado.

Estar frente a Batista este día sería un instante para guardar en la memoria por toda la vida, y no había uno entre los combatientes que no deseara estar presente cuando se produjera.

Solo uno de los hombres que llegaron hasta el Palacio alcanzaría a encontrarse frente a frente a Batista en algún momento. Ángel, dirigente sindical textil y miembro de la juventud ortodoxa que desde 1953 había entrado en contacto con el Directorio por intermedio de Evelio, había llegado desde Guanajay para participar en la acción dirigida por Carlos; no formaba parte del grupo que debía buscar a Batista en el segundo piso, sino del que ocuparía el ala izquierda de la planta baja. Pero fue el único combatiente de ese día que alcanzó a verlo.

«No sería ese día cuando lo viera, ni sería en ese lugar, sino mucho después, luego de transcurridos varios años, en una playa portuguesa», le comentaría a Oscar décadas después. No era entonces un combatiente clandestino, sino el representante de su país en Portugal. «Sorpresas que el destino le reserva a uno... No sé qué pasó en realidad, supongo que quizás se enteró de que el diplomático cubano que se encontraba allí había sido uno de los terroristas que habían ido a atacarlo aquel trece de marzo en su propia guarida, y quiso verle la cara. O sería pura casualidad, cómo saberlo.»

El depuesto presidente llegó acompañado de cuatro gorilas con ropa de persona. Pasaron cerca de él, mirándolo fijamente; con un gesto instintivo, Ángel llevó la mano a la cintura, en busca de la pistola: Aquel hombre del que lo separaban pocos pasos era el asesino de miles de cubanos, aunque tal vez nunca haya tenido el valor de hacerlo con sus propias manos, y estaba ahí, con la vista clavada en su persona; los cinco se acercaban... ¿Intentarían algo contra él? Pero no andaba armado, por lo que no hubiera podido defenderse; en definitiva ellos no hicieron nada anormal, solo pasaron por su lado y continuaron. «Por suerte, como había ido a la playa, dejé el arma en casa, ¿te imaginas qué escándalo internacional se hubiera formado?»

Se sentaron no muy lejos y no dejaron de mirar hacia él mientras permanecieron en el lugar. Batista ordenó algo al camarero, y bebieron sin hablar en ningún momento. «Ni una palabra, nada, solo estaban allí, sentados, bebiendo muy despacio cada cual su trago. Eso sí, no dejaban de mirarme; resultaba bastante incómodo, pero no hacían nada más, ni siquiera un gesto»; al parecer, solo a eso habían llegado, a ver quién era, quizás tratando de recordar si alguna vez habían visto su rostro, al menos en fotografía. Ángel también miraba hacia ellos, desde luego, esperando que en algún momento se produjera un incidente, pero nada ocurrió. «En realidad permanecieron poco tiempo, en cuanto terminaron de beber se marcharon.» De la misma manera: Sin dejar de mirarlo.

Ángel observó, además, algo que le llamó la atención: «Tenía el aspecto de un hombre muy cansado, se veía más viejo de lo que en realidad era», y lo comentó con Oscar. Aunque no podría afirmarse que el ex dictador estaba mal vestido en ese momento, sus ropas no mostraban aquel atildamiento que le era característico.

Por ejemplo, el atildamiento que todavía mantenía a las tres y cuarto de la tarde del trece de marzo de 1957.

Pero no unos minutos después, por cierto...

## Rutina palaciega

*Cuando sentí el primer disparo, yo me cambié el traje de calle por otro de sport, que estaba más cómodo.*

*Información, domingo 17 de marzo de 1957, p. B-13*

Es un poco más de las tres de la tarde, ha acabado de almorzar y un sirviente se acerca a servir el café que ha ordenado le traigan como el mejor colofón posible a la deliciosa ingesta y preámbulo de una excelente digestión. Nada como degustar despacio un buen café amargo para predisponer favorablemente el estómago a realizar un buen trabajo, y el Presidente se precia de ser un verdadero *gourmet*.

El sirviente ya está a su lado, ya sirve el café y lo ofrece, en las manos la humeante y aromática taza, las emanaciones de la bebida se expanden por el espacio, excitan el olfato...

El Presidente mira de arriba abajo al empleado, como es su costumbre, para evaluar su apariencia, pero también para hacer honor a su bien ganada fama de hombre de aguda visión y amo exigente. El examinado no puede dejar de experimentar un ligero escalofrío que le recorre desde la nuca hasta la cintura al recibir sobre sí la mirada escrutadora de su patrón. Una mirada que algunos aseguran es capaz de verlo a uno por dentro, de adivinar hasta los más recónditos pensamientos que



alguien esconde en la cabeza. Respira profundo, cuidando que el aire no resuene al pasar por el conducto respiratorio, y logra controlar el temblor que estuvo a punto de ganarle las manos. Derramar el líquido sería una desgracia espantosa.

A los ojos de cualquier otra persona, todo se muestra impecable en el hombre, como exigen las ordenanzas a la servidumbre de Palacio; por nada del mundo alguien que trabaje directamente bajo sus órdenes puede estar menos que intachable a la vista de quienes acuden ante él, la pulcritud en la apariencia y el trato exquisito a los visitantes por parte de sus servidores constituyen un punto de honor para el señor Presidente: Que nadie que venga a su casa, por la razón que sea, humilde o encumbrado, pueda alguna vez afirmar, sin faltar miserablemente a la verdad, que vio en él o en quienes lo rodean asiduamente la menor señal que recuerde al guajirito muerto de hambre que alguna vez fue. No es así como lo dice, desde luego, pero es lo que está en la esencia de sus palabras cuando exige el máximo de escurpulosidad y de buenos modales a sus servidores.

Cierto que el sirviente está correctamente vestido en su uniforme blanco, con guantes y lacito al cuello también blancos, y hasta un ligero olor a lavanda, el único perfume autorizado a la servidumbre, porque es olor a limpio y evita el desagradable efecto de la multitud de esencias en un mismo espacio. Pero los ojos de Batista no son los de cualquier persona, y él descubre un pliegue en el cuello de la camisa que no tiene por qué encontrarse ahí. Mira fijamente a los ojos del empleado, que baja los suyos de inmediato en señal de humildad, y le habla con dureza, recordándole que está trabajando en el Palacio Presidencial de la República, no en la casa de un Don Nadie, mucho menos en un cafetín de mala muerte, de donde pareciera haber salido: «¿Ya usted se miró en el espejo?»; él recibe un salario, nada despreciable, por cierto, por servir a la familia más importante del país, está empleado en el lugar adonde acude, de visita o por razones de trabajo, lo que más vale y brilla en Cuba y en el mundo,

y por esa razón todo, absolutamente todo, tiene que estar a la altura que corresponde, ni un ápice menos. «En este lugar nada puede ser menos que perfecto, ¿puede usted entender eso?» No existe ninguna razón que justifique que un empleado del Palacio Presidencial muestre mala presencia durante el servicio..., ni en ningún momento de su vida, entiéndase, porque quien trabaje aquí debe ser un ejemplo de modales y buen aspecto personal para el resto de la sociedad, donde quiera que se encuentre. Un empleado de Palacio es un empleado de Palacio en todo momento, lo mismo si está en su casa que en una tienda o paseando con la familia. Cuanto más en presencia del Presidente. Si tenía prisa, hubiera sido más eficiente en sus cosas para que el tiempo le alcanzara, nada es excusa suficiente para ser descuidado con la apariencia personal. «Si uno no se exige a sí mismo, no llega a ningún lugar, simplemente porque no merece llegar... Y ustedes más que nadie deberían saberlo, que tienen la suerte de trabajar conmigo.»

El hombre tiembla y suda mientras oye las palabras de su patrón, sintiéndose ya desempleado.

«Si le parece que exagero, mírese en mi ejemplo... No hace muchos años era un simple obrero sin calificación, allá por un pueblecito perdido en el mapa... ¿Quién podía respetarme? Nadie. Pero no me conformé con eso..., ¿comprende? Decidí cambiar mi destino, me propuse llegar alto... Y me he ganado el respeto de todo el mundo, ¿no es cierto?» Se detiene por un instante, para tomar aliento, o para mejor observar el efecto de sus palabras. Parece recordar algo de repente, golpea suavemente con el dedo índice la esfera del reloj de pulsera, como para señalar el paso del tiempo. «Dentro de un mes y un día..., el catorce de abril exactamente, se cumplen treinta y seis años de que me puse por primera vez un uniforme militar. Ese día todavía no era nadie, un soldadito más... Pero miren adónde llegué... Eso no se logra con indolencia, sino con esfuerzo, con esfuerzo...», «Pe-perdón, señor Presidente, me siento muy avergonzado,

le juro que no volverá a ocurrir», se atreve a balbucir el sirviente, sintiéndose casi desmayar. Viendo que ha logrado su objetivo de aterrorizar al subordinado, Batista sonrío, con aire comprensivo, y asume un tono paternal en la voz, volviendo el rostro alternativamente hacia cada uno de los miembros de la servidumbre que se han ido acercando. No lo han hecho por curiosidad o por el morboso placer de ver cómo el patrón hace temblar a un colega: Saben que a él le gusta tener público cuando habla de sí mismo, y se asoman para que los vea atentos a su discursar. Él, evidentemente, lo está disfrutando, y eso es bueno para todos.

«Vamos, hombre, tampoco se me ponga así, que no es para tanto; lo que digo lo digo por su bien, no para que se asuste...» Vuelve a hacer un alto, estudia a la audiencia, ve la admiración en los ojos de todos. Se siente halagado.

Sentir el ruidoso aplauso de la muchedumbre en la plaza es muy grato, pero nada se compara con estas miradas, a unos pasos de distancia. Además, las multitudes engañan, y cambian de casaca con facilidad, cualquier líder de multitudes lo sabe, los que hoy te aplauden con delirio mañana con delirio te arrastran por las calles, ahí está el ejemplo de Mussolini. Estos pequeños grupos, en cambio, nunca lo harían; son su gente, sus incondicionales. Ah, la incondicionalidad...

«Yo no olvido que alguna vez fui maestro, ¿saben?, entre tantas cosas que he sido, claro, y les hablo así porque siento que es mi obligación enseñarlos, un regaño a tiempo salva una carrera...» Se detiene una vez más y vuelve a pasar revista, con más detenimiento, a la expresión de los presentes. Es realmente satisfactorio, un pequeño gozo inigualable que no todos saben disfrutar. Él sí.

«Ustedes no son unos simples criados y no están en una colocación cualquiera. Además, son para mí casi mis hijos, mi gente de confianza..., la gente de confianza del Presidente de la República de Cuba..., ¿comprenden? Tienen que merecer esta oportunidad que Dios ha puesto en sus manos.»

Hace una señal que más o menos significa: «El Jefe ha terminado de hablar, pueden continuar con sus labores», y se dispone a disfrutar de su café a solas, siguiendo su rito diario, hoy unos minutos más tarde por culpa de los asuntos que debió despachar antes con el ministro de gobernación y el de la presidencia. «Todavía se me enfría por esta manía mía de ser perfeccionista», piensa mientras adelanta la mano hacia la taza.

No llega a tocarla: oye una, dos, tres ráfagas cortas. «Caramba, eso parece que fuera aquí mismo.» El sonido no le gusta, nunca le han gustado los tiros, menos si se oyen próximos a él. Se levanta de prisa, olvidado del café; llega a la puerta y la entreabre. Instintivamente, lleva una mano al bolsillo posterior izquierdo del pantalón y palpa, indagando por su contenido; no hay problema, los dedos le informan que eso, su resguardo contra cualquier daño que pretendan hacerle, se encuentra con él, está en su lugar. Está protegido. Un alivio... Besa la amatista partida de su sortija. La lleva consigo desde sus tiempos de sargento, cuando vivía en la esquina de Toyo y no ha querido cambiarla nunca por una joya más cara, acorde con su posición. Es su piedra de la suerte, «No me vayas a fallar...»

«¿Qué está pasando?», grita asomando apenas la cabeza. «Tiros, señor Presidente, tiros..., y parece que es muy cerca», informa uno de los sirvientes, «Rápido, averigüen qué está pasando, los espero aquí.» No tiene que esforzar mucho el oído para descubrir que no se trata de disparos aislados, lo que oye le indica que es un verdadero tiroteo, quizás una verdadera batalla, pues el estruendo llega desde varias direcciones, pero, ¿dónde? Es evidente que cerca, muy cerca.

Demasiado.

«Parece que fuera aquí mismo, ni que Dios lo quiera.» Ese pensamiento lanza la primera alarma a su sistema nervioso, que de inmediato despierta a su instinto de supervivencia. ¿No correrá peligro en Palacio? ¿No será mejor ir para Columbia ahora mismo, llamar a Martha y salir? Calma, calma;

quizás no sea tan buena idea. Ir para Columbia significa salir de aquí, salir de aquí es estar en descampado, quedar a merced de cualquier atentado, a lo mejor es eso lo que procuran, provocan la alteración para obligarlo a que salga, para esperarlo allá fuera, es una encerrona. El Palacio siempre ha sido un sitio seguro, una verdadera fortaleza donde es casi imposible penetrar; todas las entradas están cerradas, la única que permanece entreabierta tiene un portón enrejado, con dos centinelas alertas y bien armados; la reja se cierra ante cualquier anormalidad, el interior queda aislado de lo que suceda fuera. Solo a cañonazos se podría entrar, y así y todo con dificultad.

De manera que es mejor esperar unos minutos antes de decidirse a hacer algo, no vaya a meterse en la boca del lobo sin necesidad, no vale la pena. Decide ir a encerrarse en su despacho.

Olvida el café sobre la mesa.

En tanto, los disparos continúan, se oyen ráfagas de ametralladora calibre treinta, algunos gritos. El sobresalto de una explosión... Entreabre otra vez la puerta del despacho, se asoma. Pero solo la cabeza.

«¿Qué averiguaron...?, eso último fue cerca de aquí...», pregunta a un sirviente que llega a todo correr, jadeante, los ojos desorbitados. «Cerca no, señor Presidente, es aquí, aquí mismo, en Palacio.» El terror que transmite la expresión del hombre le llega con toda su fuerza e invade sus sentidos, haciéndolo perder la compostura, «¿Cómo que en Palacio, imbécil, te volviste loco?» El sirviente está tan asustado que no advierte el violento calificativo, absolutamente inusual en el trato del Presidente con la servidumbre. En una situación normal, el empleado podría dar por perdido el puesto, la expresión ofensiva sería sinónima de despido inmediato, pues respondería a alguna imperdonable falta cometida en el servicio; cierto que el Presidente es un patrón muy puntilloso y exigente, no deja pasar la mínima falla, pero, a pesar de ser tan estricto, en el trato con los empleados de la casa es lo que

se dice comúnmente «una dama». Rara vez sube la voz y se cuida de no emplear palabras fuertes; cuando lo hace, como hizo ahora, es por algo realmente grave que alguien ha hecho, y significa que no hay salvación para quien se ganó ese tratamiento, no solo por la falta cometida, sino también, y sobre todo, por haberlo obligado a violentar sus costumbres y sus buenas maneras. Algunos aseguran que cuando trata con los militares suele usar malas palabras y hablar alto y fuerte, puede ser verdad, pero eso no cuenta, los militares son otro tipo de gente, acostumbrada a la rudeza y las formas groseras, si él fuera delicado con ellos lo interpretarían mal, y un presidente tiene que hacerse respetar por los militares, si no, a saber qué pasaría, con ellos hay que tener mucho cuidado, quién mejor que el Presidente para saberlo, pues también vivió en cuarteles. Ahora bien, en cuanto a sus empleados, nunca, pero nunca, es grosero, sino más bien paternal, como el empleado lo había visto unos minutos antes.

Con esos antecedentes, el exabrupto de ahora es injustificado y sorprendente, no responde a motivo alguno achacable a quien lo recibió. No tiene motivo, es cierto, pero sí tiene causa, quien conozca al Presidente en lo íntimo podría explicarla: Es la manifestación de un miedo tan extremado que no le permite pensar las palabras. El miedo del sirviente es también de tal envergadura que, a su vez, no le permite advertir el de su patrón, al punto de no darse cuenta del ligero temblor que comienza a ganarle el labio inferior, y que poco a poco irá creciendo hasta impedirle por completo la articulación del sonido que sea.

«Están aquí señor, en la primera planta..., o en la segunda..., no sé más, solo sé que hay muchos tiros, muchos..., que nos van a matar...»

«Nos van a matar, no...», exclama dentro de sí Fulgencio, «Me van a matar a mí, seguro que es a mí a quien vienen a matar, que Dios me proteja...» Entra de nuevo a su oficina, cierra la puerta, se llega a su poltrona, se desploma en ella, no logra acomodo, se levanta de nuevo, da pasos intranquilos, vuelve a sentarse. Se levanta una vez más. Se agarra la nuca

con las dos manos, echa la cabeza hacia atrás, respira profundo y despacio, tratando de calmarse, vuelve a sentarse. «No puede ser el fin, no puede ser el fin...» Debe pensar con calma, si se altera no resuelve nada. «Vamos a ver, Fulgencio, vamos a ver..., tranquilízate.» ¿Quién lo habría mandado a venir hoy a Palacio?, pudo haberse quedado en Columbia, allí estaba más seguro. Pero es que la idea de que a alguien se le ocurra entrar armado en Palacio es impensable, y hoy tenía cosas que hacer y que no podían ser dejadas para otro día, gente importante que recibir, hoy y mañana, y pasado, desde luego, son tantas las obligaciones de un presidente. De lo de mañana mejor ni acordarse, esa mierda de los teléfonos... También Palacio es una fortaleza muy segura, hasta hoy nadie ha logrado tomarlo, a pesar de que desde el treinta ya hubo gente que lo pensó. Habrá sido muy segura antes, es verdad, pero es evidente que alguien ha logrado hacer lo que otros no pudieron, alguien logró entrar y está allá abajo tratando de llegar hasta ahí, hasta esta oficina donde él se encuentra, seguramente piensan asesinarlo a mansalva, sin darle oportunidad de defenderse o esconderse. Se levanta, aterrorizado con la idea. «¡Que no, coño!», se ordena a sí mismo, sacude fuertemente la cabeza, vuelve a la poltrona. «¡Hermelindo, coño!», exclama dentro de sí, recordando al hermano brujo y medio loco a quien Martha le tiene prohibido visitarlos, «Tú me juraste por la vieja que con el resguardo que me hiciste me protegías contra todo, que nada me podría entrar, estaba cerrado, ningún enemigo iba a vencerme, pero mira a esa gente entrando en mi propia casa y casi a punto de matarme, qué resguardo es ese..., eres un mentiroso.»

En un rápido y superficial análisis de conciencia admite que no se ha portado bien con él, no debió permitir que Martha le prohibiera presentarse en Palacio, pero qué podía hacer, si ella tenía razón, solo a un loco como su hermano se le ocurre presentarse con aquella facha de mendigo en la residencia del Presidente de la República, y él lo hizo, a saber cuánta mariguana había fumado ese día que estaba tan fuera de sí, y

con aquel horrible olor a excremento y orine de muchos días, «Es un verdadero descrédito para la familia, una vergüenza», había exclamado Martha, casi histérica, con tantos enemigos políticos que uno tiene cómo regalarles esa arma para que la usen en su contra, hasta los americanos pueden aprovecharse y empezar a meterse en lo que no les interesa, ellos siempre están a la que se cayó. «Seguro que por eso me están pasando estas cosas, por no haberlo tratado con el respeto que le debo, como quiera que sea es mi hermano mayor», pero alguna solución tendría que buscarle, no podía vivir en esta zozobra, desprotegido, sin saber si el resguardo funciona, si es suficiente, debería ir escondido a ver al hermano un día de estos, cuanto antes, a lo mejor está disgustado por lo que dijo Martha y por eso el resguardo no funciona, y es el único en quien podría confiar para que le hiciera un buen trabajo de limpieza de todo lo malo que pudieran haberle echado, «O prepararme otro más fuerte, qué sé yo.»

«¿Segunda planta dijo ese...? ¿Ya, aquí?... Pero no... Se equivocan. Conmigo se equivocan, no es así, tan fácil.» Quien quiera que sea, se engaña si piensa sorprenderlo; si nunca antes pudieron madrugarlo, cómo van a poder ahora, que tiene más experiencia, «A mí no hay quién me agarre.» Primero, porque les va a ser difícil llegar hasta esta oficina, la guarnición está muy bien preparada y es devota a su jefe, él bien que ha cultivado esa fidelidad, no ha hecho otra cosa desde que llegó aquí por primera vez; segundo... Segundo, porque no lo van a encontrar, ¿qué se habrán creído? Nunca, por más que busquen, van a dar con él, ahí sí que se cogieron el dedo con la puerta. De él se podrá decir lo que se quiera en el futuro, pero nadie va a poder afirmar jamás que fue un idiota que se dejó sorprender, que se dejó matar mansito. «Conmigo no pudo ni el loco de Guiteras por más que quiso y a lo mejor hasta lo intentó, y eso que él fue, aunque me pese reconocerlo, el tipo que mejor me caló y el único que en realidad ha sido un peligro para mí en lo que llevo de vida..., él tampoco pudo salirse con la suya, me le adelanté y lo saqué de circulación a tiempo.»



El recuerdo de añejos éxitos le devuelve por un momento la capacidad de razonar con frialdad, aunque la cabeza continúe ardiéndole. Como le ha ocurrido muchas veces después del cuatro de septiembre de 1933, el terror que por un momento se adueñó de él al presentir que su vida se halla en grave peligro cede su lugar a la actividad creativa generada por un acendrado instinto de conservación, «No espero ni un minuto más.»

Se levanta y se dirige a una pequeña puerta disimulada en la pared. La abre, «Ahora, que venga a buscarme el que sea, a ver si me encuentra...», y por una escalera también secreta se dirige al tercer piso. Piensa otra vez, por un instante, en la posibilidad de tomar a la familia e irse por el ascensor hasta el auto y correr hacia Columbia, su refugio de siempre. Desecha la idea de inmediato, «Qué bobería, a quién se le ocurre... Eso sería estúpido, seguramente es lo que piensan que voy a hacer..., huir por el elevador. Deben de estar esperándome allí mismo para hacerme un colador.» Evidentemente, lo mejor es permanecer por el momento en el cuarto de su hijo pequeño hasta que todo pase, con su mujer, con la familia toda junta, rodeado de ellos; en cierto sentido, hasta le pueden servir de escudo, llegado el caso, «Si llegaran hasta aquí, cosa que dudo, no irán a dispararles a los niños y a Martha, o dispararme a mí delante de ellos, eso nunca se ha hecho en Cuba, no somos tan salvajes... Bueno, tampoco nunca han asaltado el Palacio para matar al presidente y esos están allá abajo tratando de hacerlo... ¿Y si son capaces? ¿Irán a matarme delante de mi familia?» Un corrientazo le recorre la espalda. Siente que de nuevo el terror empieza a vencerlo... Con mucha dificultad logra dominarse un tanto, aunque el esfuerzo lo obliga a sudar copiosamente. De todos modos, no tiene muchas alternativas, lo mejor por el momento es no moverse de donde está, hay tiempo todavía para hacer cualquier otra cosa, escapar a la azotea, por ejemplo. Trata de convencerse de que es muy difícil que lleguen hasta el tercer piso, y razones hay de sobra para creerlo: Aunque

no se considera un gran especialista en armas ni en contiendas bélicas, porque no son su especialidad ni le interesan, por el sonido de los disparos le resulta evidente que los atacantes no cuentan con un potencial de fuego suficientemente poderoso como para imponerse al de los defensores, que además están en mejor posición y conocen el terreno en que se mueven. En el peor caso, si la situación se pone fea, digamos porque los atacantes reciben refuerzos con armamento más potente, solo tendría que alcanzar la azotea, donde reside la guarnición. A los atacantes les costaría mucho trabajo llegar, y desde allí podría escapar en helicóptero hasta Columbia... «Columbia..., supongo que ya hayan mandado a pedir refuerzos a Columbia, aunque nunca se sabe..., son tan brutos que a lo mejor ellos mismos nos caen a cañonazos con los tanques, y entonces resulta peor el remedio que la enfermedad.»

Sentado en una esquina de la cama de su hijo, siente que las ideas fluyen con demasiada celeridad por su cabeza y trata de ordenarlas, pero le resulta imposible: Ahora que se sabe momentáneamente a salvo, al menos mientras se mantenga la fuerte cortina protectora de fuego y plomo que los ruidos que escucha le permiten imaginar, o mientras los atacantes no descubran la puerta secreta, vuelve a sentir que se hunde en el pantano del miedo. Apenas oye las preguntas de su mujer y sus hijos, está demasiado ocupado en hallar respuestas a las suyas. ¿Quiénes pueden ser esos locos? Porque hay que estar loco para hacer esto... ¿Serán los que desembarcaron por Oriente en diciembre? Pero esos son cuatro gatos, y andan perdidos por aquellos montes, pasando hambre y perseguidos por el ejército, cómo iban a llegar hasta aquí, esto está muy lejos, los hubieran visto por el camino. A no ser que se hayan puesto en combinación con alguien de aquí y hayan llegado en secreto... Suena un poco raro, una fantasía... ¿Alguien de aquí dijo? ¿Será eso? ¿Una conspiración de aquí? ¿Gente de aquí, de La Habana? ¿Pero quién? ¿La policía? Aparentemente los policías me apoyan, pero ya son unos cuantos los que ha habido que dar de baja, y hasta hay

algunos presos por andar en pasos sospechosos, ya Piedra me ha dicho que recela de alguna infiltración comunista, o al menos de gente de Prío, en la Radiomotorizada, esa gente me la tiene guardada desde el 52, cuando Salas Cañizares nombró de jefe a su hermano Juan, que era un simple fregador de carros de la policía, ¡coño!, pero no fui yo, fue él, ¿por qué me tienen que echar la culpa de todo? Claro que Piedra siempre está viendo infiltración en todas partes y no hay que creerle todo lo que dice, tiene una deformación profesional con eso, no hay que hacerle demasiado caso; también es su trabajo, para eso se le paga... Piedra, caray... Ese es uno que bien baila... ¿Será acaso que el cabrón de Piedra me está traicionando? Cualquiera sabe, pero no, lo dudo, él no lo haría, al menos no se juntaría con la gente de Oriente para eso..., ni con ninguna otra, quién va a quererlo, a decir verdad, tiene mierda hasta el pescuezo, solo conmigo puede estar seguro, ya se la quisieron arrancar una vez y ni él mismo sabe de quién fiarse, porque no son pocos los que lo están velando. No, Piedra no es de confiar, pero está suficientemente sucio como para obligarse a serme fiel..., nunca me traicionaría, sería traicionarse él mismo, porque me necesita.

¿Y si fuera Pancho?, ese viejo matrero anda conmigo desde hace mucho, pero en realidad el diez de marzo se me sumó solo cuando vio que todo estaba claro a mi favor... Y yo sé que no está muy de acuerdo conmigo en lo de Oriente, quiere mandar un montón de tropas para allá, pero eso no me hace gracia, las necesito aquí para sentirme tranquilo. Pero él no se va a lanzar en nada contra mí si no está seguro de lo que va a salir, si no se sabe respaldado por los demás. ¿Y si es que está seguro, si todo está muy bien preparado sin que yo me diera cuenta y este es el puntillazo final...? Tampoco lo creo, si así fuera yo estaría muy jodido, esto se habría acabado hace rato, porque Pancho hubiera mandado un montón de tanques y hubiera bombardeado el Palacio en un dos por tres sin andar averiguando mucho, no iba a entrar con una cuantas ametralladoras de mano, sin armamento pesado. Y eso es lo que suena allá

abajo, armas ligeras, así que el ejército no anda metido en esto, por ese lado puedo estar tranquilo. No tengo por qué creer que a alguien de mi gente le haya dado por atacar el Palacio, con los míos no es el asunto.

¿Será entonces la gente de Prío? Esos tipos llevan tiempo inventando cosas y buscándome problemas, pero si hubieran estado meneando algo ya nos habríamos enterado, entre los informantes que les hemos metido en todas partes y los vividores que lo único que hacen es comerse el dinero que el muy bobo afloja a manos llenas, y que cantan que da gusto cuando los cogen presos, los tenemos bastante controlados, prácticamente no mueven un dedo sin que nos enteremos antes, lo único que han hecho es comprar armas que después nosotros capturamos. Además, salvo el camión ese que agarraron hace un par de días, y que seguro era de ellos, de quién iba a ser, la verdad es que hace algún tiempo que están tranquilos...

Los únicos que no están tranquilos aquí en La Habana son los estudiantes, esos siempre andan haciendo ruido, qué manera de joder. El gordo ese que tienen de presidente en la universidad no sé quién se ha creído que es... ¿Así que se dicen «abanderados de la conciencia nacional»? Qué engreídos. Parece que no me conocen bien, en cualquier momento les doy un buen escarmiento...

¿Serán ellos, los de la universidad...? Pensándolo bien, esos sí que están suficientemente locos... Y son capaces de meterse en una ratonera como esta convencidos de que pueden llevarse el queso..., pero no me parece que tengan con qué, les faltan armas, tienen algunas pistolitas si acaso, al menos eso es lo que dicen los informes que me llegan, y solo con gente no basta para hacer algo como esto... ¿Y si tienen algo más y no lo sabemos? Coño, eso podría ser, que tengan algunas armas y ni el SIM ni el Buró se hayan enterado... También alguna gente de Prío se nos están yendo de control, todavía son pocos, pero se han separado de él y actúan por su cuenta, de algunos no se sabe siquiera si están en el país o en el extranjero... Dice Piedra que tiene indicios de que

algunos se están acercando a los estudiantes, no hay nada en concreto todavía, pero... Parece que Menelao es uno de los que andan juntándose con los estudiantes... Y esos sí tienen armas, si algo no le falta a la gente de Prío son armas, el muy idiota desperdicia su dinero en comprarlas, aunque al final todas caigan en las manos de nosotros... Gente de Prío con estudiantes..., esa combinación no me gusta ni un poquito... Si los estudiantes consiguen armas con la gente del pendejo ese... No lo creo fácil, pero tampoco es imposible..., y la cosa se me pondría difícil... Esos revoltosos de la universidad sí que me la tienen jurada... Y no creen en nadie, desde el mismo diez de marzo me tienen que ni una espina en el calcañal, no doy un paso sin que sienta el pinchazo... Por ahora no tengo manera de estar seguro de lo que hay, hace falta que Piedra apriete un poco más...

Solo faltaría que sean ellos los que están allá abajo... ¡Coño!, claro. Así mismo, eso es, tenía que haberlo pensado antes... Seguro que son los del Directorio, ellos mismos..., de alguna manera lo lograron, se hicieron de armas, se juntaron con gente de Prío, qué sé yo... No, que Dios no lo permita, porque no van a parar hasta matarme, con los otros hasta se pudiera negociar, pero con ellos no escapo, no van a darme alternativa...

¿Pero será verdad que son ellos? A lo mejor no... Ojalá...

Qué va, no puedo seguir con esta incertidumbre, cada día un susto diferente, este de hoy ya es el colmo. Lo juro, si Dios me libra de esta, si salgo vivo hoy de aquí, que si ellos tuvieron algo que ver, y si no tuvieron también, se van a quedar sin ganas de seguir fastidiando, porque no voy a dejar títere con cabeza. Me las van a pagar todas juntas, toditas, toditas... Hasta el último. Esta vez acabo con el dichoso Directorio ese, ya no me joden más.

## A las puertas de la historia

*El general Batista fue objeto de congratulaciones, por la serenidad con que había dirigido desde su despacho, con el teléfono en una mano y una pistola en la otra, presto a su propia defensa, toda la acción defensora del Palacio Presidencial.*

*La esposa, la señora Martha Fernández Miranda de Batista, se encontraba en el tercer piso atendiendo al cuidado del más pequeño de sus hijos, Fulgencio, que se encuentra enfermo.*

*El Presidente, que ocasionalmente vestía un «jacket» gris, dictaba órdenes a todos los sectores de Palacio, ya por teléfono, como por mediación de los ayudantes de guardia.*

*El Crisol, 14 de marzo de 1957*

«Subestimamos la existencia de un parqueo abierto en Monserrate y Colón, y eso nos costó caro..., realmente muy caro», admitiría muchos años después Juan José, en conversación con Oscar.

Guillermo le había facilitado su número telefónico, «Llá-malo y dile que yo te lo di.» En efecto, la frase fue como un «Ábrete, Sésamo» capaz de hacer franca una puerta en la montaña, porque de inmediato Juan José le comentó: «Si Guillermo te dio mi número, él sabe lo que hace.» Oscar llegaba informado de que se encontraría con una persona sociable y amiga de contar historias de la lucha contra Batista, «Es un gran conversador, y cuando se inspira no tiene para cuándo acabar... Además, tiene una memoria que no te imaginas, cualquier cosa que te diga puedes buscarla en bibliotecas después, que vas a comprobar que es así mismo, como te lo dijo.»

Haber llegado a Guillermo, de quien no tenía noticias de si estaba vivo o muerto, o si, vivo, residía en Cuba, había sido un poco complicado, pero armándose de paciencia y constancia, preguntando aquí y allá, y con la ayuda también de la casualidad y algunos amigos, lo había encontrado. Al verse frente a él, recordó las palabras de Alfredo, «Ramón me aseguró que se te abrirían todas las puertas.» Oscar no había sabido de su existencia antes de comenzar sus lecturas acerca del Directorio Revolucionario, pero en algunos de los textos consultados lo mencionaban varias veces, incluso como comandante de las guerrillas en la sierra del Escambray. Aunque el apellido era bastante común, se preguntó si sería la misma persona que unos años antes había publicado un libro agotado casi al momento de salir a la venta, aunque referido a un tema que no tenía nada que ver con los hechos que a él le interesaban. Resultó que sí, que era la misma persona, y mucho más adelante hasta llegaría a saber que habían sido vecinos bastante cercanos durante un tiempo, «¡Qué barbaridad, pude haberlo conocido hace más de diez años!»

«Aunque no lograras escribir tu obra, o no te salga todo lo buena que debería ser, es mucho lo que ya has ganado», le había comentado Alfredo, «Porque estás alternando con la gente que hizo la historia de este país, héroes que no lo son de ficción, sino de la realidad, y sin embargo no andan por la calle con una aureola para que todos los adoren.»

Guillermo no había tomado parte en el ataque al Palacio por un conjunto de hechos fortuitos, entre ellos el haber sido herido un tiempo antes en un frustrado atentado en que participó, aunque para el trece de marzo ya estaba bien, y también el haber sido detenido, casi de modo casual, poco antes de la acción; cuando lo soltaron, semanas después, sus propios compañeros lo daban por muerto y no habían establecido el contacto con él para que fuera en el comando. En realidad, quien debió avisarle, por alguna causa que jamás se llegaría a saber, pues murió combatiendo aquel día, no le avisó para que se acuartelara con los demás. «Eso me quedó como

un trauma por mucho tiempo, no haber estado allí con mis compañeros», le había confesado a Oscar, «Ahora te puede parecer palabrería, alarde de dientes para fuera, pero entonces éramos así, eso se sentía, yo no era el único... Yo oía a Machadito, a Faure, a Carbó, a Tony, contando cada cual la parte que le correspondió vivir aquel día, y me sentía mal por no haber estado en ese momento con ellos... Habían muerto muchos compañeros y eso dolía, pero uno no pensaba en la muerte, al menos no en la de uno mismo, sino en aquella gesta de la que habían sido protagonistas los otros, en el fracaso inmerecido, en el golpe que había sufrido el Directorio...»

Porque no había estado presente no podía darle impresiones personales sobre el desarrollo del combate; al respecto conocía lo mismo que todo el mundo, esto es, lo que contaron después los sobrevivientes. Al afirmar eso no era demasiado exacto, por modestia, pues lo cierto era que ya desde entonces, y hasta el presente, había acumulado abundantes datos sobre los hechos y sus principales participantes, y mantenía magníficas relaciones con los sobrevivientes, «Te puedo dar los teléfonos de varios compañeros que quedan vivos, y también de las familias de muchos de los que murieron en Palacio, o después.»

«Estoy ante las puertas de la historia», comentó Oscar después con sus amigos, entusiasmado por la perspectiva de ponerse en contacto con esas personas, era un golpe de suerte con el que no contaba, «¿Quedarán muchos vivos?» No obstante, el encuentro había comenzado con una frustración: Sin tener ninguna razón para ello, se había convencido de que Guillermo había conocido a Pepe y podría hablarle en extenso sobre él. Y no era así.

«La verdad es que yo conocí poco a Peligro, no puedo hablar mucho más de lo que cualquiera conoce, es decir, muy poco. Él era algo mayor que yo, y en aquel tiempo esa diferencia contaba, a sus años había pasado por experiencias que para uno de mi edad no eran ni soñables. Para cuando lo vi por primera vez, ya era un hombre con muchas vivencias...,



hasta había estado en cayo Confites, con veintiún años, seguramente has oído hablar de aquello, un hecho importante..., para ese entonces yo era un chiquillo todavía, cayo Confites era una leyenda para muchos de nosotros.» Ciertamente que Guillermo no lo había conocido de manera directa, que habían coincidido pocas veces, pero indirectamente sí sabía mucho del tipo de persona que era, pues había sido gran amigo de Enrique, que lo había sido suyo también. Enrique había sido amigo íntimo de Pepe durante más de diez años, y en cayo Confites estuvieron juntos todo el tiempo, «Pero, supongo que lo sabes, Enrique murió hace unos años; el problema con Peligro es que casi todos los que te pudieran hablar con más propiedad sobre él han muerto... A los demás lo que nos queda es el sentimiento de haber vivido la misma época que él, la época de uno de los grandes héroes de este país, un hombre de leyenda que, no obstante, es un perfecto desconocido... Y no es el último, en el Directorio confluía, por coincidencias de la vida, un grupo de personas excepcionales, ahí tienes al propio José Antonio, continuador directo de Mella, aunque con concepciones filosóficas opuestas, Fructuoso, Juan Pedro, el propio Peligro, Machadito..., nadie imagina los tremendos combatientes que fueron... Y qué digo de gente que originariamente no era del Directorio, porque casi todos venían de los auténticos, como Menelao, Evelio, o Carlos, héroe de la Segunda Guerra Mundial... Y ya quedamos muy pocos de sus contemporáneos, de los que vivimos su tiempo y conocimos de primera mano sus hazañas; cuando ya no estemos, no sé quién los recordará, serán nombres sin cuerpo, o ni eso.»

«También ella, por suerte, todavía vive», pensó Oscar mientras escuchaba, «La mujer que compartió con Pepe aventuras y peligros, pero también lo conoció como el amante capaz de cualquier locura, o como el hombre de extraordinaria cultura artística y política, con quien pasaba horas conversando sobre cualquier tema, aprendiendo desde lo más sublime hasta lo más prosaico.» Se lo comentó, le informó que la había

visitado una vez en su casa, gracias a un amigo que le dio su teléfono, y le transmitió las impresiones que ella le había causado.

«Tienes que tratar mucho con ella», le recomendó Guillermo, «No te conformes con haberla conocido, una visita no es nada»; debía beber abundantemente de esa fuente si pretendía llegar a abarcar la totalidad del ser humano que fue Peligro, «Y cuando digo humano digo eso mismo, una persona de carne y hueso que no era ningún santo, que, por ejemplo, no se resistía a los encantos de una mujer, y por eso su vida como héroe verdadero es más rica que la de esos de una sola dimensión que nos presentan los libros y que en verdad nunca existieron, porque es imposible que hayan sido como nos dicen.»

Luego de varias horas de charla sobre los más diversos temas, sobre todo la historia de Cuba, horas que a Oscar le parecieron minutos, ya en la despedida, Guillermo le dijo «Anota ahí» y le dio los teléfonos de algunos sobrevivientes de la acción de Palacio, «Llámalos en mi nombre, diles que yo te mandé con ellos.» Eran combatientes que habían estado en el ataque en distintas áreas. No podrían hablarle nada o casi nada de Pepe, le advirtió, porque lo conocieron poco, o no lo conocieron en absoluto, por las estrictas reglas de clandestinaje que se seguían, «De hecho, de los nombres que te doy uno solo era propiamente del Directorio, los demás venían de otras organizaciones, pero se nos unieron, porque el Directorio estaba abierto a todo el que quisiera luchar contra Batista y aceptara nuestra táctica. Pero estuvieron en Palacio, en los combates, y te pueden dar una idea de cómo fue aquel día, lo que sintieron, lo que vivieron..., y no es lo mismo oírlos a ellos que leer lo que otros han escrito a partir de lo que oyeron decir...»

Cuando se despidió de Guillermo, el inicial sentimiento de frustración había desaparecido. Su lugar ahora lo ocupaba la sensación de que su interés en conocer más sobre lo que consideraba un injustificado olvido histórico lo había

asomado a un mundo desconocido que debía descubrir. La curiosidad se había convertido en compromiso, y estaba obligado a trabajar sin descanso para merecer la confianza que le habían otorgado. «¿Seré capaz de lograrlo?», se repetía. Con su inexperiencia, le resultaría muy difícil, no le bastaría disponer de un buen tema y experimentar ese peculiar estado de ánimo en que él se sentía inmerso y que suele conocerse por «inspiración».

«Temo no ser capaz de lograrlo», comentaría con Alfredo y Gonzalo al día siguiente. Conocedores de su entrevista con un miembro del Directorio, aunque sin saber exactamente quién, fueron a verlo para que les contara, «Por fin, ¿cómo te va con tus viejos? ¿Quién fue esta vez?, ¿lograste alguna información que valga la pena», «Que valga la pena, sí, aunque no fue lo que yo pensaba...», «¿Con quién hablaste, por fin?», «Pues con uno de los comandantes del Directorio», «¿Nada menos que un comandante?» «Eso. Nada menos, quién me lo iba a decir, ¿verdad? Un golpe de suerte. Combatiente en el Escambray, participante en no sé cuántas acciones armadas en La Habana... Pero no un tira tiros, sino todo lo contrario, un hombre de pensamiento profundo, con una cultura universal que para qué les cuento...», «¿Y?», «No sé, después de hablar con él me siento un poco sobrecogido... Me parece que me he metido en algo que es más grande de lo que puedo abarcar», «¿Entonces piensas en abandonar la idea?», «¿Abandonar? ¿Después que me comprometí? Ni loco...», «¿Y qué piensas hacer?», «Nada, seguir adelante», «Pero asustado, por lo que se ve», «Asustado, porque la responsabilidad es grande. Ya lo vieron, es un tema casi no tratado: en la historia, poco; en la literatura, nada. Y ya no es asunto solo mío, un proyecto individual, que me propuse y ya, que puedo seguir o dejar... No. Ahora es un proyecto colectivo, porque están esas personas, héroes olvidados ellos también, que van a contarme sus historias y a enriquecer mi vida sin recibir nada a cambio. O solo a cambio de que yo contribuya

a que no se pierda por completo la memoria histórica de lo que ellos vivieron, de la contribución que dieron a la caída de una dictadura. ¿No les parece un tremendo compromiso?», «A mí me parece que solo por haberlos conocido y oír sus historias, aunque no logres una obra a la altura del hecho y los personajes que participaron en él, porque es difícil, vas a crecer como persona», sentenció Gonzalo.

Decidió comenzar los contactos telefónicos por Juan José, ese hombre de quien Guillermo le había asegurado que tenía una vida repleta de aventuras y anécdotas, «Con una granada de mano silenció una ametralladora que impedía avanzar en el primer piso, y al final, cuando tuvo que escapar porque el ataque había fracasado, salvó la vida de dos heridos a los que seguramente hubieran rematado, porque eso fue lo que hicieron con los demás.»

Lo sorprendió tener que ascender tres pisos para llegar al apartamento de Juan José, «¿Cómo podrán vivir aquí?», fue la pregunta que se hizo al llegar frente a su puerta. «Un buen lugar, sin duda, no es ninguna choza ni un tugurio de La Habana Vieja», admitió, «Pero no es el adecuado para que viva en él una pareja de ancianos con más de ochenta años cada uno, y ella enferma, con problemas para caminar.» Había imaginado algo más apropiado a la edad y a los méritos de los ocupantes del lugar, una residencia de planta baja, cómoda, hasta con jardín, un lugar a propósito para que pase los años que le resten de vida alguien a quien el país tiene tanto que agradecer. «Un hombre que arriesgó su vida incontables veces, que se batió en Palacio, que estuvo preso y fue torturado...; no sé, merecía vivir mejor», «Sobre todo, cuando hay tantos a quienes este país no les debe ni los buenos días y que están en sus mansiones en Miramar o El Vedado, y con sus buenos carros», sería la glosa de Alfredo, en su momento, al comentario que haría Oscar, como de costumbre, con sus amigos.

«Al menos ahora están en un lugar más céntrico, no te imaginas dónde vivían antes», le explicaron más adelante algunos de sus antiguos compañeros del Directorio, cuando les expresó lo que había pensado al subir los tres pisos que conducían al apartamento de Juan José.

Aunque Guillermo se lo había advertido, lo impresionó la amena conversación de aquel hombre de memoria prodigiosa, que era capaz de recordar hechos ocurridos hasta sesenta años atrás con casi total exactitud, e incluso era capaz de repetir el número de la placa de los muchos policías que habían conspirado contra Batista, dato que, por cierto, nunca había oído mencionar; más tarde, cuando consultara los periódicos de los días posteriores al ataque, comprobaría que sus relatos sobre los acontecimientos eran casi textuales. Pero en su conversación no solo se refería al ataque al Palacio o al accionar revolucionario del Directorio. «Casi se puede escribir la historia de la lucha revolucionaria en La Habana a partir de las memorias de este hombre», se decía mientras se alejaba, al final de su primera conversación con Juan José. Pensaba que algún día alguien, quizás él mismo si pudiera, debía escribir sobre ese guerrero que, él no se imaginaba cómo, había logrado llegar a la ancianidad. Porque ese pacífico anciano de más de ochenta años, sonriente y siempre con un tabaco entre los dedos, había sido en su juventud un luchador incansable y un conspirador pertinaz contra la tiranía. Conspiró con militares y policías, con gente de Aureliano, de Prío o del 26, con el Directorio y con otros más, sin que le importara el perfil ideológico ni la orientación partidista del grupo al que se unía: «Lo único que me interesaba era que estuvieran contra Batista, lo demás era problema de los políticos.»

Al terminar su primera conversación con Juan José, Oscar se dio cuenta de que había vivido en total ignorancia sobre la magnitud de la lucha que se había desarrollado en La Habana contra la dictadura de Batista. Acostumbrado a ver en blanco y negro la historia del país, tendía a situarla en el campo, en

zonas montañosas, jamás hubiera imaginado la cantidad de conspiraciones, unas con mejores proyectos, otras solo con la intención de hacer un cambio de figuras, que se produjeron en La Habana contra aquel gobierno. Lo que más lo maravilló fue que no pocas de ellas se produjeron en el ejército y la policía, muy en especial la Radiomotorizada, en cuyas fuerzas, por cierto, había servido Juan José antes del golpe militar del diez de marzo de 1952.

La charla con Juan José no se limitó a la narración de hechos, porque él no era solo un contador de historias, era también un agudo analista, y la conversación también resultó un análisis de las circunstancias que de una manera u otra influyeron en el desenlace de la acción contra Palacio. La escasa bibliografía a que Oscar había podido tener acceso, con pequeñas diferencias, repetía más o menos las mismas informaciones: la organización del ataque, el choque con la escolta de Batista, los disparos procedentes del parqueo o desde la iglesia del Ángel, los combates en la segunda planta, la ausencia del comando de apoyo, la retirada no prevista... Un solo hecho, que el comando de apoyo no entrara en combate, siempre aparece, o al menos así se sobreentiende, como la causa del fracaso, además, claro está, de que Batista hubiera escapado por una salida secreta. Después de escuchar a Juan José, esa afirmación comenzó a parecerle, cuando menos, incompleta. «Por ejemplo, el enfrentamiento de los atacantes, al comienzo de la acción, con las fuerzas que se encontraban fuera del edificio, bien armadas y protegidas, además de provocar bajas demasiado pronto, tuvo un efecto desorganizador y una fuerte influencia en el resultado negativo de la operación», pensaba.

Juan José, uno de los pocos combatientes de aquella jornada que tenían experiencia militar, por haber sido soldado y policía, participaba de esa opinión. «No contamos con ellos, ni contamos con la posibilidad de esas bajas en el mismo

momento de salir del camión, se suponía que la sorpresa sería total, cuando reaccionaran ya estaríamos dentro. Ahí fuimos demasiado optimistas.»

«Me llama la atención que quienes han hablado del asunto no se hayan referido a eso», comentaría más tarde Oscar con sus amigos, «¿Y qué querías que hicieran? Eso significa admitir que en un plan tan pensado y en el que se arriesgaba tanto se había pasado por alto un punto importante, nada menos que la posibilidad de enfrentamiento con los tipos más peligrosos entre los que rodeaban a Batista, sus guardaespaldas», replicaría Alfredo, «Eso podría verse como una injusta acusación contra quienes ya no pueden defenderse porque cayeron combatiendo, una falta de compañerismo, o una ofensa a la memoria de los héroes. Algo así es impensable entre nosotros. Para nosotros, los héroes y los líderes nunca se equivocan. Es un axioma...»

«En el parqueo se estacionaba la escolta de Batista, porque a Palacio nada más pasaba su carro por la entrada de Monserrate, que se abría solo para él, los demás debían quedarse fuera; era gente entrenada, fiel a su jefe y bien armada..., todos con ametralladoras de mano. Y no eran cuatro gatos, allí había unos veinticinco hombres por lo menos..., aquello no era cosa de juego», había contado Juan José. Él y Carlos habían conversado hasta bien entrada la madrugada del once al doce de marzo, repasando el plan, y no habían tomado en cuenta ese punto. «Yo, que me preciaba de tener gran capacidad de análisis, al igual que la tenía Carlos, no sé, subestimé la importancia de la esquina de Monserrate y Colón... Si no, yo mismo le hubiera propuesto a Carlos la participación de un tercer automóvil en el ataque; en él irían cuatro o cinco combatientes con ametralladoras ligeras y granadas de mano, ellos serían los encargados de neutralizar a los hombres que se encontraban en el parqueo, y no como estaba en el plan. Es decir, la idea original, la que se aplicó, era que una parte de la gente que iría en el camión se encargara de atacar por sorpresa a los guardaespaldas, en tanto los demás se dirigirían

al interior del Palacio.» Ese tercer automóvil en el cual no se pensó habría marchado al final de la caravana, se habría detenido cerca del parqueo, y sus tripulantes habrían abierto fuego de inmediato, casi a quemarropa; con esa operación habrían sido liquidados los escoltas, en su mayoría, y los que no lo fueran estarían más ocupados en defenderse como pudieran que en atender a los combatientes que estaban entrando en el edificio.

«De esa manera se hubiera posibilitado la entrada al Palacio sin tantas bajas como tuvimos desde el primer momento, y el comienzo hubiera sido más ordenado.»

Fue un error de previsión, desde luego, pero, quién sabe, aunque se hubiera pensado en esa posibilidad, el día once en la noche tal vez era demasiado tarde para movilizar cuatro o cinco combatientes más, con el correspondiente vehículo, pues casi todos los recursos estaban comprometidos. «El caso es que en su momento no vimos que hiciera falta el tercer automóvil, y sucedió lo que sucedió..., pero las cosas son como son y no se pueden cambiar, no hay remedio.»

«En realidad, fue una imprevisión, no tiene sentido negarlo», pensaba Oscar más tarde. «Pero, ¿hasta qué punto hubiera sido determinante ese tercer carro? Porque la presencia de los escoltas en el parqueo y por los alrededores de Palacio no fue ignorada, en el plan se contaba con su existencia, y había combatientes dentro del camión cuya misión era neutralizarlos, fue otra la razón...» Además, siempre se logró su neutralización, aunque con más esfuerzo. Entonces el problema no fue la imprevisión, sino el azar; lo imponderable, la fatalidad, alteró el balance en aquel combate: La aparición del ómnibus de la ruta catorce, que ocupó el espacio del camión y posiblemente también demoró la maniobra e hizo que la atención de quienes se encontraban en el parqueo se dirigiera hacia ellos. Si no hubiera ocurrido esa coincidencia, los combatientes hubieran salido disparando contra el parqueo o corriendo hacia el Palacio, como estaba indicado. Por esa circunstancia imposible de prever, en lugar de



bajar junto a la acera y la entrada del Palacio, ya franqueada por la rápida acción de Carlos, secundada por el resto de los ocupantes de los dos automóviles, los demás atacantes se encontraron con que el ómnibus les interrumpía el paso y estuvieron obligados a bordearlo para alcanzar su objetivo, prácticamente en medio de la calle y expuestos a la puntería, que no era mala, de quienes les disparaban desde el parqueo. Los primeros en bajar del camión, encargados de neutralizar a los escoltas, fueron precisamente las primeras bajas. Hizo falta mucho valor para que la operación no fracasara en ese mismo instante.

En cuanto sintieron los disparos de Carlos, los guardias del parqueo comenzaron a disparar contra los cuatro vehículos que acababan de llegar, incluido, desde luego, el ómnibus que no tenía nada que ver con la acción, aunque la prensa informaría otra cosa en los primeros momentos, y cuyo chofer resultó herido de gravedad y murió días después en el hospital; algunos pasajeros recibieron heridas y uno murió en el acto. Varios atacantes también resultaron heridos o muertos, algunos sin llegar a bajar del camión. Juan José contaría años después que debió saltar por encima del cadáver de uno de sus compañeros para salir. Una imprevisión y una casualidad, unidas, llevaron a que el comando quedara disminuido en número desde el mismo comienzo de la acción. La sorpresa que había permitido la toma del portón solo llegó hasta ese punto. A partir de entonces la alarma cundió por todo el edificio, y los encargados de defenderlo se apresuraron a tomar las medidas para repeler el ataque. Entre tanto, desde el parqueo y algunos otros puntos del exterior, los atacantes eran sometidos a un intenso tiroteo que les impedía el ingreso ordenado. En medio de la balacera, cada cual tuvo que atenerse a sus propios instintos y reflejos, en primer lugar para defender su vida, y después para seguir con el plan de ataque.

A pesar de estar en mejor posición para disparar, pues se protegían tras sus vehículos, mientras que los atacantes tenían que buscar refugio contra las balas donde pudieran,

los escoltas fueron obligados finalmente a abandonar su posición y corrieron a protegerse mejor en la cercana iglesia del Ángel; desde allí continuaron disparando, pero ya las posibilidades de hacer impacto directo en los atacantes eran menores: La misión de neutralizarlos, aunque tarde y al costo de muchas bajas, había sido cumplida.

«Se cumplió la misión, pero el daño ya estaba hecho», comentaría Juan José, «Además de los muertos y heridos que nos hicieron, los disparos de los escoltas habían provocado la confusión y la pérdida de tiempo entre nosotros, y eso es lo peor que le puede suceder a una acción comando.» El contratiempo también le había dado la oportunidad a la guarnición de la planta baja de adoptar medidas para la defensa, y eso también trajo consecuencias: Servida por dos soldados, una ametralladora calibre treinta comenzó a disparar desde el patio interior contra los atacantes y les impedía el ingreso al edificio; era la ametralladora que posteriormente silenciaría Juan José, pero mientras estuvo activa mantuvo a raya a los combatientes. Los últimos en subir la escalera al segundo piso fueron alcanzados y cayeron heridos; por su parte, los que debían tomar la planta baja fueron detenidos en su intento de avanzar y varios quedaron atrapados entre el fuego que venía del interior y el del exterior; pero algunos otros, como Juan José, habían logrado penetrar y allá dentro combatían.

Había costado muertos, heridos y un gasto de municiones mayor de lo previsto, pero al fin el comando estaba en Palacio, una parte del sueño de acabar con la dictadura se cumplía. En el segundo piso, el grupo que debía capturar a Batista comenzaba a buscarlo por todas partes. Los demás tenían que mantenerse en sus posiciones y esperar la llegada del grupo de apoyo, que estaría allí en pocos minutos, cinco, según el plan.

La victoria todavía podría sonreírles.

En otro punto de la ciudad, El Vedado, tres automóviles habían doblado en la esquina de las calles 19 y B, en dirección a 17, volvieron a doblar, continuaron hasta M, doblaron una vez más, y continuaron la marcha rumbo a 23. El tercer auto se detuvo en la intersección con la calle 21, el primero continuó avanzando e hizo lo mismo en la intersección con 23, y de él se bajaron algunos jóvenes armados; el segundo se detuvo frente al edificio Radiocentro, donde estaba la sede de la emisora CMQ. Desde allí se transmitía Radio Reloj...

De ese segundo auto bajaron otros jóvenes armados. José Antonio, flanqueado por sus amigos Fructuoso y Joe, se disponía a cumplir la parte que le correspondía en la operación de ese día: tomar la emisora, avisar al pueblo de la acción que se desarrollaba en Palacio y exhortarlo a que acudiera a la universidad, llamar a la insurrección popular.

«¡Ay, Dios mío, los estudiantes con ametralladoras!», exclamó al verlos una señora que miraba desde un balcón del edificio de enfrente.

No hubo incidentes importantes en el trayecto, salvo la presencia de un guardia al lado del elevador, al que José Antonio desarma; en pocos minutos llegaron a la cabina de transmisión, situada en los pisos superiores, encañonaron a los locutores, uno de los cuales, hermano de Faure, estaba al tanto de todo, y les entregaron unos papeles, «Lean eso.»

Los combatientes no podían oírlo, pero las noticias del ataque al Palacio y el falso parte oficial del Estado Mayor del Ejército, elaborados por Pepe y Enrique, ya iban a salir al aire desde Radio Reloj:

¡Radio-Reloj reportando! Atacado el Palacio Presidencial. Hace breves momentos un nutrido grupo de civiles no identificados abrió fuego contra el Palacio Presidencial utilizando fusiles y armas automáticas. Los atacantes, aprovechando la sorpresa, lograron irrumpir en el interior del Palacio donde el presidente de la República, Fulgencio Batista, se encontraba despachando. Nuevos

contingentes de civiles han arribado al lugar y se encuentran disparando sobre Palacio apostados en sus alrededores... ¡Radio Reloj reportando!

NUESTRO REPÓRTER EN CIUDAD MILITAR, LUIS FELIPE BRION, COMUNICA QUE, HACE BREVES MOMENTOS, CLASES Y OFICIALES DEL EJÉRCITO, MARINA Y POLICÍA REUNIDOS EN EL CUARTEL CABO PARRADO DEL CAMPAMENTO COLUMBIA HAN TOMADO LOS MANDOS DE LAS FUERZAS ARMADAS Y HAN EMITIDO EL SIGUIENTE PARTE OFICIAL: ANTE LA GRAVE CRISIS POR QUE ATRAVIESA LA NACIÓN, LAS CLASES Y OFICIALES QUE INTEGRAN LOS INSTITUTOS ARMADOS, VELANDO POR EL CUMPLIMIENTO DE SU MÁS SAGRADO DEBER QUE ES LA SALVAGUARDA DE LA PAZ PÚBLICA E INTERPRETANDO EL SENTIR MAYORITARIO DE SUS MIEMBROS, HAN RELEVADO DE SUS MANDOS AL GENERAL TABERNILLA Y A LOS DEMÁS ALTOS JEFES FIELES AL DICTADOR BATISTA...

Ya el otro locutor anunciaba que José Antonio leería una alocución dirigida al pueblo de Cuba. Eran las tres y veintidós minutos de la tarde...

En el segundo piso del Palacio, Carlos dio las últimas instrucciones: «Bueno, ya estamos en el baile... Ustedes, por allí, nosotros, por aquí. No dejen oficina sin registrar, ni un hueco, que ese animal puede estar escondido en cualquier parte. Tengan cuidado cuando pasen por los pasillos... No se separen... ¡Andando! Nos encontramos al final.»

## ¡Estamos dentro!

*Pueblo de Cuba, en estos momentos acaba de ser ajusticiado revolucionariamente el tirano Fulgencio Batista. En su propia madriguera del Palacio Presidencial el pueblo de Cuba ha ido a ajustarle cuenta, y somos nosotros, el Directorio Revolucionario, los que en nombre de la Revolución cubana hemos dado el tiro de gracia a este régimen de oprobio. Cubanos que me escuchan, acaba de ser eliminado...*

José Antonio Echeverría, Alocución al pueblo, 13 de marzo de 1957

Pepe se contó entre los primeros en llegar a la segunda planta; con sus tocayos Castellanos, Briñas y Machadito, y con Carlos, Menelao, Osvaldito, Abelardo, Juan Pedro, Evelio, Berto, los dos Luises, Goicoechea y Almeida, y otros más, comenzaron la cacería. Mientras algunos se encargaban de sostener la posición disparando contra el tercer piso, desde donde la guarnición intentaba detenerlos, el resto se dividió en dos grupos, siguiendo las indicaciones de Carlos; unos tomaron hacia la derecha, otros hacia la izquierda, registrando cuanto rincón pudiera servir de escondite a la fiera que querían atrapar.

«Vamos, no hay tiempo que perder, este es capaz de esconderse en una cuarta de tierra», exclamó Carlos, mientras lanzaba una ráfaga hacia el tercer piso y se lanzaba a correr por un pasillo. Pepe iba en el mismo grupo que él, con su tocayo Castellanos y los dos Luises, cinco combatientes en total. Todos sabían que no andaban a la caza de una presa cualquiera, sino de una que era mañosa, mucho, y dotada de un

200

olfato como nadie para percibir el peligro, sobre todo para desembarazarse de él, y podría escabullírseles de entre las manos en cualquier momento.

Buscaron afanosamente, moviéndose de un lado a otro, disparando contra el tercer piso. Estaban llenos de sudor y polvo. Pero lo que buscaban no aparecía. Recorrieron pasillos y más pasillos, abrieron cuanta puerta apareció en el camino hasta llegar al Salón de los Espejos, registraron cuanto pudiera ocultar a una persona, pero no encontraron ningún indicio de la presencia de su objetivo. Dieron con una puerta cerrada y no señalada en el plano que traían, «Seguro que está escondido allá dentro», gritó alguien detrás de Pepe, «¿Será esa la puerta secreta de que tanto se hablaba?» Estaba cerrada por dentro, dispararon contra la cerradura; del otro lado nadie respondió al fuego. Dieron unos puntapiés a la puerta y se abrió: Al entrar se encontraron con una espaciosa cocina, ordenada y pulcra; a un lado se veía un comedor también amplio; todo mostraba una limpieza absoluta, «Esta debe de ser la cocina del Mulato Lindo, aquí le hacen su comidita», comentó Pepe.

«No nos maten, no nos maten», se oyó suplicar a alguien desde un rincón.

Todos se volvieron hacia el lugar de donde provenían las voces, las armas dispuestas a disparar. Era innecesario: Tres sirvientes, impecablemente vestidos de blanco, y más muertos que vivos de tan asustados, con los brazos en alto, se dirigían lentamente hacia ellos.

«Nosotros no matamos inocentes, como hace el amo de ustedes», les gritó Carlos.

«¿Y eso?», preguntó Pepe, señalando hacia la taza de café sobre la mesa, «¿Es de Batista...? ¿Dónde está Batista?», preguntaron casi a coro.

No lo sabían. Había almorzado no hacía mucho tiempo, lo habían visto en su despacho, fue para allá en cuanto comenzaron a sonar los tiros y se encerró, después no saben más, no han vuelto a verlo, a lo mejor está allí todavía. «Vinimos para

aquí en cuanto empezó el tiroteo, nosotros no somos militares, no tenemos nada que hacer allá afuera.» Los registraron y vieron que, en efecto, no portaban armas.

«Mejor nos vamos», comentó Pepe, «Aquí no hay nada que hacer». Carlos concordó.

«Manténganse aquí y no se asomen por ahí para que no se busquen problemas», recomendó a los sirvientes; echaron una ojeada general por el comedor y se dirigieron a la salida. Antes, uno de los combatientes se subió a la mesa, y desde allí miró por la ventana, «Espérense, voy a ver cómo está eso allá abajo, a lo mejor el apoyo ya tomó Bellas Artes, o la tabaquera.» Se asomó lo más que pudo, pero lo único que se veía era el golpeteo contra el asfalto o las aceras de las ráfagas que se lanzaban desde la azotea para impedir que alguien pudiera entrar, también se podía percibir el intercambio de disparos entre los combatientes que estaban en la planta baja y los escoltas, unos refugiados en la iglesia del Ángel y unos pocos todavía detrás de los autos que estaban en el parqueo. Hasta donde alcanzaba la vista, no había señales de que el grupo de apoyo hubiera entrado en acción, pues por Bellas Artes era posible ver algunos policías, pero por la posición era evidente que no disparaban contra el museo, ni desde allí les disparaban a ellos.

«Oye, Carlos, por lo que veo, del apoyo ni sombra todavía», «No sé qué estarán esperando, ya pasaron más de cinco minutos; bueno, no importa, nosotros vamos a lo nuestro en lo que llegan.» Para Carlos no había duda de que en cualquier momento el grupo dirigido por su amigo de tantos años acudiría a cumplir su parte, como le aseguró a Faure, «Y entonces sí que Batista va a saber lo que es bueno..., y que ni piense en escapar en helicóptero, porque los compañeros no van a dejarlo aterrizar en la azotea.» Mientras, había que seguir buscando, era la tarea que les correspondía, y cada cual debe hacer lo suyo, sin estar esperando por lo que haga el otro. Quizás tuvieran suerte y encontraban a Batista en su

despacho, quizás estuviera escondido debajo de la mesa de trabajo... ¿O se habrá esfumado por el pasadizo secreto que se dice que existe allí?

Salieron a toda prisa, había que impedir esa fuga.

Cuatro de los combatientes, entre ellos Pepe, llegaron a un salón que, según el croquis que llevaban, debía de ser la antesala del despacho presidencial. Sin saber por qué, Pepe observó que, de sus tres acompañantes, dos eran sus tocayos, uno por José, el otro por Luis, «Vaya bobería que me viene a la cabeza en un momento como este», pensó.

«Bueno, creo que llegamos», dijo Carlos volviéndose hacia Pepe, «Tiene que ser allí», «Y hay gente dentro..., están discutiendo, o algo así», «¿Será él?», «Solo hay un modo de saberlo... Entrar.» Poco después se darían cuenta de que no se trataba de ninguna discusión, sino de que alguien gritaba hacia el micrófono de una microonda, informando de la llegada de los atacantes a ese punto.

Carlos se acercó a la puerta, pero protegiéndose con la pared contra posibles disparos desde el interior, «¡Ustedes, allá dentro..., salgan con la manos en alto!», gritó. Como respuesta, un disparo desde dentro hizo añicos los cristales; algunos fragmentos lo alcanzaron, aunque no lo hirieron. Aprovechó el boquete en el vidrio para lanzar una granada al interior; esperó unos segundos y..., nada, no estalló, «Mierda, cuántas cosas de estas hemos lanzado hoy que no sirven de nada. Me parece que las cargamos por gusto.»

Cierto, no era la primera que no estallaba, ni sería la última, a decir verdad; si algo se portó mal en el combate ese día fueron las granadas. Pocas cumplieron su cometido...

Hubo algunas que estallaron, aunque fueron las menos. Lo hicieron, por ejemplo, las dos que ese día lanzó Juan José. Fueron tan efectivas que una estuvo a punto de matarlo. Por su propia culpa, por cierto.



En la primera planta, a pocos segundos de iniciado el ataque, dos soldados habían logrado instalar una ametralladora calibre 30; tendidos en el suelo, desde una puerta a la izquierda del patio interior de Palacio, dominaban la entrada con un fuego rasante efectivo que no permitía que los atacantes avanzaran hacia dentro. Juan José y otro compañero habían logrado entrar antes que la ametralladora comenzara a barrer el espacio que tenía enfrente, y habían buscado refugio detrás de una columna, pero no podían avanzar ni retroceder a causa de las ráfagas: Habían quedado inmovilizados. Lo peor en ese momento, contaría después a Oscar, era el temor a ser alcanzado por las balas que rebotaban detrás de ellos, «Te protegías de los que te disparaban de frente, pero estabas expuesto a que te matara una bala de rebote..., y no podía hacer nada para evitarlo, te imaginas qué vergüenza morir así, de rebote; había que hacer algo, pero no había forma de moverse.»

Aprovechando unos segundos en que la ametralladora dejó de disparar hacia ellos, siguiendo el movimiento de barrido, el otro atacante le quitó la espoleta a una de las granadas que llevaba y trató de lanzarla. Juan José no podía recordar más tarde qué sucedió, pero realizó algún movimiento torpe que pudo costarles la vida a él y a su compañero. Tropezaron el uno con el otro y la granada cayó entre los dos, «Cosas que pasan en la vida real, que no aparecen en los manuales de la guerra... simplemente suceden y ya.» En un movimiento reflejo, sin pensarlo, Juan José se agachó, la recogió y, así, desde el suelo, la lanzó hacia el patio, lo más lejos que pudo, sin apuntar ni tomar impulso. Lo importante era alejarla de ellos...

Resultó que aquella era una de las pocas grandas que estaban en buen estado y estalló; casi fue un milagro que no los hiriera.

Juan José pensó que podría lanzar a continuación otra granada, de las suyas, aprovechando el susto que, suponía, la explosión habría causado en los tiradores, y que los habría

llevado a protegerse instintivamente; los de la ametralladora, por el contrario, concentraron los disparos en su dirección, para eliminarlos de una vez. Debió esperar, inutilizado, sin poder disparar ni moverse, hasta que se hiciera una nueva pausa por el cambio de cinta.

El silbido de las balas que pasaban de rebote por su lado era escalofriante.

Quitó la espoleta a una de las granadas que llevaba y se preparó...

Se supone que el lanzamiento de granadas exige cierta técnica, es algo que en todos los entrenamientos se explica al recluta: No se lanza, por ejemplo, como una pelota de béisbol; eso lo sabe cualquier militar y hasta cualquier civil que haya visto películas de guerra. Juan José tenía entrenamiento militar, por haber sido soldado y policía, y además había visto muchas películas sobre la Segunda Guerra Mundial, de manera que conocía lo que debía hacer: Realizar un lanzamiento en forma de parábola que diera tiempo a que echara a andar el mecanismo de la explosión, de manera que se produzca exactamente sobre el objetivo que se desea inutilizar. Pero no lo hizo: Aprovechando el mínimo intervalo entre dos ráfagas, se puso en posición y lanzó la granada contra la ametralladora... Exactamente como los manuales indican que no se haga.

«Nada, que la tiré como lo hubiera hecho un lanzador de las Grandes Ligas...» Cualquier sargento lo hubiera castigado si el lanzamiento se hubiera realizado en el campo de entrenamiento, pero esta era la vida real. «Y es más fácil saber cómo se hace una cosa que hacerla.» La granada chocó con fuerza contra la ametralladora y estalló...

El arma quedó destruida y sus servidores muertos.

Fue un golpe de suerte, desde luego, pero la vida de Juan José estaba llena de lances, buenos y malos, en que la suerte era la protagonista.

También, por cierto, fue la única ocasión de esa tarde en que dos granadas lanzadas consecutivamente por un combatiente

llegaron a estallar. Con esa segunda explosión el primer piso quedó expedito, los combatientes pudieron continuar penetrando.

Mientras tanto, en el segundo piso Carlos probó con una nueva granada que tampoco estalló. «¡Mierda!, que ninguna sirve.» Ciertamente, él lo sabía por haber sido militar, las condiciones en que se escondían, en lugares oscuros y húmedos, podían haber afectado el mecanismo de la espoleta en muchas de ellas, y en esas circunstancias existía la posibilidad de que algunas no estallaran. Alguien propuso disparar una descarga cerrada y entrar a como diera lugar, pero no tenía sentido, sabían que había gente dentro y armada, pero no sabían cuántos eran ni de qué poder de fuego disponían, podrían estar parapetados detrás de algo, esperando a que entraran para fusilarlos a mansalva ya dentro, el intento sería un suicidio inútil; ya habían tenido demasiadas bajas sin necesidad de eso. Probó por tercera vez, con la penúltima granada que le quedaba. «Vamos a ver ahora. ¡A la tercera va la vencida!»

No era cierto.

«¡Mierda, coño!», gritó, y lanzó la cuarta con furia, al comprobar que la tercera no estallaba, «A ver si tú tampoco...»

Se equivocaba otra vez: Esa sí estalló.

Al fin, la explosión. Allá dentro se sintieron gritos, ruidos de cosas que se rompían. Un grupo de cuatro trombas humanas irrumpió por la entrada, disparando sus armas, Carlos el primero. Dentro encontraron un transmisor de radio destrozado, muebles volcados, papeles y vidrios por doquier; tirados en el suelo, dos hombres muertos. Nadie más. ¿Batista se habría escapado por el tan mentado y por nadie visto pasadizo secreto que conectaba el despacho con el tercer piso, o nunca había estado en el lugar? Quizás los sirvientes habían sido instruidos para decir que su jefe había ido hacia el despacho para darle tiempo a escapar por otra parte. No hubiera

sido raro, como quiera que se viera, él era su patrón, estarían protegiéndolo. Daba lo mismo, en definitiva: lo que contaba era que no se encontraba allí, que el tiempo pasaba, que del comando de apoyo no había la menor señal, y que la parte fundamental de la operación no se acababa de concretar al no aparecer Batista por ningún lugar.

Registraron por todas partes, pero les fue imposible localizar la salida secreta, quizás no fuera cierto que existía, y él estaba refugiado en el tercer piso desde el principio. «Lo más seguro es que cuando sonaron los primeros tiros subió al otro piso a esconderse», comentó Pepe. «Bueno, pues si está allí tenemos que buscarlo en el tercero, esto no ha terminado, ¡arriba!», exclamó Carlos en tanto se dirigía a la puerta.

Salieron del despacho por el mismo camino por donde llegaron y al cruzar nuevamente por la puerta que habían abierto a tiros se les unieron los combatientes que estuvieron buscando por la otra ala del edificio. Tampoco habían encontrado lo que buscaban, «Nada por el lado de allá», informó Juan Pedro. «Pues a buscarlo al tercer piso... Arriba, que se hace tarde...», ordenó Carlos y echó a andar nuevamente. Se dirigieron por el pasillo en busca de la escalera que los llevaría a la siguiente planta.

En realidad, ya estaban quedándose cortos de municiones, «Bien nos vendrían unos refuerzos», pensó Pepe al oírlo, «Al menos de los que estaban abajo.» Quizás sería mejor ir a buscar a algunos compañeros.

«¿Cuándo acabará de llegar el apoyo?», se preguntó Carlos. Aún creía, necesitaba creer, que el amigo le cumpliría.

## Pepe

*Entre las 3:45 y las 4 de la tarde sucumbió el último  
de los revolucionarios acorralados en el segundo piso.*

*Fue en este lugar donde perecieron  
Gutiérrez Menoyo, Gómez Wangüemert,  
Evelio Prieto, José Briñas y otros.*

*Bohemia, marzo 24 de 1957, p. 76*

Ya estoy aquí, mi Bruja, donde quería estar, haciendo lo que quería hacer; es para esto que llevo años preparándome, quizás desde que nací. Estoy disparando mi M2, ese mismo que conoces, el que a Julio se le averió cuando apoyábamos la fuga de Osvaldito, Abelardo y Daniel. Disparó la primera andanada y no funcionó más, imagina si hubiéramos tenido que enfrentarnos en serio con la policía, por suerte no pasó, cumplimos nuestra parte, que era tirotear a la guardia, y nos retiramos sin mayores tropiezos y nada en particular que contar.

Decir nada en particular tampoco es muy exacto, porque estuvo a punto de pasar algo.

Íbamos de retirada, nos habíamos alejado lo suficiente de la zona como para no temer ningún tropiezo. «¿Ustedes ven lo mismo que yo?», preguntó de repente Faure. No, no habíamos visto nada. Miramos hacia el punto que señalaba: No lejos de nosotros viajaba en su automóvil un alto oficial de la marina de guerra, «¿Qué les parece si...?» No completó

la expresión, pero la sonrisa con que nos miraba hacía innecesario el resto de la frase. «Aunque fuera un sustico nada más, ¿verdad?», dijo por su parte Julio. Claro que estuvimos de acuerdo, cómo no aprovechar la oportunidad. Analizamos rápidamente las posibilidades de éxito, la repercusión que pudiera tener un hecho así, ¿imaginas?, hubieran sido dos acciones en una misma noche, ambas bien sonadas..., hubieran temblado. Avanzamos un poco más, para ponernos en posición, pero cuando nos acercamos lo suficiente nos dimos cuenta de que el oficial no venía solo. Lo acompañaba una niña. La situación había cambiado en un segundo, y ahora era imposible hacer nada, hubiera sido ponerla en peligro, y eso resultaba impensable, por impedirlo nuestras convicciones, desde luego, y porque José Antonio no perdía ocasión de advertirnos contra la realización de acciones que pusieran en riesgo a inocentes, de manera que desistimos. Aceleramos, un poco más adelante doblamos en una esquina cualquiera y lo perdimos de vista. Aquel hombre jamás sabría qué cerca estuvo de la muerte, mucho menos que le debía la vida a la niña que lo acompañaba.

«Peligro, mira si puedes hacer algo con esta mierda, no sé qué tiene, que no sirve para nada», me dijo poco después Julio y me entregó su arma para que tratara de repararla, «No tengo la menor idea de qué puedo hacer con ella», me aclaró. Yo tampoco sabía qué podía hacer, pero de todas maneras me la llevé conmigo, porque me gustaba, sabes que eso de arreglar mecanismos e inventar cosas me gusta, a veces me parece que es la ingeniería lo que más me tira y no la pintura, aunque dicen que tampoco escribo del todo mal, algunos piensan que debo ser periodista como mi padre, y dentro de más de cincuenta años, cuando ese Oscar que a veces entremetes en mis pensamientos lea mis cuatro reportajes sobre Cayo Confites, no se cansará de poner por las nubes mis dotes de cronista, pero él es un exagerado y para colmo se enamora de los personajes sobre los cuales está escribiendo, es lo que suele pasar con los que empiezan a escribir.

Tanto insistí con el arma que terminé por arreglarla; después de todo, era una avería sencilla, lo difícil fue darse cuenta y encontrarla, pero lo hice, la traje aquí conmigo y está funcionando bien; ya la había probado, claro, no iba a traerla sin saber si servía, pero fue en un tiro al blanco, ahora es cuando le doy verdadero uso y veo que responde. Julio no se opuso a que me quedara con ella, porque ya no le hacía falta, se había conseguido otra y me la dejó; ahora, conmigo, está mostrando su utilidad. También nosotros estamos mostrando en cierto sentido nuestra utilidad, la de tomar las armas para contribuir a la liberación de nuestro pueblo, para eso nacimos, para eso hemos vivido hasta este momento; aunque a algunos nos toque morir hoy sin ver el fruto de nuestro esfuerzo, eso no es lo que tenemos como más importante, sino saber que con nuestra sangre señalamos el camino de la libertad, como siempre nos repite José Antonio.

El ruido de los disparos, de las explosiones y de las cosas que se rompen es ensordecedor, pero uno se acostumbra, a lo que no me acostumbro es a la idea de que a algunos de nuestros compañeros no los veré más, porque están muertos, y que otros están heridos y no podemos atenderlos, porque hay que continuar combatiendo, no podemos pensar en otra cosa. Llegamos hasta la oficina del hijueputa y no lo encontramos, se nos escapó de entre las manos, no fuimos capaces de sorprenderlo. Regresamos por el mismo camino que nos trajo a la oficina, pero ahora es más difícil, cada tramo que avanzamos o retrocedemos nos cuesta una enormidad, el fuego enemigo se ha reforzado y el nuestro se hace más débil, porque nos estamos quedando sin municiones, y pronto también sin gente.

Siento también un ruido como de un timbre que suena y me incomoda, parece un teléfono; sí, es un teléfono, suena desde aquella oficina que dice «Telégrafos», no me fijé en ella cuando veníamos... Alguien está llamando por alguna razón; pudiera ser una coincidencia, pero también pudiera tratarse de alguien que oyó a José Antonio por la radio y

quiere comprobar la noticia, un periodista tal vez. ¿Y si es alguien del gobierno, o del mismo Columbia, que quiere enterarse de qué pasa, que quiere saberlo de primera mano? A lo mejor sería bueno que alguno de nosotros contestara, que le diga a quien sea que los del Directorio estamos aquí, que hemos llevado nuestra lucha hasta el mismo nido de la rata, que llegó la hora de acabar con la tiranía. Sería bueno, sí, pero no se puede parar, nos tiran desde todas partes, son más y están en mejores posiciones que nosotros, hay que continuar disparando para ver si logramos neutralizarlos antes de que nos quedemos sin balas, hasta ver si el apoyo acaba de entrar en la fiesta o definitivamente nos dejan en la estacada, como avisamos Faure y yo que podría suceder.

Esto aquí no es un campo de tiro y no hay tiempo para afinar la puntería, se dispara a ojo de buen cubero, y no sé si he matado a alguien, aunque seguramente a alguien debo de haber herido con estas ráfagas cortas que disparo, alguien que, aunque no muera, por mi culpa llevará en el cuerpo el recuerdo de este momento que preferiría olvidar, pero su muerte o su herida, como mis balas, mis heridas o mi muerte, estas también posibles por la metralla que alguien descargará contra mí o contra nosotros, responden a razones que van más allá de mí mismo o de quien yo mate o me mate, porque este combate, estas heridas y estas muertes, suya y mía, nuestras, son apenas un punto en el camino, un episodio más, aunque necesario, para que el destino trágico de nuestra patria se cumpla otra vez, para que con nuestras sangres, la nuestra y la de quienes matamos, se humedezca la argamasa con que se ha de erigir el monumento a la libertad que los cubanos llevamos cien años tratando de levantar.

Ese teléfono sigue sonando y me molesta bastante, quién lo diría, tanto ruido, tantos disparos, y que me moleste algo tan pacífico como un timbre de teléfono. Dejó de sonar un momento porque nadie contestaba, pero comenzó de nuevo,



insiste, ¿será otra persona o será la misma?; si es la misma, tiene que ser alguien con muchas ganas de comunicarse, de enterarse de primera mano sobre lo que está pasando aquí, no quiere o no puede esperar a saberlo por otras vías, pero nadie va a contestarle para que se calle de una vez, todos estamos ocupados tratando de defendernos y pensando cómo podremos capturar a Batista, quienquiera que sea tendrá que quedarse con las ganas de saber, que espere y que se entere mañana por los periódicos...

Aunque tal vez sería mejor contestar; sí, eso, sería lo mejor, porque puede ser importante, quizás sea una llamada de Columbia o de la policía, los jefes militares que llaman para preguntar qué está sucediendo aquí dentro y saber a qué atenerse, si llegan a creer que la cosa está mala de verdad, lo más probable es que se queden tranquilos en sus cuarteles. O es alguien de la prensa batistiana, sería bueno que rieguen la noticia de lo que está pasando aquí, puede resultar conveniente...

Voy a contestar, a ver qué sale, nada se pierde...

Pepe dejó de disparar por un instante, aguzó el oído para estar seguro del lugar exacto de donde le llegaba el sonido, y se preparó para correr rápidamente en dirección a ese sitio en cuanto hubiera una oportunidad, tenía que tener mucho cuidado, porque podían alcanzarlo los disparos que hacían desde el tercer piso. Permaneció sin disparar, sin hacer ningún ruido, sin moverse, esperando. Durante unos segundos no hubo disparos en su dirección, quizás los del tercer piso, al no sentirlo, creyeron que lo habían puesto fuera de combate, o quizás fue el tiempo ocupado en cambiar de cinta a la ametralladora; un tiempo mínimo en definitiva, pues de inmediato se reanudó el tiroteo, pero le resultó suficiente para salir de la línea de fuego y correr hacia la oficina, desde donde se oía que, ahora en un tercer intento, un desconocido personaje se esforzaba por comunicarse con alguien del Palacio.

Quizás había oído las noticias transmitidas por Radio Reloj, acaso también la alocución de José Antonio, a esas alturas ambas deberían de haberse producido; estaría asustado y necesitaría conocer cuanto antes lo que allí sucedía, para actuar en consecuencia, en ello podría irle la vida, o al menos el puesto.

Respiró profundo y despacio, para estabilizar la respiración; el tramo había sido corto, pero el tiempo transcurrido desde que era el mejor corredor del instituto Edison no estaba tan cercano y, además, en aquel entonces el único disparo era el de arrancada, aquí son para arrancarle la vida a uno, eso también influye en la adrenalina. Tomó el teléfono y respondió con la voz más serena que pudo encontrar, «Hola, ¿a quién desea?», «Buenas tardes, disculpe, por favor, ¿es el Palacio...?», «Claro que es el Palacio, qué otro lugar iba a ser, ¿usted no conoce el número que marcó?», «Claro, claro, disculpe...» Era evidente que el tono de la voz de Pepe lo había estremecido. «Pero..., es que ese ruido...», «Sí, estamos haciendo un poco de ruido, pero qué se le va a hacer, tiene que ser así... Bueno, dígame, por fin, ¿quién habla?, ¿qué desea?», «Soy el ministro de...»

Una granada que estalló en ese momento impidió que se conociera qué ministro estaba del otro lado, o quizás no fue el ruido, sino la propia voz del hombre, que temblaba, tartamudeaba y apenas se entendía lo que hablaba. Pepe no necesitaba mirarlo para saber que estaba muy asustado, por la voz le adivinaba la expresión del rostro. «...Y quisiera saber... Disculpe... Yo no lo creo, pero... Es que dicen que..., bueno, veré, yo no sé, lo dijeron por radio... En fin, ¿es verdad..., es verdad que han matado al señor Presidente?»

No respondió de inmediato, para causar una impresión mayor con sus palabras; engoló la voz, habló con firmeza y convicción: «Pues mire usted que sí, señor ministro, es así mismo como lo está diciendo... Le habla un miembro de la milicia armada del Directorio Revolucionario, acabamos de tomar Palacio y hemos matado a Batista... Ya está enterado...

Y mire del lado de quién se va a poner, que dentro de poco va a empezar la insurrección de todo el pueblo.»

Del otro lado, un suspiro, un gran silencio y, por fin, un «clic»: El otro participante en la conversación telefónica no quiso saber más.

«Qué es eso de estar conversando por teléfono a estas horas, Peligro», preguntó Machadito, asombrado por ver a Pepe con el teléfono en la mano. «Nada, que solté una buena ráfaga», «¿Qué es eso de que matamos a Batista, si ni lo hemos visto todavía?», preguntó otro combatiente, que había oído la parte final de la conversación telefónica. «Nada, guerra psicológica se llama eso, mi gente... Ese tipo, además de que ahora mismo se estará cagando en los pantalones, va a correr por todas partes avisando que Batista está muerto; eso puede resultar muy útil, hay un montón de tipos como él que solo van a pensar en cómo salvar su plata y su pellejo, y no en ayudar a Batista. Para ese hombre ya Batista está muerto, y eso puede ser tan útil como si fuera verdad.»

«¡Cheo, cuidado, no sigas por ahí!», gritó Juan Pedro tratando de avisarle, pero era demasiado tarde, Cheo Briñas, llevado por la excitación, no oyó la advertencia. Mientras el grupo de Carlos registraba el lado izquierdo, ellos dos, junto con Machadito, Abelardo, Osvaldito, Evelio, Menelao y otros combatientes, habían estado moviéndose por el ala derecha del segundo piso, defendiéndose de los guardias que disparaban desde arriba, a la vez que registraban cuanta oficina veían a su paso.

Habían llegado hasta el final, pero no encontraron señales de que por ahí hubiera estado Batista; Briñas oyó a Carlos gritar que tampoco su grupo había dado con el perseguido, era evidente que no estaba en la segunda planta. «¡Este hijo de puta logró escaparse!», exclamó; el sentimiento de que todo el esfuerzo había sido inútil, y de que habían llegado hasta allí para nada, pues el tiempo pasaba y el apoyo tampoco aparecía, le hizo perder el control sobre sí mismo por unos

instantes, y se lanzó por el pasillo por donde habían llegado, disparando furiosamente hacia arriba. Se desplazaba por un corredor que conducía a una escalera, desprotegido, y no se fijó en los disparos que le hacían ni oyó la voz del amigo, que no pudo hacer nada por protegerlo, salvo gritarle que se detuviera. Recibió un balazo en el pecho, disparado desde el tercer piso; Juan Pedro, sin pensar que podían alcanzarlo a él también, saltó a tiempo de sostenerlo en el momento en que caía al suelo, a la vez que disparaba una ráfaga cerrada, secundada por Pepe, que se encontraba cerca de ellos; por un instante, los del tercer piso dejaron de disparar, en un movimiento instintivo de protección. Fue un tiempo mínimo, pues de inmediato reaccionaron y reanudaron el fuego, pero suficiente para que Juan Pedro sacara al amigo de la línea de fuego, tratando de que no recibiera nuevos impactos de bala. Quizás la herida no fuera demasiado grave y pudiera salvarse, pensó.

«Tal vez todavía se salve si lo atiende un médico pronto, en cuanto el apoyo llegue podríamos tratar de sacarlo de aquí, llevarlo al Calixto, allí tenemos gente...», comentó Juan Pedro, aunque no estaba nada convencido de sus propias palabras. «Ya era tiempo de que estuvieran disparando, pero no se oyen... Es una mierda, pero la verdad es que estamos solos», respondió Pepe, mientras se acercaba al amigo moribundo, «Si estuvieran aquí, a estas alturas esta gente a lo mejor hasta se hubieran rendido...», «No han llegado todavía, no... Ni van a llegar... Coño, es increíble que esos tipos nos vayan a fallar así..., qué pendejos... Sería como entregarnos con las manos amarradas para que nos maten», «Es lo que están haciendo», «Con lo que Faure y tú lo advertieron...»

Juan Pedro llevó a Briñas junto a Menelao y regresó a su puesto, tratando de hacer impacto, sin ver por la falta de espejuelos y porque los otros estaban bien parapetados, contra quienes les disparaban desde el tercer piso. Desde su puesto, Pepe miró durante unos instantes la agonía del amigo... Dialogaba mentalmente con él.

Te dieron, Cheo, carajo, y tengo que verte ahí, con el pecho agitado tratando de retener la vida que se te escapa con la sangre que te brota a borbotones. Quisiera frenar el tiempo, que no mueras todavía, que al menos alcance para decirte las palabras que me nacen al verte así, pero no puedo, estoy obligado a disparar sin pensar en otra cosa porque en esto nos va la vida, ya no será para cumplir nuestra misión, que en definitiva se ha mostrado imposible, ahora es para resistir y sostenernos lo más que podamos hasta ver si llega el refuerzo a pesar de la demora, si no llega estamos condenados, no tendremos salida, la única posible será la tuya, que nuestros pechos se conviertan en surtideros que rieguen y fecunden el suelo de la patria.

Menelao estaba sentado en el suelo junto a una columna, herido de consideración, y mostraba signos de estar muy fatigado, aunque resultaba imposible saber si se debía a la pérdida de sangre o era consecuencia del ataque de asma que le había comenzado en el acuartelamiento y se había agudizado durante el viaje.

«Tú ni siquiera debías ir, así como estás», le habían recomendado Carlos y Faure. Había pedido ir en el primer automóvil, con Carlos, para estar entre los primeros en entrar en combate. «Razona, compadre, no se trata de que estés entre los primeros o entre los últimos, es una acción comando, necesito a mi lado a los más ágiles y preparados», trataba Carlos de hacerlo entrar en razón.

Ya antes había sucedido lo mismo con José Antonio, que de todas maneras quería participar en la acción, pero a fuerza de argumentos lo convencieron de que era más útil en la toma de la radioemisora, por ser un líder conocido por el pueblo, su voz al aire era mucho más importante que los disparos que pudiera efectuar con un arma durante el ataque al Palacio.

Menelao, ya con cincuenta y un años, con falta de aire, también reclamaba estar en la primera línea. Finalmente, lograron convencerlo de que no formara parte del grupo de

ocho hombres que deberían asegurar la entrada al edificio, para lo cual hacían falta combatientes más jóvenes, con mejores condiciones físicas. Pero insistía en ir, aunque fuera con el resto, en el camión.

«Llevo años preparando esto, no voy a rajarme ahora», «No se trata de rajarse, se trata de que no estás bien, te falta el aire...», «No soy el único asmático aquí..., mira a Peligro, ahora todos hacemos falta...», «Más falta vas a hacer después, cuando caiga Batista tenemos mucho que hacer...», «Lo que haya que hacer después ya se verá, lo primero es ir allá, agarrarlo... Como en la pelota, el juego que hay que ganar es el que se está jugando, lo demás se ve después», «Hazme caso, compadre, eres demasiado importante... Si te sintieras bien, de acuerdo, tú mandas, pero así, enfermo...», «Sí, ya sé, y con mi edad... Pero es mi decisión y se acabó... Yo empecé esto y yo lo termino, no soy ningún Capitán Araña.»

Fue el primero en entrar al camión. Como consecuencia del asma, exacerbada por el hacinamiento, tuvo dificultades para bajar y moverse con suficiente rapidez y agilidad para alcanzar las escaleras del Palacio; no obstante, había logrado esquivar los balazos y llegar hasta el segundo piso. Ya dentro del edificio, se situó al frente del grupo que realizó la búsqueda por el ala derecha del edificio, como orientó Carlos. Para su asombro, según recorría los pasillos sentía que disminuían los síntomas más graves de su enfermedad. Pero, cuando volvían atrás, después de haber llegado hasta el ala norte del Palacio sin hallar rastro alguno de Batista y de haberse encontrado con el otro grupo, el estallido de una granada mató a Gerardo, uno de los muchachos de Pinar del Río, y a él lo lanzó contra el suelo, herido. Carlos y uno de los Luises lo arrastraron y lo colocaron junto a una columna, protegido de los disparos. Allí, sentado, desangrándose, sintió que recomenzaba el ataque de asma. Segundos después Briñas caía herido y Juan Pedro lo llevaba junto a él.

Herido y sintiendo que se asfixiaba, Menelao le hablaba a su compañero con el poco aire que tenía, tratando de mantenerlo con vida con las palabras, como si eso fuera posible;

le pedía que no cerrara los ojos, que aguantara un poco, que ya no faltaba mucho para terminar lo que habían comenzado, el refuerzo no tardaría en llegar, era cosa de unos minutos más, después vendrían a recogerlos para llevarlos al hospital, pronto estarían otra vez en la calle, «Ya vas a ver, muchacho, ya vas a ver...; aguanta un poquito, que estos tipos, en cuanto sientan lo que les va a caer encima, se rinden, los compañeros nos van a llevar al hospital y vamos a seguir dando guerra, todavía vas a tener tu exposición allá al lado como tú querías, en Bellas Artes, y todos nosotros vamos a estar junto a ti ese día para aplaudirte, hasta tu tocayo Pepe, que siempre está bromeando contigo, es solo que acabemos de agarrar al Batista ese; él se nos está escondiendo pero igual lo vamos a agarrar, vas a ver.»

Briñas no lo oía, había muerto con la cabeza recostada en las piernas del amigo de mucha más edad que él; Menelao, olvidado de su propio estado, le hizo la señal de la cruz en la frente y le dijo, como si le hablara a un hijo: «Al menos no sufriste demasiado, pobre muchacho.» Volvió los ojos arriba, como buscando el cielo, o, quizás, algo que debía de estar más allá. Briñas quizás no tuvo tiempo de sufrir, la herida lo había dejado inconsciente enseguida, pero él sí sufría, y mucho, no tanto por el dolor de la herida en su cuerpo como por la otra, la del alma, que le provocaba el comprender que había fracasado el proyecto que durante tanto tiempo había acariciado y que por un instante creyó ver convertido en realidad. «¿Vas a permitir que esto acabe así, Dios mío?» Adivinaba que su fin estaba próximo, pues notaba que se estaba quedando sin fuerzas, y a cada minuto que pasaba la respiración se le hacía más dificultosa; el pecho le dolía de tanto agitarse, el aire al pasar por sus pulmones producía un silbido tan tremendo que solo no espantaba a los que estaban cerca de él porque era ahogado por el de los disparos, los gritos y las explosiones... Estaba muriendo, y antes de morir del todo era testigo de cómo su proyecto revolucionario moría también, «Te fallamos, Cuba.»

Comenzó a rezar: «Padre nuestro que estás en los cielos, perdóname, porque hoy he usado un arma contra otros hombres. Sabes que nunca he deseado matar a nadie, si lo hice es porque no me dejaron alternativa, yo solo deseaba servir a mi patria... Perdóname, Señor, por este pecado, y no me dejes morir en esta zozobra del aire que no puedo respirar, ni dejes que esos asesinos me vayan a agarrar vivo, llévame antes contigo, sálvame de la tortura.» Aún tuvo tiempo de acordarse de sus hijos, antes de perder la conciencia por la abundante hemorragia. Gracias a ello acaso no alcanzó a sufrir la angustia de sentirse morir asfixiado.

Pero no serían el asma ni esa hemorragia lo que lo mataría, sino el disparo en la nuca que le asestaría poco después un uniformado, quizás por iniciativa propia, quizás apremiado por el deseo de satisfacer la orden que escuchó pronunciar a la Primera Dama.

Curiosamente, según la información que recogerán distintos medios de prensa, el cadáver de Menelao no habrá de ser encontrado en ese sitio al final de los combates, como podría pensarse, junto al de Briñas, sino en otro lugar; para ser más exacto, fue encontrado en otros lugares, a pesar de que, como todo el mundo, su alma hubiera habitado hasta ese momento un solo cuerpo. La fuente de información fue en todos los casos los partes oficiales que los órganos del orden público entregaron a los periódicos, y alguien que no sea ducho en fenómenos paranormales podría señalar una aparente incongruencia en los datos, mas no lo será en verdad, los partes oficiales son siempre fidedignos, sino una muestra más de los muchos milagros que ocurrieron ese día de marzo. Por añadidura, será una señal inequívoca, una más, de que también los muertos humanos pueden participar del don de la ubicuidad, y no solo Dios.

No sería tan de extrañarse, después de todo, y que perdonen los teólogos el intrusismo, si hemos sido hechos a su imagen y semejanza.



Más o menos esas fueron las conclusiones a que llegarían Oscar y sus amigos, algo más de cinco décadas después, mientras comentaban las informaciones aparecidas en la prensa durante los días siguientes al ataque al Palacio Presidencial.

Uno de los lugares donde morirá Menelao será la entrada del edificio de Bellas Artes; otro, su interior, en el segundo caso con la aclaración, por parte de las autoridades, de que el cadáver fue encontrado empuñando una granada que no tuvo ocasión de usar; se supone, aunque no lo diga el informe, que tampoco tuvo ocasión de quitarle la espoleta, lo cual, evidentemente, fue muy conveniente para quienes lo abatieron, imagínense si hubiera estallado.

Un tercer lugar en que aparecerá el cadáver será detrás de un banco en el parque Zayas, abandonado allí por sus seguidores; estos últimos, también se aclara en una información oficial, eran unos cien, y se marcharon en los mismos automóviles en que habían llegado, uno se pregunta por qué no se lo llevaron en alguno de ellos, qué ingratos subordinados serían esos, que así abandonaban a su jefe. Eso sí, en esta tercera ubicación no se aclara si llevaba con él una granada de mano o cualquier otra arma.

Como si fuera poco el que un mismo cadáver ocupara tres espacios, Oscar llegó a conocer, de manera casual, una cuarta ubicación, esta surgida de la creatividad popular. Según cierta leyenda que le refirieron, Menelao logró salir del Palacio, burló los disparos que le hacían desde allí, corrió hasta Bellas Artes a pesar de sus heridas y del asma, y se refugió en su interior, hazaña, por cierto, que no pudo lograr ninguno de los que estaban en mejor estado físico que él, entre otras razones porque a esas alturas el edificio ya estaba lleno de guardias que disparaban contra todo el que se acercara. A pesar de esos inconvenientes, siempre según la leyenda, continuó corriendo y llegó hasta la azotea, nadie imagina qué pensaba hacer en ese lugar, quizás pensó que no lo encontrarían allí, o imaginaba que la nunca realizada acción de apo-

yo había comenzado y el edificio estaría tomado por el otro comando. Sorprendido allí, continúa la leyenda, un oficial lo lanzó desde lo alto contra la calle, y después todo el mundo pudo verlo muerto en la acera. Esa era la única versión verdadera de la muerte de Menelao, según lo contó a Oscar una persona más o menos contemporánea de su padre que por el tiempo en que ocurrieron los hechos vivía con su familia no lejos del Palacio; él no vio el cuerpo, desde luego, porque entonces era todavía un niño, pero lo que narraba era cierto, porque era lo que habían contado sus mayores. Y todos sabemos que las personas mayores siempre dicen la verdad.

Buscando información en los periódicos inmediatamente posteriores a la caída del régimen de Batista, Oscar leyó las declaraciones de uno de los sobrevivientes, que afirmó a la prensa que él y Carlos habían recogido a Menelao en el segundo piso del Palacio, herido y en medio de un ataque de asma, y lo habían colocado junto a una pared para resguardarlo de los disparos, lo que hace difícil creer que se haya movido posteriormente de allí, al menos por sí mismo.

«Pero ese relato contradice no solo las informaciones oficiales de la época, sino también la leyenda popular, por lo cual sería preferible no tomarlo en cuenta, ya que la tradición popular y la información oficial, no importa cuál sea, son siempre fuentes fidedignas, sobre todo tratándose de milagros», ironizarían los amigos de Oscar cuando les comentara al respecto.

Al ver a Briñas agonizando recostado a las piernas de Menelao, y mientras respondía como mejor podía a los disparos que llegaban desde arriba, por la mente de Pepe circularon en un instante las muchas acciones en que habían participado juntos. Cuando se produjo la evasión de Abelardo, Osvaldito y Daniel de la prisión de El Príncipe habían estado en carros diferentes, pero ambos habían participado por igual de los mismos riesgos esa noche. «Pero lo mejor fue cuando

quemamos los carros patrulleros..., esa vez no se trató solo de que unos terroristas no identificados destruyeran vehículos que estaban destinados a la represión contra nosotros y contra el pueblo. Aunque quemar las persecuidoras era por sí mismo un golpe considerable, lo mejor fue que también nos burlamos de Batista y de su policía, los castigamos dos veces, con la pérdida de los carros y con la burla, que es de las cosas que más duelen, no hay cubano que aguante eso en calma. Los sorprendimos con lo inesperado, con una jugada que más parecía una travesura de niños revoltosos que una acción militar, después la gente lo comentaba y se reía.»

Desde la oficina donde trabajaba como dibujante, Julio había visto en el patio de una agencia automovilística el lote de alrededor de veinte automóviles recién llegados de los Estados Unidos y destinados a incorporarse a la policía motorizada. De inmediato se lo comunicó a Faure, y se le propuso a José Antonio la posibilidad de realizar algún sabotaje y destruirlos antes de que se sumaran a los medios con que contaba la dictadura para reprimir a quienes se le oponían.

Se discutieron varias propuestas, pero José Antonio no estaba de acuerdo con nada que significara un riesgo superior a los beneficios que se obtendrían, «No se trata de golpear por golpear, cada golpe nuestro tiene que tener una repercusión, pero no puede ser al precio de que pongamos en peligro la línea fundamental, la estrategia en que estamos trabajando. Eliminar las persecuidoras es tremenda idea, pero tenemos que hacerlo bien limpio, sin riesgos excesivos y sobre todo sin sangre.» Finalmente, se aceptó un plan propuesto por Pepe, «Resulta muy original, nadie podría imaginarse de qué se trata, así que el riesgo es mínimo... Me gusta», comentó Faure, «En cualquier caso, si no pueden llegar hasta las persecuidoras para quemarlas, podrán retirarse sin levantar sospechas, en la agencia nunca sabrían lo que estuvo a punto de suceder.» El otro tema, el logístico, tampoco era complicado,

se utilizarían pocos recursos; el principal, un lanzallamas, se debería a la inventiva de Briñas, que lo construiría a partir de un aparato de fumigación.

En apariencia, la propuesta aprobada era descabellada, pero en ello mismo radicaba la posibilidad del éxito: A nadie se le ocurría imaginar que alguien en su sano juicio emprendiera algo así. «Obtuvimos un resultado perfecto», recordaba Pepe ante el cadáver del amigo, «Un atentado costoso para la dictadura y que era imposible de ocultar, en pleno Vedado, y para colmo puso en ridículo al gobierno y sus aparatos de represión, que además no tenían la menor idea de quiénes lo hicimos.»

Y todo bien limpio, sin derramamiento de sangre, sin lastimar a inocentes, como exigía José Antonio. Ni grandes riesgos para los ejecutores.

Últimos días de enero de 1957, mediodía. Cuatro representantes del Ministerio de Salubridad se presentaron en el edificio de la agencia Ambar Motor's en 23 e Infanta, el Vedado, en cuyo patio estaban los modernos automóviles recién adquiridos por el gobierno con la intención de incorporarlos a las radiopatrullas de la policía. Los funcionarios venían con el encargo de fumigarlos, según afirmaron al llegar.

En realidad, eran cuatro miembros del Directorio.

Briñas iba disfrazado con uniforme de fumigador; Pepe, caracterizado como inspector de Salubridad. Osvaldito estaba vestido como un estudiante de medicina y era el que parecía más metido en su papel, con bata blanca, corbata, espejuelos y algunos libros, incluso al salir del refugio los demás habían bromeado con él por su aspecto, tan alejado de su verdadera ocupación. Faure, que era el apoyo militar en caso de dificultad, simulaba ser un mecánico, y como tal portaba una caja de herramientas, dentro de la cual llevaba una ametralladora, la única arma de que se disponía para la acción. Era solo una medida de precaución, pues se suponía que no habría razón para utilizarla.

Los cuatro recién llegados mostraron las identificaciones falsas y comenzaron a montar el teatro siguiendo las improvisaciones que Pepe fuera introduciendo, como habían acordado. Estaban todos muy serios, en correspondencia con la misión oficial de que eran ejecutores. De inmediato Pepe hizo gala de las dotes histriónicas que llevaba en la sangre por parte de su madre, andaluza y en sus tiempos artista de teatro de variedades: «Tenemos órdenes de inspeccionar los vehículos que acaban de llegar y de fumigarlos a todos; es urgente», «Lo siento, tendrán que venir más tarde, a esta hora no es posible; no hay nadie en la dirección y no puedo dejarlos pasar.»

Era la hora de almuerzo, les explicaba el encargado de vigilar la entrada, los demás empleados habían salido y no había nadie más que él, un simple guarda jurado, debían esperar a que llegara alguien de la dirección para que los autorizara. «No nos interesa si es la hora de almuerzo o la del desayuno, nosotros tenemos que cumplir lo que nuestros superiores nos exigen, y eso tiene que ser ya, no podemos andar esperando», «Pero entiendan que es la hora del almuerzo, a esta hora no hay nadie...»

Precisamente era eso lo que ellos habían procurado, que fuera la hora de almuerzo para que no hubiera gente en el lugar, así las posibilidades de que se descubriera el embuste eran escasas, y mínima la de lastimar a alguien. El guardia no se cansaba de dar explicaciones de por qué no podía dejarlos pasar; estaba convencido de que eran funcionarios del gobierno encaprichados en terminar cuanto antes la tarea que les habían encomendado, pero él obedecía órdenes. No quería quedar mal con ellos, podían buscarle alguna complicación con sus jefes si los trataba mal, pero tampoco se arriesgaba a incumplir su deber de impedir el paso de gente no autorizada al interior de la agencia. Osvaldito hacía como si tomara nota de lo que él decía, Faure y Briñas habían ido rodeándolo disimuladamente, por si era necesario neutralizarlo, y todos guardaban silencio, Pepe era el único

que hablaba. «Pues vaya sabiendo que nada de lo que dice nos interesa; esta orden de fumigación no es cosa de juego, viene directamente del ministerio; estos automóviles acaban de llegar de los Estados Unidos y hay que desinfectarlos de inmediato para evitar algún tipo de enfermedad o contagio..., ¿usted se responsabiliza si hay un brote de una enfermedad rara en La Habana? ¿Y si por esa enfermedad hay muertos? ¿Sabe a lo que se arriesga...? ¿Usted tiene hijos? ¿No le da miedo quedarse sin trabajo?»

El guardia no resistió el bombardeo de amenazas que estaba recibiendo, cedió y los dejó pasar, aunque no se mostraba nada convencido. Osvaldito y Faure se quedaron cerca de él para garantizar que no hubiera casualidades, ¿qué tal si le daba por llamar a algún lugar para comprobar la veracidad de lo que le afirmaban? En cuanto oyeron el esperado «Está bien, pasen», Briñas y Pepe avanzaron hacia los automóviles y comenzaron a abrirlos y a rociarlos con gasolina; lo hacían con meticulosidad y aplicación, como dos empleados concienzudos. Pero no pasó mucho tiempo sin que se oyeran las voces del empleado, que protestaba por el olor de la sustancia que los supuestos fumigadores rociaban, a esas alturas seguramente se había percatado de que aquel líquido no olía a desinfectante ni cosa parecida, quizás habría comenzado a sospechar de la presencia de aquellos cuatro en el lugar, y que su insistencia en pasar no era tan inocente. «Eso parece gasolina», exclamó vuelto hacia Pepe y Briñas, y dio unos pasos en dirección a ellos. Pepe, que lo había oído, se volvió para comprobar que todo estaba en orden, y vio a Faure con la caja de herramientas todavía cerrada, haciendo como si encañonara al hombre con ella, mientras el otro gesticulaba de manera incesante, quizás ya un poco agresivo.

«¿A este qué le pasa?» se preguntó Pepe, viendo que Faure no extraía la ametralladora y le apuntaba al hombre para que se estuviera tranquilo, como le correspondía hacer ante la eventualidad, «¿Qué le pasa que no acaba de mostrar el arma para que el tipo se tranquilice de una vez y no forme más

ruido?», pero Faure demoraba en hacerlo. Justo cuando el otro estaba a punto de cometer un disparate que quizás echara todo a perder, abrió la caja, extrajo el arma y lo encañonó, apuntándole directamente al pecho. Más tarde, cuando iban de retirada en el automóvil de apoyo, terminada la misión, explicaría que no se había percatado de que apuntaba con la caja, solo se dio cuenta de su distracción al ver que el otro no se asustaba y parecía que iba a hacer algo inconveniente. «¿Este tipo estará loco», se había preguntado al ver esa reacción tan poco habitual, lo normal cuando a uno le apuntan con una ametralladora es, por lo menos, que haga un gesto de sorpresa. Tratando de conminarlo al silencio, agitó la supuesta arma y la levantó para apuntarle directamente a la cabeza. En ese momento tuvo que hacer un esfuerzo por no reírse de sí mismo por lo que había sucedido. Desde luego, de inmediato abrió la caja, extrajo el arma, y se la puso directamente contra el pecho, «¿Se va a estar tranquilo de una vez, sí o no?»

El hombre, que no estaba loco ni mucho menos, simplemente no había sabido el aprieto en que se encontraba, pasó desde ese momento al silencio total y a la más completa inmovilidad, con los ojos muy abiertos por el susto, parecía una caricatura. Mientras tanto, Pepe y Briñas continuaban rociando gasolina dentro de los carros. Cuando consideraron que era suficiente, Pepe tomó los fósforos, encendió uno, lo lanzó y los vehículos comenzaron a arder de inmediato; prendió otro fósforo y convirtió el aparato de fumigación adaptado por Briñas en un lanzallamas que disparaba fuego en todas las direcciones.

Pepe se entusiasmó tanto con su lanzallamas improvisado, quemando a diestra y siniestra perseguidoras que ya no podrían serlo, que no se percató de que estaba a punto de quemarse él también. Las llamas habían empezado a cercarlo, en unos segundos más hubiera estado rodeado por completo y no hubiera tenido por dónde escapar, quizás habría muerto, o habría recibido graves quemaduras, pero no se daba cuenta. Faure, que se preparaba para salir, cerrando el orden

de retirada, al ver lo que sucedía, corrió hasta donde estaba Pepe, le dio un fuerte halón y le gritó, «Peligro, coño, que te quemas..., ¿qué te pasa?, ¿estás bobeando?... Corre que ya nos vamos.»

Había que dar por concluida la misión y retirarse cuanto antes, pues empezaban a llegar empleados atraídos por el olor del humo, cada vez más intenso y ya se esparcía a por fuera del edificio. Ellos no debían permitir que los vieran, sobre todo no debían ver a Pepe, que hacía vida pública y no era clandestino como sus acompañantes, ni estaba fichado como antibatistiano. Era un desconocido para los órganos de represión, y así debía continuar.

Cuando llegaron a los vehículos que los esperaban en la calle, y que habían estado estacionados en el lugar desde horas de la mañana, Pepe comenzó a soltar carcajadas durante mucho rato; Briñas, hasta ese momento todavía muy serio, como era su costumbre, también empezó a reír. Todos los secundaron; nunca se habían divertido tanto. Esta vez no habían sido luchadores clandestinos en acción, eran niños traviesos jugando con fuego.

Un día de principios de 1957, ocho hombres penetraron sigilosamente en una pequeña habitación contigua a la carpeta donde radicaba la enfermera de guardia de la Clínica del Estudiante, del hospital Calixto García. Entre ellos se encontraban Pepe y su tocayo Briñas, juntos una vez más en una acción. El objetivo, ajusticiar a uno de los más sanguinarios y eficientes agentes de los aparatos de represión de Fulgencio Batista, Esteban Ventura Novo, jefe de la Quinta Estación de policía.

Un tiempo antes, una enfermera del hospital Calixto García había contactado a miembros del Frente Cívico de Mujeres Martianas y se había declarado dispuesta a colaborar en lo que hiciera falta. Un ofrecimiento como ese resultaba interesante, pues por su mediación se podría obtener medicamentos



y material de curación, de los que siempre se está necesitado, y ocasionalmente ella podría prestar los primeros auxilios a algún herido, o enseñara a hacerlo a algunas muchachas del Directorio.

Pronto apareció un dato intranquilizador: La muchacha mantenía relaciones con Ventura, algunos la habían visto en ocasiones en conversaciones al parecer galantes con él. Unos pocos opinaron que podría tratarse de un simple flirteo, acaso algo más, un amorío, pues se sabía que él tenía varias amantes y le gustaba cortejar a las mujeres. No obstante, la opinión prevaleciente era que el supuesto galanteo era una fachada, que la enfermera era en realidad una soplona. Ventura era un asesino especial, que disfrutaba tanto de torturar a los prisioneros como de vestir con elegancia y aparentar buenos modales, pero era también un profesional inteligente y astuto, conocedor de que no bastaba con torturar o matar, que el trabajo de policía requiere también usar la inteligencia. El ofrecimiento de la muchacha podría ser una jugada para infiltrarla en el Frente, con vistas a obtener información capaz de conducir hasta los núcleos de conspiradores relacionados de alguna manera con las Mujeres Martianas. Una cosa sí estaba comprobada: Ventura pasaba de vez en cuando por el hospital y revisaba la Clínica del Estudiante, por si encontraba allí algún revolucionario herido. En tales visitas, gustaba de conversar con las enfermeras, con algunas de las cuales incluso coqueteaba un poco. Entre ellas, aparentemente como una más, se encontraba la que quería colaborar con el Frente.

Ante la duda, a la enfermera no se le abrían las puertas, aunque no se le cerraran del todo. La mantenían «en observación», como escribiría Faure años después.

«La enfermera del Calixto pide un contacto con algún responsable», informó cierto día Mary a Faure. «¿Y eso para qué?, tú sabes que no las tenemos todas con ella», «Dice tener

un plan para ajusticiar a Ventura», «¿Ajusticiar a Ventura dijiste?», «Eso dijo ella», «¿Seguro? Eso me huele raro..., ¿preguntó por alguien, quiere ver a alguien en particular?», «No, no, cualquiera, alguien que pueda decidir, para exponer su plan..., asegura que es una idea que se le ocurrió, quiere saber si les parece buena», «Déjame pensarlo un poco... A lo mejor... Pero no, no confío en ella ni un poquito... Me da mala espina... ¿un atentado a Ventura? No estaría nada mal... ¿Y no será una trampa?... ¿Ella dio la cita, marcó un lugar, una hora?», «No, solo dijo dónde la podrían localizar, y cuándo...», «Por ahora no le respondas nada. Voy a conversarlo con José Antonio, para saber qué piensa», «Si de mí dependiera, iba a verla, no se pierde nada con oírla», «Veremos...»

«Ándate con cuidado; oye lo que tenga que decir, después nosotros decidimos lo que mejor nos convenga», recomendó José Antonio a Faure, «Yo pienso lo mismo que tú, o quiere reivindicarse por haber estado en devaneos con ese hijo de puta y demostrar que podemos confiar en ella, o verdaderamente es una chivata y todo no es más que una trampa del propio Ventura para agarrarnos asando maíz», «Poniéndose él mismo de señuelo...», «¡Hombre!, ¿y te parece que puede haber uno mejor?... Con una carnada así, ¿qué revolucionario no va a picar?», «Una tentación muy grande», «Muy grande, por eso mismo, cuatro ojos con la enfermerita.»

Una mañana temprano, al salir la enfermera de su turno de guardia, un joven la abordó, «Hola, soy Emilio, tienes un asunto que hablar conmigo», «¿Yo, con usted? Me parece que se equivoca, señor; yo no tengo nada que tratar con usted.» Faure pronunció una frase combinada, que la hizo darse cuenta del asunto al que se refería. Le habían advertido que en algún momento alguien iría a verla al hospital, pero por alguna razón siempre había creído que sería en horario de trabajo, no a la salida. «Tú lo imaginaste así, pero nadie te habló de horas, tienes que aprender que en este negocio no todo se dice siempre», «¿Qué pasa?, ¿hay desconfianza?»

«No te ofendas..., no se trata de ti, ya te acostumbrarás.»  
Conversaron un rato de banalidades, hasta que llegaron a un lugar donde hablar con libertad.

El plan era sencillo: Como, efectivamente, Ventura andaba en coqueteos con ella, un día que estuviera de guardia podría llamarlo con algún pretexto; el atentado se produciría cuando llegara, pues seguramente iría solo, como era su costumbre cuando venía a hablar con ella. Al lado del saloncito de la guardia había otra pequeña habitación donde podrían situarse cómodamente dos compañeros con sus pistolas, y esperar a que él llegara. Después de ejecutarlo, atravesando la Clínica, llegarían al pabellón Torralbas, donde hay una escalerilla que tiene un candado, «El candado es fácil de abrir, por allí se va directo a la calle G, por ahí se pierden», «No parece mala la idea. La traslado y después te comunico cuándo lo hacemos», «¿Cómo me entero?», «Yo mismo vengo y te lo digo.»

Pocos días después el propio Faure informó a la enfermera que su plan había sido aceptado, que indicara el día que más le convenía. Él en persona vendría con otro compañero.

El plan de Faure, sin embargo, era bien diferente del acordado con la mujer. «Si es una trampa, se van a llevar una sorpresa», comentó José Antonio.

Muy temprano en la mañana, Mary y Julio llegaron al hospital; llevaban una maleta con ametralladoras y municiones; la introdujeron, sin que nadie lo advirtiera, en el lugar donde deberían esperar a Ventura. Después, siguiendo instrucciones de Faure, fueron a revisar el candado de la escalerita; como habían pensado, tuvieron que cortarlo con una segueta, pues hubiera sido imposible escapar por ahí, hubieran quedado atrapados. Ahora el camino para la retirada estaba expedito.

Y eran mayores las sospechas contra la enfermera.

Poco a poco, por una ventana para que nadie los viera, pasaron al interior de la habitación no solo Pepe y Briñas, sino también Abelardo, Osvaldito, Evelio, Eduardo, Carlos,

y finalmente Faure, después de dar instrucciones a Reynaldo, otro participante, para que le dijera a la enfermera que cumpliera su parte y llamara a Ventura.

«No había posibilidad de fallar, iba a ser un golpe tremendo contra una de las principales figuras de la represión», recordaba Pepe mirando el cadáver del amigo. Aunque fuera una trampa, con las armas que poseían, además de que eran ocho de los combatientes más fogueados, y no dos como creerían ellos, el éxito estaba garantizado. «Se le hubiera virado la tortilla de mala manera, no escapaba. Coño, pero no apareció...»

«¿Dónde está Emilio?», preguntó la mujer cuando Reynaldo le transmitió el mensaje de Faure. «Él me dijo que vendría en persona a verme», «Olvídate de eso, él está en alguna parte del hospital, cuando sea el momento vas a verlo», «Eso no fue lo que acordamos», «Ven acá, muchacha, ¿qué importancia tiene eso ahora? Acaba de llamar al tipo y no pierdas más tiempo.»

En el cuarto de al lado, sin poder hablar, sin poder fumar, casi sin poder moverse para no delatar su presencia, los ocho combatientes esperaban. Esperaron durante horas. Inútilmente, la mujer se había negado a llamar cuando vio que las cosas no eran como ella las había planeado. «¿Se habrá acobardado?, a saber qué pasó que no lo llamó», se decía Pepe al recordar. Nunca se supo. «Seguramente se dio cuenta de que nuestro plan era diferente del de ella y se asustó al pensar que podíamos matar a su jefe... Cuántas muertes nos habríamos ahorrado con la de ese hombre, las que ya se produjeron y las que todavía se producirán..., y la culpa será de esa mujer que con su miedo lo salvó.»

Que muera un amigo es un accidente más que probable en esta vida de constante riesgo en que voluntariamente nos hemos metido, pero decirme eso no me aporta consuelo cuando te veo morir frente a mí, en todo caso es un motivo más para

seguir adelante, no por la tan repetida frase de que la sangre de los caídos sirve de acicate para continuar la lucha, sino porque, cuando uno está metido de lleno en algo como esto en que andamos nosotros, no tiene más remedio que continuar, incluso porque en el fondo se siente una rabia muy grande, esa sí acicateada por el dolor de la pérdida.

Eras mi gran amigo a pesar de nuestras diferencias en tantas cosas, incluidos los conceptos artísticos, tú siempre tan serio y meticuloso, y en el arte apegado a la academia, y yo soy lo contrario, aficionado a bromas, improvisador, iconoclasta por definición, y defendiendo a capa y espada las nuevas tendencias en el arte. Por eso mismo voy a extrañar las horas de acuartelamiento contigo, cuando hablábamos de mil cosas humanas y divinas, y sosteníamos aquellas interminables polémicas, con los compañeros diciéndonos que bajáramos la voz, sobre las tendencias artísticas del siglo XX, nunca nos poníamos de acuerdo en los detalles de la discusión, aunque en lo principal tenemos ideas afines; no sé, será un asunto de personalidad, y en el fondo nos parecemos. Yo casi siempre terminaba diciéndote que, «Si la gente les hiciera caso a ustedes, los academicistas, el arte hubiera muerto hace rato por agotamiento», a pesar de que en buena parte de lo que decías tenías razón, y algún día, cuando triunfemos, seguro que tus ideas nos van a hacer falta. Ni sé por qué me digo esto, tú eres quien nos hace falta, y ahora mismo, lo más que quisiera en este momento es ver que te levantas, dices «No fue nada, ya estoy bien» y regresas con nosotros. Pero eso no va a ser, no vas a levantarte, me has dejado solo y no sé siquiera si después de esto volveré a pintar, si tú no estás para mostrarte lo que hago ya no tiene la misma gracia, sin ti me falta la opinión apasionada y la competencia amistosa que siempre tuvimos, esa rivalidad en apariencia, mutua admiración en el fondo.

Me divertía mostrarte pinturas que te horrorizaban, ¿a quién horrorizaré ahora, a quién le echaré a perder un cuadro, como te hice aquel día en el apartamento donde estábamos acuartelados?

Aquel óleo con la cara de una mujer, con los contornos difuminados, estaba realmente bien, era envidiable tu dominio de los trazos; todos te felicitaron en el apartamento donde estábamos, y parecías un muchacho con juguete nuevo, orondo por los elogios y lo bien pintada que estaba tu obra, y entonces me aparecí yo, con opiniones de aguafiestas, «Este cuadro no está terminado, caballeros, fíjense bien, le falta el toque de gracia de la modernidad y la personalidad del artista, es pura técnica, pero sin sentimiento.» No te di tiempo a nada, pasé los dedos por donde me dio la gana, «¿Ven esto aquí?, ¿Y aquí...?», con el pretexto de que después estaría mejor, «Ahora van a ver, cuando lo pinte de nuevo, cómo mi tocayo se olvida de las academias de arte y demuestra que es un pintor de verdad.»

Reconozco que fue un chiste pesado, incluso a los compañeros no les gustó la broma, pero fue sin maldad. Enfureciste, me dijiste envidioso y echaste mano a tus estudios en San Alejandro para demostrar mi ignorancia de los cánones, mientras yo no podía más con la risa, el efecto había sido superior a lo que me hubiera imaginado, tú echabas chispas y yo me reía, los demás no sabían qué hacer, hasta que nos recordaron que no debíamos hacer tanto ruido, podríamos llamar la atención, se nos había olvidado que estábamos acuartelados en un apartamento y no podíamos hablar alto.

Por eso casi no me hablaste por unos días; yo esperaba que se te pasara el disgusto para pedirte disculpas en serio, pero no tuvimos oportunidad. Anoche, sin embargo, tú mismo trajiste a colación la anécdota, riéndote mientras la contabas, y al terminar dijiste que yo tenía razón. «Es como dice Pepe, la academia para el artista es como la gramática para el poeta, tiene que conocerla al dedillo, dominar todos sus preceptos, sus herramientas, para después romper con ella y ser él mismo», el cuadro que habías pintado podía estar muy bien hecho, pero no era tuyo en el fondo, tenía tu mano y tu técnica, pero le faltaba tu personalidad. Que tú mismo lo afirmaras me agradó mucho, lo confieso, ahora se me ocurre pensar que tal vez lo hiciste para que todo quedara limpio

entre nosotros antes de que saliéramos al combate. Después nos anunciaste que dentro de unos días, cuando hubiéramos cumplido nuestro compromiso de acabar con el dictador, ibas a pintar otro, «Y entonces Peligro va a tener que quitarse el sombrero delante de mí», pero advertiste que quizás a algunos el nuevo cuadro les gustara menos que el primero. Yo estaba seguro de que así sería, y que algún día, cuando fuéramos libres, íbamos a realizar una exposición conjunta, con muestras de dos posiciones encontradas, para que después la gente comparara y dictara sentencia.

Ya no habrá exposición ni podrás pintar ese nuevo cuadro: Se acabaron tus pinceles. Ya no podré decirte las palabras que te tenía guardadas para el momento en que nos lo presentaras, que al fin encontraste el camino para llegar a ser el gran artista que siempre supe que estaba dentro de ti, esa bala de mierda que disparó un soldadito también de mierda no solo ha tronchado tu vida de joven soñador, además le ha quitado a Cuba la posibilidad de conocer el extraordinario pintor que llegarías a ser. Y a mí me ha hecho perder a otro gran amigo más, ya se me va haciendo larga la enumeración de cuántos he dejado atrás en esta lucha, cuando este combate concluya y contemos los que han caído, descubriré que son muchos más los amigos que ya no tengo que los que me quedan, si no es que al final dejo de tenerme también a mí, de tantas veces que el cántaro va a la fuente un día de estos el cántaro roto será yo, aunque no tengo derecho a pensar en eso ahora, la muerte no es nunca nuestro horizonte, sino la lucha y el triunfo, ahora solo debo pensar en continuar el combate, aguantar disparando las balas que nos quedan hasta que haga su entrada, si es que por fin lo va a hacer, el dichoso grupo de apoyo que hasta ahora no se ha sentido por parte alguna.

«Ametrallador eficaz y pleno de entusiasmo, cuyas cualidades de coraje e inteligencia han satisfecho constantemente las necesidades de la misión a cumplir», escribió el general

Leclerc, jefe de la segunda división blindada francesa que había liberado gran parte de África del Norte de la presencia nazi, en el documento en que justificaba la asignación de la Cruz de Guerra con Estrella de Plata a Carlos, en enero de 1945. Ese entusiasmo y ese coraje no habían sido desmentidos por las dificultades que, una tras otra, habían ido surgiendo en el desarrollo de esta nueva misión de comandos en que estaba involucrado, ahora por la liberación de su patria adoptiva.

«Todavía es posible», se repetía.

No habían encontrado a Batista y no habían llegado los refuerzos del grupo de apoyo, pero Carlos todavía confiaba en la posibilidad de alcanzar el triunfo, «En peores berenjenales ya me he visto, y aquí estoy.» Si había vencido a grandes generales de Hitler, en operaciones que parecían imposibles, por qué no iba a vencer ahora. A fin de cuentas, su comando había cumplido el objetivo de entrar al Palacio para actuar desde dentro, y había ocupado los dos primeros pisos, las bajas sufridas al inicio no pudieron impedirlo; si ahora lograba penetrar en el tercero a pesar de todo, estarían en mejor situación para mantenerse y aguantar un poco, en tanto se producía la tan esperada llegada del comando de apoyo. No faltaría mucho, tal vez en ese mismo instante estuvieran tomando los edificios de los alrededores, de un momento a otro se escucharían las disparos contra la azotea de Palacio, la guarnición no resistiría el poder de fuego de los compañeros.

«¡Muchachos, ya estamos en el tercer piso! ¡Arriba!», exclamó al ver una escalera de caracol que conducía hacia lo alto. Machadito, que había hecho un rápido recuento de las bajas, lo contuvo: «Espera un poco ahí, Carlos. ¿Ya viste cuántos quedamos...?, no tenemos fuerza suficiente... Tampoco tenemos casi municiones..., podemos seguir, pero hace falta más gente, más balas...» Comprendió que Machadito tenía razón y desistió por el momento; comenzó a avanzar por el pasillo hacia la escalera que conduce al primer piso. «Está bien, voy a buscar algunos de allá abajo», «Deja, que voy yo», exclamó Pepe Castellanos, y se lanzó a correr en busca de la escalera, Carlos siguió detrás de él.



«Cuidado, por ahí no...», gritaron Machadito y Juan Pedro al unísono. Por ese pasillo acababa de caer Briñas, alcanzado por un tirador que disparaba desde una posición difícil de alcanzar. Carlos y Castellanos no los oyeron.

Desde el tercer piso comenzó una descarga cerrada; el tirador había visto correr a Castellanos y le disparaba, aunque sin acertarle en un primer momento, pues lo hacía protegiéndose. Él se volvió para responder. Oprimió el disparador con rabia, en un esfuerzo inútil: Sus cargadores estaban ya vacíos. El hombre del tercer piso, comprendiendo que estaba libre de peligro, se posicionó mejor, tomó puntería y logró acertarle de lleno en el pecho.

Al ver que caía mortalmente herido el amigo íntimo con quien había andado en actividades conspirativas desde 1952, Carlos se llenó de furor y, olvidando precauciones, saltó al pasillo disparando hacia arriba, en la dirección desde donde habían llegado los tiros. Se le encasquilló la ametralladora. Al instante, del tercer piso llegó una nueva ráfaga que acertó en él. Juan Pedro, el combatiente que más cerca se encontraba, y que disparaba también hacia arriba, pero sin ver dónde se encontraba el tirador, apenas tuvo tiempo de recogerlo cuando saltaba hacia atrás impulsado por el impacto de las balas, y logró arrastrarlo hacia una posición protegida.

«Mierda, esos cabrones se rajaron», lo oyeron exclamar ante de morir. «Y eso que se decían mis hermanos.»

Para qué engañarnos, el comando de apoyo no ha venido ni vendrá, nos abandonaron a nuestra suerte, cabrones, nos condenaron a muerte. Ya cayeron varios muchachos de Pinar del Río, cayó Carlos, cayeron dos de mis tocayos... Y de Menelao no sé si está muerto o desmayado. De los pocos que quedamos combatiendo algunos están heridos. Estamos casi sin municiones, y sin refuerzos no tenemos la menor oportunidad de vencer. Ni de sobrevivir. Pero algo hay que hacer, al

menos intentar la retirada, alguno de nosotros tiene que vivir, no puede ser que lo que hoy ha pasado aquí se pierda para la memoria de la gente.

Las posibilidades de escapar también son escasas, cómo organizar una retirada en estas condiciones, encerrados entre estos muros y con el enemigo seguramente recibiendo refuerzos que a estas horas estarán rodeando el edificio, aquí nos matarán a todos. O nos rematarán, para ser más exactos, porque estoy seguro de que heridos no habrá entre los vencidos en esta batalla, solo muertos. Si hubiéramos vencido nosotros, les habríamos perdonado la vida, pero ellos no lo harán, si no nos matan por propia iniciativa, de otros recibirán la orden de dejar de ser soldados para transformarse en criminales, y esos compañeros que hemos dejado por los pasillos, inmovilizados por las heridas pero vivos, algunos todavía conscientes, habrán de ser asesinados en cuanto salgamos de aquí los que todavía estamos en capacidad de hacerlo. Lo que más duele es no poder hacer nada por impedirlo, ni poder llevarlos con nosotros. Y cómo hacerlo, si ni siquiera sabemos como vamos a salir vivos de aquí.

No me quejo por lo que a mí me toca en este fracaso, fue mi elección y no de ahora, sino de hace muchos años, desde que juré luchar hasta la muerte contra el hombre que nos robó la libertad. Y siempre lo supimos, que era más fácil morir que vencer en este empeño, sobre todo cuando comprendimos que una parte de los involucrados no estaban convencidos y podían abandonarnos a nuestra suerte, como hicieron, pero igual lo intentamos porque esto había que hacerlo, como dijo Carlos, y teníamos que hacerlo nosotros, no había opción, a esta dictadura no la van a derrumbar políticos más atentos a sus intereses inmediatos que a los de la república, sino nosotros, los jóvenes que estamos dispuestos a morir antes que continuar una vida sin libertad, sin constitución, casi sin patria. Esta camisa que llevo era clara cuando llegué; estaba limpia y hasta recién planchada, mi madre me la lavó y planchó porque se lo pedí especialmente, quería que fueran sus manos

las que la prepararan, era como llevar un poco de ella conmigo en este momento; nunca imaginó para qué ocasión especial la quería, a saber en qué aventura romántica me imaginó, «Este hijo mío es un calavera», habrá pensado, en una cariñosa censura salpicada por una pizca de orgullo, ignorante de que muchas de las calaveradas en que me ha creído inmerso poco han tenido que ver con Eros y en cambio mucho con los dioses de la guerra. He preferido no desengañarla, mejor que me crea un tarambana y marido irresponsable a que imagine la verdad de la multitud de ocasiones en que la vida de su hijo ha pendido de un hilo de araña.

La tenía reservada para hoy, el día en que se haría realidad algo que tanto he ansiado, era demasiado importante el encuentro de esta tarde para acudir con la ropa de todos los días, mi camisa debía estar preparada por las mejores manos, y cuáles si no las de mi madre. Sucia del polvo desprendido de las paredes golpeadas por las balas está ahora, y manchada de sangre mía y de mis amigos, ojalá ella nunca llegue a ver cómo se me ha puesto.

La sangre que mancha mi camisa es la de mis amigos que me ha salpicado cuando los han herido a mi lado, y es mía porque los vidrios que me han saltado encima con las explosiones me han causado pequeñas heridas, siento ardor en el pecho por el sudor que me corre encima de ellas, pero ningún dolor, la exaltación de este momento es tal que no me permite sentirlo; por el contrario, esta sensación en el pecho me incita a correr de un lugar a otro, primero como un perro de caza en pos de una alimaña escondida que al parecer ha logrado escapar de nosotros, ahora tratando de defender mi vida a como dé lugar, o de venderla bien cara, si he de perderla.

Se nos escapó la fiera que vinimos a buscar, y con ello este sacrificio se nos ha convertido en inútil. Es seguro que se encuentre refugiado en el tercer piso, o tal vez ya alcanzó la azotea y está esperando algún helicóptero salvador que lo lleve a Columbia, donde se esconderá entre sus amigos, como ha hecho tantas veces, hasta allí no podremos seguirlo,

no somos suficientes por ahora para atacar Columbia, primero tendríamos que armar al pueblo como quería José Antonio, pero si el comando del apoyo por fin llegara podría dirigir el fuego de las ametralladoras contra la azotea y hacer imposible que se acerque el helicóptero, haríamos que la guarnición se rinda y él no podría evadirse de la justicia, esta tarde podríamos cobrarle a este asesino una a una todas las deudas de traición y muerte que ha contraído con el pueblo desde hace tanto tiempo.

Pero a estas alturas pensar en eso es una ilusión vana, me estoy mintiendo y lo sé. El apoyo no acaba de llegar y seguramente ya nunca llegará, no lo harán porque nos la dejaron en la mano, nos traicionaron a fin de cuentas, como algunos temíamos. Y se nos están terminando las municiones a los pocos que todavía estamos en condiciones de combatir, no hay manera de que alcancemos a Batista con las armas que tenemos y el puñado de gente que somos, hay que admitir que se nos escapó, y que el selecto comando que Carlos formó para cazarlo está diezmado, ya no podrá hacer realidad el deseo de dar un golpe mortal al monstruo en su misma madriguera.

Es la frustración de la esperanza, y a saber el precio que tengamos que pagar por no haberla hecho realidad. En eso, en una frustración ha venido a parar una acción en que todo lo habíamos comprometido, hasta nuestra propia existencia. Fracasamos, duele aceptarlo, no pudimos alcanzar una victoria que solo conocimos en sueños. En este empeño hemos perdido a muchos de los mejores compañeros, a nuestra gente más probada y valiente, y quienes logren escapar de aquí apenas tendrán vida, porque la fiera que hoy se ha sentido amenazada en su propia guarida no nos perdonará, no nos concederá un minuto de reposo, y desatará contra nuestra gente toda su furia asesina. Pero que no se confíe, porque no sé cómo quedaremos después de esto, seguramente diezmados y dispersos, pero mientras se mantenga con vida uno solo de nosotros el tirano nunca podrá dormir tranquilo, los que

logremos escapar de aquí nos reagruparemos y volveremos a transitar el mismo camino que nos condujo hasta este día, lo intentaremos una vez y otra, hasta que triunfemos o hasta que acabe nuestra existencia, porque, ganemos o no, este es el destino que elegimos, por el que apostamos la única ficha que tenemos para jugar, nosotros mismos. En definitiva, la propia vida qué es sino una sucesión de fracasos de la que uno trata de sacar, y alguna vez lo logra, algo de provecho. Y nuestro provecho será ese, aunque muchos no lo veremos, el fin de la dictadura, el comienzo de una nueva historia y la fundación de una nueva república que habrá de asentarse sobre la sangre que ahora mismo estamos derramando y que debiera ser la última que la juventud cubana derrame.

# Retirada

*Se informa en las actuaciones que el doctor Menelao Mora Morales murió parapetado detrás de un banco en el parque de Zayas, desde cuyo lugar, al tiempo que daba instrucciones a sus seguidores, disparaba continuamente contra el Palacio Presidencial. Esos seguidores, se agrega, eran más de cien hombres que, luego de frustrado el asalto y ante el contraataque de las fuerzas palatinas, optaron por marcharse en los propios autos en que fueron hasta allí.*

*El Crisol, 21 de marzo de 1957. «Informe policíaco»*

## Retirada

*A partir de las 4:40 empezó a declinar el fragor de la batalla.  
Los últimos insurgentes se hicieron matar en el edificio  
de Bellas Artes. Allí fue encontrado el cadáver de Menelao Mora,  
empuñando una granada que no tuvo ocasión de usar.*

*Bohemia, marzo 24 de 1957*

«Machadito, tocayo, esto se jodió, nos estamos quedando sin gente y el apoyo no acaba de llegar», «No sé qué coño esperan», «Si al menos hubiéramos llegado al tercer piso», «Ya viste que no se puede, a todo el que se asoma por el pasillo lo acribillan desde allá arriba, mataron a Briñas, a Castellanos, a Carlos...», «Así está la cosa, ellos no se atreven a bajar y nosotros no podemos subir...», «Pero el tiempo está contra nosotros...», «Y las armas no nos acompañan, no tenemos potencia de fuego suficiente, estamos casi sin balas...», «Debimos haber traído algunas de más calibre, no habérselas dejado todas a esa gente del apoyo..., total..., para la mierda que nos hicieron», «Ya ahora no importa, lo que importa es que estamos en una ratonera..., y hay que salir de ella como sea, aquí no hacemos nada, a no ser dejar que nos maten», «Si nos matan a todos no resolvemos nada, hay que salir para seguir más adelante, esto no se puede quedar así, ha muerto demasiada gente», «Solo se puede salir por la escalera, pero primero hay que pasar por entre los tiros



de ellos», «¿A ti te quedan balas?», «Un peine empezado», «Yo tengo más que tú, puedo distraerlos en lo que ustedes salen», «¿Qué piensas hacer?», «Nada, les suelto una ráfaga larga y ustedes aprovechan y salen... En cuanto yo empiece a disparar, corran hacia la escalera, disparando», «¿Y tú?», «No te ocupes de mí, que yo me las arreglo...», «Pero tienes un balazo en el muslo, compadre, no vas a poder moverte rápido, te van a joder», «No hay pero que valga; no hables tanto y dale, que no hay tiempo..., y si me joden, qué..., ¿o prefieres que nos jodan a todos?»

Sin Carlos, sin Menelao, sin que se supiera qué había pasado con Faure, a quien alcanzó a ver cuando era lanzado hacia atrás al intentar pasar el portón de hierro de la entrada, Pepe asumió el mando, «Vamos a ver cómo salimos de aquí. Lo mejor será dispersarse cuando estemos fuera.» Ordenó por señas que se concentrara el fuego contra el punto desde donde les habían disparado un momento antes, y a la vez que trataran de alcanzar la escalera que conduce al primer piso.

«Dale ahora, tocayo», le gritó a Machadito.

Tratando de no agotar las escasas municiones, todos dispararon a la vez. Machadito se persignó, respiró hondo y saltó desde la columna donde se protegía, con tanta agilidad como si no estuviera herido; quedó al descubierto, en el pasillo donde antes habían caído sus compañeros. «Allá va eso... ¡Corran!», gritó, y al mismo tiempo apretó el disparador de su ametralladora de mano. De manera instintiva, al sentir la sorpresiva ráfaga que ya no esperaban después de tantos disparos aislados, acaso imaginando que pudiera significar que los atacantes habían recibido refuerzos, los soldados dejaron de disparar por unos segundos e intentaron protegerse de lo que podría ser una insospechada contraofensiva. Los que intentaban escapar aprovecharon el breve respiro para atravesar el pasillo y, siempre disparando, correr hacia el único punto por donde podían salir al exterior, la escalera por donde habían subido poco antes. Pepe, disparando, con cuidado de no atinar en su compañero que lo cubría, cerraba la retirada;

casi junto a él, Juan Pedro disparaba hacia arriba aunque prácticamente ya no veía nada por la falta de espejuelos y el agotamiento, e intentaba alcanzar la escalera, cojeando. Logró hacerlo, pero al llegar abajo se aturdió y no tomó hacia la calle, sino en dirección al interior de la planta baja. Pepe se dio cuenta y lo haló por un brazo, «Es por aquí, compadre. Corre al lado mío.»

Juntos echaron a correr en dirección a Bellas Artes.

Machadito disparó una segunda ráfaga larga y se lanzó a todo correr hacia la salida, olvidado de la herida en el muslo. No repuestos por completo de la sorpresa y acaso todavía con temor de que efectivamente los atacantes hubieran recibido refuerzos, los soldados comenzaron a disparar sin apuntar, confiados en que el volumen de fuego hacía innecesario tomar puntería y, sobre todo, arriesgarse a un balazo. Gracias a eso también él pudo llegar a la escalera sin ser alcanzado por una bala.

«¿Dónde se metió Juan Pedro?, lo vi cerca de la escalera, estoy seguro», se dijo al llegar abajo y no ver al amigo entre los que corrían en todas direcciones tratando de no ser alcanzados por los disparos, que ahora no solo llegaban desde la azotea y las ventanas de Palacio, sino además de sus alrededores, pues los miembros de la escolta de Batista que estaban refugiados en la iglesia del Ángel, algunos policías que estaban en Bellas Artes y otros uniformados parapetados en las cercanías, disparaban contra cuanto civil veían salir del edificio. Tampoco lo veía entre los que continuaban combatiendo desde el exterior. No hubiera podido verlo, porque en ese momento estaba tirado en el suelo, cerca de Pepe, junto a la fuente del parque Zayas, intentando protegerse de las ráfagas que disparaban en su dirección. «Sin espejuelos, este cabrón no ve ni las manos..., ¿habrá entrado en vez de salir?» Podía aprovechar para alcanzar la calle y escapar como intentaban los demás, pues en ese momento la ametralladora

que disparaba desde la azotea había pasado su barrido y disparaba hacia el otro extremo, era una oportunidad que podía no repetirse. Debía correr decididamente.

En lugar de hacerlo, volvió sobre sus pasos y penetró en el edificio, «Juan Pedro..., Juan Pedro...»

Se cruzó con algunos de los que habían tomado la planta baja, que disparaban mientras trataban de escapar. Se encontró con Evelio, que había venido en el camión haciendo bromas con él y Juan Pedro. Por alguna razón, sin que tuviera nada que ver con el instante que estaban viviendo, se acordó de que había sido el único del comando que se había negado a dejar la gabardina en el apartamento cuando se dio la orden de subir al camión.

«Tenemos que llegar allá en mangas de camisa, ese va a ser nuestro uniforme y nuestra contraseña; dejen en el apartamento sombreros, sacos y corbatas», había orientado Carlos. La idea era que andar en mangas de camisa sería un modo inmediato de identificarse, una contraseña visual que evitaría cualquier posible confusión, pues, por exigencia expresa de Batista, dentro de Palacio hasta los sirvientes debían estar impecablemente vestidos. Siendo así, quienes estuvieran sin chaqueta y corbata serían a todas luces combatientes del comando. Pero Evelio tenía costumbre de andar bien vestido en cada momento de su vida, seguramente había pensado en que no podía estar de otra manera en ese, que era decisivo; formaba parte del grupo cuya misión era recorrer el segundo piso para tratar de capturar a Batista, en su despacho o donde se ocultara, ¿y si fuera él mismo quien lo encontrara?, no iba a estar hecho un descamisado en ese instante, «Si no me la quito para nada, cómo voy a quitármela hoy que me voy a encontrar con Batista cara a cara; si él anda elegante, yo no voy a ser menos cuando me lo encuentre», «Allá tú si te confundimos y te metemos un plomazo», le comentó alguien, «Ya veré qué hago para que eso no pase», «Además, te vas a asfixiar dentro del camión», le advirtió alguien más.

Persistió en la idea y entró con su gabardina al camión, entre los últimos, como le correspondía según el orden establecido por Carlos. No había pasado mucho tiempo cuando ya estaba sudando copiosamente; soportó cuanto pudo, pero hubo un momento en que no tuvo más remedio que mudar de opinión: Se quitó la tan preciada prenda, la dobló con cuidado y la colocó a su lado. No quiso admitir la razón y, para justificarse, acudió a una broma que sería siempre recordada por quienes lo acompañaban y sobrevivieron al combate y la posterior represión, «Bueno, me la voy a quitar por ahora, pero no es que tenga calor, es para que no me la vayan a llenar de agujeros.»

Machadito sonrió al recordar la escena; pero Evelio no era solo un combatiente simpático: A pesar de solo tener treinta y un años, era desde hacía mucho tiempo un combatiente fogueado, con experiencia en todo tipo de acciones. Opositor a Batista desde los primeros momentos y proveniente de los auténticos, al incorporarse al Directorio aportó un buen número de armas, muchas de las cuales se encontraban ahora participando en el combate. Tampoco era la primera vez que se encontraban juntos en una acción.

Evelio trataba de organizar la retirada, para que las ráfagas de ametralladora que barrían el espacio no alcanzaran a los que intentaban huir, «¡Ahora no! ¡Ahora!», gritaba a los que iban saliendo, siguiendo el ritmo del ametrallamiento. De repente, una bala, quizás llegada de rebote, le atravesó el rostro; casi ahogándose con su propia sangre, que tenía que escupir constantemente, todavía estuvo tratando de dirigir a sus compañeros para que no fueran alcanzados por las balas. Casi todos se encontraban ya fuera del edificio.

Por unos minutos, Machadito y él quedaron solos, esperando su oportunidad de intentar escapar.

Dando muestras de profundos conocimientos de las técnicas de supervivencia, seguramente aprendidas en alguna escuela militar norteamericana, un oficial del ejército cuyo nombre no interesa había permanecido oculto (o quizás haciéndose pasar por muerto, ese dato también es inexacto) mientras duró el grueso del combate. El método era excelente para no tener que enfrentarse a unos atacantes que no sabía cuántos ni quiénes eran, ni mucho menos cuán bien armados podrían estar; con muy buen tino, pues, había pensado que era preferible esperar quietecito en un rincón a que pasara el temporal, en lugar de jugar al héroe y arriesgarse a ser herido o, peor, resultar muerto como cualquier tonto soldado. No era para que lo mataran estúpidamente que un buen día, hacía ya algunos años, había vestido el uniforme militar, a falta de mejor oportunidad de enriquecerse sin trabajar, y había logrado ascender poco a poco hasta ser oficial. No obstante, cuando el ruido de los disparos lo llevó a suponer que los atacantes, fueran ellos quienes fueran, estaban derrotados y comenzaban a huir, decidió cambiar de técnica y salir de su escondite, lo cual, evidentemente, también tiene que ver con el tema de la supervivencia, aunque en otro sentido.

Observó en todas direcciones; aguzó el oído. Sí, todo indicaba que el peligro había pasado. Era un buen momento para asumir posturas de héroe que seguramente más tarde serían recompensadas con ascensos de grado, medallas y mejoras económicas. El problema era encontrar cómo hacerlo. No había terminado de formularse la pregunta cuando le pareció que los cielos se le abrían: Descubrió que cerca de él se encontraban dos civiles llenos de sangre por todas partes y que miraban hacia el punto donde las balas picaban, como si no supieran qué hacer, seguramente dos atacantes heridos y desorientados. Actuó de modo inmediato, no había tiempo que perder, oportunidades así se aprovechan sin mucho pensarlo. Verlos, salirles al paso y apuntarles con una pistola fue una misma cosa. Era su día de suerte, se dijo; sin haber

tenido que arriesgarse como hicieron los otros, iba a aparecer ante colegas y superiores con dos prisioneros, capturados por él solo, con su pistola, sin ayuda de nadie. Eso podría equivaler a la medalla, o al ascenso adelantado que tan bien le vendrían. En cualquier caso, cuando menos, una felicitación personal del propio general, algo que nunca viene mal, y más si uno está cerca de él.

En su apresuramiento por alcanzar tan halagüeñas perspectivas había pasado por alto el pormenor, vital para cualquier operativo militar en que uno se involucre, de evaluar correctamente las posibilidades del contrario antes de actuar contra él: No observó bien a los dos hombres y, por esa razón, no se había dado cuenta de que ambos estaban armados; incluso uno portaba una ametralladora.

«No me maten, no me maten», imploró levantando las manos y sin soltar la pistola, al ver el arma de Machadito apuntada directamente a su cabeza.

«Suelta esa mierda o te lleno de agujeros aquí mismo, so hijueputa», fue la respuesta a la súplica. El oficial, temblando de manera exagerada, obedeció y lanzó la pistola a los pies de Evelio, mientras rogaba una vez más que no lo mataran y comenzaba a recitar una letanía según la cual tenía una familia que mantener; era un militar de carrera respetuoso de las leyes y no un asesino como esos policías que andan por ahí matando y torturando gente, su trabajo siempre había sido proteger el Palacio y nada más, nunca le había hecho daño a nadie, lo juraba, «Yo no tengo nada contra ustedes, al contrario, los entiendo...»

«Déjate de hablar mierda y tírate en el piso bocabajo y con las manos en la cabeza antes que me arrepienta... ¡Rápido! Y si te mueves nada más que un poquito te hago un colador», fue la respuesta de Machadito.

El oficial obedeció en silencio, desaparecida la locuacidad de un segundo antes: Se lanzó rápidamente al piso, se puso las manos en la cabeza y hasta cerró los ojos, aunque eso último no se lo habían ordenado.

«Juan Pedro..., Juan Pedro...», volvió a gritar Machadito, mientras miraba hacia todas partes, tratando de encontrar al amigo. Juan Pedro no aparecía, pero él no se decidía a salir sin su compañero de tantas situaciones difíciles y peligrosas, a quien consideraba su hermano, «No puedo dejarlo atrás..., ni muerto.»

Era evidente que no se encontraba en el lugar. Valiéndose de señas, Evelio lo obligó a entender que no podían buscarlo más, ahí no estaba; una de dos: O logró escapar o lo mataron, para el caso era lo mismo, y permanecer allí era un suicidio sin sentido, había que salir para continuar la lucha, la guerra no había terminado, solo habían perdido una batalla.

En el portón se les unieron otros dos de los combatientes procedentes del segundo piso, y los cuatro salieron en grupo hacia la calle Monserrate, disparando al unísono contra el Palacio los últimos cartuchos que les quedaban en las armas, para intentar detener el fuego enemigo con la concentración del propio. Corriendo y disparando, habían conseguido apartarse cuando menos del alcance de las armas ligeras, pero aún no tenían idea de cómo alejarse lo antes posible del lugar y escapar, llamaban demasiado la atención, sobre todo por la herida de Evelio; de continuar así no tenían escapatoria, de un momento a otro los podrían delatar, y en cualquier esquina podrían estar esperándolos para cazarlos como a perros jíbaros. «Al menos moriremos al aire libre, no allá dentro encerrados», exclamó uno de los que se les unieron, que apoyaba con dificultad el pie derecho al caminar.

Para sorpresa de ellos mismos, no sucedió nada de eso.

Alcanzaron la calle del Empedrado. Contra toda lógica, un auto de alquiler acertó a pasar en dirección al Palacio. «Este está más loco que nosotros..., mira que andar por aquí con tanta bala suelta», pensó Berto, el otro combatiente que se había unido a Machadito y Evelio. «O será tanta su necesidad que ni hace caso de los tiros», concluyó él mismo. Le apuntaron con las armas, «Bájate de ahí o te llenamos de plomo»,

ordenó Machadito. El chofer quizás hubiera podido escapar dando marcha atrás y acelerando a fondo, pero el susto no le permitió pensar en alternativas y obedeció de inmediato. Abrió la portezuela y salió a la acera, temblando, «No me maten, no me maten..., cójanse la máquina, pero no me maten... tengo hijos.» Repitiendo la frase incontables veces, y sin darles la espalda, comenzó a alejarse del grupo.

Por suerte para el chofer, el miedo no le impidió del todo razonar, y en cuanto vio que su automóvil con aquellos cuatro pavorosos individuos en su interior se alejaba del lugar, se dirigió a toda prisa a una estación de policía para denunciar que «Estando conduciendo el vehículo de su propiedad por la calle del Empedrado, en La Habana, alrededor de las cuatro de la tarde, sin poder precisar por no tener reloj el denunciante, del día de hoy, trece de marzo de 1957, al llegar a la intersección con la calle del Aguacate y detenerse en la señal de pare como era su obligación, cuatro individuos armados lo obligaron a descender del vehículo y se apropiaron de él huyendo a toda velocidad por la antes mencionada calle del Aguacate en sentido contrario a la circulación normal.»

«Sí..., eran cuatro y estaban armados... armas largas, sí... Me asaltaron y se llevaron mi máquina... Como le digo, al menos dos estaban heridos... Y uno en la cara..., una herida muy fea..., la tenía como desbaratada, la quijada le colgaba, no podía hablar, la aguantaba así, con una mano..., una cosa tremenda, tremenda. Yo nunca había visto algo así. El otro herido y que parecía que era el que mandaba era negro y joven, no muy alto, pero fuerte... Sangraba de un muslo... Sí, todos eran jóvenes, aunque el de la herida en la cara no sabría decirle...; sí, me parece que también.»

Le tomaron declaraciones, lo interrogaron varias veces y lo dejaron retenido hasta el día siguiente. No sufrió mayores consecuencias, salvo el maltrato a su automóvil del que se enteraría más tarde, pues no fue difícil establecer que había dicho la verdad. Había la remota posibilidad de que fuera



cómplice y se estuviera protegiendo ante la eventualidad de que las autoridades capturaran el automóvil, pero no había que ser demasiado listo para darse cuenta de que su miedo era real. Desde luego, siempre lo asustaron y zarandearon un poco, «Porque el prestigio de la policía hay que mantenerlo», habrán pensado los uniformados, y el ciudadano no debe olvidar que, aunque los abogados pretendan que sea al revés, para los agentes de la ley, esta es una máxima que se aplica en todos los casos, todo el mundo es culpable mientras no se demuestre lo contrario.

Poco después de la denuncia, el auto fue encontrado chocado y abandonado en la intersección de Aguacate y Luz, no muy lejos del lugar del robo denunciado. El accidente resultó conveniente para la salud del chofer, dígame de pasada, pues corroboró su declaración y le quitó una buena cantidad de posibles golpes de encima. Y quizás algo más que eso.

«Nací ayer», comentaría el chofer con su esposa al llegar a casa. No exageraba, según comprobaría al día siguiente al leer las noticias que aparecían en los periódicos.

«Era la viva imagen del miedo», comentaría Berto mucho después, recordando cómo temblaba el chofer. «Y a decir verdad no le faltaba razón, el aspecto que teníamos debió de haber sido espantoso.»

Gracias a ese automóvil milagrosamente aparecido, se habían hecho de un medio de transporte para huir, pero quedaba un problema: ¿quién conducía? «¿Alguno de ustedes sabe manejar?», preguntó Machadito. «Yo», respondió de inmediato Berto, «Pues andando, que para luego es tarde.» Montaron y salieron a exceso de velocidad; como afirmaría más tarde el informe policial, en sentido contrario a la circulación, por la calle del Aguacate.

«¿Quién eres tú?, ¿no estás herido?», preguntó Machadito a Berto, a quien había visto en algún momento en la segunda planta, durante el combate. «Parece que algo me hirió en un muslo, pero no será importante, porque eché poca sangre y no me molesta», «¿Eres de la gente de Guanajay?» «No, de

Pinar, me dicen Berto.» Berto quizás iba a contar que era del grupo del 26 de Julio en su ciudad, que se había involucrado con el Directorio para esta acción porque tenía contactos con los compañeros desde hacía tiempo, y que su misión en el ataque había sido tomar con otros combatientes la segunda planta y hacerse fuertes en ella. No tuvo tiempo de contarlo, porque antes impactó contra un poste de la electricidad, curiosamente al llegar a la calle Luz. «Carajo, qué chistoso, venir a chocar con un poste de la luz precisamente en la calle Luz», exclamó el que cojeaba ligeramente, hasta entonces silencioso y ceñudo. Berto intentó poner el auto en marcha de nuevo y continuar la carrera, pero le resultó imposible; en realidad, él sabía conducir, pues su padre era chofer de ómnibus y lo había enseñado, pero no era un experto del timón, y mucho menos conocía las calles de La Habana. Se bajaron a toda prisa.

Un sargento de la policía que acababa de descender de un ómnibus que pasaba cerca vio a aquellos individuos que abandonaban el automóvil con que habían sufrido un accidente, echó mano a la pistola de reglamento y les dio la voz de alto.

Los cuatro se volvieron al unísono y apuntaron sus armas contra él.

Quizás el uniformado había imaginado que se las había con un simple delito de tránsito, acaso un frustrado hurto de automóvil, y quiso cumplir su deber de policía, después de todo para eso le pagaban, y el salario debe justificarse con hechos, pero al ver a los cuatro hombres que le apuntaban con sus armas, manchados de sangre y con aspecto de estar decididos a cualquier cosa, sintió cómo se le relajaban los esfínteres y se orinaba en los pantalones. Enrojeció de vergüenza al darse cuenta de lo que había ocurrido con su cuerpo, sin saber que en eso de la relajación de esfínteres no resultaba demasiado original esa tarde. Lanzó la pistola al suelo sin esperar a que se lo ordenaran y trató de decir algo, pero no alcanzaba a poner orden en las palabras.

Seguramente tampoco valía la pena lo que iba a hablar, porque lo que tenía desordenado era el pensamiento.

«¡Piérdete!», fue lo único que le dijeron; recogieron la pistola y echaron a andar otra vez, a pie.

«Ya van dos hijueputas que perdono hoy», pensó Machadito. Hasta era una exageración, a saber si lo merecían, comentó consigo mismo. Tal vez sí, el Diablo sabrá, nadie anda con un cartelito en la frente que indique si es un asesino uniformado o alguien que se puso el uniforme para huir del hambre. Quizás un día no muy lejano se acuerde de estos dos a quienes pudo matar y no lo hizo, cuando, acorralado y sin posibilidad de defenderse, en un edificio en El Vedado, grite a sus captores, «No disparen, estamos desamados.» Acaso entonces llegue el momento en que sea perdonado a su vez; nobleza obliga, según se afirma.

«Yo sigo solo, es más fácil por separado», exclamó el cuarto miembro del grupo en el momento en que el sargento comenzaba a alejarse de ellos. Berto observó que llevaba una pequeña herida en una pierna, no sería demasiado importante, le pareció, y con seguridad no moriría por ella, podría escapar. Bien mirado, tenía razón en pretender andar solo. Además de no ser grave, la herida tampoco era muy llamativa: Una mancha no muy grande en el pantalón oscuro que vestía, y una sustancia viscosa en la punta de uno de los zapatos, eran las únicas señales visibles, pero habría que fijarse, podría pasar inadvertido. Claro, también cojeaba, pero cojos ha habido siempre en La Habana, uno más no se echaría a ver.

«Con un poco de suerte podría escapar», pensó Berto; a ellos tres, que andaban juntos, les podría resultar más difícil.

Tal vez haya logrado escapar, aunque Berto nunca lo supo. Quizás, en su camino, unos policías estén a punto de agarrarlo y logre burlarlos mediante una pequeña estratagema, como encontrar un niño limpiabotas y detenerse a limpiarse los zapatos tranquilamente en una calle cualquiera, como si fuera un vecino del lugar preocupado por la buena apariencia de su calzado. O, por el contrario, acaso el truco no haya sido

suficiente para engañar a la suerte, lo hayan descubierto un poco después y lo hayan asesinado, quizás hasta su nombre aparezca incluido en la relación de caídos en el Palacio, aunque haya muerto muy lejos de allí. Imposible saberlo, pues dentro de muchos años, cuando le pregunten al único sobreviviente de los tres fugitivos que continuaron juntos, no sabrá responder quién era aquel cuarto combatiente que escapó con él en un carro que chocó contra un poste eléctrico: No lo conocía de antes y no se había fijado en él en medio de la tensión de la fuga.

«Por eso me parece que tal vez no fue a Palacio en el camión con nosotros, puede haber sido uno de los que iban en las máquinas, yo no sé», explicaría Berto a Oscar en su momento. Más tarde habrá hasta quien piense que ese combatiente nunca existió, y que su presencia en algún relato de ficción se debió a la imaginación de un novelista de media cuchara, pero en el acta policial de la denuncia hecha por el chofer asaltado, que días después citaría la prensa, se menciona que el grupo que asaltó al chofer estaba compuesto por cuatro individuos. «Lo afirmó el chofer, lo consignó la policía y lo reprodujo la prensa; que un escritor recree décadas después las circunstancias que lo rodearon no sería nada del otro mundo», comentaba Oscar consigo mismo. Lo innegable era que, además de Machadito, Berto y Evelio había alguien más que había logrado llegar desde Palacio hasta Empedrado y Aguacate durante la retirada, estuvo con ellos cuando abordaron el automóvil y después del choque se separó del grupo. «¿Quién era, en realidad?» Era la pregunta para la cual Oscar no tenía respuesta, y tampoco modo de encontrarla.

Cuando escuchó el relato de Berto sobre el combatiente que desapareció de su vista en un momento de la fuga, y del cual ningún superviviente había hablado, Oscar recordó la historia contada por su padre acerca del hombre que se limpió un solo zapato, y quiso pensar que se trataba de la misma persona. Aunque no tenía razón para ello, llegó a imaginar que aquel desconocido pudiera haber sido Abelardo,

el evadido del castillo del Príncipe que condujo uno de los dos automóviles hasta el Palacio; aunque sabía que era una hipótesis imposible de demostrar, la idea se le había ocurrido porque en los textos consultados algunos de los sobrevivientes recordaban haberlo visto, ya fuera, disparando contra el Palacio al momento de la retirada, pero ninguno sabía con certeza qué había sucedido con él, porque, aunque lo vieron en el exterior, la policía lo informó como muerto en combate en el interior del edificio, al igual que hizo con otros que, decididamente, no murieron en ese lugar.

A partir de lo contado por Berto y de la lectura de la prensa de los días posteriores al ataque a Palacio, Oscar había intentado fabular sobre los momentos finales de Abelardo. No obstante, reconocía que era solo una presunción suya, nada podría probarlo. Claro que tampoco nadie podría probar lo contrario. «La muerte de Abelardo ha quedado para siempre en el misterio, como la de Menelao y la de Osvaldito», comentaría en algún momento con Alfredo y Gonzalo. «Solo quienes los mataron conocieron la verdad, pero es probable que ya ninguno quede con vida, o los fusilaron en su momento o se murieron de viejos. Tal vez en las actas o los informes secretos de la policía esté registrado algo al respecto, pero de todos modos no creo que haya forma de llegar a esos informes, si es que existen.»

Mientras el combatiente desconocido salía a correr solo su propia aventura en busca de la salvación, Machadito, Evelio y Berto se encontraron con otro automóvil y lo detuvieron. Venía despacio; esperaron en la acera y, cuando se acercó lo suficiente, se lanzaron a la calle y lo amenazaron. El conductor, muy al contrario del anterior, no se mostró impresionado con las armas que portaban ni con el aspecto de quienes lo asaltaban, «Lo siento, pero mi máquina no se la doy a nadie», «Pues si no sales ahora mismo de ahí te sacamos a plomazos», «No me van a hacer nada, ustedes no son unos asesinos como esa gente de Batista...».

Por un instante nadie del grupo supo qué hacer ni qué decir, el hombre hablaba con demasiado aplomo, y la frase era absolutamente cierta: Ninguno de ellos hubiera sido capaz de disparar contra una persona sentada y desarmada. Ni pensarlo, eso estaba fuera de cualquier consideración. De hecho, proteger a los no combatientes había sido una consigna que Carlos y José Antonio no se cansaban de repetir «No se puede lastimar inocentes, no podemos portarnos como la gente de Batista»; el propio Carlos había indicado al chofer, Luis Felipe, que detuviera la marcha cuando, ya casi a punto de doblar en la esquina de Palacio, una señora embarazada quiso cruzar la calle. Cuando comenzara el tiroteo, ella estaría lejos y no correría peligro. «Esa criatura va a nacer en un país libre, ¿se dan cuenta?», comentó mientras la mujer pasaba. Al momento de morir, Luis Felipe recordaría la mirada soñadora de su jefe y amigo al hablar así.

No obstante, igualmente había que obligar al hombre a obedecer, les iba la vida en ello. «Oiga, compadre, no joda, que esto no es cosa de juego», rompió Berto el silencio e hizo ademán de agarrar al chofer por un brazo para sacarlo a la fuerza. Él no solo era el único de los tres sin heridas importantes, era también una persona alta y muy fuerte, y estaba hecho al trabajo rudo, obligar a salir del carro al hombre no sería nada especial.

«Miren, muchachos, hagamos una cosa...» Antes de que Berto, que ya había abierto la portezuela, llegara a tocarlo, el individuo se volvió hacia ellos y les habló; apoyó un brazo en el volante y el otro en el respaldo del asiento y continuó, sonriente y con voz calmada, como si estuviera hablando de temas intrascendentes con un vecino en el portal de su casa: «Yo los llevo hasta donde ustedes quieran, pero mi máquina no la entrego..., eso sí que no... Yo mismo la manejo, ¿está bien?», «¿Sabe a lo que se expone si lo agarran con nosotros?», le preguntó Machadito, asombrado por la propuesta. «No me interesa..., si me agarran o no, eso es asunto mío», «Usted tiene que estar loco, pero no importa, vamos que todavía

nos cogen asando maíz», «¿Adónde quieren que los lleve?», «Usted solo aléjese lo más que pueda de esto aquí, lo demás se verá por el camino.»

Partieron, sin saber exactamente hacia dónde. Poco tiempo después, Evelio entregó a Machadito una nota con una dirección; quería que lo dejaran en ese lugar, y que ellos continuaran después cada cual por su rumbo. Él iba a estar bien, era gente de su confianza, les aseguró.

«Era la casa de una prima de él, o algo así», recordaría Berto años más tarde, hablando con Oscar. «Por alguna razón a Machadito no le gustó nada la idea y lo comentó, pero Evelio insistió y se hizo como él quería. El resto ya lo conoces... Yo todavía, al cabo de tantos años, no lo entiendo muy bien, Evelio era un combatiente con mucha experiencia, ¿por qué insistió en quedarse en ese lugar, con muy poca seguridad? Nunca se sabrá.»

Después de dejar a Evelio donde había indicado, y luego de aprovechar para asearse un poco y hacerse una primera cura de las heridas en ese lugar, salieron nuevamente con el chofer que no había querido dejar su auto, quien, además, se ofreció a guardarles las armas y les entregó una tarjeta de visita, por si querían localizarlo en otro momento. «Era la dirección de una imprenta de la que él era dueño», le informaría Berto a Oscar décadas después, «Por desgracia se nos perdió la tarjeta, y nunca pudimos contactarlo.»

Machadito le propuso a Berto continuar juntos, «Guajiro, si quieres vamos conmigo, que yo tengo un lugar seguro», pero a Berto no le pareció buena idea, prefería regresar a su Pinar del Río, donde conocía a todo el mundo y sabía de quién fiarse y de quién no, «Deja, en La Habana hay demasiada gente, y uno no sabe para dónde coger», «La gente de provincias siempre tan desconfiada de La Habana, aquí vas a estar seguro», quizás haya pensado Machadito, pero no lo expresó. «*Seguro* está preso, a *Desconfiado* todavía lo andan buscando», le hubiera respondido Berto, con sabiduría guajira. Ya se vería con el tiempo quién tenía la razón.

Machadito no insistió. El chofer, sin preguntar ni comentar nada, tomó el rumbo que le indicaron.

Se despidieron en Monte y Fernandina, donde Berto quiso quedarse. Antes no se conocían, ahora se dijeron adiós como amigos de toda la vida, la cercanía con la muerte los había hermanado. Uno marchaba en busca de un ómnibus que lo acercara al lugar donde se sentía más seguro. El otro iba en busca de esas personas con las cuales podía contar y en las cuales podía confiar. Por las venas les circulaba la misma sangre, en un caso, y en el otro la fe y la raza los unía.



## En busca de refugio

*Al terminar la acción del Palacio Presidencial y comenzar la recogida de muertos y heridos, los miembros de la Policía Nacional hallaron sobre el piso del Palacio de Bellas Artes, junto a los soportales, el cadáver del doctor Menelao Mora Morales, señalado como uno de los jefes del movimiento insurreccional. Presentaba varios balazos en el cuerpo y, según se dijo, tenía en la mano derecha una granada sin estallar, la cual le fue quitada y desarmada por un experto en explosivos. El cadáver del doctor Menelao Mora fue trasladado al primer centro de socorros, donde permaneció por varias horas.*

*Información, 14 de marzo de 1957. «La muerte de Menelao Mora»*

A punto de perecer por hambre, sin nadie a quien acudir porque todas las puertas le habían sido cerradas, volvió a casa el hijo pródigo, ¿adónde mejor acudir en busca de protección y apoyo? Al verlo nuevamente ante sí, el padre no pensó en la fortuna dilapidada ni en lo bueno o malo que hubiera hecho su muchacho durante la ausencia, sino en que el fruto de su sangre regresaba a él porque en ningún otro sitio podría recibir por igual amor y amparo. Regocijado por tenerlo cerca otra vez, se echó sobre su cuello y lo besó, mandó que le pusieran el mejor vestido y le calzaran los pies. «Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta», ordenó, pues el hijo que daba por muerto vivo era y la vida lo devolvía al hogar...

Es una parábola que registran las Sagradas Escrituras. Donde el texto dice padre también pudiera leerse madre, tíos, abuelos...; en fin, parientes, a quién le importa el grado de parentesco, si es una misma la sangre y la sangre siempre llama. Tal es la doctrina del que fue crucificado en el monte

Calvario, que también enseñó que si tu hermano peca siete veces en el día contra ti y siete veces acude a ti, siete veces lo perdones.

Seguidor de la doctrina de Cristo, conocedor de sus parábolas y enseñanzas, el hombre vio ante sí, al abrir la puerta, la figura del joven por cuyas venas circulaba su misma sangre, y sintió un estremecimiento. Hubiera esperado cualquier cosa ese día menos esta sorpresa que le puso el corazón a latir aceleradamente. Hacía muchos meses que no tenía noticias suyas, ni siquiera imaginaba que estuviera en el país, lo hacía lejos, en el extranjero, aquí era demasiado buscado. Pero estaba, acudía a él, y ahora lo tenía enfrente, una mano apoyada en el marco, la respiración entrecortada, en silencio, mirándolo directamente a los ojos. En la frente le brillaba el sudor, no tanto por el calor, que en realidad no era demasiado a esa hora, como por las varias cuerdas que había caminado para llegar hasta allí: No había querido que el chofer conociera también esa dirección, ya bastante imprudencia había sido dejarlo conocer dónde había quedado resguardado Evelio, y prefirió soportar el dolor en el muslo herido antes que exponer a la familia.

«Hola, ¿puedo pasar?»

En el rostro del recién llegado, la expresión de quien ha conocido la derrota y se sabe perseguido hacía innecesaria cualquier pregunta.

Por un instante había temido que le abriera alguna otra persona, acaso extraña, mas al ver al familiar un brillo de esperanza cruzó por sus ojos: A pesar de las viejas discrepancias, era una persona muy cercana quien se hallaba delante de él: Podía considerarse a salvo. No aspiraba a ser abrazado y besado como sucedió al hijo pródigo cuando lo vio su padre; no se realizarían fiestas en su honor, ni hermano u otro pariente habría que envidiara el recibimiento, que además tendría que ser en silencio. Seguramente tendría que soportar callado la avalancha de reproches que desde mucho

antes le tendría preparada, pero debía resignarse al pago de ese precio mínimo si quería obtener protección para su vida durante unos días, al menos mientras se reponía de la herida en el muslo y reestablecía el contacto con sus compañeros, que con seguridad estarían preocupados por la suerte que habría corrido. Con tres días a lo sumo tendría bastante, serían suficientes para reponerse y esperar a que se aplacara un tanto la ola represiva que se había desatado, antes de retomar sus actividades o, en el peor de los casos, salir del país por un tiempo, para luego regresar y recomenzar todo de nuevo, porque, eso sí, habría de retomar la lucha.

«Necesito esconderme unos días», dijo al momento de pasar al interior de la casa por el estrecho espacio que había quedado entre la persona que lo recibió y la puerta entreabierta.

El hombre abrió mucho los brazos, como quien preludia un abrazo. No lo hizo.

«¿Cómo se te ocurre?, tú estás loco..., ¿quedarte aquí?, ¿hoy?, ¿ahora?, ¿con lo que ha pasado? No, ni lo pienses, no voy a dejar que me perjudiques así. Déjanos tranquilos y olvídate de nosotros, que la cosa está muy mala... Piérdete de mi vista, o yo mismo salgo a buscar al primer policía que pase y te llevo a la estación. No voy a desgraciar a mi familia por tu culpa, ya bastante tenemos con que a cada rato pasen averiguando por ti... ¿No sabes que nos vigilan...? Y cada vez que alguien asocia tu nombre conmigo es un problema... Registran cada vez que se les ocurre... A saber si te vieron cuando llegaste y pasamos un susto por tu culpa, o algo peor... Esa gente no se anda con chiquitas y tú lo sabes, por tu culpa pueden pasarnos la cuenta a todos. Lárgate, yo tengo más familia, tú no eres el único, y tengo que protegerla, es mi obligación. Vete a que te escondan los que te metieron en ese problema, tus amigotes... Yo bien que te lo advertí..., que si te metías en líos con el gobierno te olvidarás de que existimos», exclamó el hombre que había abierto la puerta y los brazos, espantado ante la idea de lo que podría

ocurrirles a él y el resto de los suyos si llegaba la policía y encontraba en su casa a ese terrorista tan buscado y peligroso que llevaba su apellido.

Tuvo que irse de inmediato, sin siquiera haber bebido un vaso de agua. Detrás de la puerta, un hombre aterrorizado permaneció durante mucho tiempo en espera del sonido de alguna sirena que anunciaría que venían por él, denunciado por algún vecino que lo vio recibir en su casa al conocido terrorista.

La sangre había fallado, pensó mientras se alejaba, pero no todo estaba perdido: Todavía le quedaba el refugio de la fe. ¿Y por qué no?, también de la raza. Su amigo era sacerdote..., y además negro.

Un cura negro, como lo estaban oyendo; algo nunca visto. Bueno, no exactamente negro, digamos, mestizo, pero oscuro, no casi-blanco sino casi-negro, no es poca la diferencia. Las opiniones estaban encontradas ante la noticia. «Se viven tiempos modernos», afirmaron algunos, «Ya no estamos en el siglo XIX, el mundo está muy cambiado, no tiene nada que ver con el de nuestros padres y abuelos, la iglesia también evoluciona, y ahora se reconocen derechos a los negros.» Él llevaba tiempo esperando ser ordenado, el arzobispo le había dado largas y largas, aunque no había ninguna objeción teológica para hacerlo.

Teológica no, claro, pero, bueno, realmente eso de imponerle las órdenes sacerdotales a un negro..., vaya, que solo de pensarlo uno siente así como un repelús, «Válganos Dios.» Uno imagina que fue lo que le sucedió a monseñor, por eso no acababa de ordenarlo, y el negro tuvo que esperar a que lo hiciera su eminencia el cardenal Arteaga, que parece que ve las cosas de otra manera, que Dios lo perdone.

Está bien, la iglesia se moderniza y todo lo que ustedes digan, pero, como quiera que se mire, eso es una exageración, cómo nuestras almas blancas van a ser guiadas y doctrinadas

por quien la tiene negra, no tiene sentido. Más sencillo todavía, seamos prácticos, ¿cómo imaginar a una señora de sociedad recibir la hostia de la mano de un negro?, ¿confesarle sus pecados?

Es impensable.

Cierto, resulta bastante contraproducente, y en eso concuerdan todos, pero si hay sacerdotes negros o los hay asiáticos es porque el Papa lo ha decidido así, y ningún católico tiene derecho a dudar de la infalibilidad del Sumo Pontífice, mal andaríamos entonces, esa duda es el germen de toda herejía.

¿Aceptarlo así como así, entonces?

Daba para preocuparse realmente, cómo iban a resolver los fieles tal incongruencia entre su sentir y sus costumbres y una decisión tan sorprendente del máximo guía espiritual, ahora que se enteraban de que el cardenal había ordenado por fin a aquel negro. Uno hasta se pregunta qué necesidad tiene nuestra Santa Madre de andar en tales populismos, ¿tan mal estamos?

No obstante, la preocupación era infundada, muestra de desconocimiento de la sabiduría, los innumerables recursos y las infinitas posibilidades de la Santa Madre Iglesia Católica. La contradicción, en definitiva más aparente que real, se daba a conocer juntamente con el remedio, de manera que el problema se debía ante todo a la falta de información: Nada tenían que temer las señoras y señoritas blancas; ni ellas ni sus deudos habrían de verse en el delicado trance de tener que llevar a la boca lo que antes había estado en la mano desnuda de un negro, ni aunque lo llevado sea un alimento consagrado que representa el cuerpo de Dios hijo.

Cura negro habría, sí, pero solo para fieles negros y en barrios negros.

«Ah, bueno, si es así...»

Todos respiraron aliviados al saberlo.

Machadito era negro, habitante de barrios donde abundaban los negros, así que para él nunca había existido el problema, y nunca había tenido dificultad en relacionarse con un sacerdote que, precisamente por la novedad de su color, gozaba del aprecio y la confianza de los pobladores de la barriada donde estaba enclavada desde 1955 la iglesia donde el cura negro ejercía su ministerio. El color de la piel los hacía estar más próximos en la fe que compartían. Para los habitantes del barrio, no era lo mismo acudir a él en busca de apoyo espiritual que hablar con otro que, representante del Señor y todo lo que quieran, es verdad, pero era blanco y, para colmo, casi siempre extranjero, por eso entendía las cosas de manera diferente que uno; ahora el mensaje divino llegaba de más cerca y así lo sentían, quizás por esa razón la iglesia era más frecuentada desde que él la encabezaba.

Cuando se vio echado a la calle y hasta amenazado de denuncia por un miembro muy cercano de su familia, decidió acudir a quien jamás le fallaría por representar un poder situado por encima de cualquier poder humano, y estar encargado de predicar el amor, el perdón y la tolerancia; decidió acudir a aquel hombre de su raza con quien tantas veces había conversado acerca de las enseñanzas de Cristo, y que le hablaba de la religión no solo como vía para alcanzar en otra vida el premio a las buenas acciones realizadas en esta, sino también como forma de alcanzar en esta vida la paz espiritual, algo que no es frecuente en los tiempos que corren.

Llamaría a las puertas de su guía espiritual y amigo, el sacerdote negro que oficiaba en la iglesia de Párraga, aquel hombre tan popular entre la gente del barrio que, andando el tiempo, su figura sería uno de los cuatro soportes de la batea con los atributos de Changó del más respetado babalao de aquellos contornos, sincretismo pagano que erizaría a la más liberal de las beatas, pero lleno de sentido en la religiosidad popular, acaso la única verdadera.

«Pasa, hijo mío, pasa», le dijo el hombre de la sotana, feliz de volver a verlo, oveja descarriada que regresaba al redil. Lo tomó de una mano, lo condujo hasta un banco y le indicó

que se sentara junto a él y le contara qué lo traía por la casa de Dios luego de tanto tiempo ausente, «¿Deseas un poco de agua primero? Te ves muy agitado, cálmate y cuenta, cuenta...»

Bebió con avidez el agua ofrecida. Enseguida comenzó a hablar.

No estaban en el confesionario, pero tampoco era necesario, igualmente Machadito contó lo que había sido de su vida en los últimos tiempos, cuidando solo de no mencionar nada que pusiera en riesgo la seguridad de sus compañeros, por más que confiara en que el sacerdote guardaría lo que allí dijera como secreto de confesión. Desahogó su alma, herida de mil demonios que la agujoneaban. Había visto caer a sus hermanos, había conocido de cerca la traición, la sangre y la muerte, había escapado de ella casi por milagro, tal vez hasta la había provocado en otros. No albergaba odios, pero estaba herido en el cuerpo y en el espíritu, y acudía en busca de una mano que le aportara un poco de paz y consuelo y lo acompañara a rezar por el reposo de tantos amigos que ya no estaban.

Necesitaba desahogarse y recibir un poco de apoyo moral.

Se sentía solo. Solo y angustiado.

Le rogaba también refugio, que lo ocultara por unos días, «Dos o tres días nada más, padre.» No iba a permanecer mucho tiempo allí, solo lo imprescindible para reponerse un poco de la herida en el muslo, le prometía que enseguida se marcharía, en cuanto se sintiera mejor, pero ahora no podía hacerlo porque si lo agarraban no habría salvación para su vida, andaban buscándolo por todas partes desde hacía meses y con orden de matarlo nada más de verlo. Si no lo mataban de inmediato, sería solo para poder torturarlo antes. No había alternativa para él. Perseguido y sentenciado a muerte como estaba, le había fallado en el auxilio quien más seguro asilo debió ser; no tenía hacia dónde ir, salvo a la casa de Dios, qué mejor amparo.

«Escóndame, por favor.»

Acostumbrado a lidiar con los conflictos de poca monta que a diario surgían entre los miembros de su rebaño, el sacerdote quedó en suspenso al escuchar aquella extensa confesión.

Nunca había oído, directamente de un participante, el relato de una batalla: polvo, gritos, sangre, heridas, muerte... Toda guerra es la negación de Cristo por sus hijos, y nunca antes había oído palabras tan terribles de la boca de un cristiano. Sus bondadosos y negros ojos casi se le salían de las órbitas por la sorpresa y el susto. Y debía tomar decisiones... ¿A estas alturas esta prueba le enviaba Dios? ¿Por qué precisamente a él? Algún pecado habría cometido, alguna ofensa había hecho a su señor para que así lo castigara.

Durante unos segundos no supo qué responder ni cómo actuar, la mente envuelta en un violento torbellino de pensamientos. ¿Proteger en lugar sagrado a quien tiene las manos manchadas de sangre? ¿Esconder de la justicia humana a quien ha segado vidas? ¿Pasar en silencio crímenes horrendos y constituirse indirectamente en cómplice de ellos? Pero el criminal es también un hijo de Dios que sufre, por más que haya perdido el camino, un descarriado que acude suplicante, y Dios nos enseña a amar y perdonar a todas sus criaturas por igual cuando hace salir su sol sobre malos y buenos y hace llover sobre justos e injustos. ¿Y no predicaba Jesús que habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentimiento? Siendo esta la sagrada enseñanza, ¿qué debía hacer?, ¿admitirlo sin más ni más?, ¿hacerle ver al pecador la magnitud de sus crímenes y conducirlo al arrepentimiento? En ese caso, ¿ocultarlo, como pide, o ponerlo en manos de la ley para que sea juzgado según el criterio de los hombres y pague la deuda contraída con los humanos?

El juicio divino, el que realmente cuenta, ¿qué dictaminaría, condena o absolución? ¿Cómo saberlo él, simple mortal aunque ordenado sacerdote? Y, por encima de todo, ¿qué hacer para salvar lo que quedara sin mancha en el alma de esta oveja descarriada?

«Ilumíname, Padre mío», rezó en silencio.

Pensó haber oído la voz del Señor.



«Esta es la casa de Dios, hijo mío, no un refugio de asesinos», terminó por decir el hombre de religión, luego del intenso silencio de su meditación. «En lo que debes pensar no es en escapar de la ley, sino en los pecados que has cometido, en la sangre que has derramado... En el dolor que has provocado y el remordimiento que deberías sentir por ello... Con tus acciones has ofendido a Dios y a los hombres..., has llevado el luto a las familias; tus manos están manchadas de la sangre de otros hijos de Dios, y eso es un pecado horrible..., horrible...»

Mejor que esconderlo unos días y que tenga que continuar huyendo el resto de su vida como un animal salvaje, alejado de la mano de Dios y en riesgo cierto de continuar pecando una y otra vez hasta el día, que seguramente ha de llegar, en que lo atrapen o lo maten, es que confiese sus pecados y rece como buen cristiano, que se arrepienta de sus malas acciones, que haga penitencia y retorne al buen camino... Si se lo permitía, él podría acompañarlo a entregarse en manos de la autoridad, pacíficamente y con todas las garantías para su vida; nada malo le sucedería si se arrepentía sinceramente de sus pecados y se entregaba por las buenas a la justicia de los hombres, que en cuanto a la Suprema Justicia, Dios cuidaría de él como cuida de tantas ovejas descarriadas que tratan de reencontrar la senda del bien...

Esa noche del trece al catorce de marzo, la noche del día en que, según sus sueños, iba a cambiar la historia de Cuba, Machadito durmió en un banco en un solar yermo, cerca de la iglesia. Allá arriba, bien en lo alto, una cantidad infinita de estrellas que titilaban lo contemplaban, como otros tantos ojos de Dios. Alguna vez, cuando muchacho, le habían explicado que las estrellas eran las almas de los niños buenos que habían muerto; él prefería imaginarlas como los ojos de Dios, pero, con tantos hijos como tenía, ¿serían suficientes

ojos? ¿Infinitamente pequeño como era, lo miraría Él? ¿Y por qué, si lo miraba, no lo veía? ¿Acaso no vela por todos sus hijos por igual? Y si lo veía, ¿por qué no miraba dentro de su alma? Sus manos estarían manchadas, pero en su interior continuaba puro, no había manchado el alma.

¿Acaso no hay diferencia entre quienes acuden a las armas y la violencia para rescatar la libertad perdida y quienes, también por las armas y la violencia, la han robado? ¿Dios no la conoce?

Aún tendría que recorrer un largo camino antes de reencontrarse con los miembros del Directorio. No le faltaría del todo la solidaridad, pero no encontró los refugios ciertos que pensó tener. Un amigo al que acudió también le volvió la espalda, le resultó mayor el miedo que la lealtad. Llegó a dormir a la intemperie en más de una ocasión, confundido con algún pordiosero. Una amiga lo curó y lo ocultó por unos días en El Vedado, pero tuvo que salir de ese lugar, resultaba demasiado peligroso para ella y para él. Una familia de Guanabacoa le dio refugio también por unos días, pero igualmente debió partir, no tenían posibilidad de mantenerlo oculto. Finalmente, estuvo unos días en una cuartería en La Habana, adonde lo llevó un amigo cobrador de ómnibus. El amigo lo ocultó en ese lugar y logró que reestableciera el contacto con sus compañeros, que todavía no sabían qué había sido de él.

Había transcurrido una semana desde que salió de Palacio cuando fueron a buscarlo a la cuartería. En ese tiempo, pocas veces se atendió la herida, y menos todavía logró comer, si no había caído víctima de la infección o el desfallecimiento era por su extraordinaria constitución física y su pasado como deportista. No obstante, cuando por fin logró contactar con sus amigos sobrevivientes, entre ellos Juan Pedro, junto al cual moriría asesinado algunas semanas más tarde, dos días antes de la fecha en que podría asilarse en una embajada,

Machadito, a quien en otro tiempo algunos comparaban con un pequeño Hércules criollo por su complexión atlética, no pasaba de un alfeñique por efecto del hambre, la falta de descanso y la sangre perdida.

Era también un hombre de alma atormentada que había sufrido las más violentas decepciones.

## Muertos ubicuos

*En el Hospital Militar falleció el civil Evelio Prieto Guillaume, a quien se le considera como uno de los acompañantes del doctor Menelao Mora Morales, en el ataque al Palacio Presidencial. Según se dijo, Prieto Guillaume fue recogido herido frente al Palacio Presidencial por un patrullero del SIM, que lo condujo al Hospital Militar, a donde llegó cadáver.*

*Información, marzo 14 de 1957, «Atacante muerto»*

El lugar donde Berto y Machadito habían dejado escondido a Evelio, en el reparto La Sierra, distaba varios kilómetros del Palacio Presidencial; si algo era seguro en ese instante, era que ya no moriría en el combate, ni siquiera en sus alrededores. En principio, había logrado escapar de la amenaza inmediata; el problema sería, a partir de ahora, evadir la represión que seguramente se desataría. Pero, para un conspirador experimentado como él, ducho en el arte de burlar a las fuerzas represivas y vivir en la clandestinidad, eso no significaría nada nuevo.

Cierto que había resultado herido, pero no de muerte; la herida, aunque aparatosa, no era mortal por necesidad. Le deformaba la cara, y no podía hablar más que por señas, «Parecía un monstruo sacado de alguna película, capaz de asustar a cualquiera, soltaba bastante sangre cuando dejé de verlo, era algo impresionante, pero estaba claro que de eso no iba a morir...», relataría años después uno de los que lo

vieron herido. «Seguramente podía quedarle alguna cicatriz fea, o tal vez alguna dificultad para hablar, qué sé yo... Pero..., ¿morirse? No. No por esa herida, no era mortal.»

No ganaría un concurso de belleza masculina seguramente, pero aún podía vivir muchos años.

Sin embargo, murió ese mismo día. No murió en el apartamento donde sus amigos lo dejaron, o en algún otro sitio adonde se hubiera trasladado, como alguien hubiera podido suponer a partir del relato de Berto y Machadito, sino, precisamente, en el lugar donde había sido herido, esto es, en el Palacio. Y no por un impacto de bala, en la cara o en la parte de su cuerpo que fuera, sino por múltiples heridas, según comprobaron los médicos forenses.

«La muerte mudó de lugar, pues», «Y se multiplicó la herida», comentarían Oscar y sus amigos décadas después, «Como en alguna historia de magos y hechiceros.» La literatura latinoamericana todavía no estaba de moda en Europa, uncida a los conceptos de «realismo mágico» y «real maravilloso», pero era evidente, para quien leyera la prensa con cuidado, que lo mágico y lo maravilloso formaban parte de la vida cotidiana del criollo por esos entonces. No era que la narrativa lo reflejara o no lo reflejara, era que el ciudadano común lo vivía y los periódicos lo registraban.

En virtud de esa magia y esa maravilla precursoras, no había recibido Evelio un simple disparo en la boca, como afirmarían quienes escaparon con él, sino muchos balazos por todo el cuerpo que nadie que no fueran las autoridades, que no lo especificaron, o el propio Evelio, imposibilitado de hacerlo por razones obvias, podría saber cómo ni en qué momento se multiplicaron en su cuerpo.

Que Evelio no murió en el lugar donde supuestamente lo dejaron Machadito y Berto, y que ello sucedió como consecuencia de haber recibido incontables balazos, es algo que se conoce si uno se atiene a las informaciones oficiales que los periódicos de todas las tendencias reprodujeron sin objeciones ni comentarios.

«Costumbre de sobrevivir que tienen los medios de difusión, de esa y de todas las épocas», le comentaría Alfredo a Oscar.

Para corresponder con tanta magia y maravilla, esa muerte tampoco ocurrió horas después de terminado el combate, sino mientras se desarrollaba. Para el ciudadano común, por tanto, lo que contarían Machadito y Berto a sus compañeros no sucedió en la realidad, al menos no en la maravillosa y mágica. Su versión, que no fue expuesta más que ante un reducido grupo de amigos, tan fugitivos de la ley como ellos mismos, no podía tener la misma fuerza que aquella.

La verdad oficial, al menos la de una de las versiones oficiales, pues Oscar comprobaría que había más de una, era que Evelio, que había logrado llegar hasta el segundo piso en busca del Presidente, nunca salió del lugar, porque fue alcanzado por la certera puntería de los defensores y allí quedó tendido. En consecuencia, la accidentada retirada junto a otros atacantes referida por Machadito y Berto, que incluyó el uso de dos automóviles, el primero de ellos robado, y un choque en la esquina de Luz y Aguacate, nunca llegó a ocurrir, del mismo modo que no ocurrió ninguna de las peripecias vividas durante la fuga por ellos tres y el atacante cuyo nombre no se llegó a saber, como no ocurrió lo denunciado ante las autoridades por uno de los choferes y registrado en los documentos policiales de aquel día. Es así, pues el nombre Evelio Prieto, con error en el segundo apellido, apareció en la relación oficial de muertos en combate entregada a la prensa al día siguiente del ataque. Por tanto nada de lo anterior pudo haber existido.

*Relación de atacantes muertos* se dijo, y no se menciona la de heridos, porque nombres de heridos no se registraron, no por falta de celo profesional de quien debió hacerlo, sino porque no los hubo, cómo iban a registrar lo que no existe.

En cuanto a eso último, la ausencia de heridos que a alguien podría extrañar, se explicaba, ironizaban los amigos de Oscar, porque ya por ese tiempo los defensores del Palacio Presidencial

y de su inquilino principal disponían de un armamento y una puntería tales que, aunque las balas dieran en cualquier parte del cuerpo, incluso en ninguna, siempre alguna de ellas se las arreglaba para alcanzar la cabeza del atacante, antecedente criollo y de bajo presupuesto del armamento inteligente que décadas más tarde se desarrollaría con unos costos elevadísimos. Con armas así, claro está, la herida, donde quiera que lo alcanzara a uno, se convertía en mortal por necesidad. La presencia de ese moderno armamento explica muchas cosas que los peritos militares, acostumbrados a que en las guerras comunes y corrientes los heridos siempre aparecen en mayor número que los muertos, podrían no entender.

Siguiendo lo asentado en *una* de las informaciones oficiales, Evelio murió durante la acción, no después, alcanzado por varios impactos de bala y no por uno solo, en el propio segundo piso de Palacio, de donde, como es lógico, no salió vivo. Su muerte, pues, fue consecuencia del desarrollo normal de las acciones en cualquier enfrentamiento bélico: Él disparaba con su arma y los defensores le respondían con las suyas, como correspondía; en el intercambio de disparos le tocó llevar la peor parte, recibió incontables balazos, alguno de ellos, en vista del armamento de los defensores, en la cabeza, con lo que le llegó la muerte. De ella, su muerte, no habría que culpar a nadie, pues murió matando, sino a su mala suerte. O a él mismo, por haberse metido por su propia voluntad en semejante trance. Lo que algunos afirmaron, que fue asesinado por la policía, no es digno de tenerse en cuenta, y en eso coinciden las varias versiones oficiales.

«Las informaciones oficiales son fidedignas todas por igual, y este axioma se aplica en todos los tiempos y todas las circunstancias», bromeó Alfredo. «Lo malo con el axioma es que en ocasiones complica el raciocinio del ciudadano promedio, que es el que acomoda su juicio a esas informaciones para vivir con tranquilidad de espíritu, suprema aspiración de cualquier persona en tiempos de agitación y sobresaltos.»

Tal complicación ocurrió en el caso presente, aunque personas con amplitud de criterio pudieran no verlo así, en definitiva, la vida está llena de aparentes contradicciones. Además, no son tantos los que leen más de un periódico por día. No obstante, siempre hubo quienes lo hicieron y encontraron que uno reseñaba la información oficial que informaba de la muerte de Evelio en el segundo piso del Palacio, junto a Menelao, Pepe, Briñas y otros. Siguió leyendo y encontró, en otro periódico, otra información oficial que decía que la muerte había ocurrido en el interior del carro patrullero que lo había recogido frente al Palacio y lo conducía hasta el hospital. Y todavía encontraría una tercera información oficial, variante de la segunda...

Puesto que uno está obligado a aceptar las versiones oficiales, por ser fidedignas, Evelio no murió en un único lugar, como suele hacer la generalidad de la gente, sino al menos en tres, y en momentos diferentes.

Algún descreído puede saltar ante lo que le parece imposible, «Hay un único lugar y un único momento de morir para todo el mundo», afirmaría, pero lo cierto es que en esa ubicuidad del cadáver de Evelio no hay nada de qué extrañarse, de hecho no tenía nada de insólito, era la norma en esos tiempos, signados, como es conocido, por la abundancia de milagros en la relación entre el gobierno y su oposición, sobre todo la no electoralista. Si alguien lo duda, observe que algo similar sucedió con más de uno de los atacantes, lo que demuestra que el fenómeno no era tan raro como un desinformado pudiera imaginar. «Solo había que comparar lo que reflejaban periódicos diferentes», diría Oscar.

En cuanto a la versión según la cual Evelio fue recogido herido frente al Palacio Presidencial por un carro patrullero del Servicio de Inteligencia Militar, se podría deducir, honor a quien honor merece, que los miembros de tan benéfica institución se conducen en la vida diaria como buenos hermanos de la caridad, y tienen hechos votos de servir al prójimo; por ese motivo, al ver al hombre que en el parque se desangraba,



se llenaron de cristiano amor por el que sufre, no preguntaron quién era ni qué hacía allí, o por qué se encontraba en esas condiciones, simplemente lo cargaron y trataron de auxiliarlo; a pesar de sus esfuerzos, como indicó el parte oficial, el herido murió durante el trayecto al hospital y nada más se pudo hacer por él; solo restaba llevarlo al necrocomio para que allí le hicieran la correspondiente autopsia y las gestiones de identificación, desde luego.

El periódico que registra esta versión comete el grave deslíz de no informarlo, pero es de creer que los cristianísimos agentes, al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos por salvarle la vida, pasaron la noche sin poder dormir, algunos incluso llorando por la muerte del herido que no pudieron evitar, o rezando por la salvación de su alma. Si algunos de ellos fueron condenados a fusilamiento o a largas penas de prisión años después, al caer el gobierno del General, se debió a una terrible incomprensión de quienes lo derrocaron.

Como hay quienes gustan de encontrar explicaciones lógicas a todo, esta duplicidad en cuanto al lugar donde murió ha llevado a algunos a adelantar la hipótesis de que fue el propio Evelio quien, poseedor de una minúscula máquina del tiempo, por alguna razón no quiso permanecer donde lo dejaron Berto y Machadito, y prefirió regresar sobre sus pasos; como lo hizo acudiendo a la ciencia ficción, logró que nadie lo viera durante el trayecto, y pudo entrar nuevamente a Palacio sin que su presencia fuera advertida por el enjambre de uniformados y personeros del gobierno. O sea, simplemente dio marcha atrás en el tiempo, borró por tanto lo sucedido, como se hace en las películas de ficción pseudocientífica, y regresó a morir con sus compañeros, para no dejarlos solos; si lo hizo en lugares diferentes fue para no ser igual a los demás, o por un error al editar la película.

Si no se aceptan como reales estas opciones, habrá que admitir que nos encontramos ante un misterio, uno más entre los muchos a que ha asistido la república durante los gobiernos

del general Batista; no por gusto ocurren milagros y misterios, sépase, sino porque el señor Presidente tiene sus tratos con las ciencias ocultas, no vayan a imaginar que su relación con ellas se limita a cierto resguardo que lleva en el bolsillo posterior izquierdo del pantalón.

Finalmente, por si alguien se asombra ante el milagro de la ubicuidad de este cadáver, se le recuerda, para que no lo olvide, compare y vea la similitud, algo ocurrido pocos meses atrás, aquella anécdota (que antes se mencionó y no se repetirá ahora), de cuando Daniel, accidentado mientras intentaba escapar, imposibilitado de moverse, se enfrentaba a tiros con la policía a algunas cuadras de distancia del lugar del accidente. Murió a consecuencia de los balazos recibidos, como se sabe, pero eso no fue milagro, sino consecuencia natural, ya que todas las balas acertaron en su cuerpo y algunas en la cabeza, qué otra cosa le correspondía si no morir; lo milagroso, y de mucha envergadura, fue que él no resultara capaz de acertar en ningún policía con sus disparos, y ni siquiera de impactar en algún vehículo detrás del cual se hubieran parapetado, «¿Ni un tirito siquiera?», preguntaría un reportero a otro en uno de los periódicos mientras insertaban la noticia en el número del día siguiente. «Nada, lo que se dice nada de nada», con absoluta falta de puntería, pensaron ambos, también milagrosa, pues ninguno de los dos desconocía quién era el fugitivo muerto, y sabían que contaba con amplia experiencia militar, como oficial veterano de la guerra civil española que era, y que en el año 47, cuando la fracasada expedición de Cayo Confites, había sido el jefe del batallón Guiteras, precisamente una unidad de asalto, la que se suponía mejor preparada, por tanto con tiradores más certeros.

Nada, que seguramente alguna deidad protectora de los policías le desviaba la mano cada vez que disparaba contra ellos, por qué no. O por alguna razón el resguardo del señor Presidente esa noche alcanzó a cubrir a sus servidores.

Llegados a este punto, habría que anotar que los antiguos compañeros de Evelio, seguramente porque no creían en la existencia de los milagros o no veían películas de pseudo-ciencia ficción, y además tenían interés en menoscabar el buen nombre del Presidente, pretendieron desmentir las informaciones oficiales y echaron a rodar la especie de que Evelio, víctima de una delación, fue apresado cerca del anochecer del día trece por agentes del Servicio de Inteligencia Militar, quienes lo torturaron y asesinaron en sus mazmorras y después lo registraron como muerto en combate, sin haber confrontado antes las versiones entregadas a la prensa, por lo que no vieron que eran diferentes. Pero eso fue una leyenda urbana más de las que corren por la ciudad de La Habana, gran generadora de ellas; que no es cierto lo demuestra el hecho de que en la propia leyenda hay también más de una versión de ese final, como comprobaría Oscar al confrontar la bibliografía y las declaraciones de antiguos miembros del Directorio.

Que lo habría delatado el dueño del apartamento donde se encontraba refugiado, un magistrado de la audiencia habanera en quien Evelio confiaba, aseguraron algunos.

Que lo delató un chivato cualquiera, pues su llegada al apartamento no pasó inadvertida ante los ojos de los vecinos y alguno de ellos avisó a la policía, opinaron otros.

Que tras la muerte de Evelio se ocultaba una historia de amores y celos, lo que la convertía en una película de suspense.

Viendo las similitudes e incongruencias entre las versiones no oficiales, esto es, las que aseguraban que había sido delatado, arrestado, llevado a una mazmorra, torturado y asesinado, y no muerto en combate, Oscar llegó a la conclusión de que la verdad podía ser diferente a todas las versiones conocidas, por ello elaboró la suya, la mostró a sus amigos, a quienes les gustó, y decidió incorporarla a la obra que pretendía escribir. En definitiva, pensaba, si nadie podría afirmar que era dueño de la verdad en este caso, pues todas las

versiones tenían algún punto débil en que no se podía deslindar dónde terminaba la realidad y comenzaba la fantasía, por qué no iba a tener valor la idea que se había formado, en nada parecida a las demás. Si no mayor validez, al menos tendría la misma que cualquier otra, y era la suya. Puso manos a la obra y escribió lo ocurrido con Evelio desde otra perspectiva, propia. ¿Y qué tal si, a fin de cuentas, lo imaginado por él resultaba ser la verdad?

«A veces la vida imita a la literatura», le comentó Gonzalo.

«De todos modos», lo apoyaría Gonzalo cuando leyó más tarde lo escrito, «Donde único se podría encontrar la verdad de lo que pasó ese día es en los archivos del SIM o el BRAC, pero es posible que no todo lo que esa gente hacía se registrara; este muy bien pudo ser uno de esos casos», «Sin contar con que esos archivos, si se conservan, deben de estar bajo siete candados, quién sabe dónde, nunca podrías consultarlos», añadiría Alfredo. «En cualquier caso, la tuya puede ser la creación fantasiosa de un aprendiz de escritor, pero tiene tanto derecho a ser tomada en cuenta como las de los demás, que tampoco tienen trazas de ser definitivas... Hablo de las no oficiales, porque las oficiales son basura para ocultar un asqueroso asesinato», concluyó.

## Un chofer amistoso

*En el Servicio de Inteligencia Militar fue informado que en un carro patrullero de ese organismo había sido transportado al Hospital Militar de Columbia un herido que fue encontrado en el interior del Palacio Presidencial, quien falleció en la mesa de operaciones del mencionado centro cuando era reconocido por los médicos. Posteriormente se dio a conocer que dicho individuo se nombraba Evelio Prieto Guillama y que había sido lugarteniente del doctor Menelao Mora.*

*Alerta, marzo 14 de 1957, p. 11, «Notas del SIM»*

Vio de lejos el grupo de cuatro hombres cuando salían del auto chocado y cuando encañonaban a un policía, y decidió detenerse para no acercarse demasiado, desde donde estaba podía observar lo que pasara y actuar en consecuencia, no tenía sentido participar, ni siquiera andaba armado en ese momento. Le pareció que al menos tres de los hombres portaban armas largas, y que uno arrastraba una pierna, seguramente herida. No le resultó difícil adivinar de qué se trataba. El que no tenía arma larga se separó y tomó apresuradamente por una calle cualquiera; se percató de que también cojeaba, aunque no tanto como el otro. Podía echar a andar, doblar él también en la esquina y dar alcance al que se separó del grupo, pero no le pareció buena idea, el individuo podría tener una pistola bajo la camisa, cómo lo enfrentaría en tal caso; en cuanto a los otros, él era uno solo, los otros eran tres, debía pensar bien lo que haría. Anotó mentalmente el nombre de la calle, podría resultar útil, al menos como punto de referencia, más tarde se vería. Conformó rápidamente un plan de acción

280

en su mente. Lanzó una detenida mirada al interior del automóvil: Salvo un crucifijo colgado del retrovisor, nada más había que ofreciera alguna información sobre la persona que lo conducía. Puso el carro a andar a moderada velocidad y continuó conduciendo en dirección al grupo.

Resultó como había pensado: Al llegar junto a ellos, los tres hombres dirigieron hacia él sus armas y le hicieron señas de que se detuviera. «Haga el favor de bajarse de ahí», le ordenó, apuntándole directamente a la frente, el que cojeaba, un mulato no muy alto pero de complexión atlética, «Ha de ser el jefe», anotó en su mente. «Lo siento, pero mi máquina no se la doy a nadie, esta es mi niña linda y no la suelto por nada del mundo, ¿oyeron?», «Pues si no sales ahora mismo de ahí te sacamos a plomazos, ¿qué te parece?», amenazó el mulato. El juego había echado a andar, y decidió apostar fuerte desde el principio: «Ustedes no me van a hacer nada..., ustedes no son unos asesinos como esa gente de Batista...»

Dio en el blanco por segunda vez; su respuesta dejó al otro sin iniciativa, al menos inmediata. Los tres desconocidos se miraron entre sí, como preguntándose qué hacer a continuación, era evidente que no habían previsto la posibilidad de una negativa. «Oiga, compadre, no joda, que esto no es cosa de juego», rompió el silencio el más alto y robusto de los tres, en apariencia el único que no estaba herido. Lo miró y se dio cuenta de que iba a intentar sacarlo a la fuerza, lo que estropearía su plan. Aunque dos estaban heridos, uno de ellos con una herida bastante fea en la cara, eran tres hombres armados, seguramente desesperados, oponer resistencia sería una estupidez peligrosa, y lo mismo intentar escapar. Ya el más fuerte hacía ademán de agarrarlo por un brazo, lo que determinaría el final del juego...

Reaccionó sin dar tiempo a que el otro completara el movimiento.

«Miren, muchachos, hagamos una cosa...» El hombre alto y fuerte ya había abierto la portezuela y avanzaba un brazo para quizás tomarlo por el cuello, pero no llegó a tocarlo, se detuvo al oír sus palabras.

Hizo una pausa y se volvió hacia ellos sin salir del auto; apoyó un brazo en el volante y el otro en el respaldo del asiento y, sonriendo, con el tono de voz más tranquilo de que era capaz, como si fuera de una conversación entre vecinos, pero tratando de sorprender en el semblante de los otros el reflejo del efecto de sus palabras, les hizo la propuesta que tenía preparada desde el primer momento: «Yo los llevo hasta donde ustedes quieran, ¿está bien?, pero no me pidan que les entregue mi máquina..., eso sí que no... Yo los llevo... Yo mismo la manejo», «¿Se da cuenta de lo que está diciendo? ¿Sabe lo que le puede pasar si lo agarran con nosotros?», preguntó el mulato. Respiró fuerte, sonrió: El plan funcionaba, el resto sería improvisar, ya vería qué se le ocurría. «Si me agarran o no, eso es asunto mío... Bueno, ¿qué?, ¿suben o no suben?», «Usted tiene que estar loco, pero no importa, vámonos ya, que todavía nos agarran aquí.»

El mulato se sentó a su lado, el arma sobre los muslos, con el cañón apuntando hacia él. Observó que el pantalón mostraba manchas de sangre. Tratando de entrar en conversación, se dirigió directamente hacia él: «¿Duele mucho? ¿Es grave?», «No tiene importancia, gracias, no se preocupe.» No logró descifrar si se trataba de una respuesta cortés o si era un intento de cortar la conversación. «¿Adónde quieren que los lleve?», «Usted solo aléjese lo más que pueda de esto aquí, lo demás se verá por el camino.»

«Desconfiado», pensó. «Pero no tanto, si lo fuera de verdad yo no estaría aquí.» Tomó por la calle Monte, rumbo a Marianao. Tuvo la impresión de que ninguno sabía exactamente hacia dónde querían dirigirse.

A los pocos minutos de viaje el herido en la cara pasó un recorte de papel al mulato, le pareció que contenía alguna dirección. «¿Tú estás seguro?» La voz del mulato indicaba desacuerdo. El otro afirmó con un movimiento enérgico y repetido de la cabeza. El mulato insistió, esta vez dejando escapar el comentario de que no le parecía que ese fuera un

buen lugar, y el otro escribió una segunda nota, «Bueno, si tú lo dices, tú sabrás», concordó, y entonces indicó por primera vez hacia dónde había que dirigirse.

«Los voy a esperar aquí», les dijo cuando le indicaron que se detuviera, a unos metros de un edificio multifamiliar. Era evidente que se dirigirían hacia alguno de sus apartamentos, si se habían detenido allí era para que no pudiera determinar en cuál. Era una regla elemental de conspiración, pero en las circunstancias presentes, averiguarlo sería la cosa más sencilla del mundo, bastaba seguir el rastro de sangre que irían dejando. Sin contar la posibilidad de que algún informante lo viera. «No hace falta, ya nos ayudó bastante..., siga, siga...»

Aunque habían cometido un grave error al aceptar su propuesta, durante el viaje habían demostrado no ser novatos, y todos sus intentos de extraerles información habían resultado inútiles, pues casi todo el tiempo permanecieron en silencio, y si respondían a alguna pregunta lo hacían con monosílabos. De hecho, el único que respondía era el mulato, de los otros dos, uno estaba imposibilitado de hablar, y el otro solo lo miraba, diríase que con desconfianza. Ni siquiera sobrenombres logró sorprenderles, por lo que trataba de registrar bien en la memoria los rasgos de los rostros para una posible identificación de al menos dos, el tercero sería irreconocible. De cualquier modo, a estas alturas las precauciones tomadas por ellos resultaban ociosas, haber llegado hasta allí con él era suficiente indiscreción. Decidió reiniciar su juego, pero subiendo esta vez la apuesta.

«Muchachos, vamos a dejarnos de boberías...» En lugar de echar a andar el automóvil cuando los tres pasajeros estuvieron fuera, como le indicaron, abrió la portezuela y salió él también; apoyó los brazos en el techo, habló con convicción, «Aquí todos estamos por lo mismo..., ¿ustedes se piensan que no me doy cuenta de lo que está pasando? Yo también estoy...», «Mire, compadre, aquí a nadie le interesa en qué cosa está usted, ¿se da cuenta? Mire, gracias por la ayuda,



pero acabe de largarse de una vez y olvídense de nosotros, ¿bien?», lo interrumpió el mulato. El alto y fuerte lo miró con gesto hosco, casi agresivo; el de la herida en la cara emitió un gruñido y volvió las espaldas. Era evidente que no querían entrar en su juego. Pero él estaba decidido a continuarlo, sentía que podía ganar.

«Así como están, con esa facha, ¿no se dan cuenta de que se están vendiendo barato? Hasta un ciego se fija en ustedes, mírense cómo están, llenos de sangre por todas partes, con armas largas en las manos, ¿se volvieron locos o qué? Posiblemente no lleguen ni a la primera cuadra sin que los chivateen... ¿O se piensan que por aquí no hay chivatos?» Hizo una nueva pausa, los demás permanecieron sin reaccionar. «Y aunque llegaran adonde van, ¿van a quedarse ahí? Me imagino que no, ¿entonces cómo piensan que van a seguir? ¿Van a esperar que pase una máquina y van a pararla...? Vamos, déjense de boberías...» Se detuvo unos segundos, para observar la reacción. No hubo ninguna, lo cual se le antojó un buen signo. «Es más, creo que mejor no los espero...» Volvió a hacer una pausa. Los otros seguían sin moverse, pero el mulato dijo, con evidente disgusto, «Mire, compadre, no joda más y acabe de perderse por ahí.» Decidió abandonar el tono complaciente:

«Coño, déjense de comer mierda con la desconfianza, que yo también estoy contra Batista... Mi padre era abecedario cuando Machado, pero no fue Machado el que lo mató, fue Batista, antes de ser presidente por primera vez...» La nueva pausa le sirvió para comprobar que sus palabras comenzaban a surtir efecto. «Déjenme que los ayude, muchachos... Ustedes no pueden andar así por ahí, métanse de nuevo en la máquina, yo los llevo, los acerco lo más posible hasta donde van, después los saco hasta donde se pueda, después ustedes siguen...»

Se apartaron unos pasos, el mulato comentó algo con los otros dos, el alto y fuerte parecía no concordar, el herido solo movía la cabeza, mientras se apretaba la cara con un pañuelo,

intentando controlar la sangre que, detenida por unos momentos durante el viaje, había vuelto a fluir. En definitiva, regresaron al auto.

«Acércate lo más que puedas a aquel edificio.»

Cuando llegaron, les recomendó que no salieran del automóvil todavía, había unos vecinos curioseando; salió él, fue al maletero, lo abrió y anduvo revolviendo algunas cosas en su interior. Regresó con unos periódicos, un sombrero y unos trapos, se dirigió al herido, «Mejor que se ponga esto, y con el trapo trate de ver cómo disimula la sangre..., trate de que la gente no se dé cuenta.» Los periódicos sirvieron para envolver las armas, no iban a andar exhibiéndolas.

«Los espero aquí...»

Esperó más de media hora. Meditaba sobre lo que podrían estar haciendo; seguramente habrían aprovechado para lavarse un poco y hacerse las primeras curas. ¿Volverían los tres?

Regresaron el mulato y el alto y fuerte; era de suponer que al otro lo habrían dejado bajo el cuidado de alguien: Exactamente lo que había imaginado que harían. Desde su posición dentro del auto había logrado ver el apartamento en que había quedado. Seguramente allí residía algún amigo o familiar cercano del herido en la cara; no estaba relacionado con sus actividades subversivas, pues de lo contrario el mulato no se habría mostrado tan inconforme con la decisión.

Por esa parte el juego estaba garantizado, ahora faltaba ver cómo le iba con estos otros dos.

Decidió iniciar una nueva ronda. Buscó en el bolsillo de la camisa y extrajo una tarjeta de visita. «Miren, este soy yo, para lo que les haga falta...» En la tarjeta estaba escrito su nombre, y se indicaba que era el dueño de la imprenta cuya dirección constaba. «Tal vez necesiten sacar alguna proclama un día de estos, qué sé yo... Supongo que después de lo de hoy van a venir tiempos difíciles, es bueno contar con alguien más.» El mulato recibió la tarjeta, leyó el contenido y, sin hacer comentario alguno, la pasó al otro, que la miró sin

leer y la colocó en uno de los bolsillos traseros del pantalón. Tampoco hizo comentarios. Él abrió el juego nuevamente: «Les propongo una cosa...»

El mulato no dijo nada, pero lo miró de reojo y como preguntando de qué propuesta se trataba. El arma, ahora disfrazada por los periódicos, continuaba con el cañón vuelto hacia él. Eso le desagradaba, pero se sentía confiado en las cartas que tenía en la mano, así que se lanzó a fondo. «Esas cosas...», señaló con un gesto de la cabeza hacia los muslos del mulato, sin dejar de atender la marcha del vehículo, «Esas cosas son un problema ahora, andar con ellas así, como las tienen ustedes, es demasiado peligroso, hay que esconderlas cuanto antes...» No le respondieron, pero le pareció que lo observaban con curiosidad. «Por eso les propongo...», hizo una pausa, intencional, disimulada con un cambio de velocidad del automóvil. «Les propongo que las dejen conmigo, yo puedo guardarlas en la imprenta, ahí está la dirección; tengo espacio de sobra donde esconderlas... Y allí, si algún día van a registrar, no sería para buscar armas, sino papeles, así que no hay demasiado peligro... Pueden ir a buscarlas cuando les parezca.»

No obtuvo respuesta. «Ya llegará, ya llegará», se dijo para tranquilizarse, porque el mutismo de los dos hombres comenzaba a inquietarlo, ¿qué tal si sospechaban de su afán de colaboración y habían acordado algo contra él cuando estuvieron solos?

Tampoco le habían señalado hacia dónde dirigirse; como antes, solo le ordenaron que fuera hacia delante, que ya le indicarían el rumbo que debía tomar. Pensó que los dos irían hacia un mismo punto, tal vez un refugio donde ya se encontrarían otros subversivos reunidos. En tal caso la jugada sería perfecta. Así le pareció cuando oyó que el mulato le proponía al otro que se fuera con él. Tuvo que controlarse para no sonreír cuando oyó que le dijo: «Guajiro, si quieres vamos conmigo, que yo tengo un lugar seguro.» Sería lo

perfecto, los tendría controlados a ambos y quizás a varios más, pero el llamado por Guajiro se negó; prefería regresar con los suyos, allí conocía a todo el mundo y sabía de quién podía fiarse y de quién no, La Habana era muy complicada para él, hay demasiada gente. «Es del interior», comentó consigo mismo, «Y por el dejo al hablar y lo que dice me parece que es de Pinar del Río..., no es mucho, pero siempre es algo.» La información no fue más allá, pues el mulato no insistió, y el auto avanzaba sin que le dijeran nada más, hasta que, al llegar a Monte y Fernandina, el presunto pinareño le pidió que se detuviera. Retuvo la dirección, aunque comprendió que era un dato inútil, si el hombre se quedaba allí era con toda intención, en esa zona, tan llena de tiendas, con tanta gente que se movía de un lugar a otro, como transeúntes ocasionales o como habitantes, era imposible determinar hacia dónde tomaría; para colmo, permaneció inmóvil en el mismo punto, en la acera, hasta que el automóvil se alejó lo suficiente como para impedirle ver hacia dónde se dirigía. Era de suponer que dentro de unos minutos estaría en cualquier parte menos por allí cerca.

«Fuerte, armado, desconfiado..., muy peligroso, posiblemente de Pinar del Río», sería la descripción que en su momento haría de aquel hombre desconocido.

Con el mulato sucedió otro tanto, pues se bajó en un lugar cualquiera de Guanabacoa y permaneció en la acera sin moverse hasta que el automóvil estuvo suficientemente lejos como para que no se pudiera adivinar el rumbo que tomaría.

«Un desenlace bastante flojo para tanto esfuerzo», fue la primera evaluación que realizó de sus resultados. «Bueno, en realidad no resulta tan malo», se consoló al pensarlo mejor, «Tampoco tengo que ser tan modesto.» No era poco lo obtenido, muchos logran menos con más esfuerzo. Un terrorista localizado (y que cuando fuera capturado dentro de unas horas se vería que no era un subversivo cualquiera, sino uno muy buscado), otros dos cuyos rostros podría identificar en

cualquier momento, pues seguramente estarían fichados, más tres armas largas capturadas, todo realizado por él mismo, sin armas, sin ayuda, por el mero recurso de su inteligencia y valor personal, y el mismo día en que se había producido el ataque al Palacio Presidencial, era verdaderamente un saldo positivo para cualquiera. La captura de las armas era un elemento que abría muy interesantes perspectivas, no por ellas mismas, en definitiva casi todos los días se encontraban alijos de armas en La Habana, sino porque podían convertirse en el hilo que condujera, a través del laberinto de la subversión, hasta los que habían escapado con vida del ataque al Palacio; cuando menos, servirían para agarrar a quienes acudieran a buscarlas, y a partir de ellos tal vez llegar al resto. Aplicando primero unas buenas sesiones de ablandamiento, desde luego, aunque eso ya no era con él, lo suyo era usar el cerebro, no las manos, como le había inculcado el coronel.

«Nada, que en realidad les di un buen golpe, para qué andar con boberías; y todo bien limpio, sin tiros ni sangre», se dijo convencido. La información que llevaría a su informe era oro molido, sus jefes en el Servicio de Inteligencia Militar tendrían que felicitarlo por el buen trabajo y por su creatividad, no eran muchos los colegas suyos que hubieran sido capaces de hacer lo mismo que él. Estaba satisfecho en ese sentido, pero más satisfecho todavía se sentía cuando pensaba en los elogios que recibiría de su otro jefe, el que verdaderamente le importaba aunque nadie supiera que era su superior, el coronel Mariano Faget, que lo había reclutado hacía poco tiempo y ya iba a tener oportunidad de comprobar la buena selección que había hecho al invitarlo a trabajar juntos, «Batista tiene mucha gente para que dé golpes», había comentado el coronel, «Pero los que me mandan a mí, y ahora también a ti, quieren tener con ellos a los que además saben usar la cabeza, porque no basta con golpear. Hay que saber dónde, cuándo y cómo, como hago yo. Y olvídate de los peces de colores, en este negocio, con Batista o sin Batista, nosotros somos lo que en realidad importa.»

Gracias a que supo usar la cabeza, a lo alcanzado se sumaría, un poco más tarde, poder reconocer, al mirar fotos en los archivos, la identidad del mulato, con lo cual sus jefes se enterarían de que uno de los terroristas más buscados en los últimos meses, había participado en los acontecimientos del Palacio ese día y había logrado escapar con vida, «Por eso me parecía conocido, era que yo había visto muchas veces su foto, pero no lo reconocí del todo», comentará al ver el nombre debajo de la foto. Gracias a su buen trabajo, sus jefes se enterarían de que se encontraba herido en un muslo y escondido, «En algún punto entre Regla y Guanabacoa.» Esta última información sería todo lo inexacta que se quisiera, pero era buena y estaba fresca, lo demás era tener paciencia y continuar buscando hasta dar con el fugitivo. Nunca lo confesaría, desde luego, pero lo cierto es que, al verificar la identidad de aquel mulato, sintió un estremecimiento de terror al darse cuenta de la magnitud del riesgo que había corrido; por fortuna logró controlarse y no llegó a exteriorizarlo.

Lo único que impidió a su plan ser perfecto no fue achacable a alguna culpa suya, se debió a una casualidad: Cuando el subversivo que se bajó en Monte y Fernandina comprendió que desde el automóvil ya no podían verlo, se dirigió a una fábrica donde trabajaba un amigo, le inventó la historia de que había llegado a La Habana y lo había sorprendido un tiroteo, y le preguntó si tenía algún lugar donde pasar la noche; el amigo, que no imaginaba la verdad, le dio las llaves de un pequeño local detrás de la fábrica. A la mañana siguiente, regresó a la calle Monte, entró a una tienda, se compró un pantalón nuevo y se deshizo del que llevaba puesto, pues mostraba algunas manchas de sangre seca, no eran muy visibles, pero era un riesgo andar con él por las calles, menos cuando pensaba continuar viaje hasta su provincia.

Son incontables las discusiones hogareñas por culpa de un pantalón puesto a lavar sin que antes se revisara el contenido de los bolsillos. Por el descuido, un recibo, o cualquier otro papel importante, queda destruido. El marido suele afirmar

que la culpa es de la mujer por no revisar la ropa antes de lavarla, y la mujer replica que la culpa es de él, que era quien llevaba puesto el pantalón, y por tanto debió haberlo revisado antes de ponerlo con la ropa sucia. Algo similar ocurrió en esta ocasión. Berto compró un pantalón barato, fue al probador y se cambió. El pantalón viejo no fue a cesto alguno de ropa sucia, como es de suponer: Lo envolvió, olvidado de que en uno de los bolsillos traseros había puesto la tarjeta de visita que el mulato le había pasado en el automóvil; en el interior del bulto colocó la pistola y la granada que llevaba, después se dirigió a un bar, pidió un trago de ron, lo bebió con toda la parsimonia del mundo, y en cierto momento le pidió al dependiente, un chino, que le guardara el paquete, que iba a hacer una gestión cerca y enseguida regresaba a recogerlo. Como es de suponer, nunca fue a buscarlo. Esa inadvertencia impidió que la operación de aquel agente tan eficiente hubiera obtenido un resultado de mucha mayor envergadura.

## **...Y un oficial pundonoroso**

*Es este mismo pueblo que me ha visitado y me colma con las manifestaciones apoteósicas de estos días y de ahora, el que está, como estamos nosotros, por las soluciones democráticas, por el respeto a las normas legales y por los procedimientos legales.*

Fulgencio Batista

*Bohemia*, abril 21 de 1957,  
«Homenaje de desagravio al general Batista»

Mientras Machadito, Evelio, Berto y el combatiente cuyo nombre no se conoció se alejaban del Palacio y comenzaban sus respectivos recorridos hacia la salvación o la muerte, el oficial que dejaron desarmado y tendido en el suelo, aunque era evidente que ya había pasado el mal trance en que estuvo involucrado, y no había peligro alguno, ni lejano ni cercano, que amenazara su integridad física, permaneció todavía unos minutos sin levantarse. Si en esa posición se estaba bien, ¿para qué la prisa?, siempre se ha afirmado que es mala consejera. Aún se escuchaban abundantes disparos, por más que fuera evidente que ya no eran contra el Palacio, y él no tenía ningún interés en experimentar nuevos sobresaltos, mejor esperar. Para peligrosas metidas de pata, con una era suficiente, mira que ocurrírsele enfrentarse a aquellos dos tipos, temblaba aún al recordarlo, y no había que seguir arriesgándose. Bastante bien había salido, que al menos el pellejo tenía sano, y el manchón en la honrilla no había sido público, por lo que podía darse por no existente, que pecar



en privado no es pecar, como sabe cualquier beata, y no se había defecado del susto, eso sí hubiera sido pecado imposible de ocultar, menos mal que logró controlar el esfínter del oprobio. Se había orinado, eso sí, pero no mucho, solo un poquito, casi ni se notaba, de manera que olor que delatara y marcas infamantes no tenía que fueran visibles. Las que llevaba dentro eran otra cosa, pero no cuentan, por no verse.

Era poco probable que alguno de sus colegas lo hubiera visto escondido primero y echado en el suelo después, temblando siempre; era de imaginar que ellos también estarían muy ocupados viendo cómo salían ilesos, o cómo les iba con los respectivos miedos, y en esas condiciones cómo iban a fijarse en él.

Abrió primero un ojo, luego el otro y, sin levantarse, trató de cerciorarse de que no corría peligro. No parecía haber nada de qué preocuparse, los disparos de poco calibre, evidentemente de los atacantes, comenzaban a escasear, lo que más se oía eran las ametralladoras, pero por la dirección del ruido debían de ser las que estaban emplazadas en la azotea. Cuando estuvo convencido de que todo estaba volviendo a la tranquilidad y no había amenaza ni grande ni pequeña para su vida, se armó de valor para levantarse. No se irguió del todo ni rápidamente, está claro, pues no ignoraba que una bala perdida, o una de rebote, siempre es un riesgo posible al que no hay que exponerse, qué muerte ridícula sería si una lo alcanzara, después de haber pasado la prueba de un peligro tan tremendo.

Agazapado, pues, se dirigió sigiloso hasta una posición protegida que le permitiera observar sin tropiezos lo que lo rodeaba.

La inspección ocular lo satisfizo: Se disparaba desde el Palacio, no contra el Palacio. Se observaban algunos cuerpos de uniformados, pero sobre todo de civiles, diseminados por los alrededores, acaso muertos, acaso heridos. Reconfortante espectáculo, podía haber comentado consigo mismo, pero tal vez no conociera las palabras. Era el final de la contienda, no había duda posible.

Y la hora de entrar en acción: Tenía una misión que cumplir.

Se sacudió la ropa, respiró hondo, hinchó el pecho y asumió la postura adecuada a su grado militar; echó a andar, valiente y dispuesto.

Durante los segundos invertidos en erguirse había decidido los siguientes pasos que daría para que no se hiciera evidente su ausencia durante el tiempo en que se desarrollaron los combates en el edificio, y a la vez ganar la aureola de hombre bragado que hasta entonces nunca nadie le había conocido...

## El hombre que se limpió un solo zapato

*El general Batista puede ser asesinado, como se intentó hace varias horas, pero es un jefe que no abandona el puesto, que siente y honra la jerarquía de su alta investidura y que defiende la dignidad de su cargo y su compromiso con el pueblo sin medir los riesgos de su vida.*

(...)

*...terminando la batalla de las balas, está de nuevo en el fragor del combate por el auge y aseguramiento de nuestra economía.*

(Santiago Rey, ministro de Gobernación)  
*Bohemia*, 24 de marzo de 1957

Al niño le faltan unos meses para cumplir los diez años de edad y es llamado Oscarito todavía, si bien andando el tiempo pasará a llamarse Oscar a secas, como antes ocurrió con el padre y el abuelo y, quién sabe, acaso ocurra con su hijo cuando llegue el momento, hay familias así, con inclinaciones dinásticas aunque no tengan un centavo. A pesar de la edad tan a propósito, no conoce de la existencia de un libro llamado *El principito*, y todo indica que ha de pasar mucho tiempo para que lo lea o al menos oiga hablar de él; por el momento, lo suyo no es la fantasía de un niño que debe limpiar cada mañana los volcanes de su asteroide para que no estalle, sino la realidad de otros niños que, como él, deben cada día lustrar zapatos ajenos para contribuir al sustento de la familia. No obstante, por sí solo, sin que alguien haya tenido que explicárselo, ha llegado a la conclusión de que los adultos son demasiado complicados y por eso no hay que tomarlos muy en serio.

Sus amigos, por ejemplo, cuando les contó lo sucedido, no se formaron un lío en la cabeza pensando en cosas que no venían a cuento, sino se interesaron de inmediato por la historia que les relataba; tampoco se asustaron ni hicieron gestos de espanto, como sus padres, sino al contrario, se entusiasmaron con lo que oían, y no pocos llegaron a lamentarse de que no les hubiera ocurrido a ellos; su narración acaparó la atención de todos, al menos hasta que surgió un nuevo tema más entretenido de qué hablar, más entretenido incluso para él, que dejó su relato para escuchar lo que otro contaba.

Y qué otro asunto podía ser el que desalojara así el interés por lo que Oscarito narraba, sino la descripción de la última película prohibida para menores, a cuya proyección en el cine de barrio alguno aseguraba que había logrado entrar subrepticamente, y cuyas escenas más escabrosas pasó a narrar con lujo de detalles, sobre todo haciendo gala de gran imaginación, pues lo único que en realidad había visto eran los carteles exhibidos a la entrada del cine del barrio, nada del otro mundo a decir verdad, aunque también era cierto que había logrado sorprender algunos comentarios de los hermanos mayores cerca de él, no demasiado extensos tampoco, pues la presencia imprevista de los padres había interrumpido antes de llegar a la mejor parte la sesión de auto educación sexual juvenil en que estaba participando. Tanto para Oscarito como para el narrador de filmes no exactamente vistos, el resto de los amigos fueron todo oídos esa tarde, a ninguno se le ocurrió poner en duda nada lo que les era contado, y si interrumpían al narrador y preguntaban por detalles como. «¿Y los pezones eran muy grandes?» o «¿Tenía sangre en los dos zapatos, o en uno solo?», tales preguntas no significaban que quisieran obtener mayor certeza sobre la autenticidad de las historias, mucho menos eran un cuestionamiento al contador de anécdotas, sino eran manifestación del interés suscitado por los relatos, pues quienes oían querían ser capaces de representar en sus cabezas con un máximo de fidelidad lo que, no lo dudaban, los otros dos habían conocido en persona y ellos ya imaginaban que conocían a su vez.

No ocurrió de la misma manera, véase la diferencia, con las personas mayores, más exactamente con su padre y su madre, en realidad los únicos adultos con quienes habló del asunto, pues no había razón para tratarlo con otros. Ambos lo conocían desde el nacimiento, y desde antes en el caso de la segunda, y sabían que, aunque con la normal fantasía de quien aún no ha madurado lo suficiente (porque la madurez es, entre otras cosas, la pérdida de la fantasía) a pesar de tener que compartir algunas de las responsabilidades de los adultos, él no era un mentiroso ni mucho menos; por esa razón, estos dos adultos tan cercanos no debieron haberle dicho, como hicieron, «Cállate, chiquillo, que no sabes lo que estás hablando», y mucho menos debieron amenazarlo con un castigo corporal, como si se tratara de un niño chiquito, cuando insistió, «Les juro que lo vi, es el hombre que me dio un peso y me dejó todo el vuelto.» Era inconcebible, amenazaron con castigarlo nada menos que a él, a quien hacía un año le habían asegurado que ya era grande y tenía que tener el fundamento propio de una persona mayor, y para ello, claro está, qué mejor que contribuir al sostenimiento de la familia limpiando zapatos durante las tardes por las calles de La Habana.

Puede parecer incomprensible, pero los adultos son así. Quizás *El principito* debiera ser lectura obligatoria para ellos.

Claro está que se había asustado bastante con los tiros que se oían, cómo no asustarse; además, aquello parecía que nunca se acababa, tiros van y tiros vienen, pero el susto no fue tanto como para que se le ocurriera pensar en regresar a casa, pues esa tarde no había logrado todavía limpiar su primer par de zapatos y, en definitiva, no era la primera vez que en La Habana se oían tiros, la única diferencia era que estos eran muchos y más seguidos. Bueno, y que en otras ocasiones los había oído estando en casa, y ahora estaba en la calle.

Estaba cansado de andar de un lado para otro, tratando de encontrar la sombra para escapar al sol que, aunque fuera de marzo, no dejaba por ello de arder cuando se estaba mucho rato andando y desandando calles en busca de clientes, de manera que decidió que era mejor esperar sentado que terminara de pasar lo que hubiera provocado el tiroteo, el cual, además, no le parecía que fuera tan cerca. Colocó en la acera el cajoncito donde llevaba los materiales de limpieza, se sentó sobre él y se recostó contra una pared.

Sus espaldas agradecieron el fresco contacto con el muro, y el cuerpo todo el no esperado descanso.

La ligera somnolencia que comenzó a pesarle en los párpados retrocedió por unos instantes al ver cruzar, varias cuadras más adelante, un auto que iba a excesiva velocidad y en sentido contrario a la circulación obligatoria. Casi inmediatamente después se oyó un chirrido de gomas y el sonido de una colisión; desde su posición no podía ver lo sucedido, pero lo imaginó: «¡Ñoo!, un choque.» Si hubiera sido más cerca, correría a mirar, siempre sería algo para contar a los amigos... Pero era un poco lejos. Se consoló pensando que sería un choque igual a otro cualquiera de los muchos que ocurren en La Habana, «Nada del otro mundo.»

Tampoco pudo ver a los cuatro hombres que descendían del auto y a toda prisa se alejaban del lugar del accidente. Hablaron algo entre ellos y uno se separó, los otros tres continuaron juntos.

La modorra volvió a pesar en los párpados del niño limpiabotas. Estaba a punto de ser ganado definitivamente por el sueño, cuando vio venir al hombre. Renqueaba, pero andaba deprisa, y por momentos volvía la cabeza atrás. Normalmente, quien anda con prisa no tiene tiempo que perder deteniéndose en una acera para que le limpien los zapatos; por tanto, la probabilidad de que acepte el ofrecimiento de «Bien limpio, señor» es, cuando menos, remota. Pero Oscarito se dejó inspirar por la musa del comercio y los servicios, si es que existe alguna, aguijoneado por esa circunstancia económicamente

relevante que los adultos definen como «no haber hecho ni la cruz»: En cuanto el casi imposible cliente estuvo al alcance de su voz, le hizo el reclamo usual, para llamarle la atención hacia su presencia y su oficio.

El hombre pasó por su lado como si no lo hubiera visto ni oído, y el niño guardó la sonrisa y la mirada servicial para mejor ocasión. Sin embargo, cuando aún no había dado ni diez pasos, el desconocido se detuvo, como si de repente se hubiera dado cuenta de la existencia del pequeño limpiabotas y recordara que sus zapatos reclamaban una buena limpieza. A veces ocurre.

«Está bien, niño..., bien limpios.»

Tuvo que echar mano al pañito con alcohol para limpiar aquella costra viscosa que evidentemente no era fango. De hecho, tuvo que disponer de otro pedazo bastante más grande que guardaba de reserva. «Es sangre..., es que me hice una cortada en la pierna», aclaró el ahora cliente, aunque no había sido preguntado, un limpiabotas ambulante no es un barbero, no suele conversar mucho. Miró hacia él; parecía muy cansado, o quizás sufría bastante. «¿Le duele mucho?», «No, nada..., es una bobería, pero parece que me lastimé sin darme cuenta.» Mientras hablaba, volvía la cara en todas direcciones; en algún momento extrajo un pañuelo del bolsillo y lo pasó cuidadosamente por toda la cara, por los brazos. Pidió por favor que le echara un poco de alcohol en el pañuelo. Oscarito lo hizo y se concentró en el trabajo, mientras el otro completaba su aseo. Quedaría limpio, pensó, pero por el olor cualquiera podría pensar que había estado dándose tragos, a quién se le ocurre. «Niño», «Diga usted, señor», «¿No tendrás un peine por ahí, por casualidad?» Tenía, por cierto, pero no por casualidad, sino porque su madre lo obligaba a cargar con él, «Limpiabotas, pero peinado y con buen aspecto, que eres un trabajador, no un pordiosero», le insistía.

«Una cosa...», volvió a hablar el hombre al cabo de unos minutos. «¿Sí...?», «Si te preguntan, tú no me viste.»

Una indicación bastante tonta, acaso haya pensado el niño, ¿a quién podría importarle si lo vio o no? Cosas de adultos... «Bueno...», «No, mira, mejor di que cogí por allí.» Señaló hacia una dirección cualquiera, «¿Está bien?»

Oscarito se encogió de hombros por toda respuesta, a él le daba lo mismo.

«Qué hombre tan raro», se le ocurrió pensar; ¿lo estaría persiguiendo alguien?, ¿tendría algo que ver con los tiros que se oían hacía unos minutos? Qué emocionante si fuera así...

Imaginó que se trataba de eso, de la persecución de un héroe de historietas por una banda de delincuentes, o de un famoso espía por sus enemigos, y se sintió en medio de una película de aventuras. Sí, este era un súper espía, y aunque lo estuvieran persiguiendo debía cuidar de su buena presencia, en las películas norteamericanas los espías son elegantes, tienen los zapatos limpios y siempre uno los ve bien peinados, seguramente este era uno de esos. Y seguramente también ahora le dejará un papel con un secreto importantísimo que él deberá guardar hasta que regrese otro día a buscarlo. O quizás deba llevarlo ocultamente a un lugar y entregarlo a otro agente. Sí, porque el papel no puede caer en manos del enemigo, y quién va a imaginar que un simple limpiabotas es el aliado del súper espía en esta misión.

Pero también puede suceder que se den cuenta y comiencen a perseguirlo a él, que se ve envuelto en mil peripecias para burlar a los perseguidores. ¿Por qué no?, hay películas así. Lo que dirían sus amigos del barrio cuando lo supieran...

Levantó el rostro para decirle al hombre que había terminado con el zapato, que cambiara de pie para limpiar el otro, y en ese instante vio que empalidecía de repente. Había descubierto cerca de allí a quienes lo buscaban, probablemente, ¿extraería ahora de un bolsillo una pistola de esas que parece que nunca se quedan sin balas, o un arma secreta que deja a los enemigos paralizados como estatuas? Siguió su mirada: En la dirección indicada por los ojos habían aparecido tres policías, y uno de ellos portaba un arma larga, «Eso parece



una ametralladora», comentó consigo mismo; había visto muchas iguales en las películas y enseguida reconoció esta, pero en ese momento no sintió miedo por lo que pudiera pasar; en realidad no se le ocurrió que pudiera sucederle nada en particular, hasta ahora él era solo un espectador, no participaba de la película y no le habían entregado ningún papel secreto todavía, por qué iba a temer. Se dirigió al espía, en seguimiento de su idea central, que era concluir el trabajo para recibir unas monedas, con independencia de la fantasía en que una parte de él se sumía:

«El otro pie, señor; este ya está.»

El hombre no cambió de posición. En cambio, volvió a hablar, en voz baja y sin dejar de mirar hacia los que se acercaban, «Oye, niño...», «¿Señor...?», «Óyeme bien..., si preguntan algo, tú no hables, ¿está claro?» Había recuperado el color, y hablaba con tranquilidad. «¿Qué quiere decir...?», «Solo eso, si esos policías preguntan algo, tú me dejas a mí, no digas nada. Si acaso, repites lo que yo diga... Y sigue dando cepillo en el zapato, como si no hubieras terminado todavía.»

Si no un súper espía, al menos era adivino, pensó Oscarito segundos después, ya que, en efecto, en cuanto estuvieron cerca los policías se detuvieron frente a ellos y les preguntaron si por ahí había pasado alguien corriendo. «Corriendo..., sí, por allí..., pero me pareció que eran dos», informó el hombre, señalando en alguna dirección. «Y tú, niño, ¿viste algo?» Oscarito, ahora asustado por el cariz demasiado realista que iba tomando la película, casi no levantó la cabeza, por miedo a que le descubrieran en la cara que mentía, «Sí, por allí...» Los policías hicieron ademán de seguir, pero uno se volvió de repente, «Ven acá, ¿y tú eres de por aquí?» El hombre no se inmutó y señaló hacia el último balcón de un edificio de tres plantas situado en la acera de enfrente, «Sí, vivo allí arriba..., siempre me limpio los zapatos con este niño, puede preguntarle.» El policía abrió la boca como

si fuera a decir algo más, o a preguntar al niño para que ratificara lo dicho por el otro, pero cambió de idea y solo frunció la nariz, como reconociendo algún olor en el hombre. «A ver si se creen que es un borracho», se dijo el niño, pensando en el olor a alcohol.

«Vamos, que todavía nos coge la noche en esta mierda», dijo de repente uno de los policías, y los tres siguieron en la dirección que les habían indicado.

Oscarito estaba temblando, ahora sí asustado, la película era de verdad, pero el oficio se impuso, «El otro pie, señor.» De repente el cliente ya no estaba interesado en la limpieza de sus zapatos. «Está bien así... Toma, gracias», puso en sus manos un peso, dio media vuelta y se fue, nuevamente con prisa y cojeando. «¡Señor, su vuelto!», «Deja eso, muchacho, ¡y gracias!», «Solo le limpié un zapato...»

El hombre se detuvo, se volvió hacia él, sonrió, se acercó unos pasos, «Hiciste más que eso, muchacho, más que eso...» Se dio vuelta otra vez y agitó la mano en señal de despedida, mientras se alejaba.

Sin saber por qué, Oscarito sintió de repente pena por aquel hombre, quizás el tono en que había hablado le hizo imaginar que estaba muy solo, que necesitaba ayuda, o al menos compañía. No, no era un súper espía, era un hombre que se escondía y estaba herido, «¿Quiere que lo acompañe a la casa de socorros?», le dijo levantando un poco la voz, antes de que se le perdiera de vista. Como respuesta oyó la risa, como de niño, que el otro soltó mientras se alejaba, «Acompañarme a la casa de socorros..., esa sí que es buena.»

Aquella había sido su historia; sin embargo, en lugar de mostrarse orgullosos, o cuando menos admirados, de la aventura vivida por su hijo, en su casa no prestaron demasiada atención cuando comenzó a contarla, y ni siquiera le permitieron que la narrara con tanto lujo de detalles como cuando habló con los amigos de su edad; prácticamente no pudo contarles

casi nada, no quisieron oír. Sus amigos, en cambio, no solo lo estimularon a contar lo que vivió y lo que imaginó, incluso a que lo incrementara cuanto quisiera, sino también, al final, sintieron que cada uno de ellos había participado, como él, de una aventura peligrosísima en que hubo persecuciones, tiros, mensajes ocultos y súper espías inatrapables. Si se hubiera realizado una encuesta un poco después, el resultado sería que esa tarde La Habana estuvo repleta de hombres heridos en tiroteos que engañaban a la policía con el auxilio de valientes limpiabotas.

En contraposición, a los padres les bastó que les jurara que el dinero era bien habido, y no solo se desinteresaron enseguida de lo que él hablaba y no quisieron que profundizara en la historia, como antes se dijo, sino incluso le prohibieron que volviera a referirse al asunto. Por nada del mundo querían volver a oírlo hablar esos disparates. «No hables con nadie de eso, ¿sí?, y mejor olvídale tú mismo; eso nunca pasó, ¿oíste bien?», fue todo lo que le dijeron ese día, y en ese punto concluyó su intento de comunicación con el mundo de sus padres. Tampoco le permitieron salir a trabajar durante un tiempo, porque, según afirmaban, «La calle está demasiado revuelta», frase que no le parecía con mucho sentido, él lo veía todo igual que siempre, pero no replicó, pues a los padres uno debe obedecerlos, no tratar de entenderlos en todo lo que digan o hagan, según había llegado a concluir por sí mismo, como se ha referido, sin conocer que existió alguien en el mundo que lo había afirmado bastantes años antes.

Lo que Oscarito no sabía era que en realidad sus padres sí habían atendido al relato que les había hecho, y mucho más de lo que él hubiera podido imaginar; habían creído en sus palabras y no dudaron de uno solo de sus pormenores: estaban convencidos de que la historia era verdadera de comienzo a fin, pero consideraron más prudente no admitirlo ante él: Cómo explicarle a un hijo la distancia que hay entre una película y la vida real.

Un poco más tarde, sin que él estuviera presente, revisaron el cajoncito con los enseres de trabajo del hijo y allí encontraron la prueba más fehaciente del enorme peligro en que había estado envuelto sin saberlo: los paños manchados de sangre. Con manos temblorosas, la madre los tomó y los desapareció en el fuego.

Pasados varios días, cuando prácticamente había olvidado la historia, relegada en el interés colectivo, incluido el suyo, por las oídas a amigos mayores, referidas por lo general a temas no tratados en casa, y en que el sexo ocupaba el primer lugar, Oscarito vio sobre una mesa un periódico que su madre o su padre habían estado leyendo minutos antes. Algo en el contenido llamó su atención, lo tomó y miró con detenimiento. «¡Es él, mamá, es él!», gritó, alborozado: En el periódico aparecía la foto del hombre al que le limpió un solo zapato. Aquella era la prueba de que no había inventado nada de lo que había contado, debía mostrarla a sus padres, y quizás hasta sería bueno llevar el periódico a sus amigos, volvería a ser el centro de atención por unos minutos. Lo tomó y fue junto a la madre, «Te lo dije, mamá, te lo dije, no era ningún cuento mío... Yo no inventé nada.»

La madre no entendió a qué se refería el hijo, «¡Niño, qué alboroto es ese!, ¿de qué cuento estás hablando?», «Míralo, mamá, es él, el que yo decía», «¡Qué sé yo qué es eso que tú decías, muchacho!... Habla claro, que no te entiendo», «Que es él, mamá, ese hombre que está en el periódico es el que yo decía...», «Y vuelve con lo mismo..., ¿de qué hombre me estás hablando, y a mí qué me interesa?», «Míralo, mamá, ese que está ahí es el hombre que les dije, el que se limpió un solo zapato, el que me dio el peso y me dejó el vuelto... ¿Tú ves, mamá?, yo no digo mentiras.»

Con un poco de aprensión, la mujer tomó el periódico que el hijo le mostraba y miró hacia la foto que señalaba con un dedo. Sintió un ligero vahído que él no llegó a advertir. Llamó al esposo, «Oscar, ven acá un momento... Rápido, que es importante.»

El niño no se dio cuenta del tono de la voz ni de la lividez del rostro de la madre, estaba demasiado feliz de que ella quisiera compartir con el marido la demostración de que la historia que casi no le habían dejado contar no era ninguna fantasía, ni el argumento de alguna película que le hubieran contado, era una fascinante realidad en la cual había tomado parte. Quizás ahora le pidieran que la refiriera de nuevo desde el principio, y hasta lo felicitaran por la experiencia tan emocionante que, a su edad, ya había conocido.

«Este hijo nuestro ya es todo un hombre», seguramente excluirían.

Oscar adulto llegó bastante rápido, refunfuñando porque a ese paso nunca terminaría el arreglo del radio que un vecino le había dado a reparar, «Y bastante falta que nos hace terminar ese trabajito.» No sería mucho, pero era un poco más de dinero que entraría en casa, con la necesidad tan grande que tenían. Pero si lo interrumpían a cada rato...

Oscarito no le dio tiempo a preguntar por qué lo habían molestado, «¿Viste, papá, viste?», exclamaba jubiloso, y señalaba hacia el periódico en las manos de la mamá. Fue ese el momento en que ella le ordenó, casi gritando, «¡Cállate, chiquillo, que no sabes lo que estás diciendo!» Sorprendido, insistió, «Pero si es verdad, mamá, es él, él mismo... Míralo tú, papá.» Sin entender, pero impresionado por la expresión casi de pánico en el rostro de su mujer, Oscar tomó el periódico y lo miró; en él se mostraban las fotos de varios jóvenes, con el nombre de cada uno al pie; encima de todas ellas, un titular en letras algo grandes avisaba que se trataba de algunos de los terroristas muertos durante el fallido asalto al Palacio Presidencial en la tarde del pasado miércoles trece de marzo.

A su lado, insistiendo en que le hicieran caso, el hijo repitió que ahí estaba el hombre al que le limpió un solo zapato, «El otro día...»

«¿No se te dijo bien claro que no volvieras a hablar de eso, que eso nunca sucedió, que lo olvidaras...?», fue la sorpren-

dente frase que Oscarito oyó de su padre, que parecía estar muy enojado. «¡Pero es él, él mismo, lo juro!», «¡Si serás malcriado», «Pero papá...», «¡Que te calles!»

Oscar padre levantó la mano en un primer impulso por darle un bofetón al hijo, pero logró controlarse en el último momento y solo lo tomó por los hombros y lo sacudió con fuerza. «Que te calles, coño», gritó; lo soltó y fue casi corriendo a refugiarse en su trabajo.

«Pero es él, pensaba yo mientras asentía resignado y juraba que no volvería a hablar nunca más del asunto», contaría mucho tiempo después Oscarito, ya Oscar él también, a su hijo y sus compañeros de estudios de la universidad, un día de comienzos de marzo.

## Pepe

*Los insurgentes, con ametralladoras y otras armas, con impulso audaz, llegaron hasta el segundo piso, casi junto al despacho del Presidente de la República. La guardia palatina estaba almorzando. En la tercera planta, en lo que constituye la residencia privada del Presidente, su esposa atendía al menor de sus hijos enfermo. Por todas partes reinaba el vocerío iracundo, la confusión, el silbido de las balas, el tableteo de las ametralladoras. Ignorábase, a derechas, quiénes eran los atacantes. El general Batista, junto al teléfono, pistola en mano, daba órdenes militares. Ocupaba su posición sin importarle riesgos, sin abandonar el sitio peligroso. En esos momentos, no solo se mantenía valientemente en su cargo, sino que también amparaba su propio hogar. Arriba estaba la compañera, ahora en estado de gestación, junto a la cama de un hijo enfermo. En esos instantes no se podía suponer cuál sería el final de la tragedia. Agotada por muertes y heridos la custodia militar solicitaba refuerzos, los que demoraban, naturalmente por la distancia. Antes que los tanques llegasen, el general Batista vio a su lado, ecuánime, firme, reflejando en su bello rostro el dolor y la amargura, a su gentil compañera, esa Martha del Pueblo, aclamada en días felices, esa mujer bondadosa, idónea para sentir desgracias ajenas, mimada por la ventura, hecha a sedas y perfumes, que ante el grave peligro se ponía junto a su esposo, cuando la sangre caliente aún, se derramaba sobre los mármoles.*

Ataja, marzo 19 de 1957, «El gesto de Martha», Antonio de Irazoiz

Han logrado salir de la ratonera; frente a él, en todo su esplendor, está el parque Zayas y más allá Bellas Artes, donde sabe que se encuentra Ella. «Me prometió que se quedaría hoy por la tarde cuando se lo pedí, así que allí está..., ¿estará mirando hacia aquí ahora?» Difícil, con tantos tiros, sería suicida asomarse a una ventana, y si intentara hacerlo alguien se lo impediría.

Le espera una carrera corta, pero la más intensa de su vida. Espera que las piernas le respondan; tal vez algo le queda todavía de sus tiempos de deportista en el Instituto Edison, cuando era uno de los campeones de campo y pista y su cuñada, que entonces no imaginaba que algún día lo sería, lo conocía como «el cuatro ojos del Edison», el pesado ese que siempre dejaba en segundo lugar en las competencias a un amigo suyo que corría por el colegio Baldor. A pesar de los años transcurridos y las libras que ha ganado, algo ha de quedarle en las piernas de aquella rapidez que de adolescente tenía, y con la ayuda de la adrenalina que le circula con la sangre podrá hacer el tramo corriendo en zigzag y a una velocidad tal que eluda la puntería de los que están disparando, como han logrado hacer algunos otros. Por ejemplo, uno de los Luises, Goicoechea, que había estado, como él, buscando a Batista por el segundo piso, lo había conseguido un poco antes, aunque no siguió hacia Bellas Artes, después de pasar la fuente tomó hacia la izquierda, hacia la calle Tejadillo y de ahí continuó por Villegas, por donde logró escapar. También había visto cómo atravesaba el parque, aunque herido en una pierna, Tony, miembro del grupo que combatió contra los escoltas del parqueo; al igual que iba a hacer Pepe, Tony se había dirigido hacia Bellas Artes pensando en la posibilidad de encontrarse con los integrantes del comando de apoyo, y fue sorprendido por los balazos disparados por unos policías allí apostados, que por suerte no lo alcanzaron; disparaban a bulto, sin apuntar, seguramente habrán pensado que no había por qué arriesgarse. Respondió a los disparos y logró escapar tomando hacia la derecha, por la calle Zulueta, siguió hasta Prado y continuó hasta desaparecer.

Junto a Pepe, a unos pasos, echó a correr Juan Pedro, cojeando; un poco más atrás, rodilla en tierra en la escalera, permanecía otro Luis, Almeida, que aún no se decidía a escapar del lugar, acaso pensando que todavía podría llegar el comando de refuerzo, y disparaba sus últimos cartuchos contra los pisos de arriba, no quería irse sin al menos haber agotado las balas.



«Primero pasar la fuente, que es lo más complicado, y llegar hasta la estatua del chino Zayas, lo demás no será tan difícil, puedo llegar hasta el museo, ya allí veremos qué pasa.»

Si llegara hasta el museo, acaso pudiera esconderse en alguna parte, tiene amigos allí y conoce todos los recovecos. Y la tiene a Ella, su Bruja, su mejor refugio. Llegar hasta ella es estar a salvo, no sabe cómo, pero intuye que así será, su sola presencia le permitirá escapar a la muerte; así ha sido siempre desde que la conoció, así ha de ser ahora: Ella es su amuleto de la buena suerte. También es posible que el comando de apoyo esté llegando en este mismo momento, demoraron en entrar en acción porque no estaban bien organizados, por eso no pudieron actuar a tiempo, pero ya están ahí cerca, ya van a tomar parte en el combate, con este refuerzo podremos empezar de nuevo, todo no está perdido, Batista debe de estar cagado de miedo todavía.

El parque que se hizo construir en su honor el presidente Alfredo Zayas Alfonso, El Chino, y también El Pesetero, en la onomástica popular, es realmente un lugar hermoso, orgullo de los habaneros. Resulta un verdadero placer deambular por entre sus jardines, sentarse a descansar en alguno de sus bancos, dejar pasar las horas mirando la fuente o escuchando el trinar de los pájaros, olvidarse del ajetreo diario en ese trocito de oasis construido en medio del bullicio de la ciudad, y a pocos metros del lugar desde donde se rigen los destinos de la nación. Zayas lo inauguró el mismo día en que entregaba el gobierno a Gerardo Machado, el veinte de mayo de 1925. Ocupa la manzana comprendida entre las calles Chacón y Colón, y las avenidas Zulueta y Monserrate, también avenida de las Misiones. Dispone de una fuente, jardines, arbustos que ofrecen sombra y, en este momento, dificultarían la puntería, y por fin, en el centro, la estatua, sólida, inmensa, imponente, con el anciano gobernante de pie allá arriba, sobre un pedestal en forma de obelisco.

Algunos, en otros tiempos, afirmaban que la estatua no era del presidente, sino de cualquier otro que guardaba parecido con él, porque no alcanzaba el tiempo para fundir una verdaderamente suya, y Zayas no quería abandonar la silla presidencial sin dejar inaugurado su monumento. Si fue leyenda urbana o realidad ya es imposible determinarlo, pero si lo afirmado es verdad, hay que entender que ciertamente al hombre lo asistía la razón, pues es de suponer que aquello que el presidente entrante robara no iba a invertirlo en perpetuar la memoria de su antecesor, qué gracia tendría gastar en eso.

«Hasta aquí llegó», afirmaba el pueblo que indica el presidencial brazo derecho extendido, mirando hacia el Palacio; la palma vuelta hacia abajo indica el tamaño alcanzado por la corrupción en su gobierno. Como además la mano izquierda está en el bolsillo de la chaqueta, otros afirmaban que el mensaje no era ese, sino otro: «Lo que tengo aquí me lo robé de allí», que más o menos significa lo mismo, pues, además de un reconocido intelectual criollo, fue un gran ladrón, según afirmaban sus detractores, aunque en realidad él no fue el único ni el primero en robar al tesoro del país. Y sobre todo no sería el último.

«Llegar hasta la estatua es casi estar a salvo de los disparos desde Palacio», vuelve a decirse Pepe; es cierto, se necesitarían cañonazos para derribarla, no es solo bello el parque, también es sólido, ojalá no llegue un tiempo en que alguien haga desaparecer, con un golpe de pluma, tanta fuerza y belleza, aunque sea dedicada a un presidente corrupto. Solo por bella la obra merecería permanecer, pues la belleza tiene prerrogativas que nunca debieran desconocerse.

Debe correr en esa dirección, pero a la vez tiene que volverse y disparar contra quienes le disparan, no dejar de hacerlo mientras le queden municiones, es la única forma de escapar él y ayudar a que otros escapen. Y también porque no se trata de huir por huir, esto es una retirada para continuar el

combate en otra ocasión, no una estampida, ya van a ver en unos días, es solo que nos organicemos otra vez. Se vuelve, apunta hacia el lugar desde donde vienen los tiros, aprieta el disparador, el cargador queda vacío, ahora está sin balas, solo le queda la pistola, pero no vale la pena usarla a esta distancia, más adelante sus balas pueden ser necesarias.

Del lado contrario alguien hace lo mismo con una ametralladora calibre treinta, apuntando hacia él. Algunas balas equivocan el camino y no llegan a su objetivo humano, es algo que suele suceder en un combate real, buena parte de los disparos no dan en el blanco. Dos de ellas chocan de frente y se funden en una, por lo que tampoco alcanzan su destino. Una de las disparadas por Pepe alcanza a un soldado de lleno en el brazo izquierdo, el hombre lanza un grito, más de susto que de dolor, el sonido llega a sus oídos. «No lo maté pero le acerté, algo es algo», diría Pepe si viera al herido abandonar el arma y darse por inútil para el combate, siempre será uno menos para perseguir a los compañeros que huyen, o a él mismo.

Había más balas en el aire; de las que venían contra él, tres se le alojan en el vientre, las demás continúan viaje, zum, zum, zum, sin encontrar un cuerpo humano donde incrustarse, quedaron frustradas en su condición de portadoras de muerte. Todavía alcanza a ver que otra golpea a Juan Pedro en el brazo izquierdo, cerca del codo, justo al momento en que iba a lanzarse al suelo. Juan Pedro siente además algo que lo quema; más tarde sabrá que una ráfaga lo rozó y le dejó un tatuaje de rayas como recuerdo. Caen ambos junto a la fuente del parque, solo hasta ahí habían avanzado. Al ver que han caído y permanecen inmóviles, quienes les dispararon los dan por muertos y comienzan a tirar hacia otra parte, tratando de alcanzar a los que corren por la calle Monserrate. Por un momento la balacera se desvía hacia otra dirección.

Juan Pedro, tirado en el suelo, a su lado, también sangra abundantemente, la herida que acaba de recibir es grave, pero no tanto como las de Pepe, y no lo matará, logrará escapar a pesar de ella y de la otra, la del pie que le hicieron al

principio del combate, esa era leve. Todavía no se le ha acabado el tiempo a Juan Pedro, para que muera será necesario que antes se junten muchas circunstancias y contingencias adversas, y ni siquiera así, porque para derribar a este coloso será necesario, en definitiva, que aparezca en su camino un traidor que lo delate, de otra manera era imposible, y junto a él, entonces, caerán otros guerreros; ellos no podrán morir matando, como ahora Pepe, porque los asesinarán a mansalva, por más que uno de esos muertos que lo acompañarán le haya perdonado la vida hace unos minutos, o quizás lo esté haciendo en este mismo momento, a un adversario.

«¡Vamos!», le grita Juan Pedro, que se ha dado cuenta de que Pepe no hace nada por levantarse, mientras se incorpora y se dispone a salir corriendo otra vez, aunque cojea y el brazo le sangra en abundancia. «¡Vamos!», repite y se acerca arrastrándose para tratar de ayudarlo a levantarse.

«No puedo..., sigue tú», es la respuesta definitiva de Pepe. Juan Pedro debe entender que su insistencia es en vano.

La hemorragia no se detiene, no se detendrá más, hasta dejarlo exangüe. No es tanto el líquido que sale al exterior por estos pequeños círculos de muerte que se le han abierto en el vientre a Pepe, no es pérdida que mate a nadie, mucho más mortífero es lo que corre hacia adentro, escapado de los cauces deshechos, a inundar sus órganos. No obstante, acaso no sea esa la causa de su muerte, el caudal todavía podría ser contenido, el cirujano aún estaría a tiempo de ejercer su oficio de costurero con sus venas y su piel, como hizo otro hace algunos años en Sagua la Grande para salvarle la vida y lo logró; aquello de entonces fue un tonto accidente con una pistola, ni siquiera tenía por qué recordarlo en este minuto. Esto de hoy, en cambio, ha sido una eventualidad, nefasta pero probable, que se contaba entre las contingencias esperables en una acción como la que vino a ejecutar en este lugar, resultado no buscado pero posible de ser hallado; por eso no

se asombra de estar muriendo, lo que le disgusta es que morir le impide continuar su camino.

Está muriendo, pero está despierto.

«Estoy despierto y espero el fin de la pesadilla de este día, pero todavía falta un balazo final, una bala disparada por un arma apuntada directamente a la frente por ese militar que asustado se dirige hacia mí, que no me conoce ni sabe por qué lo hace, él solo ha oído la voz de la Primera Dama reclamando «Mátenlos a todos», o le han dicho que lo dijo, o le ha adivinado el antojo. Ya recuperada del pánico que aún tiene mudo a su marido, imparte las órdenes que él no está en condiciones de dar, y dentro de poco, cuando ella le recuerde que debe hablarle a la tropa, al general sin tropas no le quedará más remedio que agitar los brazos hacia la jauría entusiasmada en señal de saludo, imposibilitado de hablar porque todavía estará temblando su mandíbula, acaso los pantalones también tendrá mojados por la emisión involuntaria de vaya usted a saber qué materia; más tarde, cuando se reponga, tratará de olvidarse del miedo que ha sentido, como se ha olvidado seguramente de aquella otra vez que también se asustó, no tanto como ahora, desde luego, esta vez fue la mayor de todas, porque hoy sintió su última hora bien cerca.»

Fue también en marzo, cinco años atrás, después la han llamado la jornada gloriosa, y no corría ningún peligro; se lo habían asegurado, que el camino estaba expedito, nada había que temer. Iría bien protegido, escoltado por seis perseguidoras, hasta el cuartel de Columbia, donde tenía amigos, donde todo estaría preparado para recibirlo y llamar desde allí a la sublevación general contra el gobierno. No obstante las garantías que le ofrecían, temió a la posibilidad de que se tratara de una encerrona, que Prío o cualquier otro hubiera montado un gran teatro para eliminarlo y declarar que había muerto al intentar un golpe de Estado, por eso solo se decidió

a participar en el juego cuando se percató, porque su sexto sentido especial para las oportunidades únicas se lo advirtió, de que no había nada que temer, que se trataba de un golpe bien planeado y que podría beneficiarlo; si se movía como sabía hacerlo podría repetir lo del treinta y tres y alzarse con todos los triunfos.

De todos modos, por si acaso, no entró por la posta seis como habían acordado los conjurados que fueron a buscarlo, sino por la cuatro, por si estaban esperándolo allí para eliminarlo o ponerlo preso. Más adelante declaró a los periodistas que había entrado por la posta con una bala en el directo, para vender cara su vida si fracasaba, y en último caso guardar la última para él. Aquella bala en el directo pasó a formar parte de la leyenda de ese día.

Cuando esté repuesto de este otro susto de hoy, recordará la frase de entonces y echará nuevamente mano a ella, aunque modificándola y adornándola un poco más para hacerla definitiva y que así quede plasmada para la historia, repetida por todos los órganos de prensa: «Permanecí todo el tiempo en mi puesto, al teléfono, con la pistola al lado y la bala en el directo, comunicándome con los Estados Mayores del Ejército, la Marina y la Policía, los tres partidos en que me apoyo, como ustedes saben.»

Martha no irá a desmentirlo después, desde luego, es una esposa conocedora de sus deberes. En cambio, dará las órdenes que él, aunque quisiera, no está en condiciones de impartir.

El uniformado oyó la orden de la Señora. O alguien le dijo que la oyó, o la imaginó, como se dijo antes, qué importa el pormenor, lo que cuenta son los resultados.

Quizás ni siquiera había sido propiamente una orden, sino más bien la expresión histérica de un deseo momentáneo aunque repetido varias veces, para el militar era lo mismo, un caso de obediencia debida. Allá, dentro del edificio, a estas

alturas ya no quedarían heridos que rematar, algunos oficiales se han mostrado muy diligentes en cumplir la orden. Entre los cuerpos desperdigados por la acera tal vez hubiera alguno, aunque todos parecían muertos, habría que acercarse para verificar. Mirando mejor, se dio cuenta de que cerca de él, desplomado por una ráfaga junto a la fuente del parque, se veía uno que aún respiraba, o le pareció a él que respiraba, para qué detenerse en averiguaciones, y vio la posibilidad de quiso anotarse el pequeño gran mérito de satisfacer los deseos de venganza de la mujer del Jefe; la Dama, al enterarse, seguramente sabría recompensarlo.

Ella no firma ascensos, él lo sabe, pero, por qué no, tal vez pueda mencionar su nombre al marido y agregar: «Se portó como un valiente», eso sería suficiente. Y, si no llegara a tanto, quién quita que mañana mismo le ofrezca algún regalo que los colegas envidiarán, cuando regrese del paseo que dará por las más selectas tiendas de La Habana, vestida por completo de rojo en señal de euforia y prodigando a derecha e izquierda su más amplia sonrisa de satisfacción y alegría, gesto con el que querrá demostrar a propios y ajenos que no la ha afectado en absoluto la muerte de tantos atacantes, ni tampoco, por cierto, la de los defensores, cinco en total, con veintiocho heridos, según reflejará la prensa, aunque esos datos uno nunca sabe si son falsos o verdaderos. En voz baja le criticarán algunas amigas el gesto, movidas a piedad ante tanta sangre de propios y ajenos derramada, aunque mucho se cuidarán de hacérselo saber; Martha les leerá el reproche en la cara, pero no se molestará por ello, al contrario. «Allá ellas que son unas flojas, cuando no unas oportunistas», se desquitará pensando, a saber qué dirían si se hubieran visto en medio de aquel infierno como se vio ella y con el marido sudando de miedo y hecho un inútil. Después de tamaño susto, a quién se le ocurre alterarse por lo que le pasó a un montón de revoltosos que ya no molestarán más, bien merecido se lo tienen, quién los mandó hacer lo que hicieron.

Y si algunos soldaditos también murieron tampoco es para tanto, para eso se les paga, y bastante bien, para que maten si tienen que matar, como hicieron, y para morir si al caso viene; mala suerte si les tocó, son gajes del oficio, no se hubieran metido a soldados, nadie los obligó tampoco.

Se acercará el uniformado, con precaución al principio (no hay que descuidarse, un herido, incluso un moribundo, no es todavía un muerto y no ha perdido la capacidad de disparar y matar antes de morir del todo, qué estúpido sería dejarse matar por quien está muriendo), después con más decisión, al comprobar que no existe más peligro que el sobrenombre del muerto, aunque eso, lo del sobrenombre, no lo sabrá hasta mucho después, y será entonces el tiempo de blasonar de la gloria guerrera adquirida en este día, esperemos todavía un poco y lo veremos. A menos de un metro de él se detendrá, apuntará el arma cuyo cañón quedará a cinco centímetros de una frente donde algún día se albergaron ideas, amores, afanes, entusiasmos...

No sentirá emoción alguna al apuntar, cuál podría sentir si no teme ni odia a este hombre que yace indefenso, al que nunca había visto y quizás ya esté muerto, si no lo está ha de faltarle poco, no ha de ser mucha la diferencia a fin de cuentas, y él debe hacer esto que está a punto de hacer.

Él solo cumple una orden.

Una orden que quizás ni siquiera es importante cumplir a esta hora.

Pero igualmente ha de cumplirla, porque la Primera Dama la ha expresado y seguramente el General lo desea, aunque el miedo no le permita hablar todavía, si bien esto último no lo sabe ni lo sabrá el uniformado, lo que sabe, y es lo que importa, es que, si no dispara él, que está más cerca, otro podría hacerlo y cargaría con el mérito de complacer a la mujer, se sabe que está embarazada, y a las embarazadas hay que satisfacerles los antojos, de lo contrario a uno le nace un orzuelo.



Un orzuelo es algo muy molesto, por cierto.

Y él necesita anotarse un punto de héroe al menos por esta vez en su vida.

Contiene la respiración mientras oprime despacio el disparador, como indica el instructor en las clases de tiro, *hasta que lo sorprende a uno el disparo...*

El disparador libera el martillo.

El martillo golpea la aguja percutora.

La aguja percutora hace detonar el fulminante.

El fulminante incendia la pólvora contenida en la vaina.

La pólvora incendiada produce una explosión.

La explosión impulsa el proyectil.

El proyectil atraviesa el ánima del cañón del fusil y sale al exterior.

Y a pocos centímetros de la salida encontrará la frente de un hombre que está postrado, herido y desangrándose sobre la fuente del parque que hizo construir el presidente Alfredo Zayas para perpetuar su nombre.

El proyectil, como el uniformado, tampoco sentirá emoción alguna al golpear contra el objetivo, *cuál podría sentir si no teme ni odia a este hombre que yace indefenso, al que nunca había visto y quizás ya esté muerto, si no lo está ha de faltarle poco, no ha de ser mucha la diferencia a fin de cuentas.*

Él solo cumple las leyes de la física.

Y el uniformado que cumple una orden de la Primera Dama y no siente emoción alguna al hacerlo, y que ha oprimido el disparador que echó a andar el proceso que ha llevado a una bala a encontrar en su camino esta frente donde durante casi treinta y un años se han albergado múltiples ideas, amores, afanes y entusiasmos que han convertido a este hombre en un ser humano único e irrepetible, ese uniformado, dígame de una vez, no es una bestia surgida de una imaginación diabólica ni una especie diferente de animal, es también, según la clasificación zoológica, otro ser humano único e irrepetible con múltiples ideas, amores, afanes, entusiasmos.

Cumple, sin embargo, la orden de matar a un semejante, cual un proyectil cumple una ley de la física.

La bala al entrar desordenará mis ideas y mis amores, afanes y entusiasmos, hasta convertir todo lo vivido en un amasijo que brillará intensamente dentro de mí en un instante de inmedible duración, antes que se borre de manera definitiva la senda que me conducía por el mundo de los vivos. No adivinará la bala ni adivinará el soldado que la disparó, acaso lo intuya un joven como yo dentro de muchos años, y lo haga llevado por lo que le hayas dicho de mí, imaginado o real, que en esa confusión de sensaciones que fue mi vida tu figura orientará los recuerdos en el repaso final, hasta que deba irme del todo y abandonar definitivamente el cuerpo que ya no puede albergarme, y entonces mi esencia correrá hacia ti como tú correrás hacia mí, para fundirme contigo de tal manera que llegará un momento en que no sabrás si yo aliento en ti o tú alientas en mí, porque no es cierto que me matarán con estos balazos, mi cuerpo se pudrirá en una fosa como cualquier otro, pero yo sobreviviré dentro de ti, mi brujita, como viviré dentro de todos los que me han amado y no me olvidan, aunque acaso algunos habrá que traten de borrarlos, a mí, a ti, y a tantos otros que hoy hemos caído, de la memoria.

La bala no sentirá emoción alguna porque es un simple pedazo de metal concebido para este momento y este acto y, cumpliendo su destino, como cumple el suyo el soldado, destrozará el débil obstáculo óseo de mi frente hasta romper en el hombre que vivió detrás de ella cualquier vínculo que le quedara con la vida.

El uniformado que hasta el momento de disparar no sintió emoción alguna, porque no odiaba ni temía al hombre que no conocía, verá el proyectil impactar y enseguida penetrar

el hueso detrás del cual se alojaba una vida, y se asustará con susto de muerte al comprobar que al muerto los ojos le continúan vivos y lo miran directamente a los suyos. Y llegará hasta el cadáver y golpeará frente y rostro y cuerpo con el fusil.

«Para que aprendan a respetar al General», gritará alto, para que lo oigan los vivos, pero sobre todo los muertos que se niegan a cerrar los ojos, y con ese gesto viril quedará ante los demás militares como hombre bragado, vean cuánto lo es que es capaz de rematar heridos y patear muertos, como los necesita su General para imponer en la República LA VERDADERA FRATERNIDAD, ALLÍ EN DONDE LA LIBERTAD Y EL ORDEN SE CONCIERTEN, AL AMPARO DE LA LEY, PARA QUE SIRVAN DE FUNDAMENTO A LA PAZ Y AL BIENESTAR DE TODOS, como tan bien expresó en su mensaje de año nuevo.

No logrará su propósito del todo el aguerrido uniformado, pues no pasará mucho tiempo para que se descubra realmente incapaz de matar dentro de sí, ni con el disparo ni con los golpes, los que está dando ahora o los que dé en el futuro, el miedo a esos ojos empecinadamente vivos en su imaginación, tan vivos y empecinados, que esa noche y el resto de sus noches continuarán mirándolo.

La angustia de no poder borrar de la memoria aquellos ojos negados a morir lo obligará a esconderse de sí mismo y de su miedo tras una máscara de valentón que lo acompañará toda la vida, como lo acompañarán su miedo y aquellos ojos.

Por la máscara que ha de portar, y por no poder olvidar, la tomará por traer a colación aquel muerto a cada tanto, y cierta tarde, en una tienda de La Habana, exclamará delante de un grupo de impresionadas empleadas, sin saber que entre ellas se encontraba la cuñada del muerto, aunque tal vez sí lo imaginara y por eso lo hizo, subiendo mucho la voz y amparado en la bebida a que cada vez se irá aficionando más hasta

alcanzar la cumbre de alcohólico perdido, porque el alcohol tampoco le ahogará el miedo: «Yo fui el que mató al hijo del periodista ese...»

Dos amigas que acompañaban a la cuñada de Pepe, adivinando en su rostro que estaba a punto de suceder una tragedia, la arrastraron lejos de allí, «Déjalo, ¿no ves que es un cobarde y está borracho? Nada vas a ganar enfrentándolo, y a él seguramente no le va a importar matar a una mujer recién parida delante de todos.»

## Juan Faifer

Desaparece un herido

*El teniente Julio Cervantes, de la Tercera Estación de Policía, se encontraba esta mañana practicando investigaciones en relación al paradero o destino de Juan Faifer Sosa, de 29 años, vecino de Aguila 214, quien fue asistido de primera intención en la casa de socorros de Corrales y quien, al ser trasladado al Hospital de Emergencias, no llegó a ese centro. Los médicos y alumnos no le dieron ingreso ni como herido ni como muerto. Por otra parte, se dijo que las heridas de Faifer no eran muy graves.*

*Información, marzo 14 de 1957*

«Oye, mira a ese tipo ahí; está herido..., y sangra como un condenado, se va de lado, debe de estar al desmayarse», «¿Qué tú crees?, ¿paramos para recogerlo?», «No sé qué te diga, compadre, está de civil... La cosa está tan revuelta..., mejor cargar a los que la policía nos diga, ¿y si nos buscamos un lío por recoger a uno de esos que atacaron Palacio?», «Y dílo, esta gente no cree en nadie, a saber si nos acusan de ayudar a un delincuente; además, el tipo no nos ha hecho señas ni nada, no ha pedido ayuda», «Pero este es el trabajo de nosotros, si no lo hacemos también pudiera ser un problema, si nos acusan de que no atendimos a alguien que necesitaba ayuda.. Y mira..., él no, pero hay gente haciendo señas para que lo recojamos», «Bueno, lo recogemos y lo dejamos en la casa de socorros, los médicos que se las entiendan después con la policía, eso no es asunto nuestro», «Claro que no... Y quién quita que el tipo sea un policía de civil y el lío nos lo buscamos por no ayudarlo», «Bueno, vamos a meterle mano al asunto», «Vamos...»

320

Juan Pedro pensó de inicio negarse al auxilio que le ofrecían los dos hombres que habían bajado de la ambulancia detenida frente a él; sabía que, de aceptarlo, lo conducirían hacia algún centro asistencial para que recibiera al menos los primeros auxilios. Bien necesitado que estaba de ellos, la herida continuaba sangrando a pesar de que se apretaba con fuerza el brazo con un pañuelo, y el pie le dolía, quizás hasta lo tenía hinchado. Pero también era muy probable que lo detuvieran en cuanto llegara, todos los hospitales y las casas de socorro estarían a esa hora repletos de policías que revisarían y habrían de interrogar a cuanto herido apareciera por el lugar, y a la menor sospecha de que fuera un participante en el ataque a Palacio serían bien capaces de llenarlo de plomo allí mismo sin contemplaciones, delante de todo el mundo, a ellos qué les importa lo que diga la gente, no sería la primera vez que lo hicieran. Y más tratándose de él, que era el enemigo del gobierno más buscado, su foto habrían de tenerla por todas partes, si lo reconocían ni siquiera haría falta que asociaran su persona con lo que acababa de suceder en el Palacio Presidencial, su participación en el ajusticiamiento del coronel Blanco Rico en octubre pasado era más que suficiente para que lo eliminaran sin pensarlo dos veces en cuanto lo reconocieran.

No albergaba ninguna duda al respecto, de que lo mataban, lo mataban, no por gusto apenas veinticuatro horas después de la muerte del coronel la policía atacó la embajada de Haití con el consentimiento expreso de Batista, si lo hicieron fue porque pensaron que él se encontraba entre los diez asilados que allí estaban y que masacraron sin limitarse porque el lugar tuviera inmunidad, ni por la segura protesta diplomática que sabían que se produciría de inmediato. No, con esos antecedentes, lo más aconsejable era rechazar la ayuda, decir «Gracias, no es nada..., además, voy cerca» y alejarse cuanto antes de aquel lugar que debió ser de gloria y resultó ser de

muerte; en definitiva, ya casi había salido de la zona de mayor riesgo, o al menos así le parecía o quería creerlo. Le llamó la atención que todavía no hubieran llegado los tanques de Columbia, sería de suponer que de inmediato habrían salido a defender a su Presidente. «Ni siquiera los carros patrulleros de la policía han venido, no se ven por todo esto a pesar de que están cerca de aquí», se dijo.

Hasta se podría considerar un hecho curioso, cuando menos no sería lo que uno esperara, la residencia presidencial atacada por hombres armados y que no se hubiera producido enseguida un gran despliegue de fuerzas militares. A un extranjero, o a un criollo poco enterado de la realidad nacional, si lo hubiera, tal ausencia de respuesta podría llamarle la atención, resultaba incomprensible, pero en esencia no era tan extraño, desde que la república era república, los policías siempre estuvieron listos para actuar cuando se trataba de contener una manifestación de obreros que protestan contra sus patrones, o de estudiantes que, sobre todo después de la llegada del General al poder, se la pasaban armando alboroto. En tales casos se reúnen en un momento veinte o treinta uniformados, con sus vehículos, con sus porras o palos, con sus gases y sus armas, y la ciudad es testigo de un espectáculo grandioso en que hay de todo, en especial obreros y estudiantes descalabrados y enviados a prisión. Pero no es eso lo que ha sucedido este día, no es lo mismo atacar gente indefensa que personas armadas, las cuales, para colmo, no se sabe cuántas son, cuán bien equipadas están ni a qué fuerzas políticas o militares responden. Ese es otro cantar y la policía prefiere, por el momento, no incorporarse al coro.

«Parece que están esperando a que pase el peligro, o que se aclare la confusión para saber a qué bando sumarse, tal vez oyeron la proclama de José Antonio y prefieren no meterse en camisa de once varas defendiendo el bando equivocado», se dijo Juan Pedro, conocedor del paño. No se equivocaba, pero lo que no podía saber era que los patrulleros que no se

habían dirigido al Palacio como era su deber y esperaban el desarrollo de los acontecimientos antes de decidirse a actuar no se encontraban muy lejos de él; eran unos quince o veinte carros, si él tomara por Prado, herido como estaba, se vería en dificultades, pues allí se encontraban.

Juan José, que en ese momento se incorporaba en automóvil al paseo del Prado tratando de escapar del lugar, tuvo ocasión de verlos.

Juan José se mantenía a la expectativa en el primer piso, donde había cesado toda defensa, cuando vio bajar a Pepe y algunos otros combatientes por la escalera, varios de ellos heridos. «Hay que irse de aquí como se pueda, la operación se jodió», exclamó alguien. Entre los nombres de los que habían caído en el intento oyó los de Menelao y Carlos, dos hombres a quienes conocía desde mucho antes y en cuyas capacidades y dotes de jefes confiaba. Si era así, era evidente la derrota, no quedaba más remedio que retirarse. Y no había forma de hacer una retirada organizada y en grupo, de manera que a partir de ahora cada cual debía velar por sí mismo.

Hizo un rápido cálculo de lo que llevaba encima. Además de la pistola con dos depósitos, le quedaban veinticinco tiros en el cargador de su M3; en cualquier caso, no sería fácil agarrarlo. Se dispuso a intentar la escapada.

Al pasar por la arcada en busca de la acera, tropezó con Ricardo, herido en ambas piernas desde el comienzo del combate, y oyó que le decía: «Oye, no me dejes aquí, que no puedo ni pararme, estos hijos de puta me van a rematar». Juan José se inclinó hacia él, «Dale, cuélgate de mi pescuezo.» Apoyándose en el M3 como bastón, se levantó y, casi a rastras los dos, porque Ricardo, además de estar imposibilitado de apoyar las piernas, era más alto y corpulento que él, logró llegar hasta la acera; el problema era ahora cómo esquivar las ráfagas que venían de lo alto del Palacio. Imposible. «Bueno, parece que aquí se acabó todo», pensó.



Ricardo pareció adivinarle el pensamiento, «Mira, vámonos en el carro en que vino Carlos.» No se le había ocurrido; junto a la acera, a pocos pasos de donde estaban, se veía el auto que había conducido a Carlos hasta el Palacio, con las cuatro puertas abiertas. «De todas formas, él ya no lo necesita», concluyó Ricardo. Con mucho esfuerzo, Juan José logró sentar a Ricardo delante y después cerró las puertas. Oyó detrás de él la voz de Faure, «Oye, ¿me pueden llevar con ustedes?...», estoy herido y desarmado», «Claro que sí, compadre, siéntate allá atrás.»

Al parecer, el ángulo de visión de los que disparaban desde arriba no les permitía ver bien lo que estaba sucediendo en la acera, o simplemente no estaban mirando hacia ese punto, ocupados en barrer el espacio más adelante, entre la calle Colón y la estatua de Zayas, pues hasta entonces no les dispararon.

«Esto no tiene la llave puesta», exclamó Juan José al ver que el motor no arrancaba. «¿Tú sabes hacer un puente, rápido, que aquí nos van a cocinar en cualquier momento?», le preguntó a Faure. «Eso demora mucho... Mira, allí está la máquina en que yo vine, yo creo que tiene la llave puesta», «Toma, agarra ahí.» Juan José le puso el M3 en las manos, «Yo voy a correr en zigzag hasta la máquina; esa gente de allá arriba se va a dar cuenta y van a dispararme... Cuando empiece a correr, dispara tú desde donde estás, para que traten de esconderse y no apunten bien... Trata de ahorrar, que no son muchas...»

Todavía tuvo tiempo de gritarles, sonriendo: «No se preocupen, muchachos, que si no me la arrancan en lo que voy y vuelvo, yo los recojo y me los llevo.»

Desde allá arriba, los servidores de una ametralladora vieron la figura que se desplazaba casi por el medio de la calle, como si quisiera escapar corriendo hasta la calle Zulueta. Dirigieron sus disparos en esa dirección, pero de inmediato sintieron que a su vez les disparaban, por lo que no se arriesgaron a asomarse para apuntar mejor. Corriendo y tratando de

esquivar las balas, Juan José llegó al carro, cerró las puertas, entró y comprobó que, efectivamente, la llave estaba colocada en el encendedor y el carro arrancaba. Lo echó a andar en marcha atrás y lo puso paralelo al otro. Apoyándose con una mano en el timón, y con la otra halándolo, logró pasar a Ricardo del carro de Carlos al asiento delantero del que había conducido Abelardo, en tanto Faure se trasladaba él mismo hacia la parte de atrás. De inmediato emprendieron marcha a toda velocidad, en dirección a la calle Prado, de donde tomaron San Lázaro, rumbo al hospital Calixto García.

Más tarde José comprobaría que el carro estaba agujereado prácticamente por todas partes; sin embargo, ningún balazo había acertado en ellos tres.

Fue entonces cuando Juan José vio los carros patrulleros situados por la calle Colón, pero del otro lado de Prado, en dirección a Galiano. Estaban esperando la oportunidad para entrar en acción. Es decir, cuando no hubiera peligro.

«A nosotros nos habrá fallado la gente del refuerzo en quienes confiamos, nos dejaron solos en una ratonera, pero a Batista también lo dejaron solo, la diferencia es que él estaba en un fortaleza más difícil de tomar de lo que habíamos calculado, eso también lo salvó», comentaría Juan José años después.

Unos minutos antes, unas personas le habían gritado a Juan Pedro que se lanzara al suelo, porque se acercaba una seguidora: Ni lo pensó, les hizo caso de inmediato. Los policías pasaron, seguramente creyeron que era un muerto más y continuaron viaje, sin preocuparse por él, lo importante para ellos eran los vivos que encontraran huyendo, para los muertos ya habría tiempo. Se salvó, pero solo con un gran esfuerzo de voluntad había logrado incorporarse otra vez, se sentía desfallecido. En fin, logró ponerse en pie y dio unos pasos para continuar la fuga. Lo único que debía hacer a continuación, pensaba, era llegar hasta el paseo del Prado, desaparecer

entre las calles menos transitadas y tratar de alcanzar la universidad, allí seguramente encontraría quienes lo ayudaran, era muy probable que a esas alturas estuviera tomada por José Antonio y el resto de los compañeros encargados de hacerlo, era una de las acciones planeadas. En la universidad se reagruparían las fuerzas y entre todos decidirían qué variantes tomar para continuar una lucha que no podía quedar en esta derrota, en haber estado a unos pasos de eliminar al dictador y haber perdido en el intento, sin lograrlo, a tantos buenos amigos que ya no vería más.

«¿Qué habrá sido de Machadito...? Es imposible que se haya salvado.»

Aunque se consideraba un combatiente hecho a todos los embates de la fortuna, no podía dejar de sentir un dolor sordo al pensar en el amigo que dejó disparando contra el tercer piso para cubrir la retirada de sus compañeros, a sabiendas de que el costo sería su propia vida. Y todavía resonaba en sus oídos el «No puedo..., sigue tú» de Peligro. No podía olvidar, no olvidaría jamás, la opresión que sintió en el pecho cuando se dio cuenta de que sus esfuerzos para ayudarlo a levantarse y continuar la fuga eran inútiles, que no podía sacarlo de ahí por más intentos que hiciera, y que ambos lo sabían, «Aprovecha y vete, que ya yo acabé», «No jodas y vamos, que todavía hay Peligro para rato», «Yo soy un guerrero, compadre, igual que tú, y me tocó joderme..., sálvate tú, no dejes que te maten por gusto, José Antonio te necesita.»

Cierto, él también era un guerrero, y sabía que lo que decía el amigo era lo correcto, lo único que podía hacer, tenía que huir, escapar a como diera lugar para continuar la batalla en otro momento por los dos. Pero le resultaba impensable dejar abandonado al compañero herido, imposibilitado de defenderse, a expensas de la sevicia de las hienas que en pocos minutos estarían sobre él. Si al menos muriera antes de que llegaran, para que no sufriera la tortura y el escarnio a manos de los vencedores.

Quiso quedarse junto a él, «Que nos maten juntos», «¿Que te maten por mi culpa?... No me hagas esa mierda, mi hermano, piérdete...» No podía adivinarlo, desde luego, pero esa imagen y esas palabras volverían a su mente treinta y ocho días después, cuando, mientras intentaba escapar por un elevador de la ratonera en que la traición convertiría el apartamento donde creyó encontrar refugio seguro, su cuerpo fuera tomado para práctica de tiro al blanco por sus perseguidores, a pesar de que habían visto que no contaba con arma alguna para defenderse.

O precisamente por eso.

Estaba demasiado agotado, ya había sufrido un par de leves desvanecimientos y estaba prácticamente a punto de desmayarse como consecuencia del inmenso cansancio, las muchas horas de tensión, la falta de alimentos y agua y la continua hemorragia. Ya era casi un milagro que continuara vivo y hubiera logrado llegar hasta ese punto, no solo por la abundante sangre perdida a causa de la herida en el brazo, sino también porque cojeaba por el tiro recibido en la planta del pie en el comienzo mismo del ataque. Cuando se bajaba del camión, una ráfaga disparada por la escolta de Batista situada en el parqueo lo había herido, y además le destruyó la ametralladora que llevaba en las manos y lo dejó sin espejuelos. Casi sin ver, prácticamente tuvo que entrar al Palacio palpando las paredes; al llegar a la escalera tropezó con un cuerpo y cayó al suelo, allí encontró otra ametralladora y la recogió, sin saber a ciencia cierta en un primer momento hacia dónde debía disparar.

Eso había sido al comienzo; ahora, herido por segunda vez, guiándose por sus ojos miopes y con el sufrimiento de la derrota doliéndole en todo el cuerpo más que las heridas, aparecía esta ambulancia que podría significar su salvación y también su muerte...

Las mismas personas que antes le indicaron que se lanzara al suelo ahora hacían señas a los socorristas para que lo recogieran. «Que sea lo que Dios quiera», se dijo mientras se

persignaba, y casi sin conocimiento se apoyó en uno de los hombres, mientras el otro trataba de contenerle el sangramiento apretando la herida con un apósito. «En definitiva, no es la primera vez que veo de cerca a La Pelona, y hasta ahora me le he escapado, en diciembre me hirieron, hoy me hirieron dos veces, y si la gente no me avisa, los de la perseguidora me acribillan, pero aquí estoy.» Le faltó un dato en la enumeración, pues de no ser porque casi todas las granadas que usaron ese día estaban defectuosas, hubiera muerto por una que lanzó, rebotó y cayó cerca de él, pero sin estallar. «Nada, parece que hoy no me toca», había exclamado entonces. Si no lo mataba algún policía al llegar al hospital o la casa de socorros, ya encontraría modo de burlar la vigilancia después que lo curaran; como quiera que se mirara, un hospital no es un cuartel del ejército ni una estación de policía, el control no ha de ser tan estricto, algo se le ocurriría cuando se hallara en el lugar. Y lo cierto era, terminó por confesarse, que no estaba en condiciones de continuar andando a pie. Además, aunque estuvieran buscándolo desde hace meses, pudiera ocurrir que lo vieran pero no lo conocieran; podía darse la casualidad, por qué no, no iba a tener tan mala suerte.

Por lo pronto, no estaba obligado a declarar quién era, ni tampoco a confesar la verdadera causa de sus heridas; en los tiroteos suele haber inocentes alcanzados accidentalmente por las balas, en este con seguridad los hay, por qué no podía él ser uno de ellos. No lo habían encontrado armado, porque dejó el arma, ya sin balas y por tanto inútil, tirada en el parque Zayas, cerca de Pepe.

«Venía en la ruta catorce», respondió cuando uno de los hombres le preguntó qué le había ocurrido, recordando el ómnibus que se había interpuesto en el camino del camión cuando llegaron al Palacio y que, en efecto, había quedado atrapado en medio de los disparos, de manera que con seguridad habría algunos heridos, quizás alguno ya había sido atendido en el lugar, él sería uno más. El hombre no preguntó

nada más, no era asunto suyo. Echaron a andar la ambulancia, pusieron a sonar la sirena, y en pocos minutos estuvieron en la casa de socorros de Corrales.

«Acláreme usted una cosa, señor... ¿Cómo dijo que se llama?», «Faifer, Juan Faifer Sosa, señor», «Acláreme usted, señor Faifer...»

Al ver bajar a Juan Pedro de la ambulancia, manchado de sangre, un teniente de la policía que estaba de servicio en la casa de socorros se había acercado para tomarle declaración, mientras el médico de guardia y un enfermero le hacían una cura de urgencia. Pero no habían terminado de vendarlo cuando el oficial volvía a interrogarlo.

«Según usted afirmó, primero a los señores de la ambulancia y después aquí, venía en una guagua, al pasar por el Palacio se oyeron unos tiros, se sintió herido y salió corriendo asustado, como hizo todo el mundo, después se desmayó, o algo así...», «Así mismo fue», «Y si así mismo fue, ¿cómo me explica usted esto...?» Diciendo esas palabras, el teniente extendió la mano derecha, donde se veían unas balas.

«Acá el señor cabo acaba de encontrar esto en su ropa... ¿No le parece raro?»

Juan Pedro sintió un corrientazo recorrerle la espalda. Pensó: «Cabrón cabo, me jodiste», y decidió apostar todo a una sola carta. Aquel oficial no le daba la impresión de ser un matón como otros que había conocido en sus varias obligadas visitas a estaciones de policía, acaso se tratara simplemente de uno de los muy contados que se limitaban a cumplir su deber como agentes del orden público, que en su caso sería reportar a los superiores toda herida de arma blanca o de fuego que se atendiera en urgencias, no solo este día en particular, sino cualquier otro, pues por lo general tales heridas son el resultado de algún delito. De hecho, ya era bastante raro que no lo hubiera conocido y se hubiera tragado el cuento del nombre falso; evidentemente, al menos no era un cazador de

subversivos. Si estaba equivocado, la decisión tomada significaría marcar por su propia mano el momento de su muerte, pues seguramente al oír lo que iba a decir el hombre echaría mano a la pistola y lo mataría al instante delante de todos.

Pero no tenía opción, y en tal caso, al menos no sería torturado, lo que, bien mirado, en las circunstancias actuales ya sería una ganancia. Dijo con voz firme, convencido de sus palabras:

«No importa, ya matamos a Batista, que es lo que interesaba.»

Dio en el mismo centro de la diana. El uniformado palideció y abrió mucho los ojos, pero no hizo gesto alguno ni profirió ningún comentario. Se retiró y desapareció, seguido por el cabo. Quizás fue a verificar la información con sus superiores, quizás simplemente creyó lo que le decían y cayó en pánico. Lo importante era que el camino quedaba libre y una vez más él escapaba de la muerte.

Aunque se sentía todavía muy débil, pensó aprovechar la ausencia de los uniformados para escapar. Se incorporó poco a poco de la mesa de curaciones donde lo habían atendido. Sufrió un ligero vahído al ponerse en pie; despacio, en parte tratando de no llamar la atención, en parte porque estaba realmente débil, trató de acercarse a la salida. Sonreía en su interior «De esta también me zafo» La idea era buena, pero no tomó en cuenta un pormenor: Se encontraba en un centro de asistencia de urgencia, donde no era raro que acudieran a diario reporteros y fotógrafos en busca de sucesos que convertir en noticia, y este no era un día cualquiera, era aquel que, además y nada menos, se había asaltado el Palacio Presidencial. De modo que antes de llegar a la puerta por donde esperaba escabullirse, varios periodistas lo rodearon y comenzaron a hacerle todo tipo de preguntas como presunto testigo del suceso más sonado que había ocurrido en La Habana al menos en los cincuenta y cinco años de vida republicana: «¿De manera que usted iba en la ruta catorce?», «¿Pudo ver algo?», «¿Cuántas heridas tiene?», «¿Había muchos muertos...? ¿Y heridos?», «¿Cómo pudo salir de la guagua?»

Un reportero gráfico, sin sospechar de quién se trataba, y mucho menos adivinar que le tomaba la última foto que le harían en vida, como escribiría Julio muchos años después, le apuntó con la cámara, para poner en la primera plana de los diarios que se la compraran la foto del tal «Señor Juan Faifer, que fue atendido de urgencia en la casa de socorros de Corrales, tras haber sido herido, junto con otros pasajeros, cuando viajaba en un ómnibus que circulaba por la calle Monserrate en el momento de producirse los acontecimientos de Palacio.» Por suerte se percató a tiempo de la intención del fotógrafo, y atinó a taparse disimuladamente el rostro al momento que el hombre accionaba la cámara.

Al día siguiente, nadie reconoció, en el misterioso señor Faifer cuya foto apareció en varios periódicos, al «peligroso subversivo perseguido desde hacía meses por los agentes del orden por su participación en múltiples actividades contra el gobierno legítimamente constituido, en particular la muerte violenta de un pundonoroso oficial de la institución armada».

En realidad, alguien sí lo reconoció, no por la foto, claro está, sino por el nombre dado por Juan Pedro: su abuela.

«Abue, en estos días va a pasar algo muy gordo, y tu nieto va a estar en el potaje... Algo muy gordo.» Prácticamente lo había criado, casi era su abuela y su madre al mismo tiempo, y Juan Pedro mantenía con ella una relación de absoluta confianza; más que cualquier otro familiar, conocía de sus andanzas de revolucionario, y en varias oportunidades había tenido que cuidarlo por haber regresado descalabrado por un encuentro a golpes con la policía, o antes, más joven, por haberse metido en problemas al tratar de defender a cualquiera que en su presencia hubiera sido agredido por otro más fuerte. Ahora su nieto le entregaba la clave para saber de inmediato que se trataba de él, «Si pasa algo conmigo, bueno o malo, te vas a enterar primero que nadie», «¿Y cómo voy a saberlo, mijito?» Juan Pedro sonrió y le dio un abrazo, «Por el nombre que voy a dar, abue, por eso», «¿Qué nombre?» La



besó y le dijo el nombre; era Juan, el primero de los suyos, pero como apellido tomó el de una importante empresa de productos químicos extranjera, Pfeiffer.

La abuela rio en un primer momento ante lo que era una manifestación más del sentido del humor de su nieto, capaz de hacer bromas hasta en los momentos más difíciles. De todos modos, no le gustó la idea de que su muchachito fuera a exponerse a un gran peligro, como seguramente sería eso muy gordo a que se había referido, seguramente no sería un nuevo encontronazo a golpes con la policía, ella adivinaba que esos tiempos habían quedado atrás. «Preferiría no tener que enterarme de nada y que todo esto se acabara de una vez... ¿es que nunca se va a acabar, Juanito?, ¿es que nunca vamos a tener paz en este país?», «No puedo contarte más, abue, pero si sale bien lo que vamos a hacer..., si nos sale bien, tú vas a ver..., tú vas a ver que todo va a cambiar.»

Rodeado como estaba de periodistas, no le quedó más remedio que dejarse conducir en otra ambulancia hacia el Hospital de Emergencias, hacia donde lo enviaban para que recibiera un tratamiento más adecuado a la gravedad de su herida; negarse hubiera sido una delación contra sí mismo, nadie que lo viera, en su estado, manifestar oposición al tratamiento médico, iba a tragarse el cuento de que no estaba implicado en los sucesos, de modo que con múltiples sonrisas y agradecimientos, montó otra vez en una ambulancia.

«Bueno, ya van dos veces en el mismo día que me zafo», pensaba mientras lo trasladaban, sacando mal las cuentas otra vez, «Ojalá que a la tercera no sea la vencida.»

Hubiera preferido que lo remitieran al Calixto García, en su cuerpo de guardia trabajaban estudiantes y médicos miembros del Directorio o colaboradores, y estaba junto a la universidad, siempre quedaba la posibilidad de enviar aviso a los compañeros o escabullirse hacia allá, pero en Emergencias también había amigos, con un poco de suerte quizás

podría escapar de allí. De nuevo estaba en brazos del azar, que hasta ahora lo había tratado con consideración; no había que apresurarse, primero vería cómo se presentaban las cosas y actuaría en consecuencia, «Nadie se muere la víspera, y está visto que hoy no me toca.» De cualquier modo, lo cierto era que necesitaba una mejor asistencia para su brazo y tenía que recuperarse, había perdido mucha sangre y estaba débil, necesitaba que lo asistieran en el hospital.

«Tienes una suerte del carajo, compadre», le dijo el médico que lo atendió, y que pocos días después debería esconderse en una embajada como perseguido político, pues lo acusarían de haber ayudado a evadir la justicia a peligrosos terroristas, «Podías haber muerto desangrado.»

Juan Pedro lo miró, le pareció conocido, sonrió, pero permaneció callado. «Juan Faifer», repitió el nombre que había dado en la casa de socorros cuando alguien preguntó. Esa vez fue el médico quien lo miró, sonrió y permaneció callado: Él sabía muy bien a quién estaba asistiendo, más de una vez lo había visto al lado de José Antonio en momentos de enfrentamiento con la policía, pero para qué decirlo. En pocos minutos había varios médicos y estudiantes más que lo rodeaban. Tuvo la sensación de que todos lo conocían y venían a certificarse de que era efectivamente él, Juan Pedro, el héroe casi mítico del Directorio, quien estaba frente a ellos, que había escapado con vida una vez más. Y estaba en manos de ellos que la conservara, quizás hayan pensado mientras se esmeraban por atenderlo lo mejor y lo más rápido posible.

También le llamó la atención que ningún policía había venido a interrogarlo, como hicieron en la casa de socorros. No era obra de la casualidad, se enteraría después. Si no había venido ningún agente hasta allí era porque nadie había informado que en ese momento se estaba asistiendo a un herido de arma de fuego o de cualquier otro tipo: A los efectos estadísticos, él era un paciente cualquiera, no un herido.

Un médico se le acercó y le dijo en voz baja: «Oye, Carbó, la cosa está mala, dicen que Batista está furioso y andan buscando sobrevivientes por todas partes. Hay que informar

de todo el que llegue herido de bala, y ya puedes imaginarte para qué. Te vamos a chapistear lo mejor que podamos, pero tienes que salir de aquí enseguida, piensa rápido para dónde puedes ir.»

El *salir de aquí enseguida* fue más pronto de lo que imaginaron: Pasados unos pocos minutos, apareció un estudiante con una bata blanca en la mano, «Ponte esto y vámonos por el frente», «¿Ya están ahí?», «Sí, y nada menos que Masferrer, vino por la entrada del fondo; con él viene, no sé por qué pero no será para nada bueno, el hijo de Justo Luis del Pozo. A lo mejor es una casualidad y no saben nada todavía de que estás aquí, porque no vino con mucho despliegue de gente, pero ya tienes que irte, esto está demasiado caliente.»

Unos instantes después, un pequeño y ruidoso grupo de jóvenes vestidos de batas blancas, estetoscopios al cuello y libros en los brazos, bajaba la pequeña escalinata del Hospital de Emergencias. Estudiantes de medicina, seguramente, pensaría quien se fijara en ellos. Reían, hablaban alto, hacían chistes. Una escena habitual, tan repetida a cualquier hora que a nadie llamaría la atención, salvo a la anciana que comentó con otra cómo era posible que esos muchachos anduvieran tan divertidos un día como hoy; seguramente estaban recordando alguna travesura que le hicieron a un profesor, o alguna broma con un cadáver, «Todo el mundo sabe que son muy aficionados a ellas», respondió la otra, «es inconcebible lo irrespetuosos con los muertos que suelen ser los estudiantes de medicina» «Y pensar que más tarde una pone la vida en sus manos», «Imagínate..., con lo mala que está la situación..., dicen que en Palacio el muerto está que da al pecho, y ellos nada más piensan en bromas y diversiones», «Y qué se va a hacer, esta juventud de hoy en día no piensa más que en pasarla bien», «En nuestra juventud no éramos tan irresponsables», «Eran otros tiempos», «Eso, otros tiempos...»

Llegados a la acera, algunos estudiantes cruzaron la avenida de Carlos III; otros continuaron por la acera hacia la calle Infanta, o rumbo a Belascoaín, era de suponer que habían

terminado un turno y se dirigían a sus casas. De los que cruzaron la avenida, dos se dirigieron a la calle Xifré, que nace casi frente al hospital; uno de ellos apoyaba discretamente la mano izquierda en el bolsillo de la bata y cojeaba un poco, el otro cargaba una bolsa y un maletín: Juan Pedro pasaría un momento por la casa del estudiante que le había entregado la bata blanca, para descansar un poco mientras recibía una transfusión y después comer algo, «Porque debes de estar con una herida también en el estómago, ¿no? ¿Cuándo fue que comiste por última vez?» Cuando estuviera algo más repuesto continuaría viaje, no era tampoco muy buena idea permanecer mucho tiempo en ese lugar, era poco seguro y podría perjudicar a la familia.

«¿Tienes idea de adónde ir?», preguntó el estudiante, «Creo que sí», respondió Juan Pedro, y no agregó nada más; tampoco el otro insistió, era un simple simpatizante y no tenía que saber más de lo que le pudieran referir. «Si pudiera ayudarte en algo más», «Ya hiciste bastante, y te la estás jugando desde que saliste conmigo del hospital..., no tientes al Diablo.»

«Mira a esos dos, mira a esos dos», la primera de las ancianas que se había fijado en la salida de los estudiantes haló el codo de la otra y señaló con el mentón, sin mucho disimulo, a Juan Pedro y el estudiante que lo acompañaba. «¿No ves para dónde van?, seguramente van pasar la tarde con esas p...»

La perturbadora palabra estuvo a punto de escapar de su boca, pero el pudor la interrumpió a tiempo: Era una dama. «...Con esas mujeres..., ya sabes... Qué vergüenza», «¡Y son futuros médicos...!», «Fíjate..., fíjate en la cara de aquel, el alto, medio mulato. Pura lujuria... ¡Mi madre!... Ya debe de estar pensando en las cochinas en que va a pasar la tarde», «Y a lo mejor hasta acaban de dejar a un pobre infeliz muriéndose en una cama...»

Era imposible que ellas vieran la expresión de Juan Pedro desde el ángulo en que se encontraban, desde luego, pero adivinaban, o casi, pues era cierto que los ojos le brillaban intensamente. ¿Acaso no había razón para ello?

«Qué tiempos, Dios mío, qué tiempos, ¿adónde iremos a parar?», concluyó, con tono apocalíptico, la segunda anciana.

Juan Pedro no estaba muy seguro de lo que iba a hacer, pero sabía que no muy lejos de allí, en el edificio conocido por *El Pentágono*, vivía Mérida, una amiga suya que seguramente le daría albergue por unos días y lo ayudaría a establecer el contacto con sus compañeros; la conocía desde hacía mucho tiempo y confiaba en que lo protegería. El hermoso edificio, que medio siglo después en mucho semejaría una inmensa cuartería, estaba situado casi frente a la novena estación de policía, lugar donde habían sido torturados y asesinados muchos jóvenes como él.

«En la mismísima boca del lobo», comentó consigo mismo cuando estaba llegando. «Es una locura venir aquí, pero por eso mismo puede ser el sitio más seguro en este momento, al menos por unos días..., no se imaginarán que alguien esté tan loco que se esconda tan cerca de ellos.»

Fue exactamente lo que sucedió, permaneció casi una semana en el lugar, sin que los policías jamás pudieran tener, ni por asomo, la idea de que frente por frente a ellos se encontraba el tan buscado como temido subversivo. Sus compañeros, finalmente, decidieron que debía salir de allí, no había que seguir tentando a la suerte. Pero lo cierto es que los policías nunca imaginaron nada y que allí se estuvo esos días, reponiéndose.

Por su parte, él tampoco hubiera imaginado, cuando llamaba a la puerta del apartamento de su amiga, que allí lo esperaba una sorpresa que de ninguna manera hubiera podido suponer luego de haber burlado a la muerte tantas veces en un solo día. No le abrió la puerta Mérida, sino una muchachita de menos de veinte años, levemente morena, con la cabellera recogida en una gran trenza negra, bella, los ojos chispeantes, en un primer momento asustados...

«Una locura..., quién lo hubiera imaginado», afirmarían sus compañeros años después, «Ella ni siquiera era una simpatizante...» Pero la encontraron junto con él, cuidándolo, mimándolo, cuando fueron a buscarlo. No admitieron separarse. Fueron juntos al refugio de 19 y B, el mismo que había albergado a José Antonio, y allí se quedó ella, atendiéndolo y atendiendo a los otros heridos. En ocasiones salía, pero nunca sola, sino con alguno de los encargados del abastecimiento y el contacto con el exterior, que no se separaban de ella ni un instante en esas salidas. «Ella no va a estorbar», había asegurado Juan Pedro, y resultó cierto, vista la ayuda que prestó con los heridos, pero no dejaba de ser una imprudencia. «Violábamos todas nuestras reglas, esas mismas que nos habían permitido sobrevivir hasta entonces y burlar la persecución de Batista», reflexionaría Guillermo con Oscar décadas después. Él había sido uno de los que la acompañaban en las salidas, y así pensaba cuando la veía. Pero ella se había enamorado perdidamente de aquel joven que había visto llegar herido a casa de Mérida, donde trabajaba y, a quien veía rodeado de una aureola de heroicidad.

«Ella vivía una novelita rosa seguramente», comentaría Oscar con Guillermo. «Sí, me parece que sí; ella era muy joven, con poco nivel..., en fin, vivía en un sueño seguramente», «¿Y él?, ¿nadie le recordó las reglas?», «A decir verdad, ¿quién le iba a decir a un hombre como Juan Pedro, consciente de que seguramente no le quedaba mucho tiempo de vida, que no endulzara sus últimos días con el goce de un cuerpo fresco de mujer?» No había nada que hacer, Juan Pedro había encontrado el amor en medio de su huida casi milagrosa. Sería su último gran amor, y quizás él así lo presentía, porque también sentía a la muerte pisándole los talones. «Fue como un héroe homérico», pensaba Oscar, recordando una idea expuesta por Guillermo, «Como un Aquiles, conocedor de que su sino era morir joven.» O como un Héctor, que sabía que no podría vencer a su enemigo y moriría en el combate, pero lo enfrentó. Siendo así, ¿cómo iban a negarle ese poco

de felicidad a las puertas de la muerte? «Nos dejó una impresión imborrable su sonriente cara de felicidad», escribiría Julio varias décadas más tarde.

Y la muerte llegó pocas semanas después, un sábado santo a la tarde. Gracias a la traición, dieron con él. Por saber que habían derribado a un héroe de epopeya, «Héroe que todavía espera por su Homero», pensaría Oscar, y por el mucho miedo que les producía su solo nombre, ese día de su asesinato, el dato lo consignarían los periódicos que registraron la noticia en grandes titulares, con nombres, apellidos y grados, los principales jefes de los cuerpos represivos del país se congregaron ante el edificio donde lo sorprendieron, una vez que lo supieron muerto, para ver con sus propios ojos el cadáver de uno de los hombres que más habían perseguido y temido, y que hasta ese día los había burlado una y otra vez. A ellos y a la muerte.

Vista hace fe, es un axioma repetido, y ellos no se conformaron con saberlo de oídas o con verlo en fotos, querían comprobar en el lugar de los hechos, ante el cuerpo destrozado, que al fin podían respirar tranquilos. Y qué mayor tranquilidad para un antsubversivo que contemplar sobre la acera no uno, sino cuatro cuerpos cosidos a balazos. Ahí estaba Juan Pedro, qué tarde gloriosa, «Carajo, al fin salimos de este tipo», «Ya no joderá más», «Qué suerte tiene el Ventura este; si sigue así, hasta general no para». Pero ahí no terminaba su suerte y la de ellos: Como si no fuera suficiente, los otros muertos eran también gente temida y muy buscada, uno era un jovenzuelo conocido por Joe que se la pasaba alborotando a los estudiantes secundarios; otro, de nombre Fructuoso, era famoso entre los policías por sus puñetazos, y era sabido que había sustituido al jefe de «los terroristas del Directorio» cuando murió, y el otro más era el negro Machadito ese, que estuvo entre los que mataron a al coronel Blanco Rico y en el ataque a Palacio.

«Ahora sí que se acabó ese puñetero Directorio», exclamó uno de los jefes cuando terminaron de reconocer los cadáveres, y soltó un silbido de satisfacción.

Una mancha de sangre que se alargaba hacia abajo por los peldaños de una escalera señalaba el recorrido de los cuerpos, arrastrados por los pies de uno en uno para que sus cabezas fueran golpeando en cada escalón según bajaban, con un sonido que se grabó durante años en la memoria de los vecinos que, asustados, escuchaban detrás de las puertas. En cuarteles, estaciones de policía y mazmorras ocultas en la ciudad un poco después se alzaron copas, vasos o jarros de cerveza o ron, según gustos y condiciones materiales al efecto, para festejar el alivio que para ellos representaba aquella sangre.





## **La bala en el directo**

*Tuve en mi mano una pistola calibre 45 con una bala en el directo.*

Fulgencio Batista, *Bohemia*, 17 de marzo de 1957

## Un héroe en casa

*El Presidente Batista recibió el espaldarazo esplendoroso de todo el pueblo a la gran obra que viene desarrollando en pro de la independencia y progreso económico de la nación, en beneficio de todas las clases sociales, sin odios ni rencores, y de condena a la vez contra los agresores y perturbadores de la paz pública, que anteponen sus ambiciones y egoísmos personales a los mejores y permanentes intereses de la nacionalidad.*

Ataja, abril 9 de 1957

De la pulcra y cuidada figura del Primer Magistrado de la República nada queda. La chaqueta del traje blanco, como de costumbre perfectamente planchada y almidonada horas antes, está lanzada de cualquier manera sobre una silla, junto a la corbata, a su vez hecha un nudo; la camisa que lleva puesta, también blanca, está con el cuello desabotonado, ajada y con uno de los faldones por fuera a causa de los constantes temblores, los movimientos sin coordinación y los paseos intranquilos de una punta a la otra de la habitación que estuvo dando hasta que, consumidas las fuerzas en la lucha por contener el terror que lo domina, quedó prácticamente paralizado, casi catatónico, sentado en la esquina de la cama del hijo, encogido, como si quisiera achicarse para esconderse dentro de sí mismo. Grandes manchas de sudor se observan debajo de las axilas y en parte del pecho y de la espalda, y un raro color verdoso se le nota en rostro y manos, el mismo que Martha le ha visto cada vez que el miedo se adueña de él. El delicado perfume con que acostumbra untarse manos

y cuello varias veces al día para esconder cualquier posible olor corporal ha desaparecido, desplazado por otro que emana de todas partes del cuerpo y que no es más que la manifestación externa de un proceso glandular interno:

La excesiva secreción de adrenalina.

El olor del miedo desmedido.

También los pantalones del Presidente muestran manchas húmedas, «Quiera Dios que solo sea sudor», se dice Martha al percatarse, «Sería como para ponerle la tapa al pomo.» Ella nunca ha ignorado que su marido no tiene madera de héroe, mucho menos de mártir, y que en toda su historia nunca ha hecho otra cosa que esconderse en los momentos de peligro, medir las probabilidades de éxito y, estando el cálculo de probabilidades a su favor, aparecer en el instante oportuno y mostrarse entonces como el más resuelto y valiente de los hombres, ordenando y decidiendo como si en todo momento hubiera estado a la cabeza de la acción. Y dejando a todos convencidos de que así ha sido. Nunca se lo ha tomado a mal, es su fórmula del éxito, y hasta ahora no había tenido queja de lo obtenido con esa táctica. «Lo que cuenta es el resultado», se ha repetido siempre, y eso es lo importante, que su manera de actuar siempre le ha salido bien. En definitiva, ella no le ve la gracia a ser la viuda de un tonto que se dejó matar en alguna celada de sus muchos enemigos; es preferible ser la mujer de un cobarde pícaro al que nunca han sorprendido asando maíz, que encuentra siempre manera de salir ganancioso de cualquier empresa en que se enrola.

Lo supo hacer en el cincuenta y dos, cuando, después de entrar en Columbia con los militares que deseaban deponer a Prío para instalar un gobierno que garantizara tranquilidad ciudadana y honestidad administrativa para el país, permaneció a un lado, dejando a los complotados hacer, sin participar ni de palabra, como si no formara parte de lo que estaba pasando a su alrededor, solo observando, esperando su momento. No impartió órdenes, no orientó, no intervino en ningún movimiento ni en ninguna discusión. Impasible, vio primero

cómo arrestaban al jefe del ejército y a los demás altos oficiales del Estado Mayor General, y después cómo trataban de convencer por teléfono a los jefes de los distintos regimientos para que se sumaran a la acción. Su apoyo era apenas moral, lo que le habían pedido en definitiva, y lo daba resguardado en una oficina donde no corría peligro alguno. Todo iba bien, y él estaba en el lugar preciso donde debía estar. Solo debía tener paciencia y esperar la oportunidad de mover sus piezas en el juego. Como hizo en cuanto llegó el momento.

Antes, durante su campaña electoral, él había hecho mucho énfasis en el aumento del pandillerismo, en la corrupción y en la anarquía que se estaba adueñando del país, mal gobernado por Prío y el Partido Auténtico, «Hay que traer al país la paz y la tranquilidad tan necesarias al progreso, la ciudadanía no puede seguir viviendo en esta zozobra en que nos han hundido los gobiernos auténticos, hay que retomar el camino de los grandes hombres de nuestra historia», afirmaba, aunque dejando en la ambigüedad a quién se refería con *grandes hombres* y ocultando, desde luego, que buena parte del fenómeno de la guerra entre pandillas y el desorden era promovido por él mismo tras bambalinas, desde su refugio en el extranjero, del que no regresó a Cuba hasta que el propio Carlos Prío le dio absolutas garantías para su vida y le permitió una fuerte escolta con militares de su confianza, elegidos por él mismo.

Él era el hombre fuerte de carácter que el pueblo ansiaba, capaz de regenerar a la sufrida patria que los políticos auténticos, y quienes les servían de comparsa, estaban llevando al caos. En cuanto a su persona, era obvio, «no lo movía ambición alguna, sino el patriótico interés en servir a la nación como su más devoto soldado».

A pesar de sus empeños en la campaña, era evidente que no pasaría de un tercer puesto en las próximas elecciones, que seguramente ganarían los ortodoxos, a pesar de la ausencia de Chibás, o acaso por eso mismo. La silla presidencial, con todas las oportunidades de negocios que pondría en sus manos,

se le escapaba a ojos vista; ahora, aquellos jóvenes oficiales descontentos con el gobierno, convencidos por su prédica de que era el líder que Cuba necesitaba, le desbrozaban el camino hacia el poder al cual no tenía otra forma de regresar.

Mientras, él, protegido, callado, atento al desarrollo de los acontecimientos, esperaba su oportunidad para pasar a ser la cabeza del movimiento.

Cuando comprendió que todo estaba a punto, que el golpe contra el gobierno civil estaba consolidado y no había riesgo de fracaso, maniobró con rapidez y determinación, asumió el mando de modo casi imperceptible pero concluyente, y nombró a su gente de confianza en los puestos claves en el ejército. Sorpresivamente, quienes habían sido los verdaderos ejecutores del golpe de estado quedaron arrinconados; en la práctica, como comentaría alguien muchos años después, en esa jornada se produjeron dos golpes. Uno fue contra Prío, y lo dieron jóvenes oficiales descontentos con el rumbo que llevaba la política del país; el segundo lo dio él contra los ejecutores del primero. Buen tema para que lo discutan los historiadores.

En el treinta y tres, cuando la asonada de los sargentos, tras la caída de Machado, había sido un poco más complejo, la situación era confusa y él apenas tenía experiencia, pero igualmente supo moverse con habilidad y escoger los aliados, o, mejor, a quiénes aliarse para cada paso, reunir fuerzas y golpear en el instante preciso. Tanto aquel como el cincuenta y dos fueron momentos cumbres donde demostró su capacidad de maniobra en circunstancias complicadas, pero también en otras pequeñas ocasiones ha sabido actuar del mismo modo, sobre todo cuando de hacer inversiones provechosas se trata; su estrategia vital es no arriesgar ni un paso sin estar seguro del suelo que pisa, y avanzar resueltamente cuando el camino está expedito, apuntando siempre al blanco exacto, sin detenerse en consideraciones que no sean las de su propia seguridad y su provecho: Ese es el hombre de Martha, un vencedor.

Siendo esa la forma como obtiene los mejores dividendos de cada operación, de los cuales ella también es beneficiaria, ¿a quién le interesa tener un valiente al lado?

Conociéndolo tan bien, nada de lo que ve, y huele, debería sorprenderla; aun así, se dice que no imaginaba que su marido llegara a tanto: En este momento no es ni general, ni presidente, ni hombre, solo un trasto inútil, un cero a la izquierda, un ratoncito asustado ante la cercanía del gato.

«Comoquiera que sea, este de hoy es un caso especial», comenta consigo misma, él debería hacer una excepción y llamarse a capítulo. Está bien que no asuma peligrosas poses de héroe, ella nunca se lo exigiría, pero al menos debía controlarse un poco y no presentar esa imagen deplorable ante sus propios hijos, qué pensarán de él, un padre siempre es un padre. Y hoy no se trata solo de él, se trata de que los suyos están en peligro y le corresponde protegerlos, actuar como cabeza de familia. Todos están a la expectativa, esperando alguna indicación sobre lo que convendría hacer... «No, ni pensar en contar con él para nada, estoy sola.»

Está sola y no sabe cuánto durará la situación, si es que tendrá fin; va a tener que ser ella quien tome las decisiones a partir de ahora. Y las toma: Primera Dama ha de ser, y diosa tutelar además, que vela por la seguridad de la familia sin detenerse en medios. Ella dará las órdenes que el hombre de la casa no puede dar. Aunque, a decir verdad, en este momento tampoco imagina qué se pudiera ordenar. Porque nada se puede hacer, lo admite. Solo esperar. Mira una vez más hacia él, tratando de reanimarlo con la mirada. Pero él no hace otra cosa que temblar y sudar, enjugándose convulsivamente el sudor de la frente con un pañuelo rojo.

Y emanando ese olor insoportable a miedo.  
«Está irreconocible.» Menos mal que nadie ajeno a su sangre lo ha visto hasta ahora, todo ha quedado en la intimidad de los suyos.



«Señor Presidente, señor Presidente», oye que alguien llama tímidamente del otro lado de la puerta de la habitación. Se acerca y la entreabre solo lo suficiente para hablar con quien haya llegado, de manera de evitar que alguien ajeno a la familia alcance a ver el lamentable aspecto de su marido.

«Se están retirando, señora Presidenta», le informa un miembro de la guarnición, sin darle tiempo a preguntar. Indaga por más datos, pero el otro solo sabe que ya el segundo piso está libre de atacantes, aunque sigue habiendo disparos, que hay muchos destrozos, y también muchos muertos y heridos. «¿Heridos? ¿De quién?», «De nosotros, señora, y de ellos...», «¡Heridos de ellos ninguno!, ¡heridos ninguno!, ¿me oyó?», exclama Martha, y siente cómo aflora a su rostro un gran vapor que la acalora, el vapor de la rabia y el odio contenidos, que al fin han logrado manifestarse. La diosa tutelar se transforma en diosa de la venganza, las tres Erinnias encarnadas en una mujer enfurecida contra quienes han osado poner en riesgo a sus protegidos.

«¡Que los maten a todos!, ¿oyó?... ¡Que los maten a todos!»

Lo despide con gestos de ambas manos, como si espantara gallinas, «¡Vaya, vaya...!»

El hombre se aparta corriendo, asustado por lo que ha oído y dudando si se trata de un simple exabrupto, consecuencia de un ataque histérico, comprensible en una mujer que, para rematar, está embarazada una vez más, o si es una orden que debe transmitir al jefe de la guarnición para que sea ejecutada en el acto. No se atreve a regresar y preguntar para estar seguro, pero tampoco quiere cargar con la responsabilidad de comunicar una orden tan terrible que acaso no le han dado. ¿Y si entendió mal? Hasta ahora, él y muchos de sus compañeros habían combatido como buenos soldados, los atacaron y se defendieron, hasta que la fortuna, o lo que haya sido, les sonrió y les permitió rechazar el ataque, aunque no todos actuaron de la misma forma, es verdad, incluso algunos oficiales no se mostraron a la altura de sus subordinados, pero esa debilidad prefiere achacársela al efecto de la

confusión y no al miedo, a quién se le iba a ocurrir que algo como esto pudiera suceder, cualquiera se queda paralizado por la sorpresa, los nervios no responden a todo el mundo del mismo modo, y si el combate hubiera durado más tiempo, o los atacantes hubieran sido más, o hubieran estado mejor armados, quién sabe cómo habría sido el resultado, la guerra es la guerra. Él disparó contra quienes le disparaban, quizás hasta hirió y mató, no está muy seguro porque lo hacía sin apuntar, y no se arrepiente de haberlo hecho, no solo era su deber, también era defender su vida, volvería a hacerlo si otra vez hiciera falta....

Combatir, eso sí, lo haría otra vez. Pero... ¿rematar heridos? ¿Eso era, en verdad, una orden? Y, siéndolo, ¿un soldado debe acatarla?

Elige no transmitir nada.

Despedido el soldado, Martha se dirige a su marido, lo sacude violentamente, tratando de hacerlo reaccionar, «¡Fulgencio, Fulgencio...! Vamos, ya pasó todo... Tienes que salir a que te vean.» Él la mira desde muy lejos, se frota los ojos, los frunce como si no la viera bien. «¿Qué?», «Vamos, levántate, que tienes que trabajar.»

No le da tiempo a nada, lo toma por un brazo para obligarlo a incorporarse.

«Uf», lo suelta de inmediato, como si hubiera tocado por accidente alguna alimaña, y hace ademán de limpiarse las manos con el vestido; con la prisa por sacarlo de su estado, olvidó el mal olor que exhala. «Estás que apestas..., mejor te das un baño y te compones un poco antes de que la gente te vea.»

El marido no habla ni hace gesto alguno, se dirige maquinalmente hacia el baño. Martha señala hacia un *jacket* tirado sobre una silla, «Y después te me pones eso, yo lo había sacado por si acaso, y buscas la pistola y te la pones al cinto, tienes que tener el aspecto de un hombre de acción... En

cualquier momento empieza a venir gente..., y todo el mundo tiene que verte en funciones... Porque estuviste dirigiendo las operaciones todo el tiempo, ¿verdad...? ¿O es que ya se te olvidó?»

Mientras el hombre, todavía bajo los efectos del choque nervioso, comienza a cumplir sus instrucciones y muy lentamente procesa la información recibida y se va haciendo a la idea de que no tiene nada que temer, que está a salvo, Martha sale aprisa de la habitación, quiere tener más noticias de primera mano; se siente como la máxima responsable de su familia y hasta del país, su marido está inhabilitado por ahora y quién sabe por cuánto tiempo para emprender cualquier cosa, hasta para pensar. Y, puesto que tiene que tomar las decisiones, ya van a saber quién es ella. Fulgencio se recuperará y volverá a ser el hombre de aguda chispa que conoce, pero ella no puede saber cuánto durará en el actual estado de postración; mientras tanto, tiene que saberlo y verlo todo, y por eso tiene que salir de estas habitaciones para observar la situación con sus propios ojos, no puede esperar a más tarde.

Pero no es solo eso, lo más importante es que quiere estar segura de que la orden dada hace unos instantes sea cumplida al pie de la letra.

Porque fue una orden, no un exabrupto ni un ataque de histeria como un inútil soldadito pudo haber pensado, suerte para él que ella nunca lo sabrá. Una orden que debe ser cumplida sin dilaciones. Esos tipos que estuvieron disparando contra la guardia allá abajo, sean quienes sean, hayan salido de donde hayan salido, no saben con quién estaban jugando. Se introdujeron a la fuerza en su casa, asustaron a los suyos y los pusieron en peligro de muerte, y quien se haya atrevido a tanto no puede salir con vida de este sitio: A todos los quiere muertos y bien muertos, para que a nadie más se le ocurra, ni de aquí a cien años, que alguien puede atreverse a tanto con ella.

Que le quiten el nombre que tiene si perdona a uno solo.

No se trata de un asunto de política ni de gobierno, que la tienen sin cuidado, es que no le da la gana de perdonar ese ataque contra ella y su gente.

Molestaron a la familia de la tigresa, ahora que se atengan a las consecuencias.

Es verdad, pueden surgir comentarios, algunos preguntarán por lo bajo cómo fue posible que en el combate no hubiera nada más que muertos, qué armas fueron esas que no dejaron ni un atacante vivo. No le interesa. No la hubieran provocado y no hubieran sabido hasta dónde es capaz de llegar cuando se encoleriza, se hubieran quedado tranquilos en sus casas, ocupándose de sus asuntos, y no les hubiera pasado nada. Le buscaron las cosquillas, ahora que se fastidien y paguen por el mal rato que le han hecho pasar, hasta por obligarla a ver a su marido en el estado en que está.

Y si se forma alboroto por tantos muertos, que se forme; allá Fulgencio que se las arregle después con los políticos y con la prensa, para eso es el presidente, eso no es problema suyo. El problema suyo es la venganza. Venganza que incluso puede alcanzar a quienes nada hayan tenido que ver con el asunto. Basta que en algún momento se hayan atravesado en su camino, como el Pelayo ese, ya van a saber.

Un centinela apostado junto a la puerta le pide por favor que no salga del área reservada a residencia de la familia. «Todavía es muy peligroso salir, señora..., ¿no lo oye?, son tiros. Todavía se está combatiendo, no se puede bajar al segundo piso, ni siquiera se debe acercarse a la escalera... Imagínese si la hieren, aunque sea leve, en su estado...»

*En su estado*; es cierto, tiene que reconocerlo, no debe arriesgarse, puede ser muy peligroso para el embarazo; no obstante, su reacción inmediata es decirle al soldado que a ella nadie puede decirle lo que debe o no debe hacer, qué atrevimiento es ese, para algo ella es la Primera Dama de este país, qué se ha creído. El otro, acaso con más temor por

sí mismo ahora que unos minutos antes, cuando disparaban los atacantes, solo acierta a decir, con voz apagada «Usted disculpe, señora..., pero es mi deber advertirla... Pueden matarla..., y cómo le explico al General...». Ella le echa una mirada de rabia y desprecio durante unas fracciones de segundo, parece que va a decirle algún despropósito, quién se cree que es este soldadito de mierda, pero acepta, «Está bien», admite, esperará unos minutos más, concede, «Pero dígame a su gente que acaben ya con ese asunto, ya demoraron demasiado», da media vuelta y regresa junto a los suyos. A fin de cuentas, se consuela, ya tendrá tiempo, dentro de unos minutos, de bajar las escaleras gritando, para todo el que quiera oírlo, pero sobre todo para que se cumpla lo que se ha convertido en su obsesión:

«¡Mátenlos a todos, mátenlos a todos!»

Ha pasado tiempo suficiente para que Fulgencio se recupere de su choque nervioso. Los disparos que se oyen, es fácil darse cuenta, son de los tanques enviados por Columbia, que barren con su fuego los edificios que rodean Palacio, por si hay algún revoltoso parapetado en ellos. O para dar la idea de una gran batalla después, quién sabe, y poder afirmar más tarde que «Los atacantes se habían hecho fuertes en los edificios circundantes, desde donde disparaban incluso con morteros, y hubo que desalojarlos con el fuego de los tanques.» Gracias a esta operación disuasiva habrá importantes daños en los alrededores, incluidas algunas obras en Bellas Artes, y hasta morirá un turista norteamericano en un hotel cercano, alcanzado por el ametrallamiento o, como se dirá unas décadas más adelante para referirse a tales contingencias, víctima del fuego amigo. Tiempos vendrán en que por menos que eso se produzca una invasión de marines en algún país, pero este no será el caso. Otro turista sufrirá un infarto por el susto, este en el museo, aunque no morirá, pero

siempre habrá la posibilidad de acusar a los atacantes de los destrozos, del infarto y de la muerte. Si ellos quieren que vengan después a desmentirlo.  
O que vengan a desmentir el coraje del Presidente.

Nadie lo desmentiría, no podrían hacerlo, pues los atacantes no eran más que «Un grupo de políticos corrompidos, delincuentes y gánsteres, a los cuales se habían sumado unos pocos estudiantes incautos», como los calificaría la propaganda oficial en algún momento. Es sabido que gente así no acude a los periódicos para hacer un desmentido.

Como nada es mejor que dar pruebas de lo que se afirma, para ilustrar la presencia de esos elementos entre los atacantes se describió la forma en que el gánster conocido por el sobrenombre de El Extraño, quien vestía una camisa de mangas cortas color chocolate esa tarde, «Con gran serenidad y sangre fría», cargaba en un auto a dos heridos y se los llevaba con rumbo desconocido, «Salvándoles la vida.» No importaba para la narración el hecho de que El Extraño no estuviera en Cuba desde hacía años, por haber huido temeroso de represalias de Batista contra los miembros de Acción Revolucionaria Guiteras: Los hechos son lo que cuenta, y realmente alguien vestido de esa forma había realizado la acción descrita. Eso lo sabía muy bien Juan José, pues era de él de quien se trataba, y no lo desmintió. «Cuando leí esa noticia me indigné, pero cómo iba a desmentir a los periódicos y decir que era yo», comentaría risueño muchos años después.

Bañado, bien peinado y con abundante brillantina en el pelo, pantalón caqui, camisa clara, el «*jacket* de la suerte» encima de ella, y sujetada por el cinto directamente, sin funda para que se vea más que la porta un macho, una pistola calibre cuarenta y cinco, todo cuidadosamente revisado por Martha, guardiana también de la imagen pública de su marido, el

Presidente se decide a hacer su primera incursión en el exterior de la zona reservada a la intimidad de la familia presidencial. Está todavía bastante pálido, pero no aceptó la idea de maquillaje que alguno de sus hijos propuso, esas no son cosas de varones. Ensayó la sonrisa que todos deben verle, «Todos tienen que ver que desprecias el peligro y mantienes tu mejor sonrisa a pesar de lo cerca que estuviste de la muerte», le advirtió Martha.

Lo difícil de ocultar es que no ha recobrado del todo el dominio del habla y tartamudea un poco; sobre todo, y ello es lo que más preocupa a la mujer, no ha recuperado el aplomo y la agilidad mental necesarios para enfrentar la situación, y así cómo va a responder las preguntas de algún periodista, si apareciera. Por el momento no hay que temer la presencia de periodistas, qué bueno, en estos tiempos siempre resultan incómodos, hasta los que deben favores a su marido, cuando menos uno se lo espera sueltan una pregunta estúpida capaz de poner en aprietos al más listo; si eso ocurriera en este momento, él podría incurrir en alguna expresión que después aprovecharían los de la oposición.

No estarán presentes los periodistas por un tiempo, es cierto, pero en cuanto se calmen las cosas van a estar viniendo los ministros, los generales, todo el mundo va a querer que Fulgencio vea que lo apoya... Ahora mismo, ya es hora de que los oficiales y los soldados de la guarnición lo vean, que sientan que es el jefe y está junto a ellos. Por eso, aunque queda preocupada por el mal papel que puede desempeñar, prácticamente lo ha empujado, en vista de que él no se decide, a salir a juntarse con la tropa. Lo acompaña en la salida, pero de inmediato se separa y se dirige hacia la escalera que conduce al primer piso: Tiene que garantizar que sus órdenes se cumplan.

Fulgencio, rodeado y vitoreado de inmediato por un grupo de oficiales, soldados y policías, tiene oportunidad de oírla desde donde está. Quizás debiera hacerlo, pero lejos de él

está la intención de contradecir lo exigido por su mujer. Si tiene tiempo y se acuerda, quizás más tarde le comente que no le pareció una buena idea. O quizás no lo haga, hay asuntos más importantes que atender, para qué perder el tiempo yendo en contra de algo que dijo la mujer de uno, ellas siempre terminan haciendo lo que se les antoja. Conminado a hablar por los aplausos y los vivas, se da cuenta de que no sería capaz de hilvanar ni medio discurso con algo de coherencia, por lo que se limita a hacer un saludo con la mano derecha y exclamar: «Gracias..., gracias... ¡Salud!» Mañana en los periódicos se publicarán las emotivas palabras que el Presidente de la República dirigió a la tropa una vez concluida la defensa del edificio que él personalmente encabezó. Tal es el poder persuasivo de la prensa que, al cabo de un tiempo, hasta quienes estuvieron presentes llegarán a convencerse de que las oyeron.

Componiéndose el uniforme sobre la marcha, uno de los oficiales que han dirigido la defensa se acerca, realiza el saludo militar reglamentario y permanece en esa posición frente a Fulgencio, quien lo mira con una expresión indefinida, no con su mirada inquisitiva de siempre, esa que le ha hecho ganar la fama de que lee el pensamiento de sus interlocutores; en realidad se pregunta qué vendrá a decirle el subordinado que lo obligue a tomar decisiones o a hilvanar ideas, cuando no siente el menor deseo de hacer ninguna de las dos cosas, lo que quisiera ahora es irse a la cama a descansar y olvidarse de todo, tomarse una taza de tilo acaso, para poder dormir, se siente deshecho con tantas emociones.

«¡Permiso, mi general!», «¡Hable!», logra responder, «General, hay un montón de gente de esa tirada por el segundo piso y por la escalera, también algunos por allá afuera; hay unos que están muertos y otros que solo están heridos, ¿qué vamos a hacer con ellos?, ¿llamamos las ambulancias?», «¿Ge-gente..., n-nuestra?», «No, mi general, nuestros no son, esos ya los recogimos... Gente de esa...», «¿De esa...»



gente? Pues ya o-o-oyeron a la s-se-ñora..., a mí no me anden preguntando..., nada... Yo... soy el Presidente..., de la República... Pero esta es nuestra casa..., y en la casa manda ella...», «¿Quiere decir, entonces...?», «N-nada... Yo no digo nada... En este lugar no hubo heridos..., todos los enemigos murieron en combate..., si encuentran a alguien por ahí..., por esas calles, también murió..., en combate, sí..., o cuando trataban de salvarles la vida en el hospital de la policía...», «¿Las manos libres para lo que sea, General?», «Usted lo dijo, yo no he dicho nada», «¿Todo el tiempo?», «¿Todo el tiempo? Claro... No... Eso tampoco... Cuarenta y ocho horas..., solo cuarenta y ocho horas..., más no se puede..., los americanos se van a poner pesados, ustedes saben cómo son ellos..., se van a querer hacer los buenos de la película... Sería un problema...»

## Asunto de telefonía

*Le estoy haciendo esta carta personal como sincero reconocimiento por su serenidad y comprensión en relación con el problema telefónico. Muy pocas veces he conocido, en lugar alguno, una alta figura de la vida pública con tan amplia comprensión de un problema como Ud. Nunca ha perdido de vista el interés de la comunidad y tampoco ha dejado de considerar el mejoramiento del standard de vida de los cubanos como objetivo suyo propio. Por este ideal y por su magnífico concepto de lo que significa un servicio público, yo, personalmente, y todos los hombres y mujeres libres colaborando conmigo en la Cuban Telephone Company estamos con Ud. de todo corazón.*

Edmond H Leavey, presidente de la International Telephone and Telegraph Corp. «Gracias señor Presidente», Alerta, marzo 18 de 1957

No hay justicia..., cuando yo lo digo...; decididamente, no hay justicia en este mundo... Que estos tipos se aparezcan ahora con eso, con el día tan malo que he tenido hoy, en lugar de preguntarme cómo me siento, de decirme «General, hemos estado muy preocupados por usted y su familia, esperamos que todos se encuentren bien. Y su esposa, ¿no se afectó por el susto, no tuvo problemas con su embarazo...?», y felicitarme efusivamente, aunque sea de dientes para fuera, por haber escapado con vida, en fin, todo eso que se llama diplomacia... Nada. Tampoco se acordaron de ofrecerme sus condolencias por los soldados que murieron en defensa de mi vida y del gobierno, y preguntar por las bajas o por cómo están los heridos, y si ya hemos establecido quiénes están detrás de lo que pasó, si tenemos alguna idea de la conspiración... Nada de nada... A estos americanos no se les ocurre otra cosa que venir a recordarme que mañana tengo un compromiso ineludible, que se vence el plazo para firmar el dichoso convenio por treinta y cinco años con la Cuban Telephone. Con lo mal que me pone pensar en eso.

Han atacado el Palacio Presidencial de este país, han estado a punto de matar a su presidente y quién sabe a cuánta gente más, y eso es lo único que se les ocurre pensar a estos tipos, es lo único que les preocupa, la firma de un documento de mierda. Bueno, tampoco tan de mierda, es un montón de dinero que van a joderme, mal rayo los parta... En momentos como estos, con la república en peligro, deberían al menos aparentar algo de solidaridad democrática, mostrar consideración por el hombre contra quien se acaba de perpetrar un sangriento atentado, que por puro milagro ha logrado escapar con vida. Después de haber vivido estas horas de tensión, por lo menos deberían suponer que tengo que estar sufriendo un tremendo agotamiento mental, con el espíritu agitado por las emociones de esta tarde y por los momentos de incertidumbre y peligro para mi vida que he pasado. Y si no eso, al menos deberían imaginar que ahora mi mente está ocupada en mil asuntos prácticos a que ha de atender cualquier gobernante en las circunstancias actuales, que debo estar pensando en las medidas que hay que tomar para restablecer el orden en la ciudad y en el país, ellos no son nada estúpidos, cómo no se dan cuenta de que estoy necesitando una tregua de unos días al menos en cuanto a los otros asuntos, que lo demás puede esperar, incluso el dichoso documento ese...

Pero ni hablar. ¿Esperar?... de eso nada, con ellos no hay arreglo, solo piensan en lo suyo, lo demás que se joda. Entre hoy y mañana hay que limpiar, recoger, ordenarlo todo en Palacio, que quede como si nada hubiera pasado, y estar yo con mis ministros con la mejor sonrisa del mundo, listos para recibir al presidente de la ITT con tanta fanfarria como si fuera el presidente de su país. Como si yo tuviera cabeza ahora para pensar en convenios ni en teléfonos, total, a qué tanto apuro, si han tenido que esperar hasta ahora por qué no pueden esperar un poco más y dejar que me reponga un poco de este ajetreo, ya me agarraron por los huevos, que es lo importante, y ya que me tienen así qué más les da un día menos

o un día más. Claro que ellos no son bobos tampoco, no confían en mí y saben que si no hubiera sido por la carta que me envió Dulles, y que seguramente ellos leyeron antes que yo, todavía estaríamos en las mismas, conmigo dándole largas al asunto, llevo cinco años en eso y pensaba seguir haciéndolo, somos socios en esto de defender la democracia, pero negocios son negocios y yo tengo que defender los míos como ellos defienden los suyos, un poco más y me hubiera llevado el gato al agua pero ya me fastidieron, no hay más espera que valga, tengo que morder el cordobán y acabar de firmar, se jodió la jugada de apostar a que bajen las acciones.

Nada, que se dieron cuenta, o siempre lo supieron y al fin decidieron pararme las patas, porque no creo que antes no lo hubieran advertido, solo me estaban dando cordel para ver hasta dónde yo llegaba, y ahora, como vieron que lo mío iba para largo, listo, se acabó, «Ya está bueno de jueguitos, Fulgencio, que te conocemos bien», me dijeron sin decirlo, y esa carta parecía muy diplomática, muy fina, pero era lo mismo que un puñal en el pecho, o una cuarenta y cinco apuntada a la cabeza, «La bolsa o la vida» era la traducción exacta, y así quién se podía negar, acepté, qué remedio. Dulles me obligó a señalar un tope para la firma y tuve que hacerlo, puse el catorce de marzo sin pensarlo, como pude poner cualquier otra fecha, el asunto era que me dejaran tranquilo de una vez, la presión subía, ya no era tan difícil entender las amenazas detrás de las cortesías... todo estaba listo para tragar el buche, quién iba a adivinar que esta tarde iba a pasar lo que pasó...

Pero ya que acepté tomarme la cicuta al menos deberían ser un poco más simpáticos conmigo, guardar la forma en vista de las circunstancias..., esperar unas semanas..., vaya, al menos unos días, que más les daba, para que no se dijera, concederme un respiro después del mal momento de esta tarde, ellos no se imaginan lo que es tener a un grupo de locos asesinos correteando por todo el Palacio y tirando tiros, buscándome para pasarme la cuenta, cómo se lo van a imaginar

si esas cosas allá no pasan, solo entre nosotros, que somos unos salvajes incivilizados, ellos mismos lo dicen y a lo mejor es verdad.

Debieran estar felices de que nada me pasó y salí bien del susto, ya quiero yo saber a quién iban a obligar a firmar si las cosas hubieran sido de otro modo, si los que atacaron se hubieran hecho los dueños del país, ahí sí que estarían fastidiados, porque si esa gente ganaban en lo menos que estarían pensando a estas horas era en firmar un convenio con la Cuban Telephone para que aumente sus tarifas a cambio de que la ITT invierta en la ampliación del servicio telefónico y pague los impuestos de que estaba exenta hasta hoy, ellos hubieran dejado las cosas como están, y eso en el mejor de los casos, porque quién quita que entre ellos haya algún Guiteras loco pensando en nacionalizar teléfonos. Por lo pronto, aunque eso no hubiera pasado, habrían tenido que esperar a que los nuevos amos del país terminaran de repartirse el pastel entre ellos, y de ver a quién ponían al frente del gobierno, para entonces empezar por el principio con ellos lo que ya lograron conmigo, obligarme a firmar...

Ahora que digo gobierno... ¿Quién sería el que tendría que firmar en mi lugar? No se me había ocurrido, pero, coño, ¿a quién habrán pensado poner por mí? Un presidente no es cosa que se pueda improvisar, no es llegar y decir, «Fulano es ahora el presidente de la república», eso tiene que estar pensado con tiempo, hay que prepararse, se necesita experiencia, yo mismo, en el cuarenta, cuando salí de presidente, ya me conocía todos los rejugos de los políticos, sabía de la pata que cojeaba cada uno, a quién podía endulzar y a quién tenía que sacar del medio si quería mantenerme en la silla, había aprendido a desconfiar sin que lo pareciera. ¿Habrán pensado en poner a Prío? Podría ser, según me informó Piedra, entre los muertos hay bastante gente de Prío... Eran solo peones, pero, bueno, estaban relacionados con él. Menelao no era ningún peón de Prío, tengo que reconocerlo, era un

tipo pensante, y estaba metido también en el asunto, tirando tiros como cualquiera, eso es algo que no entiendo. Un hombre que está en la política desde el treinta y tres, un líder, mal que me pese, con buenos contactos, y meterse en esos berenjenales. Tenía que sentirse muy seguro de lo que estaba haciendo para entrar en la candela como cualquier principiante, en vez de quedarse esperando a que todo terminara, es lo que hace un político de carrera, no estar como cualquier idiota en medio de la candela brava. Bueno, ahí tiene el resultado, él se lo buscó. De Aureliano es del que no me han dicho nada, parece que no tuvo que ver en el asunto, aunque sería raro, porque ese se la pasa armando conspiraciones, hace años que anda queriendo ser presidente, hasta hay quien dice que por eso era la bronca de Chibás con él, porque lo sentía como el único rival que podía ganarle en las elecciones, tenía que quitárselo de en medio. Hasta ahora todo le ha salido mal, pero es muy peligroso, y siempre se nos escapa, tiene una suerte del carajo.

Pensándolo bien, esos que dicen que son gente de Prío pudieran ser de Aureliano, en definitiva él también es auténtico, aunque ande por su cuenta y tenga su propio grupo contra mí. Habría que averiguar, mirar bien en los archivos los antecedentes de todos esos muertos... Tengo que ver bien eso con Piedra, este Aureliano jode bastante y ya me tiene un poco cansado, hace falta que me lo eliminen de una vez.

Piedra asegura que los de la universidad fueron los principales responsables del ataque, los que lo organizaron todo, y ellos no iban a regalarles el gobierno a los auténticos ni a nadie, lo querrían todo para ellos, como es lógico, a quién se le ocurre, después de jugarse el pellejo por conseguirlo, regalarle el jamón a otro. Pudiera ser que fueran a compartirlo, aunque sería algo raro, el poder solo se comparte cuando no queda más remedio, pero pudiera ser el caso, que tuvieran que compartir con otros por no tener suficiente fuerza, si fuera así tratarían de asegurarse la posibilidad de poner y

quitar a quien les dé la gana, algo así como lo que pasó con el Directorio Estudiantil después que cayó Machado, repetir la experiencia... Eso sí pudiera ser, un gobierno como el de los cien días, con los estudiantes poniendo y quitando presidentes, tal vez lo hayan pensado, aunque aquella vez el juego no les resultó tan bueno, ahora tampoco resultaría...

En fin, por suerte, lo que haya sido que pensaron no pudo ser, eso es lo importante, gracias a Dios y a Ermelindo... Y gracias también a que anduve espabilado y me les pude escurrir entre las manos, que si me pongo a pensar en las musarañas y a querer hacerme el héroe me la hubieran arrancado como a cualquier comemierda... Vaya, por qué tuve que decirlo, qué es eso de que me la arranquen, para qué me pongo a pensar en eso, a ver si yo mismo me echo mal de ojo sin darme cuenta, ahí sí no va a haber resguardo que me salve, mejor pensar en otra cosa... Pero pensar en otra cosa es volver a lo mismo, a que estos americanos no se andan con chiquitas cuando la cosa es de dinero, no solo se olvidan de las cortesías, hasta de que uno siempre ha sido amigo de ellos, desde Summer Wells hasta hoy ningún embajador puede decir otra cosa de mí, pero este de ahora..., ¡nada! Todo olvidado, me trata como si yo fuera un extraño. O peor, que uno está aquí, todavía con el ruido de los disparos retumbando en los oídos, y ahí viene él, «Lo felicito, *mister president*, hemos sabido del brutal atentado, pero nos aseguran que todo está en orden, me alegro mucho, aprovecho para recordarle que el señor Leavey espera ser recibido por usted mañana para la firma del convenio, como fue acordado; desde luego, yo estaré presente, y espero que muchos de sus ministros también. *Thank' you, mister president*, hasta mañana», y soltado así, sin más diplomacias, carajo, que ni hora de hablar de trabajo era, por lo menos debió esperar a mañana; uno es presidente, pero tiene derecho a disfrutar de un horario de descanso junto a otro de oficina como cualquier cristiano, si él no descansa es su problema, no el mío, yanqui de mierda, siempre nos miran como a indiecitos o negros.

Y ahora ese teléfono que no para de sonar, con lo tarde que es. ¿Será él otra vez, a esta hora? ¿Y qué tripa se le habrá roto ahora para fastidiar de nuevo? ¿Será que no tengo derecho a un respiro, a gozar aunque sea de unas horas de reposo antes de enfrentarme mañana a esa tiñosa rubia que lo que quiere es sacarme los ojos? Muchas sonrisas, apretones de mano, fotos y hasta brindis con el mejor whisky, pero saben ellos y sé yo que me están clavando el puñal por la espalda y no puedo decir ni pío, también tengo que mostrar todos los dientes, como el más feliz de los mortales. Ya hasta me enviaron la nota que se va a poner en los periódicos como anuncio pagado, con el título y todo, para que todo el mundo conozca lo agradecidos que están, y lo agradecidos que debemos estar nosotros por la firma del documento, Gracias, Señor Presidente, con la cara del gringo ese de mierda a la derecha y la mía a la izquierda, sonriente él, sonriente yo también, qué remedio, la procesión irá por dentro como de costumbre, él pensando en su lengua «Te jodí, cabrón», y yo en la mía «Me jodiste, cabrón, pero te costó trabajo.»

Tanto pensar en el asunto del convenio telefónico y el teléfono no se cansa de sonar, ¿quién podrá ser a esta hora?, bien que advertí a todo el mundo que no me molestaran a no ser que se caiga un pedazo del cielo encima del Palacio, o cosa semejante. Solo faltaba ahora que fuera eso, que el cielo se cayó, y encima del Palacio para completar. No hay remedio, es para mí y tengo que atender, el cielo no se cayó seguramente, pero igual algo gordo habrá de ser, son pocos los que pueden llamar por esa línea, y ninguno está tan loco que se ponga a fastidiarme por boberías a esta hora.

«¡Aló!»

¿Cómo? ¿Que encontraron a un tipo muerto por el *Country Club*?, ¿y a mí que carajo me importa eso?... A mí me da lo mismo si es en el *Country* que si es en Las Yaguas, yo no soy el jefe de la policía..., vean eso con el Buró, o con el SIM, o con quien carajos sea..., qué sé yo..., con el que le corresponda, ese no es mi trabajo, qué es eso de molestar



al presidente de la república en horas tan inapropiadas solo porque en algún lugar apareció un muertecito de mierda, muertos es lo que sobra en cualquier parte, aviados estamos si tengo que ocuparme también de esas niñerías, para qué tengo tantos policías. ¡Coño!, que no es ningún muertecito de mierda... ¿Un senador de la república?... ¿De verdad? ¿Y quién, de qué partido?

«Dice que..., ¿cómo? Que Dios me asista... Ahora sí que le cayó comején al piano.»

## Bien muerto y mal matado

*No es posible suponer que hayan intervenido las Fuerzas Armadas en ese lamentable suceso, ya que (además de ser nosotros los principales mantenedores del prestigio del gobierno) estábamos dedicados por entero a proteger y a vigilar el Palacio Presidencial, las calles y la tranquilidad de la familia cubana.*

Ataja, marzo 19 de 1957 (coronel Carlos Cantillo, jefe del Servicio de Inteligencia Militar)

Como si no fuera suficiente tener que tragarse el sapo de la firma del convenio con el presidente de la ITT al día siguiente, por imposición directa del Secretario de Estado norteamericano, que había intervenido expresamente en el asunto para que se acabaran las dilaciones y la negociación llegara a su fin de una vez, para colmo sin siquiera haber tenido tiempo de reponerse del susto que le habían hecho pasar durante la tarde, Fulgencio recibía la noticia de un suceso que lo ponía en una situación embarazosa. Un político importante de la oposición había muerto a balazos pocas horas después de haberse producido el ataque al Palacio Presidencial. Se trataba de un personaje demasiado conocido y bien situado en la sociedad, no un liderzuelo de esos que a veces uno está obligado a eliminar y pasa inadvertido, con este muerto todo el mundo iba a empezar a decir lo que le diera la gana, hasta los que no lo soportaban cuando estaba vivo lo pondrían por todos los cielos y, no faltaba más, iban a expresar su preocupación porque algo así haya ocurrido en un país hasta no hace mucho

tenido por civilizado. Como si algo pudiera ser peor que lo ocurrido esta tarde, esa agresión de que había sido objeto el Primer Magistrado de la nación. Ya se sabe adónde conducirían las lamentaciones por la muerte del viejo, esos vividores de la política iban a aprovechar la ocasión para sembrar la duda sobre quién fue el que ordenó su muerte, una duda que siempre apuntaría, aunque disimuladamente, contra él.

«¿Quién aguanta ahora a los americanos? Van a empezar a presionarme de lo lindo, a saber cuántos negocios se me van a echar a perder..., o cuántos van a querer hacer ellos por este cuento, ni que hubiera sido yo el que le disparó..., ahora más que nunca tengo que andar a la viva, no me metan a mí también por la cabeza una Mediación, como le hicieron a Machado. Martha no se cansa de repetirlo, que se huele que me están buscando sustituto.»

No podía permitir que aquella bola de nieve creciera y lo arrastrara a su paso. Llamó a uno de sus asistentes. «Llame de inmediato al jefe del Buró de Investigaciones y transmítale mi orden precisa de que deje la cama si estaba durmiendo, o su querida si estaba con ella, o cualquier otra cosa que esté haciendo, y que se presente ante mí ahora mismo.»

«¿Has visto la hora que es? ¿No te parece que era tiempo de que yo estuviera descansando, junto a mi familia, después de todo lo que ha pasado hoy...?»

El subordinado, que había llegado mucho antes de que hubieran transcurrido cincuenta minutos desde que le fue impartida la orden, preocupado por lo intempestivo de la hora, pues él daba por restablecida la calma en toda la ciudad, no se imaginaba qué asunto sería ese tan urgente para que el Presidente lo recibiera en persona. Quedó impresionado además por el saludo de su jefe, ¿a qué se debería? Él estaba seguro de haber hecho un buen trabajo, incluso todavía se encontraba en su oficina a esas horas, atento a cuanto pasaba en la ciudad, no durmiendo en su cama ni ocupado en otras

actividades, pero las palabras del presidente, y, sobre todo, el tono en que fueron pronunciadas, anunciaban una grave tormenta, sin duda apuntada contra él, a saber por qué razón desconocida, qué envidioso lo habrá enemistado con el general.

«¡Ñoo!, parece que la cosa está mala... ¿Qué habrá pasado?», pensó. Se esforzó por esbozar la sonrisa más servil que pudo encontrar en su arsenal, que no era escaso, dígase de pasada, cuando se encontraba frente al presidente. «Tiene usted mucha razón, señor presidente, pero no me asombro; todo el mundo sabe que su excelencia...», «No te me hagas el gracioso, que no te llamé para que me adularas», «Perdone usted, señor presidente, no fue mi intención molestarlo..., y es verdad que el señor presidente siempre...», «Déjese de vaina, compadre y no me haga perder tiempo, que no tengo mucho y estoy cansado... ¿No te imaginas por qué te mandé que vinieras a estas horas?»

Realmente, el coronel no tenía la menor idea. «Ni la más puta idea», estuvo a punto de contestar, pero, por fortuna, se contuvo a tiempo. «Le juro por Dios que...», «Por Dios, ¿eh?... ¿Así que no tienes la menor idea?», «No, mi general, le juro otra vez que no», «Vamos a ver..., dime una cosa, ¿qué fue eso de que apareció muerto Pelayo Cuervo?, acabo de enterarme ahora mismo, que lo hicieron un colador... No me digas que no lo sabías.»

«Ah..., eso», exclamó el subordinado, con un suspiro de alivio. Imaginaba que era algo más importante, vaya simpleza había preocupado al presidente.

«¿Cómo que *ah, eso*?, ¿Te parece una bobería...?, ¿*eso*?», «Bueno, mi general, tanto como una bobería no, pero..., vaya, usted sabe cómo son las cosas en nuestro negocio..., en la confusión..., esas cosas pasan, no es la primera vez...; vaya, usted sabe. Parece que algunos muchachos exageraron, hicieron más de lo que se les ordenó... En fin..., usted comprende, el exceso de celo... Uno no siempre puede atajarlos a tiempo..., pero son buenos muchachos, puede estar seguro,

cumplidores, fieles, incondicionales a usted», «Qué exceso de celo ni qué niño muerto; yo no hablé nada sobre el viejo, por qué tenían que meterlo a él en ese potaje, quién coño los mandó... Nada, cuando yo lo digo..., y no fue un tirito, ni dos, que cualquiera los da..., hasta por accidente. Pero no, nada menos que once balazos, como a cualquier pone bombas de mierda, para que nadie tenga dudas de quién lo hizo... Solo les faltó ponerle el petardo en las manos, como hacen con los terroristas», «Perdón, general, pero usted nos dejó las manos libres durante cuarenta y ocho horas para poner orden en La Habana..., que hacía tanta falta el escarmiento... Faget por el BRAC, y yo por el Buró de Investigaciones, hicimos la lista para los arrestos, personalmente, como usted ordenó», «Yo sé muy bien lo que dije, usted no tiene que recordármelo, y debía saber que cuando hablé de hacer una lista de opositores no me refería a él, ni a Grau, ni a ninguno de esos políticos profesionales de la oposición que todo el mundo conoce. ¡Ni siquiera a Prío me refería, con lo gordo que me cae! Ellos nos hacen falta vivos, vivitos y en sus casitas..., tranquilitos..., hablando, sí, que hablen lo que les dé la gana, eso es mierda, pero eso es hacer política..., ¿puede comprender eso?... No, supongo que no..., estoy pidiendo demasiado, tampoco se les paga para que entiendan...»

Era evidente que al coronel su jefe le estaba diciendo imbécil en su propia cara, pero no se sintió ofendido por eso, sabía bien que no era más que un peón, con este presidente o con cualquier otro siempre sería lo mismo, al agente represivo lo usan pero lo desprecian; lo desprecian, pero no pueden estar sin él. Era el papel que le había correspondido desempeñar en la comedia de la república y él lo aceptaba, con sus partes buenas y sus partes malas.

«Nos hacen falta vivos porque ellos forman parte del peso muerto que hay que cargar para que exista democracia en el país. ¿O acaso se le olvidó que yo encabezo un gobierno democrático?»

De que el gobierno del General era democrático no había la menor duda; el militar lo sabía, cualquiera lo sabía, y quien quisiera testigos podría preguntar en la embajada americana, allí le darían referencias dignas del máximo crédito: En el país funcionaban normalmente los partidos, tanto los de la oposición como los aliados al gobierno, el Congreso y el Senado sesionaban de forma regular y, aunque de vez en cuando se imponía la censura, siempre por causas justificadas y ratificada por el Congreso, la prensa gozaba de más libertad en Cuba que en muchos otros países, quizás más que nunca en su historia, aunque algunos aseguraran que en tiempos de Carlos Prío había mucha más libertad de expresión, que hasta era exagerada, pero Prío es un guanajo y a él no hay que contarle. Esas eran las reglas para la democracia, que es lo que exigen los americanos para tener buenas relaciones con los gobiernos, y esas relaciones son la base para los buenos negocios. Aunque a veces el presidente o sus ministros tuvieran que oír cosas desagradables de los políticos de la oposición, eso también formaba parte del juego y no había que tomarlo demasiado en serio.

«Porque la política, estimado coronel, es un juego, y para ganar hay que saber sus reglas...», «Mi general, usted no va a pensar que yo...», «Como vuelvas a interrumpirme...», «Perdón.»

El General lo miró como a una cucaracha a la que se acaba de aplastar con el pie y continuó su reprimenda. El subordinado debía saber, porque para eso cobraba, que el viejo era un poco atravesado, es verdad, y a veces se ponía malcriado cuando hablaba, se le iba la boca, pero de ahí no pasaba... Y siempre es de buen tono tener a alguien de ese tipo en la oposición, sirve como de contrapeso y no hace daño, al contrario, ayuda a la imagen, siempre habrá en el extranjero quien diga, admirado, «Vean qué gobernante ejemplar, no se altera con los desplantes de la oposición.» Bueno, ni sabía para qué le explicaba, eran sutilezas que seguramente escapaban a su

entendimiento, lo que interesaba era que el coronel estaba en la obligación de saber cuándo es conveniente y cuándo no es conveniente quitar de en medio a alguien, sin que nadie tenga que andar diciéndoselo, en eso consiste toda su ciencia; tratándose de revoltosos e ilegales, está bien, mientras menos haya, mejor, pero no es lo mismo cuando se trata de alguien como el senador, que actuaba dentro de la legalidad y nunca tuvo nada que ver con la violencia, ni cuando era un muchacho, «¡Nunca! Si lo habré conocido bien... Porque, aunque en bandos diferentes, todos somos los hijos de la revolución del treinta. Llevamos veinte años por lo menos viéndonos las caras, nos conocemos las debilidades, las ambiciones... Pero el viejo no le tiró nunca una cáscara de plátano a un chino, no era peligroso. ¡No me digas que ustedes no lo sabían, porque te quedas sin trabajo ahora mismo!», «Claro que sabíamos, claro que sabíamos... Usted tiene toda la razón, mi general, como siempre, y sabemos que él no tuvo nada que ver con el asunto del Palacio, nadie dice lo contrario...», «¿Y si lo sabían por qué carajo...?»

La expresión del rostro y el tono con que fue pronunciada la palabra *carajo* hacían presagiar algo terrible. Y por eso ahora el subordinado se atrevió a interrumpir a su jefe para decirlo todo de una sola vez, como si no hubiera oído o hubiera olvidado la amenaza de un momento antes. Se daba cuenta de que solo una jugada desesperada podía salvarlo, es sabido que muchas veces la mejor defensa es la ofensiva. Comenzó a hablar sin dar tiempo al presidente a terminar la frase, «Tiene usted razón en considerarlo un error, mi General, pero de todas formas es mejor que ocurriera lo que ocurrió...», «¿Cómo dijo?»

El coronel hizo como si no hubiera oído la pregunta amenazadora, no podía perder tiempo. «Eso mismo, es mejor que ocurriera lo que ocurrió, porque si todavía no lo era, andando el tiempo podía convertirse en un peligro para usted...»

«¿Este me está tomando el pelo, o se volvió loco?», pensó el presidente.

«¿Un peligro?, ¿un peligro para mí ese viejo? Mira, no hables mierda, que tú y yo sabemos muy bien que él nunca iba a meterse en ningún proyecto revolucionario, ni en nada que tuviera que ver con tiros ni con bombas o cosa parecida..., eso no era lo suyo», «Pero tenía un juicio pendiente por desorden público y desacato al ejército, mi general, tampoco era tan mansito.»

El presidente no hizo caso a las últimas palabras del subordinado. «Déjate de boberías y hazme el condenado favor de hablar en serio...» Esos argumentos eran buenos para que los usaran los voceros del gobierno, para eso se les paga, no para gente de trabajo como ellos dos. Ellos tenían que ir a la esencia de las cosas, a las conveniencias y las inconveniencias de cada acto que uno hace. Este caso era un buen ejemplo de lo que acababa de decir, porque, el subordinado debía fijarse en el detalle, aunque el viejo ya no era senador, para todo el mundo seguía siendo el senador, «¡Hasta para la gente de nosotros, que lo llaman así!», y eso es exactamente un problema, porque un senador es más o menos un intocable, no podía ser tratado como una persona cualquiera, con él hay que cumplir ciertas formalidades. Y, volviendo al tema, aunque hubiera tenido sus altas y bajas y tuviera un juicio pendiente, no era del tipo de gente que se mezcla con esos jovenzuelos que se pasan la vida jodiendo y haciendo bulla en la universidad. Él no era como el otro, el Menelao ese, por ejemplo. Ese sí, político y todo como era, o había sido en otro tiempo, se la pasaba creando problemas, no salía de una para meterse en otra; se separó de las personas serias, rompió con Prío porque habló del camino de las urnas y se puso a andar por su cuenta en líos de conspiraciones y atentados... Además, tenía mucha gente que lo seguía en sus tejemanejes, tenía armas.

«Ese sí que era un peligro... El principal responsable de los comemierdas de Prío que querían tumbarme a tiros, los insurreccionalistas esos... Hacía rato teníamos que habérsela arrancado, pero ustedes fueron unos incapaces, lo dejaron ir



como si nada.» El subordinado pestañó muchas veces al oír la última frase, y sintió cómo se le aceleraba el corazón. Bien sabía que una perseguidora había agarrado a Menelao y su hijo Alberto, pero los tripulantes no tenían la menor idea de quiénes eran esos dos ciudadanos, cómo iban a imaginarse una suerte tan loca, ordenar a un carro que se detenga y que en él venga uno de los tipos más buscados por ellos mismos, quién iba a pensarlo, no supieron después explicar cómo comenzó todo, pero en eso se forma una bronca entre uno de los policías y el joven, que le exige al padre que huya, el importante aquí eres tú, piérdete, un policía lo oye, sorprendido, pero están todos tan ocupados con la pelea que el hombre logra escapar. «Es verdad», había pensado Menelao, «Yo no puedo caer preso a estas alturas», porque estaba a punto de realizarse la acción con que llevaba años soñando, su detención podría paralizarlo todo, y aunque así no fuera, su lugar estaba allá, en la primera línea, no en una estación de policía. «No quiero ni acordarme de esa mierda», exclama el General, aunque en ese punto coincide con él el subordinado, mejor que no se acuerde, suerte que, en definitiva, ya el tipo está muerto, ya no importa que se haya escapado esa vez. «Una burla era lo que parecía aquello, ni que lo hubieran hecho adrede... Mira que agarrarlo y que se les escape así como así de entre las manos, como si fueran unos aprendices» Y había ocurrido nada menos que unos pocos días antes del ataque. Dejarlo escapar siendo Menelao, con toda seguridad, uno de los jefes de lo que se estaba preparando... «Y que ustedes ni se olían, no se te olvide.» Como para completar, la cosa viene a ocurrir a unas pocas cuadras de la estación de policía de Zanja... Lo que se hubieran ahorrado con solo tener un poco más de cuidado, a lo mejor no se hubiera producido el ataque, no hubiera corrido la sangre, y él no hubiera sentido tanto miedo, aunque eso último no lo mencionó, como es de imaginar, no son cosas para sacarlas a colación delante de un subordinado.

«Cuando yo digo..., no sé ni cómo estoy vivo, con ustedes cuidándome... Gracias a Dios que de esta salimos de él, al menos eso tuvo de bueno el mal rato que nos hicieron pasar», «Perdone usted, general, pero...», «No me jodas más con la perdonadera, de que la cagaron, la cagaron y se acabó..., y por culpa de ustedes ahora soy yo quien tiene que echarse toda esa mierda encima. Ahora van a decir por ahí que yo mandé que mataran al viejo... ¡Y no es verdad! ¿Te parece poco?», «También tiene razón en eso, mi general, es verdad, pero, por favor, escúcheme un momento, verá que me va a entender», «¿Entender?... es un chiste, ¿no? ¿Qué carajo es lo que tengo que entender?, ¿que son unos chapuceros? Ya me di cuenta... Pero está bien, está bien, continúa, suelta lo que tengas que decir a ver si entiendo qué es eso que tengo que entender... Habla y di lo que quieras, pero..., mira, te lo digo de nuevo: De que la cagaron, la cagaron...»

«A lo mejor no...», aventuró el subordinado, con una mezcla de temor y desafío en la voz.

Ese «a lo mejor no» sonó muy irrespetuoso a los oídos del general, y lo puso a meditar, ¿qué estaba pasando con el coronelito? ¿Había olvidado con quién estaba hablando? Algo no andaba bien...

Hasta ese momento no había ocultado su disgusto mientras hablaba con el subordinado, el disgusto que cabría esperar ante la delicada situación que a cualquier gobernante le crea el que nada menos que un senador de la república, miembro destacado de un partido de la oposición permitida, aparezca muerto el mismo día en que se ha atentado contra la vida del presidente; es una coincidencia demasiado rara, aprovechable hasta lo inconcebible por los enemigos del gobierno, milagro fuera si el embajador americano no se aparecía en cualquier momento con un mensaje para expresar su preocupación por el caos que amenazaba adueñarse del país, esa frase que casi siempre equivale a una sentencia de muerte para un gobierno situado al sur de los Estados Unidos. Él conocía como nadie

la historia del país en los últimos veinticuatro años, no en balde había sido uno de sus protagonistas, y no olvidaba lo que le ocurrió a Machado cuando a los americanos les entró el barrenillo de evitar el caos en el país, no pararon hasta que lo sacaron del sillón presidencial. No podía permitir que le sucediera lo mismo.

De lo del ataque al Palacio podía defenderse bien, no era su culpa que se hubiera producido, había sido la acción de un grupo de fanáticos ajenos a los cauces normales de la vida política nacional, a los cuales se unieron algunos aventureros y pescadores de río revuelto, pero en definitiva no sucedió nada grave, salieron con el rabo entre las piernas; si, como consecuencia de la explicable confusión, aparece algún que otro muertecito por ahí, no es nada del otro mundo, no asombra a nadie, y ellos más que nadie lo entienden, porque saben que en casos así se tiene que apretar en cuestiones de represión para que no se pierda el respeto a las autoridades constituidas. Desde luego, en ese proceso de poner orden en la casa pueden ocurrir hechos lamentables, que se escapan de las manos del presidente de la nación; en definitiva, los agentes represivos son también seres humanos y suelen equivocarse. Planteado así, hasta los mismos políticos de la oposición iban a ponerse de su parte después del suceso de esa tarde, todos iban a tratar de desmarcarse de cualquier llamamiento a la violencia, a rasgarse las vestiduras y lamentar públicamente que se hubiera producido un nuevo derramamiento de sangre cubana, se iban a dar a conocer infinitos llamados a la paz y la concordia nacional, y la clase política en pleno iba a repetir que, en vista de las actuales circunstancias, se impone seguir el camino de las urnas y de la legalidad. Algunos también aprovecharían para exigir adelantar las elecciones presidenciales, pero, en resumen, apoyarían al gobierno, que es lo que vale, aunque solo fuera de palabra. El asunto era preparar ahora un buen espectáculo, aprovechar la situación para obligar a todas las fuerzas políticas a solidarizarse con él, el agredido.

Lo que piensen no interesa, lo importante es lo que digan, y todos van a decir, de una manera o de otra, lo mismo, que condenan el terrorismo y el derramamiento de sangre, que las urnas son el único camino. Esa parte del problema, pues, no le parecía grave, grave había sido el peligro en que se encontró, el mayor de su vida. Habilidad y experiencia le sobraban para sortear la dificultad que apareciera, pero los americanos se agarran de cualquier cosa para meterse donde no los llaman, siempre buscando su provecho, la muestra es lo bastante que lo habían fastidiado con eso del convenio telefónico.

«Y a qué hora vengo a acordarme de esa mierda de mañana», pensó con desconsuelo.

Esta muerte del senador era otra cosa. Con ella se ponía en desventaja frente a los americanos, ya que los voceros de la oposición iban a involucrarlo en el asunto de inmediato, aunque no tuvieran pruebas y aunque lo hicieran con medias palabras, de manera que estaba obligado a negociar con mucha inteligencia para que el embajador no empezara a meterse en otros asuntos y a presionar con esto o con aquello.

Todo eso era razón más que suficiente para estar muy molesto con el subordinado que había permitido que esa muerte tonta ocurriera, y por ese motivo no se esforzaba por cuidar de su vocabulario como en otras ocasiones, intercalaba groserías en la conversación, y lo mismo lo trataba de tú que de usted. Sin embargo, en su interior se confesaba capaz de entenderlo: En definitiva la culpa era compartida, porque él no debía desconocer que su subordinado, aunque era bueno para su trabajo, era un perfecto animal en asuntos de política, y por tanto a él le correspondía mantenerlo controlado, pero no lo hizo; debió advertirle desde el primer momento: «Este sí, este no.» Pero el agotamiento nervioso que se había apoderado de él no le había permitido ser tan exhaustivo en las órdenes, ya había sido bastante que alcanzara a darlas, Martha hasta había temido que demorara más en reponerse.

Por eso no había comenzado por una destitución o algo peor, gesto que, de publicarse junto con la noticia de la muerte del senador, hasta podría tener una repercusión positiva en el ánimo de las personas, «Vean ustedes, el gobierno se ha tomado en serio el asunto del senador asesinado, ya comenzaron a rodar cabezas», «El presidente no tuvo nada que ver, fueron sus subordinados», «Es lo que siempre pasa, se toman atribuciones que no les corresponden, pero el General no perdona a los culpables.»

Pero esto último era demasiado, el coronel no solo intentaba disminuir su responsabilidad personal en el asunto, lo cual era entendible después de todo, él en su lugar haría lo mismo, sino también, ahora, se atrevía a contradecirlo directamente. ¿Qué era eso de decir, así, con aquella arrogancia «A lo mejor no...»? ¿Qué estaría pensando, que era más importante de lo que en realidad era? ¿O acaso de alguna manera logró conocer la verdad de lo que le había pasado esa tarde? Eso último era imposible, pues nadie fuera de su mujer o sus hijos lo había visto, ellos no iban a traicionarlo, mucho menos con un oficialito de basura; de cualquier manera, si se mostraba permisivo con esa salida de tono, el coronelito podría llegar a creer que era algo más que un simple criado con uniforme y pistola. Lo miró con expresión colérica, lo increpó acerbamente, ¿quién se había creído que era para venir a decirle en su cara que estaba equivocado?, ¿no sabía que bastaba una palabra suya para que desapareciera de circulación, o que un día de estos lo encontrarán en cualquier cuneta, muerto víctima de un atentado terrorista?

El coronel se aterrorizó con la amenaza, que sabía verdadera, y comprendió que no podía echarse atrás; si quería salir airoso tenía que avanzar en ofensiva hasta el final, si se detenía a mitad del camino podía, en el mejor de los casos, decir adiós a su carrera. Continuó desarrollando su idea, esta vez sin perder tiempo en excusas ni darse por enterado de las amenazas, «Digo que a lo mejor no, porque el viejo podía ser un angelito, sí, señor; eso es lo que va a decir la oposición,

es de suponer, y la prensa, la embajada y hasta el pipisigallo, para todos va ser un mártir cristiano que se comieron los leones en el circo (la imagen no era demasiado buena, pero por alguna razón le había venido a la mente una película vista en diciembre y se le escapó la comparación), y que usted es el que va a tener que poner la cara también es verdad... Van a tratar de comérselo vivo, y todo eso por culpa de nosotros, que solo queríamos evitarle problemas...»

Pero lo de angelito no le parecía tan claro, por cierto, y se atrevía a recordarle que ese mismo día por la mañana el viejo había hecho unas declaraciones bastante sospechosas, hasta hacía pensar que hubiera entrado en componendas con los comunistas.

«¿Cómo?, con los comunistas, ¿él? ¿Ortodoxos comunistas? No jodas... A ver, explícate...», «Se pronunció contra el decreto 538, mi general», «¿Qué es eso de que se pronunció contra el decreto? ¿cuándo fue?», «Sí, mi general, no tengo la información completa, pero sé que se declaró hoy mismo en contra del decreto que prohíbe el ingreso de personas con posible filiación comunista en empresas de servicios públicos, y que dijo no sé cuántas boberías ahí sobre la libertad individual y el derecho al trabajo, no estoy seguro de las palabras exactas», «¿Hizo eso?... ¿en serio que lo hizo?», «Sí, mi general, hoy mismo por la mañana, como le digo», «Coño, eso es grave, ¿cómo no me lo informaron enseguida?», «No hubo tiempo, mi general, no hubo tiempo con todo esto que ha pasado, y quería estar seguro antes de hablarlo con usted.»

El presidente se mostraba ahora mucho más interesado en lo que oía. ¿Que el ex senador, que nunca había querido trato alguno con los comunistas, se hubiera atrevido a hacer esas declaraciones...? Le parecía una mala señal, ¿habría algunos tratos ocultos entre ellos? ¿O había algo más importante detrás de todo eso? ¿No sería que los americanos estarían moviéndose ya para sacarlo a él del juego? Volvió a recordar la preocupación de Martha, «Fulgencio, a mí me parece que los

americanos no están jugando limpio contigo últimamente», le había comentado ella cuando vio en la prensa norteamericana los reportajes del periodista que había estado unos días con los alzados en Oriente. Él de momento consideró que era una exageración de su mujer, pero ahora pensaba que quizás estuviera en lo cierto. Tenía que hilar fino con esos tipos.

Iba a pedir más pormenores, pero el coronel no quería dejar sin concluir la idea que había empezado a esbozar, se había agarrado a ella como tabla de salvación y no pensaba soltarla.

«Hay una realidad, señor presidente; sea como sea, si esos hijueputas lo hubieran...» Se detuvo, asustado, no tanto por la grosería escapada ante el jefe como por la frase que había estado a punto de completar, «Perdón... Si esos terroristas, que Dios no lo quiso, y ni que lo permita nunca, se hubieran salido con la suya...» Esta vez dejó la expresión intencionalmente en suspenso, para estudiar la reacción que causaba en el general. Logró su objetivo, pues el presidente cambió la expresión enfurruñada por otra, la de quien está interesado por la continuación de lo que le están contando. «En tal caso, digamos, es una suposición, ¿a quién iban a poner a la cabeza del gobierno, aunque fuera de manera provisional?, ¿al viejo chocho ese, el que hace pollitos con la mano cuando habla? Lo dudo, ya nadie cree en él, su tiempo pasó. ¿A Prío, que está a la que se cae para pescar en río revuelto, pero no tuvo pantalones cuando hizo falta? Tampoco lo creo, los estudiantes no le perdonan que los haya dejado esperando en la universidad el diez de marzo. Tampoco parece muy probable que se fueran a poner ellos mismos en el gobierno, un montón de jovenzuelos sin ningún conocimiento de la política, tenían que tener a algún político comprometido con ellos, porque de lo contrario el gobierno les iba a durar menos que un merengue a la puerta de un colegio, no iban a saber conservarlo; en el mejor de los casos, a fin de cuentas, otros se iban a quedar con el jamón, que es lo que pasa siempre. No imagino que eso les interesara.»

«Pero Menelao venía con ellos, él era un hombre de la política antes de meterse en esas mierdas que, en definitiva, lo llevaron a la muerte... Tal vez pensaban ponerlo a él...», intervino el general, ahora realmente interesado por el rumbo que tomaba la conversación: Su más que probada habilidad para seguir el razonamiento de sus interlocutores le indicaba hacia dónde se dirigía el otro. Había entendido el mensaje antes de que estuviera completado, como era su costumbre; por eso relajó la expresión de la cara y lo dejó continuar, aunque ya no era necesario. Llegado a ese punto el otro le pareció indeciso. Lo incitó a completar la idea.

«Continúe, continúe.»

«Es totalmente cierto lo que dice de Menelao, desde luego, pero fíjese que tampoco era una figura tan conocida y respetada entre los políticos tradicionales; además, mucha gente lo asociaba a Prío, lo tenían como si fuera un brazo de él aunque supuestamente hubieran roto..., digamos, que para alguna gente era ocultamente el brazo para lo que el propio Prío no se atrevía a enfrentar, eso le quitaba posibilidades con mucha gente, incluso con el pueblo...» Hizo una nueva pausa que al presidente le pareció innecesaria, «Sí, parece tener sentido..., pero siga, siga, complete la idea», «No es mucho más, sino que el viejo sí era muy conocido en todo el país, tenía prestigio, y el pueblo lo asociaba con la memoria de aquel otro, el Chibás aquel que se pasaba la vida con el cuento de vergüenza contra dinero..., aunque a él le sobraba, por cierto.»

«Te queda más gente», «¿Más gente...?», «Sí, no me vas a decir que no hay más gente de la oposición a quien pudieran poner... Por ejemplo, está Aureliano.»

Nada que el subordinado dijera a partir de ahora era en realidad importante, pues había captado la idea en todos sus pormenores, posiblemente hasta de manera más amplia de lo que el coronel podría concebirla, pero el presidente ahora quería oírlo hasta el final.



«Perdone que lo contradiga, mi general, pero ese menos que nadie», «¿Menos que nadie...? Pues para mí que es un tipo peligroso», «Sí, es verdad que es un tipo peligroso, eso quién lo discute, tiene armas y gente que lo sigue...», «Y ustedes no ha podido agarrarlo...» «Bueno, sí, es verdad..., hasta ahora... Pero un día de estos vamos a agarrarlo, usted va a ver... Pero, como le decía, a él menos que a nadie, porque el numerito aquel de Chibás, de acusarlo de robarse los millones del desayuno escolar se le grabó a la gente en la memoria, y aunque fuera mentira siempre a a estar la duda, ya usted sabe, calumnia que algo quedará... Peor después, con el otro numerito del tiro que se dio después de hablar por la radio cuando se vio entre la espada y la pared... Claro que nadie que quiere suicidarse en serio se da un tiro como el que él se dio, cualquiera lo sabe, pero tuvo la mala pata de morirse de todas maneras, y para la gente la culpa fue de Aureliano. Así quién iba a pensar en Aureliano, no iban a seguirlo... El viejo sí, el viejo era otra cosa...»

«Vaya, qué buen analista político se me ha vuelto el coronelito», se dijo el presidente. Recordó una idea que muchas veces le había dado vueltas en la cabeza, y que siempre lo hacía sonreír: Sin saberlo, y mucho menos proponérselo, Chibás lo había ayudado mucho con sus famosas arengas contra Prío y los gobiernos auténticos. Poco a poco, había sembrado la semilla de que hacía falta un hombre de mano dura que acabara con la corrupción; no era tan difícil darse cuenta de que apuntaba hacia él mismo, pero no tuvo suerte con eso que el coronel había llamado «el numerito del tiro», se murió, y así el camino quedó expedito para él, Fulgencio, el único hombre fuerte que el pueblo conocía, y que además era el único hombre público del país, al menos entre las figuras principales, que cargaba la leyenda de haber surgido de las entrañas del pueblo y de haber ascendido en la sociedad por su esfuerzo y su dedicación. Eso había ayudado mucho a su ascensión al poder, tanto por el movimiento de jóvenes

oficiales descontentos con la corrupción como por la población, que se mostró bastante abúlica ante la destitución de Prío.

«Sí, trabajó para mí sin saberlo, y su muerte me resultó muy útil también.»

Ya no le hacía falta más información, de hecho, ya ni estaba oyendo, perdido en sus evocaciones; sonrió e hizo una pregunta totalmente retórica al coronel: «¿Entonces?», «¿Entonces? Está más que claro, mi general, no está tan mal que haya muerto...»

Sí, tenía razón el coronel y se lo hizo saber, que todo estaba muy claro; pero de todos modos había querido oír lo que tuviera que decir, siguiendo su costumbre de dejar que sus interlocutores expusieran sus ideas hasta el final, aunque ya las hubiera captado. Se puso en pie y el subordinado, como impulsado por algún resorte, hizo otro tanto simultáneamente. Dio unos pasos y se acercó al coronel, le pasó un brazo amistoso sobre los hombros y comenzó a hablarle, por primera vez, en tono camaraderil.

«Ven acá..., ahora entre nosotros... ¿De verdad te parece que el viejo hubiera sido mi sustituto? Quiero decir, ¿te parece que él habría aceptado?» El otro, feliz por lo que parecía un gran final para una conversación que comenzó con amagos de borrasca, adoptó un tono parecido, «Bueno, mi general..., a decir verdad..., yo no creo que a él se le habría ocurrido ni mucho menos, pero pienso que esa era una posibilidad... Uno nunca sabe cómo piensan los políticos... Y estando el país acéfalo a raíz de los hechos...»

Hacía pocos días que había aprendido esa rara palabra, gracias a un artículo periodístico; era la primera vez que tenía oportunidad de usarla y la aprovechó, aunque de inmediato pensó que podía haber cometido un error, no porque la palabra estuviera mal empleada, todo lo contrario, sino porque el general, desconociéndola tal vez, pensara que se burlaba de él. Se equivocaba, el presidente la conocía, pues había leído el mismo artículo que él y se había fijado en la palabra, que

hasta buscó en el diccionario y escribió varias frases con ella para aprovecharla en la primera ocasión que apareciera: Era evidente que el coronel estaba en su día de suerte. Suspiró al ver que su superior no había modificado la expresión bonachona del rostro, «Estando el país acéfalo, como decía...» El otro asentía maquinalmente, por tanto, no se había disgustado por la petulancia, quizás ni hubiera dado por ella. «...Y por tanto amenazado por el caos y la anarquía, seguramente habría aceptado la propuesta, de buena fe, como modo de evitar ese peligro, y estaría ahora sentado donde se sienta usted, que Dios me perdone.» No quería ni imaginarlo, qué iba a ser de Cuba sin el presidente, pero era una posibilidad aunque remota, y un jefe de los servicios de investigación criminal debe pensar hasta en lo inimaginable.

El general lo miró detenidamente, como estudiándolo; en su rostro, poco a poco, iba aflorando una sonrisa amplia, satisfecha. Pensaba mientras lo miraba, «Estos muchachos tienen bien ganado lo que cobran.» El coronel, que disimuladamente observaba hasta el mínimo detalle de la expresión de su superior, respiró aliviado. No quedaba ninguna señal de la tormenta que lo había amenazado.

«¿Quieres que te diga una cosa?», «Lo que usted quiera, mi general, diga usted, que yo lo escucho con toda atención», «Pues me parece muy bien pensado. Y, para que veas, admito que no se me había ocurrido..., esta vez ustedes se me fueron delante. Y eso que a mí se me escapan muy pocas cosas... Sí, me parece muy bien pensado...», «Gracias, mi general, es mi trabajo», «Nada, que hicieron una cagada, pero en definitiva no me queda más remedio que felicitarlos, les salió bien; esos muchachos suyos son unos lince, coronel, a veces se les va la mano, pero la verdad es que no se les escapa nada... Ni cuando se equivocan, como ahora.» Así le gustaba, que siguieran trabajando y no se preocuparan por lo que iban a decir los periódicos, ya él vería cómo lo resolvía; la república estaba en buenas manos con ellos, era lo que importaba.

«Está bien, sigue en lo tuyo y no te preocupes. De todos modos, mañana los periódicos van a tener mucho de qué ocuparse con lo del asalto, esa no va a ser la noticia principal; cuando pasen dos o tres días, entonces sí que van a tratar de sacarle el jugo.» Tenían que estar preparados para ese momento. Él mismo se encargaría de que se nombrara un juez especial para la causa que se abriría de inmediato. Que nunca llegaría a nada, desde luego, el coronel no tenía de qué preocuparse. Eso sí, que hubiera arrestos de inmediato y que se informara a la prensa de ellos. No todos a la vez, «¿Está claro?» sino poco a poco, para que pase el tiempo. Y no importaba quién, que inventaran los sospechosos, aunque tuvieran que soltarlos enseguida... «Busquen, busquen..., arresten a quien sea... el chofer, los escoltas si alguno tuvo, el jardinero, algún rival político, que bastantes tenía por cierto..., qué sé yo, lo que se les ocurra..., una amante... Busquen si tenía una amante y préndanla.» Lo importante era que se viera un afán policial por encontrar culpables...

Y demorar el proceso, que el tiempo vaya pasando, ese es el mejor remedio para todo. «Eso sí, todo bien elegante... Que lo sepan sus muchachos: A esos detenidos no me los tocan ni con el pétalo de una rosa... ¿Quedó bien claro? Y mucha prensa...», «Más claro ni el agua, mi general.»

Lo palmeó en la espalda, le dio la mano y lo despidió: «Nada, que el viejo está bien muerto, pero mal matado, qué le vamos a hacer...»

Sí, había pasado el peligro, y además podía confiar en que las cosas saldrían de la mejor manera posible; no podía quejarse, los muchachos estaban haciendo bien su trabajo, aunque por un tiempo iba a tener que ingeniárselas para capear el temporal que se desataría por la muerte del viejo.

«No descansaremos hasta establecer las circunstancias en que se produjo un hecho tan doloroso para todos los cubanos, llevado a cabo por manos criminales que no se detienen ante nada y no tienen escrúpulos en segar vidas útiles a la

república, esos que, en su desenfrenado afán por alcanzar lo que por vías pacíficas jamás podrán obtener, han llenado de luto a la clase política nacional provocando la muerte, primero, de humildes servidores de la patria, y después de uno de sus más esclarecidos líderes, buscando por todos los medios desestabilizar al país y entorpecer el esfuerzo constructor del gobierno.»

Si no exactamente ese texto, algo así declararía a la prensa a la menor oportunidad que se presentara, y aprovecharía también para asegurar a todos que personalmente se ocuparía de que sobre los asesinos cayera cuanto antes el peso de la ley. Aunque eso, desde luego, nunca se cumpliría.

Al fin respiraba con tranquilidad. Las palabras del coronel le habían hecho renacer la confianza. Porque no se trataba solo, como pensaba el otro, de castigar a alguien por lo que pudo haber sido, aunque no fuera. Eso estaba bien, pero no era todo. Se trataba, en especial, del futuro. Un político debe dominar el arte de velar por su futuro, eso él bien que lo sabía. No solo había que desarticular a ese grupo de jovencitos que se habían atrevido a asaltar el Palacio, y con ellos a los que se les juntaran, hacerlos desaparecer para que no den más dolores de cabeza. Era necesario también dejarlos, a ellos y a quien fuera, sin la menor posibilidad de contar con alguien en quien pudieran pensar como sustituto suyo si llegaban a matarlo.

«Coño, qué ideas son esas, cómo se me ocurre..., ¿matarme?, ¿a mí? Eso ni pensarlo, da mala suerte, ¡sola vaya, Ermelindo!»

## Un hombre afortunado

*Es necesario liquidar pronto dos asuntos explotados por los agentes de la guerra de nervios: el sorprendente episodio de Palacio y el mito de Fidel Castro. Lo de Palacio obliga a no perder el tiempo en cubaneos ineficaces exonerando a los principales culpables del actual estado de cosas y fingiendo ignorar responsabilidades que se conocen de sobra. Y lo de Fidel Castro amenaza con convertirse en mito si no se liquida radicalmente la cuestión de la Sierra Maestra.*

Ramón Vasconcelos, «Definiciones», *Alerta*, marzo 18 de 1957

El ministro X, con quien habló Pepe desde Palacio, y que ha quedado así denominado para la posteridad literaria porque su nombre no trascendió, a causa del ruido que impidió oírlo cuando se identificaba, o mejor digamos que por su buena fortuna, imagínense qué hubiera dicho el general si, por algún motivo casual, hubiera llegado a enterarse de que, dándole por muerto, o cuando menos atacado por enemigos y en peligro de muerte, no corrió rápidamente a enfrentar a sus agresores y defenderlo incluso al precio de su propia vida, como cabría esperar de alguien cuyo pan lo garantiza quien se encontraba en tal mal momento, sino se puso a pensar, como había supuesto Pepe que haría, en la manera de escapar de la catástrofe que, conjeturaba, habría de venirle encima tras la muerte del presidente, este ministro, repitamos el sujeto gramatical que casi se nos había perdido en oración tan llena de incidentales, era un hombre afortunado. Fíjense si lo era, que su nombre no trascendió en esta historia.

«Por nada del mundo le abras la puerta a nadie... a nadie, ¿entendiste? Y manda algún criado a que vaya a traer a los niños de la escuela», ordenó a la esposa en cuanto terminó la llamada. «¿Pero es tan grave así lo que te dijeron?»

La pregunta era perfectamente redundante, el rostro del marido expresaba mejor que cualquier palabra que lo oído por él era mucho más grave que todo lo que ella pudiera imaginar.

«Grave es mierda... Más que grave... Mataron al Hombre», «Jesús... Y ahora.., ¿qué vamos a hacer?»

El ministro X se esforzaba por dominar sus nervios; cierto que estaba asustado, y mucho, pero no podía actuar impensadamente, debía serenarse, su obligación como padre de familia le exigía no dejarse ganar por el pánico, y en su carrera de ministro había aprendido a controlar las emociones. Lo primero era calmarse, dijo para la mujer y para sí mismo. Pidió un poco de agua. Bebió. Se sentó en su butaca preferida.

«Nada, de momento nada, esperar..., pero tampoco por mucho tiempo... Déjame pensar, es lo principal en estos casos, estar seguros de no dar un paso en falso.»

Esperar y encerrarse, desde luego, hasta ver en qué paraba todo. Y era mejor todavía que nadie supiera que estaban en casa. Llamar a los amigos más cercanos para tratar de averiguar qué informaciones tenían, y si eran confiables, pero indirectamente y sin mencionar la conversación que había sostenido con el desconocido que le contestó desde Palacio, desde luego, a saber cómo se interpretaba, mejor que nadie lo supiera, había que tener un cuidado exquisito en todo lo que se hablara a partir de ahora.

«¿Por qué no llamas a Columbia?, ellos tienen que saber.»

Decididamente no, el ministro X siempre había sido civil y consideraba que con la gente de uniforme es mejor no hablar. «¿Y a la policía?», «Menos todavía, esos son los peores, nunca se sabe qué están pensando, para ellos los civiles siempre resultan sospechosos de algo.» Para el caso, pensaba

el ministro, unos y otros son la misma cosa, los uniformes solo respetan a los uniformes. «Y a saber si no fueron ellos mismos...», «¿Ellos?..., ¿ellos quiénes?»

Quiénes podrían ser ellos sino la misma gente de Columbia, el ejército, respondió el hombre a su mujer, con expresión de asombro porque algo tan sencillo de entender escapara a la perspicacia femenina.

«Los mismos que lo ayudaron a subir adonde ahora está pueden haber decidido quitarlo, si lo consideran un estorbo, ¿no? Y, no creas, no estarían tan mal encaminados. Puede ser que están descontentos con la forma como lleva el asunto ese de los alzados en Oriente, ese es un peligro latente que nadie sabe a derechas en qué consiste, porque hay una desinformación tremenda, si uno se guía por lo que aparece en la prensa, no sucede nada. A lo mejor no es verdad, pero se ha comentado mucho, por lo bajo, claro, que el viejo Pancho no está de acuerdo con la forma como el presidente encara la situación, que considera que no le presta la atención adecuada al problema de los rebeldes porque está convencido de que siempre las pugnas por el poder en Cuba se han resuelto aquí, en La Habana, donde está el centro y el corazón de la república, no en ninguna provincia o con ningún alzado, a los alzados los han bajado siempre a tiros o con dinero, el peligro mayor está siempre en La Habana. Lo cierto es que eso es lo que indica la experiencia, desde Machado hasta el día de hoy, y hasta desde antes, desde el mismo mayo de 1902. Debe de ser por eso que el presidente mantiene en la capital a sus mejores tropas, su armamento más moderno y a los jefes que considera más fieles, los quiere cerca para tenerlos controlados y además contentos, para que no lo madruguen. Un grupito de jovencuelos sin experiencia, mal armado y muriéndose de hambre, escondido y huyendo en las montañas, la mayoría proveniente de las ciudades, qué peligro van a ser para ningún gobierno ni qué influencia pudiera tener en los destinos del país, eso es lo que piensa, lo diga o no lo diga,



aunque algo ha dejado entrever, y eso es lo que preocupa a los oficiales; si no los atajan a tiempo, aquella gente va a ganar fuerzas y a volverse el tremendo peligro que, es verdad, quizás todavía no son, pero pudieran ser. Solo fíjate en que el presidente, aunque sea general y el máximo jefe de las fuerzas armadas, no tiene ninguna formación en táctica de guerra, nunca estuvo en un combate ni pasó una escuela militar, hasta hay malas lenguas que corren que ni sabe lo que es la pólvora, y sin embargo es él quien ha diseñado la estrategia que los otros tienen que seguir. Imagínate, basándose en un mapa de esos que se compran en las gasolineras, indicó lo que había que hacer, lo que se está haciendo. Los oficiales le propusieron empujar a los rebeldes desde las montañas hacia el mar, arrinconarlos allí, contra el agua, que no tengan para dónde escapar, y él decidió lo contrario, los empujó hacia las montañas... ¿Te das cuenta?, allí tienen lugares donde pueden esconderse, ganar fuerzas y simpatizantes entre los guajiros... Es la historia del huevo de la serpiente, si lo aplastas a tiempo no hay nada que temer después, pero si la dejas nacer y crecer, el día menos pensado te muerde... Quizás él tenga razón en lo que pasó antes en Cuba, pero los tiempos cambian, y el viejo Pancho, que piensa más como militar que él, insiste en la necesidad de reforzar las tropas que están en Oriente, porque no es suficiente con las que ya están allá, qué es eso de un batallón para un área tan extensa, aunque los rebeldes sean cuatro gatos, están en terreno intrincado, hace falta mucha gente, movilizar al ejército completo si es necesario, arrasar con todo, no dejar títere con cabeza por esas lomas. Y hacerlo todo lo antes posible, aplastar el huevo antes de que nazca la serpiente, eso es lo que opina el viejo Pancho. Yo pienso lo mismo aunque no soy militar, pero el presidente continúa en sus trece, no te imaginas lo terco que puede llegar a ser... Es inconcebible, siendo un hombre tan inteligente, siempre atento a descubrir en cada momento lo que le conviene o no le conviene, en este caso esconde la

cabeza como el avestruz, no quiere ver el peligro. Bueno, a lo mejor prefiere correr ese peligro a otro, a que los generales se vayan a creer más importantes que él y quieran eliminarlo, siempre es una posibilidad. Mientras tanto ellos tienen que continuar con la propaganda de que no hay problemas, que la situación está controlada, y tratando de contrarrestar con informes a la prensa los reportajes del periodista americano que se entrevistó con Fidel Castro en Oriente. Ojalá que cuando el presidente recapacite no sea ya demasiado tarde y de un día para otro tengamos un ejército de gente barbuda y churrosa campeando por sus respetos allá por Oriente, o, peor, avanzando hacia La Habana sin que haya nadie que pueda pararlos.»

El ministro X se detuvo unos instantes, como tomando aliento para continuar en su análisis de la situación, quizás preparándose para atacar puntos más delicados; mientras tanto, la esposa lo observaba con atención. Por lo general, a ella, aunque no era ninguna ignorante, pues tenía sus lecturas y sus estudios, las conversaciones sobre política no le interesaban demasiado, esas eran cosas de hombres en su criterio, pero en esta oportunidad, por lo inédito del rumbo que había tomado el marido, se sentía fascinada descubriendo vericuetos impensados en el tema hasta ahora menospreciado. Después de todo, pensaba, el mundo de la política podía resultar menos aburrido de lo que había imaginado.

«¿Sabes?, la verdad es que no sé, el pensamiento del presidente es bastante enrevesado, es difícil seguirle el hilo... Y también es difícil admitir que no exista una intención oculta detrás de esa actitud pasiva...», retomó el hombre el discurso. «De más está decir que nada de esto hay que estar comentándolo por ahí, pero también hay quien opine que detrás de toda esa falta de estrategia en el campo militar se esconde alguna otra razón mucho más grande, y es que él está viendo cómo le saca ganancia también a ese problema, que está viendo cómo hace negocio con lo que está pasando en Oriente...

Concesión de ayuda militar americana, por ejemplo, o tener a mano un medio de conservar dividida a la oposición, o ambas cosas, qué sé yo... Algo que también se le critica mucho es que jamás ha visitado una zona de operaciones, nunca ha ido a realizar al menos un recorrido por Oriente para animar a la tropa que anda por allá arriesgando la vida; como quiera que se mire, aunque sea verdad que los rebeldes todavía no son peligrosos, para el soldado o el oficial que están por esas lomas sí lo son, ellos se juegan el pellejo todos los días buscando a los rebeldes en sus escondites, y si lo hacen es en beneficio de él, a fin de cuentas.»

«¿Entonces tú crees que el viejo Pancho se haya cansado de andar de hueleculo del presidente y le dio por sacarlo del camino?, ¿será él quien está detrás del asunto?», intervino nuevamente la mujer, aunque admirada por oírlo hablar con tanta determinación y propiedad, por primera vez en su vida, sobre las debilidades de su jefe. Unos minutos antes de aquella llamada, él no se hubiera atrevido a hacer esos comentarios ni en la intimidad de la cama.

Sí, era evidente que la conversación telefónica con Palacio había sido estremecedora. ¿Qué pudo oír en tan escasos segundos que así había despertado inquietudes desconocidas en él? Y capacidades, pues nadie hubiera imaginado que él fuera capaz de análisis tan profundos, ¿estaría ella delante de un futuro presidente? «¿Qué irá a pasar ahora?», preguntó, con una mezcla de temor y curiosidad. «No sé..., no lo creo demasiado; están juntos hace mucho..., creo que desde el treinta y tres, cuando cayó Machado.»

«¡En este país todo lo que sucede tiene siempre algo que ver con la caída de Machado!», exclamó la mujer. El ministro X la miró con detenimiento; esta vez era él el asombrado de que ella fuera capaz de llegar a una expresión tan breve y precisa de la realidad nacional. Le sonrió con simpatía y continuó su idea. «Además, el que contestó al teléfono se identificó diciendo que era del Directorio Revolucionario», «¿El

Directorio...? ¿Y quiénes son esos? ¿Son de Aureliano..., de Prío?, ¿ortodoxos?... ¡comunistas!», «No, parece que no son de nadie..., más bien creo que son de ellos mismos», «¿De ellos mismos?» «Sí, son independientes, aunque para hacer algo como atacar el Palacio tienen que haberse juntado con más gente, de dónde iban a sacar los recursos», explicó. «En lo fundamental se trata de estudiantes, de gente joven, en edad de hacer locuras la mayoría de ellos, pero no mucho más. Hace tiempo que están dándole dolores de cabeza al presidente, este pudiera ser el más grande de todos..., y el definitivo, si es verdad lo que me dijeron.»

La última frase pronunciada por él mismo tuvo la virtud de contener por unos segundos su poco habitual locuacidad. ¿Sería cierto lo que oyó? ¿Estaba seguro de haber oído bien? Una broma no podría ser, nadie bromearía con algo así... Y el ruido que se sentía..., eran disparos. Pero... ¿había terminado la era Batista en Cuba? ¿Así como así? ¿Qué vendría a partir de ahora? ¿Otra nueva era...?, ¿la de quién? No vislumbraba ninguna imagen viable para ocupar ese espacio.

«Sigue, sigue...», lo incitó la mujer.

«¿Te acuerdas?...», el José Antonio aquel, estudiante de Arquitectura, el que formó el escándalo en el estadio de pelota...», «Ah, sí, claro, cómo no lo voy a recordar, lo mientan mucho desde hace tiempo... Aquello de la huelga azucarera, lo del estadio del Cerro, sí... ¿Tiene algo que ver con este asunto?» Claro que tenía que ver, y mucho, o mejor, todo, le aclaró su marido; era la figura más importante de la oposición ilegal, y el jefe del llamado Directorio Revolucionario, un grupo que le declaró la guerra a Batista desde el mismo marzo de 1952; juraron que no iban a detenerse hasta sacarlo del poder, y parece que no lo hicieron en vano, por lo menos ahora están allí, en Palacio, y parece que fueron a matarlo, o ya lo hicieron, según me dijo el que contestó, «¿Y tú qué crees?, será verdad que ellos mataron a Batista?...», «Ojalá que no, pero mucho me temo que sí.»

«¿Y ahora...?, ¿estaremos seguros?»

No, seguros, nunca más estarían, consideraba el ministro. Si lo hicieron ellos, los del Directorio, lo mismo que si fueron otros, sin el general ya la vida no sería la misma en el país, sería el comienzo de una nueva época. Quizás no fuera para tanto y se volviera a lo de siempre, pero habría otras caras en escena, otros intereses, cómo adivinar cuáles. «Pero a mí no me parece tan importante, gente como tú siempre van a hacer falta, siempre van a tener un lugar asegurado», «Yo no estaría tan confiado, nunca se sabe, pero ahora, en lo inmediato, eso no es lo que importa.»

Lo que importaba era no apresurarse a actuar, sino mantenerse alertas, vigilantes a cuanto movimiento político se produjera a partir de ese momento. Podrían ocurrir muchas cosas, aunque lo más probable era que al final las aguas volvieran a su nivel; en cualquier caso, no sería la primera vez que algo así ocurriera en el país, y con seguridad tampoco va a ser la última: Siempre después de los hombres de acción vienen los políticos, porque son los que tienen el conocimiento y la experiencia para manejar el país y para los nuevos negocios que siguen a las revoluciones. Claro que a veces los hombres de acción toman el lugar de los políticos, pero eso no puede durar mucho, y siempre significa una dictadura que al final se cae por su propio peso. En cuanto a ellos, el problema era estar preparados para no quedar fuera a la hora del reparto.

De momento, solo tenían que andar con cuidado, tratar de no involucrarse en nada, ni andar exhibiéndose por ahí. Quedarse encerrados en casa por unos días, era lo mejor.

«De todos modos, más vale precaver, vamos a ir preparándonos, por si acaso...», «¿Prepararnos para qué?» Para irse del país si hacía falta, desde luego, para qué otra cosa iba a ser. Tenerlo todo listo por si hay que salir de repente. Actuar en dependencia de cómo vaya evolucionando la situación, podía suceder que la chusma se lance a la calle a romper

cosas, a asaltar las residencias de las personas decentes, a robar y matar, como pasó cuando cayó Machado, que el caos se apodere del país si el ejército no interviene a tiempo e impone el orden. Eso, sin contar que también se puede desatar una revolución, eso es lo que siempre anduvo pregonando la gente del Directorio, la insurrección popular, cambiar todas las reglas del juego político, revolución social le dicen, y eso es algo que nadie tiene la menor idea de qué puede ser, pero bueno no será. Él, por su cargo de ministro, ha tenido en sus manos y ha leído los documentos que han escrito, los discursos del tal José Antonio, «Y créeme, si son ellos, son gente peligrosa... Así que es mejor que vayas recogiendo lo que más falta nos vaya a hacer, y que estés lista; yo, mientras tanto, voy a tantear el terreno con algunos amigos embajadores...»

Se dirigió al teléfono para hacer unas llamadas; mientras avanzaba, iba sacándose del dedo anular derecho la sortija de oro dieciocho quilates con piedra de amatista que le había obsequiado el presidente, como demostración de que lo consideraba uno de los suyos, y que ostentaba con orgullo dondequiera que iba. Algunos enemigos políticos propalaban el rumor de que no se lo quitaba ni para hacer sus necesidades, lo cual era una mentira muy mal intencionada, pues lo cierto era que el señor ministro X siempre que iba al baño tomaba el cuidado de proteger la prenda en el mismo estuche en que se la habían entregado, pues se horrorizaba solo de pensar que se le pudiera escapar por el tragante, cómo iba a decirle al general que su regalo se había ido con la mierda.

Si de algo no podía quejarse el ministro X era de su buena estrella, no en balde se afirmó al principio que era un hombre afortunado. Ya antes se vio que nadie supo su nombre y ello lo salvó de a saber cuántos dolores de cabeza futuros, pero es de presumir que mucho antes en su carrera tuvieron que sumarse infinitud de hechos venturosos para que ocupara el cargo del que estaba investido, visto que ni era militar, ni ha-

bía sido de los primeros en correr a felicitar al general cuando se alzó con la primera magistratura, el diez de marzo, pues no había querido comprometerse antes de estar seguro de lo que hacía. En esta ocasión la buena fortuna, diríase mejor que muy buena, se le presentó en la forma de las manecillas de su reloj. No es cosa de broma: Antes de tomar el teléfono miró hacia ellas en un gesto instintivo, y eso marcó la diferencia entre una suerte perra y la buena fortuna. Si la conversación telefónica hubiera sido más temprano, digamos, por la mañana, o al menos dos horas antes, probablemente hubiera estropeado su carrera política y se hubiera ganado la malquerencia futura del presidente, circunstancia que, dicho sea de paso, puede acarrear a largo plazo, o no tan largo, consecuencias desagradables para la salud de cualquiera. Esa última afirmación no era producto de la maledicencia de la oposición, como decía el gobierno, era una delicada verdad... Si lo sabría él.

También fue afortunado en haber logrado mantenerse razonablemente tranquilo a pesar del pánico que se adueñó de él por unos instantes cuando le respondieron su llamada a Palacio. Tal vez el haber demorado unos minutos en la conversación con su esposa contribuyó en algo, véase cuán provechoso puede llegar a ser el intercambio de opiniones con la pareja de uno, y cuántos, sin embargo, lo descuidan. El hecho es que fue lúcido, por ejemplo, al no haber montado a toda prisa a la mujer y los hijos en el carro y haberse aparecido de improviso en alguna embajada latinoamericana en busca de asilo. Eran más de las tres de la tarde, como se sabe, y a esa hora hubiera resultado difícil encontrar alguna sede diplomática extranjera que estuviera funcionando, y menos aún en capacidad para recibirlo como huésped permanente. «Vaya, pero a esta hora no hay nadie en ninguna embajada.» Por esa razón logística, decidió que se dedicaría a las gestiones necesarias a la mañana siguiente, que lo haría por teléfono y que, una vez hechos los contactos pertinentes, iría

directamente al lugar de acogida, no enfrentaría la vergüenza de llegar sin avisar a una embajada y que le dijeran en su cara que no podían recibirlo.

A la mañana siguiente todo sería más fácil, y además tendría toda la noche para consultar variantes con la almohada...

Esa circunstancia banal de la hora del día en que ocurrieron los hechos salvó su futuro profesional, al menos el inmediato, que era lo que contaba, el mediato es siempre algo demasiado abstracto para tomarlo en cuenta en decisiones urgentes. A la mañana siguiente ya estaba enterado de que la gestión no era necesaria, que no tendría que ir a ninguna embajada a solicitar asilo, pues el presidente continuaba en su sitio y la situación había vuelto a la normalidad. Por el contrario, su prioridad al levantarse temprano ese jueves catorce de marzo sería salir a toda velocidad a ocupar un lugar en la enorme fila formada en Palacio para ejecutar el improvisado, e inexcusable, rito del besamanos que, no lo dudaba, desde las primeras horas estaría produciéndose en el lugar.

«Gracias, Dios mío, que no permitiste que me dejara ganar por el pánico y actué con serenidad», agradecía por dentro el ministro en el momento en que, el cuerpo ligeramente inclinado en señal de respeto, extendía la mano derecha hacia el presidente, «Para felicitarlo, excelencia, en mi nombre y en el de mi familia, que es la suya para lo que guste mandar, por la gran lección de valor personal y de patriotismo que ha sabido dar a esos terroristas asesinos... Y doy gracias a Dios porque ha permitido que usted saliera ileso de ese horrible atentado.»

Para gloria de la República y salvación de la Patria, olvidó mencionar, esperemos que el presidente no se lo tome a mal, es la emoción del momento, se comprende, él ha de dispensarlo, porque el presidente bien lo sabía, que DIOS SALVÓ A CUBA, SALVANDO A BATISTA, como se podrá leer el próximo día siete de abril en una de las telas que se desplegarán a todo



lo ancho de la calle en el gran acto de desagravio frente al Palacio Presidencial, en el cual, desde luego, el señor ministro X aparecerá en primera fila, no en vano él es incondicional al general.

En el dedo anular portará, bien visible, la sortija regalo de su amigo y jefe.

## La muerte no es fin

*Soy como una sombra sumergida, tratando de reflejarme a través del surco de mi propia existencia. Arañé la tierra para unirne al cielo, tracé el surco con mis propios dedos mojados en la sangre de Peligro, dividiéndolo para que germinaran las semillas que con tanto amor fecundé*

Natalia Bolívar y Natalia del Río, *La muerte es principio, no fin*, editorial José Martí, La Habana, 2008.



Serían aproximadamente las tres y cuarto de la tarde y ella se encontraba en el segundo piso del museo con un numeroso grupo de turistas norteamericanos, intentando explicarles los valores de la moderna pintura cubana, cuando comenzaron a oírse disparos; los extranjeros no entendían qué ocurría, para ella resultaba evidente que eran procedentes del Palacio Presidencial y sus alrededores. El corazón le dio un vuelco: «Llegó el momento.»

Sin pensarlo, se dirigió hacia una ventana, tratando de comprobar si era cierto lo que imaginaba.

«*Miss, are you crazy?!*», gritó un turista al verla, alarmado, «Estos latinos son todos iguales», pensó, «Curiosos, impulsivos e irresponsables», aun los que son como esta muchacha, blanca, educada, con estudios en Estados Unidos. No pueden evitarlo, la irresponsabilidad es algo que llevan en la sangre... Se interpuso en su camino y la obligó a protegerse detrás de una pared. No se podía establecer con certeza dónde era el tiroteo, pero de cualquier manera una ventana siempre

es un lugar peligroso en casos como el presente, cualquier disparo desviado de su curso podría provocar una herida o, peor, una muerte accidental, y no sería nada simpático que la visita a un museo de arte fuera a culminar con un hecho de sangre por la imprudencia de una nativa, uno vino a este país a disfrutar y descansar, a conocer algo de las costumbres y la cultura de un país exótico, no a ser testigo de una tragedia.

En tanto oía al extranjero perorar en su idioma sobre lo peligroso que puede resultar asomarse a una ventana cuando se escuchan disparos (él había sido testigo de más de un caso de heridas mortales por esa imprudencia, le aseguraba), ella se dijo que, efectivamente, había sido una locura, a quién se le ocurre, ni que fuera una chiquilla para tales arranques, qué estúpido sería morir por una bala perdida precisamente ahora, cuando a pocos metros de donde ella se encontraba sus amigos se batían por liquidar al dictador, cuando dentro de unos minutos quizás ya estén junto a ella los que vienen a secundarlos, según le había explicado Pepe, y eche a andar la gran insurrección popular con que tanto habían soñado y que era la gran aspiración de José Antonio. Tenía razón el hombre, debía serenarse, debía mantenerse en calma y esperando su momento, pero cómo permanecer tranquila y al margen de lo que está sucediendo, cuando todo ocurre casi a su lado, algo debía hacer para colaborar, seguramente allá fuera hacía falta...

Primero tenía que tranquilizarse para poder pensar con claridad en lo que debería hacer. Si él le había pedido que permaneciera esta tarde en el museo era por alguna razón, alguna participación le tendrían reservada que no le explicó por falta de oportunidad, ya en su momento se la informarían, quizás ella estaría encargada de mostrar al comando de apoyo el acceso a la azotea y a los puntos más estratégicos desde donde batir al enemigo, pero cómo podría enterarse desde donde estaba, inmobilizada en esa sala, rodeada de un grupo de extranjeros que no tenían la menor idea

de lo que sucedía a su alrededor, y a los cuales ella, que lo sabía muy bien, no podía explicarles, como la buena guía especializada que era, «Señores turistas, no se asusten y tomen nota para que después lo cuenten, que están asistiendo al momento histórico en que un comando del Directorio Revolucionario está atacando el Palacio Presidencial, para ajusticiar a Batista y llamar al pueblo a la insurrección que acabará con su régimen y hará nacer una nueva Cuba.» También debería advertirles que en cualquier momento verían irrumpir un grupo de combatientes que tomaría el museo para apoyar el ataque principal, pero no tenían nada que temer, no se trataba de bandas descontroladas de gente amotinada ni de cualquier otro tipo de vándalos, sino de un grupo de personas organizadas y civilizadas que luchaban por ideales, y ellos se encontrarían en medio de una batalla histórica.

Mas no podía hacerlo, no se lo habían orientado así, y tampoco era tiempo de darse a conocer como la verdadera persona que era: Cada cosa a su tiempo, y el suyo de participar todavía no había llegado, debía esperar a que aparecieran los compañeros. «El combatiente tiene que saber distinguir el momento de la paciencia y el del impulso; cuando este llegue, tiene que actuar sin detenerse ante nada, pero mientras tanto debe saber aguantarse», le insistía Pepe, y ella debía esperar a que la primera parte de la operación estuviera más desarrollada; entonces, cuando fuera la ocasión, alguien vendría a avisarle para que se incorporara. Tal vez fuera él.

Paciencia, pues. No tenía por qué apresurarse.

Pasó un tiempo indefinible, minutos u horas, no podría determinarlo; casi todos los turistas estaban escondidos detrás de las paredes de aspecto más sólido, algunos incluso se veían desperdigados por el suelo. Todos hablaban en voz baja o callaban, expectantes, atentos a los ruidos de fuera; en sus rostros se podía leer lo que tenían en el pensamiento: ¿Qué estaría pasando?, ¿algún atentado, una rebelión popular, un motín callejero?, ¿los rebeldes atacarían el edificio en

que se encontraban? ¿Vendrían a asesinarlos de un momento a otro? En estos países salvajes nunca se sabe. Miraban hacia la guía, como es costumbre cuando se está en el extranjero, pero no lograban descifrar el rostro de la muchacha, su expresión era indefinible y, además, cambiante, seguramente estaba tan angustiada como ellos. ¿Qué estaría pensando? «Cuánto me gustaría explicarles..., si se pudiera...», era el pensamiento de ella.

Al cabo de ese tiempo inmedible, llegó un momento en que se hizo evidente que la cantidad de disparos disminuía. Siguió disminuyendo hasta que se hizo un breve y repentino silencio. Algunos comenzaron a moverse y a hablar con más soltura; los que estaban en el piso se incorporaban poco a poco, no muy convencidos de que ya no había peligro. De repente sonó un nuevo disparo, aislado. Luego otro. Una pequeña ráfaga por aquí, otro disparo aislado por allá. Así durante unos minutos. Todos quedaron paralizados, sin saber qué pensar o qué hacer, los más corrieron a protegerse mejor. ¿Qué podría estar sucediendo ahora?, era la pregunta que estaba en todas las mentes. Parecía que todo había acabado y de repente esto, ¿estarían recomenzando?...

«*Coup de grâce. They are finishing the wounded, whatever it was is over now*», comentó alguien cerca de ella. Lo miró, como si no entendiera lo que decía, en realidad no aceptando lo que entendía. Lo observó: Era el mismo turista que le había impedido asomarse a la ventana, y al mirarlo mejor le pareció que ese hombre debía de saber muy bien lo que decía: Todo en su aspecto revelaba a un oficial retirado, seguramente un veterano de la Segunda Guerra Mundial, era de suponer que hablaba por propia experiencia: No sería la primera vez que cerca de él se remataba heridos, acaso alguna vez él mismo lo hizo...

«Pero la gente del Directorio no sería capaz de rematar a los heridos... No me imagino a Pepe, ni a Juan Pedro, a ninguno de ellos... ¿Entonces, quién...?»

Entonces, por segunda ocasión en el día, rápido como el centelleo de un relámpago, volvió a su mente el recuerdo del sueño que tuvo la noche anterior. Esta vez le descifró el significado que no había logrado entender en la vaga sensación física con que había despertado: Era la sensación de que Pepe se separaba de ella de manera definitiva, arrastrado por una fuerza infinitamente superior a todas las que pudiera oponer, y hacia un lugar adonde no podría seguirlo. «¡No puede ser!», gritó, y se llevó las manos a la cara. En ese momento se oyó una larga ráfaga, con un sonido mucho más fuerte que los anteriores. El ex militar, reconociendo que se trataba de disparos de ametralladora pesada, ordenó a todos lanzarse al suelo mientras él hacía lo mismo, aunque la orden no había sido necesaria: En medio de gritos de espanto y algunos ataques histéricos, todos fueron al suelo al unísono. Justo a tiempo, pues en segundos se veía volar cristales hechos añicos por todas partes, y se sentían las balas que entraban y se incrustaban en las paredes. No eran disparos desviados de su curso: Alguien estaba disparando contra el edificio del museo.

«¿Será el refuerzo?», se preguntó, queriendo creer que sí, pero a sabiendas de que no podía ser, ¿de dónde habrían sacado tal poder de fuego?; ella no estaba al tanto de los pormenores de la acción que se preparaba, pero no desconocía que la obtención de armas y municiones había sido muy difícil. Tampoco tenía sentido que dispararan contra el museo de esa manera, simplemente barriendo el espacio como si trataran de eliminar lo que estuviera en el camino; además, el objetivo que se debía tomar estaba del lado opuesto, era el Palacio, no el museo, para el cual hubieran sido suficientes unos pocos disparos abajo, con armas ligeras. Por tanto, no eran los atacantes del Palacio quienes disparaban contra el museo, sino sus defensores, ¿con qué objetivo?

Las ráfagas iban y volvían una y otra vez, de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, pero esos disparos no eran respondidos por nadie, era evidente que no había enemigos



que batir, lo que se oía era un tirar por tirar. Y, si no había atacantes de esta parte, ¿a quién le disparaban?, ¿a qué? ¿Acaso solo se disparaba para asustar al propio miedo? Por mucho tiempo se lo preguntaría, aunque la respuesta era obvia.

De repente sintió la necesidad de marcharse de aquel sitio. Su lugar era otro, no ese, debía irse de inmediato, aunque nadie se lo hubiera ordenado. ¿Qué hacía ahí, ella, una combatiente, la compañera de Peligro en tantos lances, tirada en el suelo como una inútil, rodeada de norteamericanos asustados y que no tenían la menor idea de lo que estaba sucediendo a su alrededor, cuando quizás los suyos la necesitaban en otra parte? Tenía que encontrar la forma de salir para ayudar a sus compañeros, cuando menos para enterarse de qué había pasado... ¿Habrían tomado el Palacio en definitiva? Imposible, ya se hubiera dado cuenta. Además, esos disparos, los tiros de gracia... Entonces, significaba que... No, de ninguna manera, eso no..., la derrota no. ¿Terminar así? ¿Cómo saber la verdad? Debía salir cuanto antes, ir a alguna parte, quizás a la Universidad, a esta hora seguramente estaría tomada por las fuerzas del Directorio, ella conocía que la idea de José Antonio era llamar al pueblo para que se concentrara allí, tal vez esa parte se está cumpliendo. Allí podrían informarla de todo, orientarla, y podría hacer algo de provecho, mejor que estar aquí como una inútil, aunque fuera cuidar a algún herido o ayudar a esconder a alguien, como había hecho tantas veces.

«Más pude haber hecho», pensaba; más había deseado hacer, pero no se lo permitieron; ella y tantas otras mujeres que han estado en los preparativos de esta acción hubieran preferido estar con los combatientes ahora, morir junto a ellos si había que morir, vencer juntos también, si Dios lo permitía, pero ellos pensaron que mejor las protegían dejándolas en esta espera angustiada, como si no hubieran corrido enormes riesgos cuando trasladaban armas, cuidaban heridos o escondían a los más perseguidos, «Alguien tiene que cuidar la retaguardia, todo el mundo no puede ir al frente», le había respondido Pepe cuando le reclamó, «Eso no es menos peli-

groso.» Intentó convencer a Faure o a Carlos, quizás ellos la entenderían, pero fue en vano, todos se negaron, unánimes, «Tu lugar no es ese ahora, ya tendrás tu oportunidad.»

Y ahora estaba aquí, inútil, oyendo cómo los mataban, sin siquiera poder acompañarlos en la muerte...

Esos salones inmensos, esos cuadros indiferentes al drama que se estaba viviendo, esos turistas sorprendidos por algo que nunca hubieran imaginado en el país idílico que les anunciaron las agencias de viajes, y asustados por no saber qué vendría a continuación, todo la asfixiaba. Necesitaba salir.

Por sobre todas las cosas, necesitaba averiguar qué había sido de él. Esa angustia indefinible que le apretaba el pecho no era solo consecuencia de la gravedad del momento: Era el presagio de que algo muy grave le había sucedido a Pepe. Cincuenta años más tarde, todavía recordará la frase que en ese momento le pasó por la mente: El amor que entregué se apagó, como de un candil la llama.

Hizo ademán de incorporarse y salir corriendo en busca de la salida. Una ráfaga de ametralladora terminó de cortar en dos un cuadro de Menocal que ráfagas anteriores habían alcanzado. Uno de los turistas, tirado junto a ella en el suelo, la agarró fuertemente por un brazo y le gritó en español «¡Tranquila, señorita, tranquila!, no se deje llevar por los nervios.» Obedeció sin saber por qué, acaso porque era verdad, se estaba dejando llevar tontamente por los nervios, qué habría dicho Pepe si la hubiera visto tan alterada; tenía que controlarse, como cada día intentó enseñarle él. Le volvían a la mente sus consejos, «Dejarse ganar por el nerviosismo es traicionarse uno mismo», «Perder el aplomo ante el peligro es perder la mitad de la batalla, cuando no significa perderla antes que empiece.» Ella suponía que lo había aprendido a fuerza de andar cerca de él, y sin embargo estaba tan fuera de control que hasta un extranjero había tenido que hacerle ver que se estaba portando como una tonta. Se dejó caer otra vez, como aplastada por un gran peso, repentinamente abatida.

«De verdad que no..., no soy capaz de ser como él.»

No, como él era imposible, cómo se le ocurría compararse, se reconvenía; ella nunca podría imitarle aquella sangre fría que en él parecía una cualidad innata, aquel aparente desprecio por la muerte que, sin embargo, bien lo sabía porque lo habían conversado muchas veces, no tenía nada de irresponsabilidad ni de cualidad innata, sino todo lo contrario, era el resultado de una voluntad cultivada a partir de convicciones muy bien arraigadas. «¿Pero no tienes miedo a que te maten?, ¿no tienes miedo a morir?», «Tengo miedo, lo mismo que todo el mundo, pero ese no es el asunto...», «¿Y cuál es el asunto?», «Pues, bueno..., en primer lugar..., déjame decirte que yo...», «¿Que tú qué?, ¿acaso que eres inmortal?, ¿a ti no te entran las balas porque te hicieron un trabajo en Guanabacoa?», «A lo mejor me lo hicieron, no te lo voy a decir... Pero no, eso es una bobería, las balas le entran a todo el mundo, no creen en brujería... Lo que pasa es que, en primer lugar, yo pienso que solo se muere una vez y..., en fin, que tenga o no tenga miedo, si me van a matar, igual me matan; y si es así, ¿para qué asustarme? No resuelvo nada y muero dos veces, una de verdad y otra de miedo...», «Si así lo crees..., bueno, puede ser... ¿Y en segundo lugar?», «¿En segundo lugar?, es muy sencillo: Más fácil te matan con miedo que sin miedo...», «¿Entonces quieres decir que no tienes miedo porque de lo contrario te matan?», «No, así no son las cosas, sería demasiado fácil. Yo tengo miedo, siempre he tenido miedo, como tú, como los demás, todo el mundo lo tiene, a no ser que sea un perfecto idiota... Pero no lo dejo que me gane, eso sí que no. Si el miedo me gana, si me pongo nervioso en un momento difícil y me descontrolo, si empiezo a temblar delante de un policía, por ejemplo, porque llevo en los bolsillos un documento peligroso, o un arma, yo mismo me denuncio, porque hago que se fije en mí, Este está en algo raro, va a pensar, y ahí mismo me busqué el problema, cuando no el balazo, y morí antes de tiempo, no porque me tocaba, sino porque yo mismo lo procuré...»

Ese miedo controlado lo había experimentado una vez, allá por marzo del 52. Después de una semana tratando de que la planta que habían llevado de la calle Ronda transmitiera desde la Universidad, tuvieron que darse por vencidos. Debían devolverla al personaje que con mil objeciones había por fin accedido a entregarla («Hasta tuvimos que firmarle un documento», comentaría Pepe riéndose, «Qué bárbaro, una cosa que era clandestina, pero quería salvar su responsabilidad si algo le pasaba a la planta»), pero no lo hicieron. Una parte de los equipos quedó con Humberto, otra parte con Pepe, que quería hacer una planta pirata para transmitir contra Batista. Para poder llevárselos, esperaron a que estuviera de servicio un sargento de la policía universitaria que era antibatistiano y estaba en combinación con ellos, «Yo iba manejando mi yipi; sentado a mi lado, el sargento, de uniforme. Detrás, en el piso del yipi y debajo de los pies de Humberto y Enrique, iban las piezas cubiertas con una lona. Fuimos por Ronda hacia San Lázaro.» En San Lázaro e Infanta, un policía les hizo seña de que se detuvieran, «Ñoo», exclamó el sargento, «Parece que esto se jodió», «Vamos a ver, vamos a ver, el tipo parece estar solo», lo tranquilizó Pepe. Se detuvo junto al policía.

«¿Qué se le ofrece, guardia?»

El policía no le contestó a Pepe. En su lugar, hizo el saludo militar al sargento y le pidió, «Colega, estoy apurado, ¿no me pueden dar un empujoncito hasta allá adelante?», «¡No faltaba más!», exclamaron a la vez el sargento y Pepe, «Suba, suba.» Ahora también los pies del policía estaban sobre las piezas de la planta. Y así continuaron hasta la Esquina de Tejas, donde el hombre se bajó. «Muchas gracias, son muy amables, que Dios se lo pague.»

«¡Gracias!», exclamaron todos muertos de risa.

«Si no nos hubiéramos controlado los nervios, tal vez se hubiera formado un tiroteo, quién sabe, alguien habría muer-

to..., le comentaba al final del relato, « Y todo por gusto, por apresurarse con el miedo.»

Muerta, pero no de risa, sino de miedo, sin colores en la cara, con las manos sudando y la garganta reseca y apretada estaba ella, suerte que los policías no fijaron su atención más que en él, que hablaba, se movía y hacía todo lo posible para que no la miraran, si hubieran mirado hacia ella acaso le hubieran visto el terror reflejado en la cara, la tarde en que el automóvil con el portaequipajes repleto de armas se negó a continuar andando nada más y nada menos que frente a la entrada del Buró de Investigaciones, ese lugar cuyo solo nombre hacía estremecerse a cualquier ciudadano, allí donde contados detenidos lograban salir con vida.

«¿Ahora qué pasó? ¿Viste dónde estamos...?» Él le habló con ecuanimidad, procurando que mantuviera la calma mientras intentaba que el motor echara a andar nuevamente: «Tranquila, niña, no pasa nada; se apagó, pero seguro que arranca. No es nada, no te asustes», «¿Cómo quieres que no me asuste? Fíjate allá... Están mirándonos con tremenda mala cara... Están hablando entre ellos y haciendo señas hacia aquí..., mira, están diciendo que sigas... Mira...»

Los esfuerzos de Pepe resultaron inútiles, el motor no respondía. «Calma, mujer, calma, tú verás que no va a pasar nada... Es solo que..., coño..., que de verdad este cacharro se encangrejó, no quiere arrancar...», «Apúrate..., dale... Trata de arrancar», «En eso estoy, espérate, no te pongas nerviosa», «¿Que no me ponga nerviosa?...», mira..., solo mira..., ahora hay dos que vienen para acá..., ¿qué hacemos?», «Nada, no hacemos nada, tú sigue ahí, no te muevas, no los mires...», «Pero... ¿si...?», «¿Pero si qué...? Nada. No los mires, eso es todo... No va a pasar nada, esto le ocurre a cualquiera...», «No te hagas el inocente... Tú sabes que no podemos estar parados aquí..., y que no somos cualquiera, nos pueden llevar presos, hasta podrían matarnos aquí mismo si les da la gana, si se piensan que paramos intencionalmente», «No van a hacernos nada, vas a ver...», «Pero, ¿y si nos revisan?...»,

con lo que traemos allá atrás...», «Bueno, en ese caso, sacas la pistola que está debajo de tu asiento, yo cojo mi ametralladora, y... pum, pum, nos llevamos unos cuantos por delante antes de que nos maten.»

Sonrió, le puso la mano derecha en un muslo y apretó con suavidad, «Quieta, mi brujita, quieta..., déjame a mí, ¿sí? Recuerda: No mires para ellos, tu cara les va a dar el chivatazo.»

Ella lo miró desde su miedo y se asombró al ver la serenidad que reflejaba su rostro. Ni un cambio de color en la piel, ni un leve temblor: Nada, parecía que para él no ocurriera nada fuera de lo común, ¡pero dos policías de guardia del Buró de Investigaciones venían directamente hacia ellos! Era la primera vez que algo así le sucedía y no podía entender que hablara con tanta tranquilidad de la posibilidad de la muerte. «Pero si solo tengo un poco más de veinte años..., ¿cómo es eso de morir?», se preguntaba, ¿se habría vuelto loco para hablar así? Él pareció adivinarle el pensamiento, «Peor es que nos cojan vivos, cariño, mucho peor...» Volvió a apretarle el muslo, le dio dos palmaditas, le sonrió, lanzó un beso al aire, abrió la portezuela, salió y se dirigió a la parte delantera del automóvil. Puso la mano sobre el capó, para abrirlo.

En el instante en que el motor se mostraba ante sus ojos, llegaban los dos policías, «Oiga, ¿usted no sabe que no puede detenerse en este lugar?...; a ver, circule..., ¡andando!», «Usted disculpe, señor agente..., pero, imagínese, a esta cosa le dio por pararse..., no... cuando yo digo..., estos cacharros... Déjeme ver un momentito, enseguida arranco y me voy...»

Uno de los policías se paró junto a él, mirando con curiosidad hacia el motor; el otro se quedó un poco más atrás, como vigilando cualquier posible maniobra sospechosa. «¿Qué es lo que tiene?», «No sé, voy a mirar..., ¿usted sabe algo de mecánica?», «Bueno, tanto como saber..., no mucho, pero tengo uno parecido, la misma marca...», «En realidad es un carro bastante bueno, no me quejo, pero últimamente está dando

guerra...», «Sí, son buenos, por lo menos del mío yo tampoco tengo queja. Claro, yo lo cuido como a la niña de mis ojos... Pero este de usted está un poco maltratado... ¿Usted no lo cuida, o no es suyo?», «En realidad es del viejo..., yo estoy reuniendo para comprarme uno igual, pero más nuevo...», «Mire a ver, pruebe otra vez.»

Mientras hablaban, el policía había tocado algunas piezas dentro del motor y hacia pequeños comentarios en voz baja, como para sí mismo, era evidente que sentía afinidad por la mecánica automotriz. Pepe se dirigió al asiento, para intentar arrancar una vez más, mientras el policía se quedaba frente al motor, observándolo y mostrando su disposición a ayudarlo. El otro policía se interpuso en su camino, «Oiga, este vehículo está caído por completo hacia atrás...» Pepe lo miró con la sonrisa de un niño que pide disculpa por alguna falta cometida, «Sí, imagínese..., tiene los muelles flojos..., en estos días tengo que...» El uniformado no lo dejó terminar la frase. «¿Me puede hacer el favor de abrir el maletero?» Aunque había expresado la orden como quien pide algo, el tono era inamistoso, y la orden perentoria. Al oírlo, ella sintió que el cuerpo se le helaba; el estómago se le contrajo y el corazón le comenzó a latir con violencia. Instintivamente, puso la mano derecha sobre el asiento, para acercarla al sitio donde escondía la pistola. Estaban perdidos... ¿tendría tiempo él de alcanzar la ametralladora y disparar, o lo matarían sin siquiera defenderse? Ella no se dejaría coger viva, y alguno iba a conocer la puntería que varias veces Pepe le había alabado. Él, por su parte, mostró su más abierta y colaboradora sonrisa al policía, «¡Cómo no, señor, con mucho gusto, ahora mismo!... ya voy», pero no se dirigió hacia la parte trasera, sino entró y se sentó, «Déjeme coger las llaves»; ya dentro, puesto que las llaves estaban en el encendedor, comenzó a maniobrar. «Primero vamos a probar una vez más...»

El policía que estaba andando en el motor, y que no había oído a su compañero, le hizo señas para que intentara ponerlo en marcha. Un primer intento, nada. El policía aficionado a la

mecánica hizo entonces una señal de «Espera», trasteó algo allá dentro y de nuevo otra seña, ahora de «Dale otra vez.» Nada. Hizo un gesto que más o menos significaba «No tiene remedio», en tanto su compañero se impacientaba: Evidentemente, a él la mecánica lo tenía sin cuidado. Ya iba a conminar a Pepe a salir del vehículo y cumplir su orden cuando, al tercer intento, el motor arrancó. El primer policía, con un gesto de satisfacción, cerró el capó con gran estrépito, dio una palmada y gritó, «Bueno, ahora, andando.» El otro, como si hubiera olvidado la orden que había dado, o con seguridad convencido de que alguien que se comportaba con tanta naturalidad y que tan tranquilamente había aceptado abrir la tapa del maletero no tendría nada que ocultar y no valía la pena seguir perdiendo el tiempo con él (en definitiva a ellos solo les habían ordenado que obligaran al chofer de ese vehículo a continuar la marcha, este no es lugar para detenerse), se echó a un lado para que acabara de irse. Pepe, sin embargo, aún demoró unos segundos; se volvió casi por completo hacia su izquierda, sacó parte del cuerpo por la ventanilla, exclamó con entusiasmo, «¡Gracias, mi hermano!», y extendió la mano abierta hacia el policía que lo había ayudado. Que la estrechó con entusiasmo.

«Un buen trago no nos vendría nada mal ahora», dijo sin volverse hacia ella, una vez que se habían alejado un par de cuadras, «Verás qué bien te sabe después del peligro.»

Y también el sexo, por cierto, pensaría la Bruja después, cada vez que recordaba la anécdota, pues un poco más tarde, ya sin las armas con ellos, pero aún con el susto incrustado en la piel, cuando él entró en ella y se agitó en su vientre en una convulsión diferente donde acaso confesaba que también había sentido un miedo de muerte, ambos le encontraron un sabor distinto al amor.

Acaso el sabor de saberse vivos a pesar de todo.



Aquella fue la primera vez que compartieron un gran susto, pero no sería la última. Él mostraba siempre la misma sangre fría, y acostumbra soltar un chiste en el momento de mayor tensión. De tanto machacar sobre lo mismo, la había enseñado a dominarse, a actuar como una clandestina, «Siempre alerta, pero siempre con calma, de prisa pero sin que se note.» Tenía razón, lo admitía, pero en un momento como este, viéndose tirada en el piso, entre extraños, conocedora de lo que estaba sucediendo fuera y sin poder hacer nada por sus amigos que luchaban y morían, el sentimiento de impotencia la hacía débil. Extremadamente débil. Al punto de sentir un enorme, irresistible deseo de llorar.

Un fuerte estremecimiento que había partido de las piernas le recorrió el cuerpo y estalló en forma de un sollozo sordo pero continuo. «Eso es, señorita, llore, muy bien, que eso siempre ayuda, pero no trate de levantarse, ¿está bien?, mire que están disparando hacia acá.»

Miró hacia el hombre, hispano evidentemente, que no le soltaba el brazo y continuaba hablándole en voz baja para tranquilizarla, «Es mejor quedarse así hasta que todo haya pasado.» Le agradecía la preocupación y a la vez le parecía que no tenía por qué agradecer, lo que debía haber hecho no era llorar, sino buscar cómo escapar lo antes posible de aquel lugar para unirse a quienes del otro lado se batían contra fuerzas superiores en armas y número, y convertirse en uno más para buscar la victoria junto a ellos. ¿Para morir? Seguramente para morir, por lo que sospechaba que había ocurrido. Y actuar como él le había enseñado que un clandestino debía actuar.

No lo hizo, en definitiva; no había ninguna razón para levantarse que no fuera la búsqueda de una muerte improductiva, Pepe no hubiera aprobado eso. No tenía que ser adivina para darse cuenta de que ya ningún atacante se batía por lograr una victoria; en todo caso, si alguno aún combatía era para vender cara su vida. La operación había fracasado y, si alguno del comando quedaba vivo, estaría huyendo en ese momento, perseguido como la liebre por la jauría. También

por esa razón lloraba, por sus amigos que a partir de ahora estarían muertos o más perseguidos que nunca, con la tortura y la muerte como más cierto destino adonde quiera que fueran.

Cierto, llorar ayuda, como afirmaba el desconocido, por eso lloró, por eso no se levantaría más «Hasta que todo haya pasado», como le repetía el hombre, que al fin le soltó el brazo cuando la vio aparentemente más tranquila después del sollozo; quedaba por saber qué ayuda podría ser esa que el llanto le proporcionaría, no solo ahora, sino toda las veces que de ahora en adelante, mientras viva, habría de llorar, a partir del instante en que, en efecto, corroborara que todo hubiera pasado.

Cuando las ametralladoras al fin se silenciaron, los turistas se atrevieron a levantarse y comenzaron a reparar en los destrozos causados en el edificio: las paredes descascaradas, los vidrios de las ventanas dispersos por todas partes, los cuadros heridos también de muerte por los balazos que llegaron desde tanques apostados frente al Palacio. Algunos más atrevidos se acercaron poco a poco y con cuidado a las ventanas.

No lo hizo ella; no por miedo a recibir algún disparo que en ese instante la tenía sin cuidado, pues estaba incapaz de pensar en sí misma como individuo, sino por temor a lo que habría de ver si se asomaba. Mas, si podía impedirse mirar, no podía, en cambio, dejar de oír y entender, y su mente de registrar, lo que comentaban los demás. De tanto no querer oír ni entender, casi no se daba cuenta de que hablaban en inglés. Y oyó, como si hubiera sido dicho en español, lo que un turista comentó, «Hay algunos cuerpos de civiles tirados cerca de la entrada y en los alrededores del edificio, también hay uno al lado de la fuente, parecen muertos.»

Ya no tuvo necesidad de más información, cerró sus oídos al mundo exterior y se encerró en el suyo. Algo dentro de ella le afirmaba que uno de aquellos cuerpos formaba parte de su vida de una manera muy personal, solo de ella, íntima. No necesitaba que le dijeran dónde, cuándo ni cómo había caído,

ella lo había visto y sentido todo en el instante mismo de ocurrir y en el lugar exacto. Visto y sentido sin necesidad de mirar ni de oír, porque había percibido aquella muerte desde dentro de ella misma en el momento en que llegó.

Una sensación de desgarradura interior la había invadido en cierto momento mientras permanecía en el suelo, como si una ráfaga de ametralladora la hubiera alcanzado en tres puntos del vientre. Lo comprendió: Era el mensaje que él envió al sentirse herido y que ella recibió en el instante exacto en que calladamente se rebelaba contra sus compañeros porque no habían aceptado la participación de las mujeres en la acción de esa tarde. Entonces comprendió algo más de su pesadilla de la noche anterior: La mujer que se lo había disputado en el sueño no había sido la persona en quien había pensado, aunque fuera su cara la que recordó al despertarse. No había sido una rival humana la que trataba de llevárselo, y que hubiera sido incapaz de arrebatárselo porque todo en él le pertenecía, sino otra, una enemiga verdaderamente poderosa, que nadie podrá vencer porque es condición para la vida, que había venido a anunciarle, en forma de sueño, que ya no podría tenerlo más a su lado, que le diera el último beso si volvía a verlo, como lo vio en la mañana, porque esa tarde se lo llevaba. Ya había demorado bastante en hacerlo, él era suyo y de nadie más, desde siempre.

El sueño había sido una señal, un aviso de lo que ocurriría en esta tarde que estaba viviendo, lo entendía ahora con el máximo de claridad. También comprendía el sueño no había sido la única señal, antes hubo otra, más evidente, y se la había dado el propio Pepe.

Había sido unas semanas antes. De repente él dejó de besar y sonreír. Su cuerpo se separó del de ella y, en lo que mucho después ella tomaría por un desliz que se le escapó, la miró con circunspección excesiva para él. «Si algo me pasara un día de estos, te pido que le pagues a mi garrotero los trescientos pesos que le debo.»

Que le debiera dinero a algún garrotero no era noticia para ella, él a cada rato andaba escaso de dinero, no porque lo desperdiciara, aunque no fuera demasiado ahorrativo tampoco, sino porque no pocas veces cubría de su bolsillo gastos de la organización, y no le quedaba más remedio que pedir al prestamista para atender a sus obligaciones familiares. Si le hubiera dicho, «Necesito que me consigas trescientos pesos prestados para pagarle al garrotero», aunque no fuera un procedimiento normal en él, no se hubiera extrañado; pero que hablara en tales términos era totalmente desacostumbrado, que usara la expresión «pasar algo» solo se podía entender en un sentido, el más grave, la posibilidad de la muerte, y precisamente en ello radicaba lo anormal, la posibilidad de la muerte era algo que nunca había entrado en sus conversaciones, él nunca la daba por sentada, sino la vida, la victoria, el logro del objetivo propuesto, en cualquier acción que emprendiera, «Un combatiente no piensa en la muerte, aunque la tenga siempre al lado como la más fiel compañera, y mucho menos la persigue, porque un combatiente no es un suicida, es alguien que lucha por la vida», había sido su respuesta, en cierta oportunidad en que ella le reprochaba, «Pareciera que andas buscando que te maten.» Él le echó el humo del tabaco en la cara y se reía mientras le respondía. Era como si la posibilidad de morir no tuviera nada que ver con él, o fuera tan remota que no la tomaba en cuenta, una contingencia hipotética que, en la práctica, era tan irrealizable como los proyectos de sociedades perfectas de los grandes soñadores utópicos.

A veces ella llegaba a preguntarse si él se tenía por inmortal, «De inmortal nada, simplemente no tengo nada que ver con la muerte.»

Si él había sido así siempre, si nunca había traído a colación la posibilidad de que le «pasara algo», ¿por qué a estas alturas venía, de improviso, con esa petición que dejaba entrever la hipótesis de una muerte cercana? ¿Admitiría la posibilidad

de un fracaso, por primera vez, él, que la había enseñado a actuar siempre con fe en todo lo que emprendiera, aunque todas las circunstancias parecieran estar en contra?

No sabría explicar por qué, pero en ese instante no relacionó la conversación con el gran proyecto en que todos estaban involucrados, que se sabía próximo, pero para el cual no había una fecha establecida, o, si la había, todavía no era conocida por ella. Llegó a pensar que se refería a cualquier otra acción mucho más inmediata, y quizá también muy peligrosa. ¿Habrían cambiado de planes?

«Mira cómo hablas..., pareciera que estás llamando a la muerte..., qué es eso de si algo me pasara, eso no va contigo, a ti no te pega hablar de muerte», «No estoy llamando nada, es una posibilidad como otra cualquiera, ¿no?», «Pero no en tu caso, tú siempre pareces no pensar en ella», «De eso ya hemos hablado bastante, me parece; no es que no la tome en cuenta, es que de otra forma no viviríamos, estaríamos siempre aterrorizados por la idea de que ella nos está asechando en cualquier esquina.» Quienes habían tomado el camino insurreccional sabían a qué se exponían, le explicaba lo que ella conocía muy bien, y más en un país donde la vida de un opositor al gobierno vale menos que nada, ni siquiera había que ser un partidario de la lucha armada para estar en peligro, quién no sabe que a cada rato aparecen muertos inocentes a los lados de las carreteras, baleados y con un explosivo o un arma en la mano, como hacen con los supuestos terroristas; basta que suceda cualquier cosa que altere la digestión de un agente represivo para que muera el primer infeliz que se ponga al alcance de su vista, hasta gente que ni siquiera alguna vez habló mal del gobierno puede ser asesinada por una simple casualidad, el estar presente en el lugar o en el momento indebido puede ser suficiente para que a uno lo agarren, lo torturen y lo maten. Siendo así, qué cosa puede ser más natural para un insurreccionalista que morir, por esta maldición que es vivir en un país donde la vida de un ser humano carece por entero de valor.

«Y peor en nuestro caso, que nos pasamos la vida buscándo-  
doles las cosquillas a los asesinos en que se apoya Batista.»

No le pedía ese favor por nada en especial, trató de con-  
vencerla sin mucho éxito, sino porque era mucho dinero y lo  
debía hacía tiempo, no había podido pagarlo todavía; quería  
que ella lo supiera para que el prestamista no perdiera lo que  
le había entregado, si por una casualidad, que tanto podía  
suceder como no suceder, algo le pasara.

«Tampoco es cosa de que lo recuerden a uno como el tipo  
que se mudó para el otro barrio sin pagar lo que debía, ¿no?»,  
concluyó con una sonrisa, como si todo no fuera más que una  
gran broma. Claro que siempre cabía la pregunta de por qué  
en otros momentos en que tenía deudas no le había hecho  
una petición similar, y en este caso sí, pero ella prefirió no  
formularla. Simplemente, no le creyó la explicación.

De todos modos, Pepe no era muy exacto en lo que afir-  
maba, pues sí había algo de especial en su pedido aunque no  
lo dijo, y que resultaba tan obvio que ella debió sospecharlo:  
El gran sueño tantas veces frustrado ya tenía fecha señalada  
y se realizaría costara lo que costara.

«Cueste lo que cueste» era consigna escuchada y repetida  
más de una vez entre los revolucionarios, se diría ella más  
tarde, y cuando se habla en tales términos se piensa ante todo  
en la sangre derramada y en las vidas sacrificadas para ob-  
tener determinado objetivo, pero, bien mirado, el concepto  
también tiene una cara en forma muy vulgar, de simple di-  
nero, como en cualquier otra circunstancia de la vida. Por  
más que la lucha emprendida apunte a los ideales más ele-  
vados, algo tan material, prosaico y supuestamente ajeno a  
los ideales como el dinero, «el vil metal», como lo llaman  
algunos cursis, resulta imprescindible en muchas ocasiones,  
cuando no en todas. Pepe le había explicado que el compa-  
ñero de Menelao que tenía a su cargo dirigir la vigilancia de  
los movimientos de Batista había entregado recientemente  
su salario de un mes, y con esa donación se había podido  
resolver el problema de alquilar un apartamento más para

acuartelar a un grupo de compañeros, pero los fondos continuaban siendo escasos, los refugios no eran el único aseguramiento logístico obligado, la gente que se encuentra en ellos tiene necesidades imprescindibles que satisfacer, como comer, bañarse y dormir, y eso significa desembolsos para obtener comida, artículos de aseo, colchonetas, medicinas; Pepe había contribuido con cierta cantidad, igual que otros, pero su caudal no era suficiente y decidió acudir una vez más al prestamista. En esta oportunidad la cifra era bastante mayor que en otras ocasiones; sumados los intereses, con seguridad más tarde se vería en un aprieto para pagar, pero ya vería cómo se las ingeniaba para hacerlo, de momento lo importante era ayudar a resolver el problema.

«Pero trescientos pesos es mucho dinero de una sola vez, Pepito..., ¿tiene que ser ahora mismo, o puede ser más tarde, digamos, mañana?», le había protestado el hombre cuando le pidió esa cantidad, «Tú sabes cómo es eso, yo no soy ningún banquero, lo mío es un negocio en pequeña escala, ¿comprendes?, solo para ir viviendo y no buscarme demasiados dolores de cabeza a la hora de cobrar..., diez pesitos por aquí, veinte por allá..., ¿comprendes?, o cinco, nada de exagerar. Con eso la gente puede llegar a fin de mes y yo me gano lo mío, sin mucho problema, hasta agradecen...»

Era cierto, el hombre, viejo conocido de Pepe, se dedicaba al negocio de prestar dinero con interés. Era, pues, un prestamista no oficializado, como muchos otros existentes en el país, no conocidos por ese nombre, desde luego, sino por otro más elocuente, garrotero, palabra que aludía a lo abusivo de los intereses que cobraban. Él no operaba con grandes cifras, su capital era reducido y sus intereses tampoco eran de los más abusivos, era un garrotero con garrote de goma, según él mismo afirmaba.

«Lo mío es vivir y dejar vivir, no me interesa matar a la gallina de los huevos de oro ¿comprendes?», «Ya lo sé, ya lo sé, compadre, y sabes bien que te estoy agradecido por las

veces que me has ayudado a salir de un problema, tú eres mi ángel de la guarda..., pero..., por fin, ¿me los puedes prestar, sí o no?», «Claro que sí, muchacho, claro que sí, ¿alguna vez yo te he fallado?», «¿Entonces?», «Entonces nada, está bien, pero te lo doy todo junto mañana, o una mitad ahora y una mitad mañana, de otra forma no puedo», «Todo junto mañana, mejor de una sola vez.»

Tanto insistió en convencerla de que su pedido no tenía nada de especial, que ella terminó por sospechar que algo no andaba bien en el discurso, que él estaba envuelto en algo más peligroso de lo habitual, que había alguna razón particular e inmediata, no la general en que todos los días se encontraban envueltos, para esa conversación. Imaginó que quizás la policía lo había identificado como autor de alguna de las muchas acciones en que había participado y debía desaparecer por un tiempo, bastante milagroso resultaba que hasta el momento nunca hubieran sabido de su identidad, pero no insistió en preguntarle, solo lograría que se burlara de ella y acaso hasta la tildara de cobarde. Prefirió usar sus mismas armas, en definitiva él había sido su maestro también en eso.

«Está bien, será como tú dices, pero mira qué vas a hacer para que no te maten, que no tengo ganas de andar regalando mi dinero por ahí.» Él sonrió y la besó. Su cuerpo buscó el de ella y ya no se habló más de deudas ni garroteros, ni de cosa alguna que no fuera lo que un hombre y una mujer que se desean se dicen cuando están desnudos sobre una cama.

Habían pasado unas pocas semanas y él no estaba más; terminaron las bromas, las sonrisas y los besos, el tabaco fumado entre dos al final del amor. A partir de ahora el cuerpo de ella viviría mutilado de la parte suya que había quedado tendida en el parque Zayas, ajena a deudas y preocupaciones. Pero la obligación con el garrotero continuaba existiendo, y ella no



podía permitir que hubiera en el mundo alguien, quienquiera que fuera, que recordara a Pepe como «el tipo que se mudó para el otro barrio sin pagar lo que debía», como había bromeado él. No repuesta todavía del enorme mazazo del día trece, se propuso cumplir cuanto antes el encargo.

Conocía al hombre de vista y no era nada complicado dar con él; sabía muy bien dónde encontrarlo, en el propio museo, donde trabajaba de ujier. Aunque no resultó fácil, tampoco le fue demasiado difícil reunir los trescientos pesos sin afectar en exceso el tren de vida diario a que se debía someter para mantener su actividad clandestina. Le fue suficiente imponerse un estricto plan de austeridad en los gastos y antes de que pasara mucho tiempo logró reunirlos. En cambio, demoró en enfrentar al prestamista.

Lo realmente difícil era el hecho mismo de realizar el pago; cada vez que se decía «De hoy no pasa», todo en su interior rechazaba la idea de llegarse hasta él y hablarle de Pepe como de alguien que ya no estaba en su vida. Con el tiempo descubriría que hablar de Pepe, con quien fuera, le resultaba casi imposible, y nunca iba más allá de unas pocas frases generales.

Esa condición suya sería una de las que más asombrarían a Oscar cuando la conociera, algo más de cinco décadas después.

Cada mañana declaraba ante sí misma antes de salir de casa, «Hoy sin falta pago la deuda», pero llegaba la noche y no lo había hecho, una y mil complicaciones aparecían durante la jornada que se lo impedían, aunque ninguna era cierta, lo único cierto, que no se confesaba, era que el hacerlo representaba la admisión de su muerte, y ella se negaba a admitirla. Una tarde se dio cuenta de que no tenía que admitir nada, que no era verdad que Pepe hubiera muerto, porque permanecía vivo en todo lo que había sembrado en ella, portadora y dueña de su memoria.

«Desde ahora hasta siempre, mientras yo viva», él viviría en su recuerdo aunque otros, y también otras en definitiva, lo olvidaran. Esa memoria no podía ser deudora de

un prestamista, aunque la deuda se hubiera contraído por una causa de orden superior. Ya no le aparecieron pretextos y encontró al hombre en el mismo sitio donde siempre había estado.

«Vengo a pagarle la deuda de Pepe», le dijo en un arranque; su voz estaba recubierta por un tono altanero que trataba de disimular la emoción que apenas la dejaba hablar.

El hombre la miró como si estuviera muy lejos, o como si no la hubiera oído, a pesar de que la tenía a su lado.

«¿Pepe?», «Sí, Pepe, el del museo..., ese mismo, usted sabe, el que..., mataron...»

La última palabra casi no se entendió, atropellada por el llanto que pugnaba por salir.

«Pepe a mí no me debía nada», respondió el hombre con convicción y firmeza en la voz, pero con la mirada huidiza, como si no quisiera hablar del tema. «Claro que sí, trescientos pesos», aseguró ella, «Él me lo dijo», y la extrañeza provocada por lo que acababa de escuchar hizo que la emoción que hasta entonces trataba de ahogarla retrocediera por un instante, ¿por qué el hombre afirmaba eso? ¿Qué Pepe no le debía nada? No podía ser. Era más que improbable que hubiera saldado la deuda antes de morir, en qué tiempo y con qué dinero. ¿Sería posible que no fuera verdad lo de la deuda, que hubiera sido una tomadura de pelo? Imposible, por más bromas que hubiera usado con ella a lo largo de su relación, una como esa era inconcebible, tenía que haber alguna confusión.

«Usted no me entendió..., él me dijo que le debía trescientos pesos, y me pidió que le pagara si algo le pasaba. A eso vine ahora, a pagarle...», «Mire, jovencita, yo no sé lo que él le haya dicho a usted, ni por qué, y tampoco me interesa, ¿comprende? Pero él a mí no me debe nada; es mi última palabra, ¿comprende?», «No entiendo, él me dijo...», «Está bien, ya lo sé..., él le dijo esto, él le dijo lo otro... Ya la oí..., pero ahora óigame usted a mí.»

El hombre había asumido un tono repentinamente solemne, tan solemne que ella se sintió sobrecogida. En ese tono le explicó que le había llamado la atención que, en los últimos tiempos, constantemente Pepe le estaba pidiendo dinero prestado, «Aunque siempre pagaba, siempre, ¿comprende? Era un hombre de honor, incapaz de incumplir un compromiso.» Viéndolo últimamente siempre escaso de dinero, llegó a pensar que tal vez se había enviciado con algún juego de azar, aunque lo creía poco probable, no le parecía el tipo de hombre capaz de dejarse dominar por algún vicio ni por nada, y se sintió apenado por él, una persona con tantas cualidades, echarse a perder por algo tan absurdo y destructor como el juego. Aunque también podía tratarse de líos de mujeres... De todos modos, algo no andaba bien, un hombre como él no podía continuar así.

«Hasta había decidido hablar muy seriamente con él cuando viniera a devolverme ese dinero, no podía mantenerme callado, ¿comprende?, ese descontrol con el dinero no estaba bien.» Pero, al saber las noticias de lo sucedido en Palacio (por alguna razón bajó mucho la voz al pronunciar la última oración), todo se le había aclarado de repente. «Fue como un chispazo, ¿comprende?»

No tuvo que hacer ningún esfuerzo para ello, ni que preguntar nada, para saberlo todo. Lo lamentó mucho, había perdido a una persona que apreciaba, pero, en el fondo, tenía que admitirlo, sintió como una especie de alivio al comprender que aquel dinero que le había pedido prestado no lo desperdiciaba en el juego o con mujeres, «Sino para luchar por algo que le parecía justo al punto de ser capaz de morir por defenderlo, ¿comprende?» Él no era un político, no le correspondía juzgar si lo que hizo Pepe estuvo mal o estuvo bien, tampoco le interesaba saberlo, así que no quería averiguarlo.

«Yo solo puedo opinar de lo que sé y conozco, y lo que sé y conozco es que él era una buena persona y muy simpático, que me pedía prestado y me pagaba puntualmente, un hombre de honor. El resto no me interesa, ¿comprende?»

Pero, en fin, a lo que iba, regresó al inicio de la conversación, ya que ella seguía insistiendo en la supuesta deuda: «Él perdió la vida, eso lo más importante, ¿comprende?..., y la perdió por defender algo en lo que creía... ¿Cómo puedo ahora cobrarle lo mucho o poco que me debía? Es verdad que yo era su garrotero, está bien, un garrotero no puede tener sentimientos, porque se va a la ruina; pero nosotros éramos amigos, ¿comprende?, amigos. Esa es una palabra grande.»

Se detuvo, jadeante, como si el largo discurso lo hubiera dejado sin aliento. O como si reuniera fuerzas para soltar en un arranque, desde el fondo de un dolor oculto y sincero:

«Mire, hágame usted un favor, señorita; vaya y cómprele un buen ramo de flores con ese dinero y póngaselas en mi nombre... Con eso ya me pagó, ¿comprende?»

Casi sin terminar de pronunciar el último «¿comprende?», le volvió las espaldas y se marchó a toda prisa. Nunca más lo vio.

Porque la muerte es principio no fin, como reza la sabiduría popular africana, y como nombraré a uno de mis libros dentro de muchos años, dedicado a un general de tres guerras por la independencia a quien nos escamoteó el olvido, no es verdad que quedaste muerto allí, un cuerpo inerte y solo sobre el pavimento, junto a la fuente del parque Zayas donde nunca se levantará, por la ingratitud de algunos, el monumento que mereciste al igual que merecen nuestros compañeros.

No moriste cuando te dispararon, aunque las balas hayan perforado esa piel que tantas veces impregnaste de la mía, aunque allí hayan ido a recoger tu cuerpo ensangrentado para llevarlo, ya sin vida, al necrocomio.

Tampoco es cierto que ese día permanecí hasta muy tarde en el museo porque no dejaban salir a nadie, ni siquiera a los turistas que estaban de visita cuando comenzó el ataque. Querían asegurarse de que no había ningún atacante refugiado en alguna parte, o disimulado entre los empleados, y trataban de averiguar si entre nosotros había cómplices. Si al

cabo de algunas horas empezaron a dejar salir a la gente fue por las protestas de los norteamericanos; a uno de ellos hasta le dio un infarto por culpa del susto que recibió con tantos disparos contra el edificio, y más susto todavía recibieron todos con la actitud de los policías, que llegaron con aspecto de estar dispuestos a realizar una masacre ante el menor movimiento sospechoso, y hasta sin él, sin importarles que ni siquiera eran cubanos, si no llegan a ser americanos no quiero imaginar lo que hubiera pasado. Soltaron a los extranjeros y poco a poco a los empleados, pero a mí no me permitieron salir, me apartaron y mantuvieron encerrada en el despacho del director porque se enteraron de mi relación contigo.

Alguien dijo que «El terrorista muerto junto a la fuente era empleado del museo», ellos preguntaron quiénes lo conocían y una persona me indicó como su amiga más cercana, dando a entender más o menos que era tu amante, alguna envidiosa tal vez. Por suerte para mí, el propio director fue mi principal valedor en ese mal paso, les dio las mejores referencias, les habló de mi procedencia familiar, de mi formación en los Estados Unidos y de los vínculos de mi familia con el mundo de los negocios, ministros y mucha gente importante de dentro y de fuera del país. Teniendo yo tales relaciones, algunas que ya habían empezado a llamar al museo preguntando por mí, parecía poco verosímil que estuviera involucrada en actividades subversivas, eso era cosa de gente de otra categoría social, yo no tenía nada que ver con ellos. Amiga íntima del terrorista, y a la vez persona de la alta sociedad, resultaba difícil decidir qué actitud tomar hacia mí. De manera que no me dejaban salir, pero tampoco se sentían seguros de que hacían lo correcto, las cosas estaban demasiado confusas y no querían buscarse problemas si se equivocaban. Decidieron interrogarme allí mismo, en la oficina, no me llevaron con ellos, por suerte, quizás nunca hubiera regresado.

Lo que les interesaba era dejar en claro cuál era mi grado de afinidad con «Ese bandido muerto en el parque», y si mi relación contigo iba más allá de un simple flirteo de jovencita.

Explicué que te había conocido en el propio museo, lo cual era cierto, y mentí que no sabía nada de tus ideas y actividades políticas, de qué manera iba a saberlo, no son cosas que se andan pregonando, y estaba tan sorprendida como los demás empleados que te conocían, parecías una persona decente. Me dolía decir aquellas mentiras, pero no tenía sentido admitir la verdad, sería un suicidio absurdo, tú no estarías de acuerdo. Para honrar tu memoria debía negarte.

Admití, eso sí, que conversaba a menudo contigo, porque aprendía mucho y admiraba tus amplios conocimientos de la cultura cubana, a cuyo estudio me dedicaba, y hasta añadí que me habías ayudado en algunas investigaciones que yo había realizado, gracias a tus contactos con los más importantes intelectuales del país, tanto en las artes plásticas como en la literatura, en lo cual tampoco mentía. No mencioné los viajes contigo a Regla y Guanabacoa para conocer sobre las religiones afrocubanas. No estaba muy segura de por qué, pero me pareció mejor no traer ese elemento a colación.

No tenía miedo al mentir o al decir la verdad; no podía tenerlo, porque ya nada me importaba y nada podía asustarme, estaba tan serena como hubieras estado tú, me porté como tu alumna, te hubieras enorgullecido. Si trataba de preservar mi vida era porque la quería para continuar lo que no habías podido concluir; yo no sabía cómo habría quedado el Directorio, pero estaba segura de que en algún momento me contactarían para retomar la lucha.

Ellos trataban de sacarme cualquier información que me inculpara como subversiva, querían lograr que me contradijera, pero procedían con cuidado, sin excederse: No estaban en su terreno, sino en la oficina del director del Patronato de Bellas Artes, un hombre influyente, bien relacionado y amigo de mi familia, y además no estaban seguros de lo que hacían, yo podía ser realmente una simple jovencita acaudalada y curiosa, atraída por la sólida cultura de un hombre un poco mayor que ella, y ellos estarían perdiendo su tiempo tratando de involucrarme en algo de lo que no tenía la menor idea, en lugar de ocuparse de cosas verdaderamente importantes, y

quién sabía si por ello se buscaban un problema más tarde. Si no hubieran tenido esa duda, tal vez me hubieran llevado para el Buró de Investigaciones, de donde acaso nunca habría salido.

No es cierto, esto que acabo de contarte nunca ocurrió, nunca permanecí encerrada ni fui interrogada, porque para ese momento yo ya no estaba allí, aunque todos estuvieran viéndome. Había estado al principio, cumpliendo el encargo que me hiciste, y hasta me había lanzado al suelo, junto al grupo de turistas americanos, cuando comenzaron los disparos en Palacio. Allí estuve como uno más, pero me levanté sin que nadie se diera cuenta y corrí hasta tu cuerpo cuando sentí en mi piel las balas que penetraron la tuya, en el instante mismo en que fuiste herido. Volé hacia ti, dispuesta a combatir o morir a tu lado; no alcancé a combatir, porque no llegué a tiempo, pero estaba contigo, que me necesitabas en tu último momento, contigo, que pensabas en mí mientras la vida se te escapaba por la sangre que corría de los tres agujeros en tu vientre.

Estando junto a ti, se acercó a nosotros un joven que podría ser tú, tan semejante lo veía o quería verlo, solo le faltaban el tabaco y los espejuelos; tampoco era tan simpático y ocurrente, ni tenía esa cultura inabarcable, porque no era tú. Era de tu misma edad aunque no había nacido todavía y yo lo conocería cinco décadas más tarde. Cincuenta y tantos años después, pero acepté que estuviera con nosotros en este momento.

Se apareció en mi casa un día, y le abrí las puertas para que entrara. Había recorrido un largo camino, y había llegado hasta mí por esa magia cubana de los amigos que conectan unos amigos con otros hasta formar cadenas de relaciones capaces de romper barreras y de abrir pasos en las montañas, pero yo sabía desde antes que vendría, lo estaba esperando cuando llegó, tengo medios para eso.



Él quería oír de ti para conocerte. Quería marchar a tu lado en tu recorrido por los salones del palacio en busca de Batista. Quería verte animar a los compañeros, «Bravo como un león», como dijo el único de los que llegaron al despacho de la bestia que alcanzó a ver su derrota. Bravo y sin darte por vencido ni cuando la muerte creyó que te había alcanzado.

No le era posible llegar a ti sin mí, nadie como yo podría mostrarle quién llegaste a ser para los que te conocimos. Le di lo que pude y lo llevé a que te viera como te guardas en mí. Por eso acepté que se nos juntara; entre los dos lavamos tus heridas con nuestras lágrimas, te levantamos y te sacamos de allí, sin que nadie nos viera ni las balas nos alcanzaran, íbamos a esconderte de la muerte y a tratar de guardarte del olvido, cada cual con sus recursos: Yo, por ser tu Bruja, la mujer que hiciste cambiar de vida y que en parte cambió la tuya, durante el tiempo en que me mantenga con vida te guardaré en el pecho, allí te alimentarás de mi sangre, mis sueños y mis ausencias. Él, medio siglo más tarde, te conocerá a través de mí. Pondrá sus manos en las mías para buscarte y le entregaré una parte, solo una parte porque todo es imposible, de lo que sembraste en mí durante el tiempo en que compartimos cuerpos y amor. Lo demás deberá salir de su corazón, porque hay cosas que no se conocen con la mente.

No sé si lo logre, si le alcancen las fuerzas para la empresa que se ha propuesto, pero con esa materia prima y con mucho amor, aunque sean menguadas las energías y lo sean las herramientas de su arte, intentará erigir un modesto monumento que recuerde tu paso por nosotros. No podrá ser lo que mereces, ni lo que merecemos los que te acompañamos en la epopeya del Directorio, pero al menos será un primer paso contra el olvido.

No dudo de su parte, como no dudo de la mía. Pero en cinco décadas no hubo antecedentes. ¿Habrà continuadores de lo que él inicie? Se borran los recuerdos al paso del tiempo y la desidia... ¿Será un libro el freno a la fuga de la memoria?

¿Tu muerte, que no lo ha sido mientras yo permanezca viva,  
será en el fin, principio, después que yo muera?

Habré sobrevivido inútilmente, si muero y nadie más te  
recuerda.

Oscar ha vuelto a tomar las manos de ella, cumpliendo el ritual que se ha hecho hábito en sus visitas. Ya no se asusta como aquella primera vez, al sentir que se desdobra en historias y personajes, apenas siente la nostalgia anticipada de saber que ha llegado al final de un viaje.

Hoy ya no está frente a ella, en su casa, no conversan ni la mira en silencio, mientras se impregna de lo que ha vivido. Ahora está acucillado a su lado, frente al cuerpo sin vida de Pepe, de Peligro.

«Es verdad, es sorprendente el parecido», se dice al verlo, aunque el disparo en la frente no permite verle bien la cara, llena de polvo y sangre. «Pero solo el parecido, yo nunca sería como él, este un hombre irrepetible.»

Por haber llegado al final del camino, las estaciones en que se detuvo se le presentan como en un caleidoscopio. Unas veces es él mismo, otras es alguno de los muchos nombres que ha aprendido durante el viaje. Se ve a sí mismo en la imagen de su padre, niño limpiabotas que limpia un zapato

para salvar una vida por pocas horas. Se ve Abelardo, Osvaldito y Daniel corriendo por las laderas del Príncipe en busca de la libertad de seguir luchando contra la opresión, se ve quemando vehículos de la policía como los niños juegan con fuego. Se ve en la figura de Pepe, quitándose la chaqueta, tomando una mandarina y derribando un pedazo de pared para esconder armas en una casa de la Loma de Chaple, no muy lejos de donde vive con sus niñas y la esposa, que solo después de muerto tendrá noticia de cuál era su verdadera vida. O, en sus escasos ocios, pintando cuadros que la familia de su viuda sustraerá un día por venganza contra quienes trajeron al mundo un hijo tan irresponsable que abandona a su esposa y sus hijas por andar detrás de una revolución. «Y de una bruja», le gritarían con desprecio, aunque su Bruja llegó mucho después, la revolución estuvo primero, desde siempre, y fue su más constante amor.

Se ve, Pepe y Oscar a la vez, caer junto a la fuente del parque Zayas, alcanzado por una ráfaga, asesinado después de muerto, y, porque el disparo perfora su cráneo y destroza el cerebro, siente que de nuevo

*La bala al entrar desordenará mis ideas y mis amores, afanes y entusiasmos, hasta convertir todo lo vivido en un amasijo que brillará intensamente dentro de mí en un instante de inmedible duración, antes que se borre de manera definitiva la senda que me conducía por el mundo de los vivos. No adivinará la bala ni adivinará el soldado que la disparó, acaso lo intuya un joven como yo dentro de muchos años, y lo haga llevado por lo que le hayas dicho de mí, imaginado o real, que en esa confusión de sensaciones que fue mi vida tu figura orientará los recuerdos en el repaso final, hasta que deba irme del todo y abandonar definitivamente el cuerpo que ya no puede albergarme, y entonces mi esencia correrá hacia ti como tú correrás hacia mí, para fundirme contigo de tal manera que llegará un momento en que no sabrás si yo aliento en ti o tu alientas en mí, porque no es cierto que me matarán con estos balazos, sobreviviré dentro de ti, mi brujita, como*

*viviré dentro de todos los que me han amado y no me olvidan, aunque algunos habrá que traten de borrarlos, a mí, a ti, y a tantos otros que hoy hemos caído, de la memoria.*

Pero al llegar a ese punto, y porque ella lo mantiene vivo en su pecho aunque haya pasado más de medio siglo, pone a un lado la muerte que lo ha acompañado durante más de cinco décadas, gana nueva vida, abre los ojos y despierta. Descubre que no ha estado muerto, que solo pasaba el tiempo, los años, en un instante.

«Ya los colmillos no están más clavados en mi vientre, aquel balazo inútil y lleno del miedo de un uniformado ha dejado de estar marcado en mi frente.»

Desaparecen las heridas, la piel se recompone y vuelve a ser su piel fuerte, curtida y saludable de hombre joven que pronto cumplirá los treinta y un años. La sangre retoma su perpetuo movimiento y lleva de nuevo el alimento a los órganos que vuelven a estar todos enteros y en su sitio, aportando cada cual su cuota de trabajo al sostenimiento del sistema. Los miembros recuperan su tono, se pueden mover dedos, manos, brazos, piernas y pies: Ya es posible andar.

Y luchar.

Y lo mejor, las ideas en el cerebro vuelven a ordenarse y se convierten en pensamiento, proyectos y sueños: Ya es posible soñar. Y amar. Es posible volver a encontrarse con ella.

«¿Dónde has andado todo este tiempo?», le pregunta ella al verlo nuevamente en pie.

«Todo el tiempo estuve en ti, ¿para qué preguntas, si lo sabes?»

La muchachita tan valiente en su miedo, ahora con más de setenta años vividos, pero igualmente joven, toma de la mano a su viejo que aún no ha cumplido los treinta y uno porque así lo conserva dentro de ella, y muy juntos se van caminando. Oscar, nuevamente él, pero no regresado a su tiempo, intemporal como ellos, los mira mientras se alejan y

ve cuando Pepe extrae un tabaco del bolsillo de la chaqueta, lo prende, le da una chupada y lo pasa a la Bruja, que aspira profundamente y no tose, está acostumbrada, él la acostumbró a fumar del mismo tabaco, era el aperitivo, cuando no el postre del amor. Él le pide que le hable de sus orishas y los libros que ha escrito en todos los años de este instante. A ella se le ilumina el rostro mientras le cuenta de su recorrido por la vida y las religiones, desde aquel día en que él la llevó a visitar Regla y a sus amigos abakuás para que pudiera cumplir la tarea encomendada por su maestra Lidia Cabrera. De repente se interrumpe, no quiere continuar hablando de sí misma, hay demasiado que quisiera saber. Se pone muy seria, sabe que volverá a sufrir cuando oiga, pero necesita oír.

«Cuéntame cómo fue aquel día.»

Los ruidos de esa tarde se detienen, cesan los disparos, desaparecen tanques, armas, soldados, la sangre y la muerte. Tomados de las manos, los jóvenes se alejan; en un susurro de enamorados, él le cuenta de las horas transcurridas después de haberse despedido de ella en Bellas Artes en la mañana, y Oscar oye sus palabras como si estuvieran junto a él, como si él marchara a la par de ellos, como si se hubiera vuelto uno con ellos.

Acaso sea exactamente así, quizás a partir de aquel momento en que se decidió a profundizar en un tema descuidado por igual por historiadores y literatos, Oscar marche junto con ellos adondequiera que vayan Pepe y su Bruja, y su nombre se diluya en los de ellos y en los de otros, los muertos que no pudo conocer, y en Natalia, Ángel, Guillermo, Julio, Teresa, Berto, Juan José, Martha, los sobrevivientes que le abrieron la puerta de casa y el corazón cuando vieron que era sincero su deseo de romper el cerco que el olvido levantó a la memoria durante décadas.

Nunca hubiera podido imaginar que la simple visita a un museo iba a modificar tanto su vida. Quizás sus historias, de la Bruja y Pepe, o las de quienes una tarde de marzo derramaron

su sangre con el anhelo de que fuera la última sangre cubana  
derramada, sean también, a partir de ahora, la historia suya,  
el destino suyo, de Oscar, el niño, el joven, el hombre, que  
oyó hablar de un héroe desconocido y sin darse cuenta llegó  
a fundirse con él.

## Epílogo

Cerca de treinta y un años atrás, Pepilla, su suegra, había conocido similares dolores y angustias, cuando trajo al mundo a su primer hijo: En ambos casos se trató de un parto difícil, pero terminado en alegría. Para rendirle homenaje, Sofía había querido que su niño naciera en el mismo hospital que el tío, las Católicas Cubanas, pero la prisa no lo permitió: Los dolores se presentaron de manera repentina, y tan fuertes que hubo que acudir al más cercano.

Pero ya todo pasó, qué importa ahora lo sufrido por la madre durante el parto; en definitiva, así dispuso Jehová que las mujeres tuvieran a sus hijos, Él sabrá por qué castigo tan terrible, acaso para que los amen más. Lo que cuenta es lo que comienza ahora, esta criatura que nació de ella, Pepilla, o de ella, Sofía, y lo que aportará suyo al mundo. O lo que lo espera en él.

Importa también el nombre que ha de llevar. Sudorosa, cansada, dolorida, pero satisfecha, Sofía amamentaba por primera vez a su hijo cuando la enfermera preguntó por el nombre que le pondría al recién nacido.



«José», había respondido Pepilla en su momento, sonriente. «¿Por el padre?», «No, por mí, por su madre. El padre es Luis», «¿Se lo va a poner también?», «Sí, también..., será José Luis.»

«¿José por el día del santo?», preguntó la enfermera a Sofía. «No, José como su tío», «¿Simplemente José, o algo más?», «No..., mejor dicho, sí, José Luis... Así se llamaba el tío.»

«Aquí hay un montón de gente que se llama Pepe, caballeros, así que el martes que viene, que es diecinueve, nos vamos todos a Güira a festejar, tenemos que armar un buen guateque allí, porque san José es el santo de mi pueblo», había propuesto Osvaldito el mismo día trece, poco antes de salir hacia el Palacio, al darse cuenta de que en el apartamento donde estaba acuartelado coincidían seis personas con ese nombre. «Y seguro que hay más.»

«Verdad que sí, un montón de gente con nombre de gallego bodeguero, como diría mi cuñada», comentó Pepe, «¿De gallego bodeguero?», «Eso dice ella», «Bueno, gallegos bodegueros negros y blancos, todos en Güira el diecinueve», concluyó Osvaldito. Sería una fiesta en grande, aseguraba, con tantos compañeros para celebrar. «Vamos a dar una fiesta tremenda con todos ustedes..., y lo mejor, con ese hijo de puta de Batista muerto.»

«Qué barbaridad, mira que ponerle el nombre del tío y no el del padre..., la gente tiene cada cosa...», comentó consigo misma la enfermera, aunque no era la primera vez que oía algo así, en su oficio hay oportunidad para conocer muchas extravagancias con los nombres, todavía tendrá tiempo de conocerlas mayores dentro de unas pocas décadas, si continúa ejerciendo.

«Con la cantidad de José que hay en este país... Y da lo mismo José que José Luis, para la gente va a ser simplemente Pepe, como cualquier gallego bodeguero», pensó mientras

se alejaba sonriendo. Detrás dejaba a la madre mirando a su niño con la cara radiante, como todas las mujeres cuando amamantan por primera vez a sus niños, olvidadas en ese instante de cualquier sufrimiento físico o moral, incluso el de haber enterrado pocos días antes a un cuñado admirado y sentido como el hermano que nunca tuvo.

Una escena a la cual la enfermera había asistido innumerables veces y que compensa con creces las ingratitudes del oficio.

Era el diecinueve de marzo de 1957, día de san José... Desde una iglesia cercana, Sofía oía las campanas llamando a los fieles a festejar el santo. Seguramente otros Pepe nacerían ese día, colocados por sus madres bajo su advocación para mejor protegerlos. Otros estarían festejando al santo cuyo nombre les dieron.

En la distante Güira de Melena de tierra rojiza, una familia estaba de luto, pero el pueblo festejaba en homenaje a su patrono, porque la vida continuaba en su eterna cotidianidad. Un grupo de jóvenes con nombre de gallego bodeguero ya no se reuniría allí para celebrarlo, porque los que no estaban muertos andaban escondidos y perseguidos. Algunos de ellos todavía caerían dentro de unos días...

Como para añadir valor a las palabras de José Antonio.

CONFIAMOS EN QUE LA PUREZA DE NUESTRAS INTENCIONES NOS ATRAIGA EL FAVOR DE DIOS PARA LOGRAR EL IMPERIO DE LA JUSTICIA EN NUESTRA PATRIA. SI CAEMOS, QUE NUESTRA SANGRE SEÑALE EL CAMINO DE LA LIBERTAD

José Antonio Echeverría al pueblo de Cuba, testamento político



# Índice

## **Morir en el parque Zayas**

### **La huella de los héroes**

- Sorpresa al comenzar la mañana / 31
- Echando a andar / 45
- En camino / 60
- Meditaciones y divagaciones / 67
- Imponderables / 8

### **La Bruja**

- La Bruja / 97
- Visita nocturna / 154

## **En Palacio**

Frente a Batista / 163  
Rutina palaciega / 171  
A las puertas de la historia / 185  
¡Estamos dentro! / 200  
Pepe / 208

## **Retirada**

Retirada / 243  
En busca de refugio / 260  
Muertos ubicuos / 271  
Un chofer amistoso / 280  
...Y un oficial pundonoroso / 291  
El hombre que se limpió un solo zapato / 294  
Pepe / 306  
Juan Faifer / 320

## **La bala en el directo**

Un héroe en casa / 343  
Asunto de telefonía / 357  
Bien muerto y mal matado / 365  
Un hombre afortunado / 385

## **La muerte no es fin**

**Epílogo** / 435